

MA' LAIRA CUENTO KOLLUN CUENTU
MAHA GUANAPA Y TATA SABAYANT

Inca timpu, k'ollu Mama Guanapa y-
Jacquet t'uguritem, ukua casertejana,
Guanape sima Guarmileniten ma petaje
Wawanite wote T'ojoru Uka Juayma
JUAYNA SAJAMA Uka JUAYNA Soltiru
tuasim K'alandatay MAHA GUANAPA
Sajamatain.

Mayukul SABAYA CHIMJTAN Guanapa
tata SABAYA tiejatan ukat T'ojut ang:
Maksun petati, Sajamaten tent'asitai
Ama yusirow MAKIPI Sintu'elkama, teta
Antatatu, tata SABAYAN asiptatan, AT
kolke OFRISITAN, Sabayaru aka pag
satayina sajama, teta Sabaya asaptatu,
T'ujo SASAMA SALVASITAN MA' CHARA MA

UKAT keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie
Ukat keperu uka GUANAP Muspa' arie

cuentos, relatos, historias, leyendas y testimonios de la tradición de un lugar

Undécimo Concurso

Historias y Cuentos del Mundo Rural

te soñaré dulce amante,
no cesaré un instante



No habrá camino que no ande,
no habrá pista que no siga,
no habrá freno que no ligue,
no habrá cañión que no ande,
no habrá peso que no cargue,
no habrá sueño que no tenga,
no habrá valla que no venza,
no habrá esfuerzo que no haga,
me levantaré aunque caiga
buscando tu amor con fuerza.

Segundo Concurso

Poesía del Mundo Rural

cuentos, relatos, historias, leyendas y testimonios de la tradición de un lugar

2003

He de esperar hasta siempre?
Será tan sólo ilusión?
No me oírás tu corazón?
Nunca llegaré con mi amor





1911...
KAMI...
Y...
...

Toda...
Jacquet...
Guerra...
M...
T...
H...
S...

M...
T...
P...
A...
S...
T...
S...

U...
M...
G...
S...
B...

T...
P...
M...
V...
B...
S...
B...

te soñaré dulce amante,
no cesaré un instante
en luchar por tu conquista,
pues nunca habrá de ser vista
mujer tan encantadora,

yo el hombre que te adora
aunque el mundo se resista

No habrá camino que no ande,
no habrá pista que no siga,
no habrá frase que no diga,
no habrá canción que no cante,
no habrá peso que no cargue,
no habrá sueño que no tenga,
no habrá valla que no venza,
no habrá esfuerzo que no liaga,
me levantaré aunque caiga
buscando tu amor con fuerza.

¿He de esperar hasta siempre?
¿Será tan sólo ilusión?
¿No me oírás tu corazón?
¿Nunca llegaré con mi amor?

ANTOLOGÍA

UNDÉCIMO CONCURSO DE HISTORIAS Y CUENTOS DEL MUNDO RURAL

2003

Edición, Diseño y Producción:

© Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA.
Ministerio de Agricultura.

Noviembre 2003

Diseño y Diagramación:

Unidad de Diseño de Fucoa.

Corrección de textos:

Oscar Aedo I.

Derechos reservados

Inscripción N° 136.391

del Registro de Propiedad Intelectual

ISBN: 956-7215-20-0

Santiago de Chile - 2003 - Fucoa

HECHO EN CHILE

Impreso en: Maval

ÍNDICE

PRESENTACIÓN: Francisco Larenas, Vicepresidente Ejecutivo, FUCOA 9

A. HISTORIAS Y CUENTOS

PRIMERA PARTE:

CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS" 11

PRIMER PREMIO NACIONAL: "Hoy Cazuela en las Porundié",
de Claudia Andrea Apablaza Valenzuela 12

SEGUNDO PREMIO NACIONAL: "La Estación que Miraría al Mar",
de Evaristo César Riffo Gallardo 17

TERCER PREMIO NACIONAL: "El Cazador", de Rodrigo A. Viveros Herrera 24

PREMIOS REGIONALES

I REGIÓN DE TARAPACÁ:

"Awichas, Kamakes y Pankaras", de Gladys Vásquez Poma 32

"El Árbol de la Justicia", de Paulina Constanza Henríquez de Torres 36

"Jan Yatiri Kamiri, El Tonto Rico", de Fernando Leonel Fernández Olivares 39

"El Color de la Alpaca", de María Dinora Oróstica Tello 43

"El Compromiso", de Renato Valentino Brito Gavilán 45

"El Entierro", de Iván Alexis Morales Vicente 49

III REGIÓN DE ATACAMA:

"La Leyenda del Popular Cura Negro", de Erasmo Bernales Gaete 54

"La Vieja Copuchenta" y "La Gran Lincordia",
de Héctor Alejandro Ocaño Cubillos 61

"Penaduras de Retén", de Rafael G. Rojas García 72

"Ha de Nacer", de Simón Gustavo Iribarren Cárdenas 74

"La Flor Hechizada y el Picaflor", de Pedro Alfonso Bolados Gárate 78

IV REGIÓN DE COQUIMBO:

"La Luz", de Fernando Barrera 86

"Infancia Campesina", de Raúl Tapia Tapia 88

"La Historia de mi Vida", de Elvira Aquea Romero 94

"El Pueblo de Los Choros", de Patricio Morales Corrotea 97

"Epitafio a la Casona de los Oyarzú", de Jorge René Lueiza Peñaloza 98

"El Sembrador y los Siete Campesinos", de Héctor Roly Milla Valenzuela 100

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:

| | |
|---|-----|
| "La Madre y el Niño Abandonado", de Luz Eugenia Urrea Peredo | 107 |
| "El Engaño de la Luna", de Luis Guillermo Fernández Mena | 110 |
| "Algo de Tiempo y Unos Cuantos Puchos", de Armando Donoso Pizarro | 114 |
| "Leyenda de Plaza Vieja", de Carlos Hernán Montenegro González | 117 |
| "El Huaso y la Sirena del Río Alicahue", de Fernando Guajardo Zenteno | 121 |

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O "HIGGINS":

| | |
|--|-----|
| "El Chimpilo", de Ivonne Díaz Cornejo | 127 |
| "El Mismísimo", de Beatriz Macarena Rojas Moreno | 138 |
| "El Gorro del Minero", de Sylvia Fernández Behncke | 145 |
| "La Rubia y el Joven del Tractor", de Carolina del Carmen Caro Rojas | 150 |
| "Las Tres Piedras", de Jacqueline Toro Medina | 156 |

VII REGIÓN DEL MAULE:

| | |
|--|-----|
| "Con Avión, sin Avión" y "El Maquinista Fantasma", de Berlín Danubio Correa Hernández | 167 |
| "El Día que Llovieron Viñuelos", de Carlos Rosendo Cisterna Saavedra | 171 |
| "Carta a Benedicta", de José Patricio Gajardo Quintana | 174 |
| "Reencuentro", de María Carolina Castro Cerda | 178 |
| "Mamá Modelo", de Carlos Sebastián Escobar Acuña | 184 |
| "El Bulto", de Sylvia del Carmen Arriagada Osés | 186 |
| "La Piedra del Encanto", de Silvia Inés Pacheco Palavicini | 189 |

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO:

| | |
|--|-----|
| "Campeonato de Caza de Tórtolas", de José Carlos Castillo Royo | 191 |
| "Queule, 22 de Mayo, un Día para Olvidar", de Silvana Ester Igor Ulloa | 195 |
| "El Pájaro Niño", de Eduardo Alfredo Villablanca Tapia | 198 |
| "Las Monedas de Oro", de Hugo Sanhueza Alvarado | 201 |
| "Un Profesor Rural de 1939", de Luis Osvaldo Igor Antías | 208 |

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:

| | |
|---|-----|
| "Doña María", de Magaly Ester Ulloa Lara | 212 |
| "Cané", de Claudio Andrés Riquelme Retamal | 217 |
| "La Analía", de Alejandra Lorena Santana Roa | 220 |
| "El Cochayuyero y el Tuetué", de Patricia Riquelme Muñoz | 231 |
| "Vilu Pichiche, el Niño Culebra", de Didier Ignacio Quian Antivil | 233 |
| "La Tía Angelita", de Hermila Garabito Artiga | 235 |

X REGIÓN DE LOS LAGOS:

| | |
|---|-----|
| "Dulce Murta de El Pescadero", de Nancy Beatriz Cárdenas Godoy | 238 |
| "Las Últimas Cartas de Punta Blanca", de Jorge Daniel García Fuentealba | 247 |
| "El Perro Curioso", de René Orlando Nauto Gamín | 257 |
| "El Rapto", de María Antonieta Guarda Faulbaum | 259 |
| "Antonio", de Miguel Ángel Guarda Alarcón | 262 |
| "El Campesino", de Sandra Edith Latorre Araya | 265 |

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO:

| | |
|--|-----|
| "Aceite El Gallo (Industria Argentina)", de Rosa Gómez Miranda | 269 |
| "¡La Pernada!", de José Desiderio Vargas Vega | 274 |
| "Melania", de Hugo Aguilante Baigorriá | 282 |
| "La Isla de los Gansos", de M. Gladys Escobar Sanhueza | 285 |
| "Las Muñecas Negras" de Félix Elías Pérez | 288 |

XIII REGIÓN METROPOLITANA:

| | |
|---|-----|
| "De la Ciudad al Campo", de María Helga Larravide Villagrán | 295 |
| "La Higuera Encantada", de María Teresa Herrera Galán | 307 |
| "Los Amarillos", de Óscar Alejandro Olavarría Sanhueza | 313 |

SEGUNDA PARTE:

| | |
|--|-----|
| CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO" | 323 |
| Primer Premio Nacional: "El Zorro y el Quirquincho", de Yhovani Castro Gómez | 324 |
| Segundo Premio Nacional: "Juan de la Petaca", de Gonzalo Esteban Parra Parra | 327 |
| Tercer Premio Nacional: "La Chula", de Juana Andrea Donoso Silva | 329 |

PREMIOS REGIONALES

I REGIÓN DE TARAPACÁ:

| | |
|---|-----|
| "El Lari y la Guallata", de Alexander Andrés Morales Gutiérrez | 331 |
| "Una Mosca Inteligente Llega a Sibaya", de Francisca Andrea Palape Zúñiga | 333 |
| "La Momia de la Cabellera Rubia", de Macarena Alejandra Araya Alfaro | 336 |
| "El Pastor Pobre", de Yeanet Mamani Villeda | 341 |

II REGIÓN DE ANTOFAGASTA:

| | |
|---|-----|
| "El Hombre Misterioso", de Luis Fernando Cardemil Parra | 343 |
| "El Candado", de Teresa Margarita Astudillo Maturana | 344 |

"La Mujer de Negro", de Claudia Alejandra Guzmán Reyes 345

IV REGIÓN DE COQUIMBO:

"Los Arrieros y el Diablo", de Jimena Francisca Cofré Segovia 346

"Relato de mis Antepasados", de David Alexis Cortés Araya 348

"De por qué la Higuera da dos Frutos al Año", de Daniela Magdalena Moreno Plaza 350

"El Negro Abel", de Carmen Gloria Tapia Ossandón 352

"El Pájaro Enamorado", de Franco Trujillo Cortés 354

"Cuando Llegué a Los Choros", de Alejandro Salinas Fuentes 356

"La Cordillera", de Yaritza Ivonne González Julio 357

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:

"El Diablo y el Campesino", de Bernardo Enrique Tapia Cartagena 358

"El Diablo y las Cruces", de Joaquín Alonso Torres Cisternas 359

"La Piedra Maldita", de Maricel Reyes 360

"La Vieja Copuchenta", de Estefani Nicol Salinas Jiménez 361

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O "HIGGINS:

"La Caridad del Mar", de Noelia Uberlinda Sánchez Flores 363

"El Oro del Río Cachapoal", de Ana Camila Carvajal Osses 367

"Los Tres Naranjitos", de Fernando Patricio Bravo Martínez 370

"El Chanco Parlante", de Stephanie Karina Tamarín Silva 372

VII REGIÓN DEL MAULE:

"La Piedra del Mulato", de Alfredo Leopoldo Díaz González 374

"Era Pillo por Amor", de Jorge Eduardo González Campo 376

"El Chanco Extraño", de Ángela Diana Bustamante Bustamante 377

"La Barranca de la Chancha", de Carolina Stefany Troncoso Espinoza 378

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO:

"La Piedra Cruz", de Valeria del Pilar Medina Saavedra 380

"El Niño y los Pájaros", de Rodrigo Saavedra Ulloa 383

"La Niñez de mi Padre", de Mauricio Moisés Sepúlveda Venegas 385

"El Sombrero Invisible", de Jorge Andrés Beltrán Jara 387

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:

"Las dos Máchis", de Diego Opazo Riquelme 389

"El Machitún", de Felipe Andrés Arancibia Mendoza 392

"Los Tres Consejos", de Daniela Igor. 395

"La Piedra Bruja", de Rayén Utreras Benaven 398

X REGIÓN DE LOS LAGOS:

| | |
|---|-----|
| "El Cuerno del Huagal", de Gerardo Clodomiro López Valderrama | 400 |
| "La Princesa Encantada", de Bárbara Abello Millahuanqui | 402 |
| "Sustos de Invierno", de Sebastián Andrés Cisternas Valderas | 404 |
| "La Lancha Danzamar", de Karen Daniela Mansilla Agüero | 405 |
| "El Misterio del Sector Las Carpas", de Jorge Peña Nílian | 408 |
| "Los Duendes del Pinal", de Yoselin A. Barría Agüero | 409 |

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO:

| | |
|---|-----|
| "Los Campesinos del Norte", de Carolina Andrea Avendaño Catalán | 411 |
| "El Viaje a Entrada Baker", de Marcos Andrés Sandoval Morales | 414 |
| "La Estrella Fugaz", de Ana Gabriel Peralta Cifuentes | 416 |
| "El Caballo de mi Abuelo", de Alejandra Mackarena Sanhueza Montecinos | 417 |
| "Historia Real", de Cardenio Hipólito Alarcón Bustos | 419 |
| "El Hombre de Negro", de Leonor Estrella Gallardo Almonacid | 421 |

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA:

| | |
|---|-----|
| "Corazón de Escarcha", de Carla Paz Witto Bello | 423 |
| "Belarmino y sus Ovejas", de Danilo Alejandro Villegas Valderrama | 426 |
| "Perdido en la Nieve", de Yinett Soledad Riquelme Valdebenito | 428 |
| "El Terremoto Blanco", de Patricio Javier Vera Paredes | 430 |

XIII REGIÓN METROPOLITANA:

| | |
|--|-----|
| "La Piedra del Indio", de Carlos Alfonso Poblete Ancaluán | 432 |
| "Leyenda de Guanay", de Maryori Fernanda Muñoz Cueto | 434 |
| "La Tortuguita Herida", de Vanesa Monserrat Álvarez Mor. | 437 |
| "Las Aventuras de don Rafa", María Francisca Araos Álvarez | 438 |

B. POESÍA

| | |
|--|-----|
| Primera Parte: | 441 |
| Categoría A, mayores de 18 años | 443 |
| Primer Premio Nacional: «Florentina del Campo», de Laura Nivia Jaque Zúñiga | 444 |
| Segundo Premio Nacional: «¡Nunca Más!», de Heriberto Maxwell Aguirre | 446 |
| Tercer Premio Nacional: «Manos de Campesino», de Jeannette Escudero León | 448 |

MENCIONES HONROSAS

| | |
|--|-----|
| «El Campesino», de Luis Alfonso Castro Pastén | 450 |
| «Canto a Mi Tierra», de Gloria Dore Tirado Solís | 452 |
| «La Suerte», de Gloria Yudith Dunkler Valencia. | 453 |

SEGUNDA PARTE:

| | |
|--|-----|
| Categoría B, jóvenes entre 13 y 18 años | 455 |
| Primer Premio Nacional: «Rodeo », de Williams Garrido | 456 |
| Segundo Premio Nacional: «Quién más que Tú», de Patricia Lorena Aguilar Cárcamo | 457 |
| Tercer Premio Nacional: «Donde yo Vivo», de Patricio Orlando Albornoz Alegría | 458 |

MENCIONES HONROSAS

| | |
|--|-----|
| «Los Alimentos», de Gonzalo Andrés Igor Ulloa | 459 |
| «El Sol», de Carla del Pilar Lobos Ancalao | 460 |
| «A mi Pica», de Marcos Antonio Godoy Godoy | 461 |
| «Mi Vida Campesina», de Benito Andrés Orellana Escobar | 462 |
| «Huasita de la Montaña», de Pablo Antonio Acuña Espinoza | 463 |
| «La Dama de las Rosas: Tierra Chilena», de Francisca Andrea Morales Castro | 464 |

TERCERA PARTE:

CATEGORÍA C, NIÑOS MENORES DE 13 AÑOS 467

| | |
|--|-----|
| Primer Premio Nacional: «La Maja de Manzanas», de Gabriel Antonio Nauto Soto | 468 |
| Segundo Premio Nacional: «La Niebla», de Joaquín Méndez Moreno | 469 |
| Tercer Premio Nacional: «La Flor en Primavera», de Nicolás Enrique Díaz Vergara | 470 |

MENCIONES HONROSAS.

| | |
|--|-----|
| «Pronto te Veré», de Mauro Antonio Segura Gómez | 471 |
| «El Zorro que Ama», de Claudio Antonio Charcas Ticuna | 472 |
| «La Llama Tranquila», de Cristián Vidal Copaira Copaira | 473 |
| «Las Montañas», de Rafael Antonio Muñoz Morales | 474 |
| «El Viejo Árbol», de Gabriela Licet Rosas Andrade | 475 |
| «Así Imagino el Mar», de Yohana Alicia Monsalve Monsalve | 476 |
| «El Árbol», de Francisca Nicole Godoy Aguilera | 477 |
| «La Noche», de Patricia Daniela Hidalgo Madrid | 478 |

PRESENTACIÓN

Con el propósito de rescatar los valores literarios y las tradiciones de nuestro país, la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa, desde 1993 convoca al Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural. Once años han transcurrido desde que Fucoa realizó el primer llamado y el tiempo fue sumando a miles de personas, lo que ha superado con creces nuestras expectativas.

Del mismo modo, con la intención de promover la creación poética, que ha sido tan prolífica en el mundo rural, desde el año anterior se convocó al Concurso de Poesía, como complemento necesario del anterior certamen. Hoy presentamos su segunda versión.

Esta invitación a liberar la imaginación y la creatividad ha ganado adeptos y ya tiene un merecido lugar entre los adultos y los niños de las escuelas rurales de nuestro país, que realizan un aporte fundamental a esta iniciativa, en la que colabora el Ministerio de Educación, a través de su Programa de Educación Básica.

Sin duda, es en la ruralidad donde se encuentra una parte importante del patrimonio cultural de nuestra nación. Allí, la posibilidad de vivir plenamente y en contacto con la naturaleza es posible. En estos espacios, la convivencia familiar se afianza. Los mayores -como es la tradición- mantienen un lugar privilegiado, que se construye de respeto y admiración de los más jóvenes por la sabiduría que otorgan los años.

Los relatos de esta antología son el resultado del enriquecedor encuentro de generaciones, que inspiró a hombres y mujeres del norte soleado, del sur lluvioso y de los templados territorios del centro de Chile. Sus testimonios son fuente inigualable de recuerdos ancestrales, memoria y sabiduría, que aquí se difunden con el fin de preservar inalterable su identidad.

No podemos arriesgarnos a que el patrimonio cultural, que identifica a los distintos pueblos que conviven en territorio nacional, se pierdan en medio de un proceso de globalización que inunda al mundo y que tiende a homogenizar el quehacer de sus habitantes.

La misión, que como institución del Estado le corresponde a Fucoa, nos impulsa a seguir adelante en esta tarea. Tenemos razones para sentirnos satisfechos, sin embargo, debemos seguir alentando el rescate de los valores propios de nuestra identidad.

El jurado estuvo integrado por destacadas personalidades del arte y las letras nacionales, cuya presidencia general recayó en el escritor, poeta y periodista Jorge Montealegre Iturra. Su tarea fue ardua, porque los participantes rivalizaron en la calidad de sus participaciones y, en varias ocasiones, tuvieron que definir los ganadores con mucha discusión.

Debemos expresar nuestros agradecimientos por su trabajo y dedicación a los integrantes de los jurados: Pía Barros, Sonia Montecino, Floridor Pérez, Marcia López, Rayén Carimán, Sergio José González, Elicura Chihuailaf, Raquel Barros Aldunate y Alejandra Basualto.

La Fundación edita esta Antología con todos los trabajos seleccionados y los pone a disposición del público, como un aporte más a la cultura de nuestro país. Los textos originales son depositadas en el Archivo de la Literatura Oral de la Biblioteca Nacional, donde pasan a formar parte del Patrimonio Cultural de Chile, quedando a disposición de los estudiosos del futuro.

En esta undécima versión nos sentimos agradecidos por todos aquellos que participaron y enviaron sus trabajos a nuestra institución. También a quienes han realizado las distintas labores que han hecho posible la edición de esta obra, que sin su compromiso y abnegado trabajo no podría haber sido realidad en los perentorios plazos asignados.

Sabemos que son muchos quienes comparten nuestra preocupación por la cultura nacional y que como nosotros trabajan por ella como una forma de resguardar nuestra identidad.

Santiago, noviembre de 2003

Francisco Larenas Bouquot
Vicepresidente Ejecutivo
Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa.



PA' JALAN KUMBU' MUDU' DUNU'
NANI' GUMBU' Y'YATA' SARAYAU'

Itan' tana' baly' hana' banyu' y'
Jagwat' banyu' jawa' banyu' jawa',
Gudawa' banyu' banyu' banyu' banyu'
Mawanta' baly' tana' baly' jawa' y'
Jawa' banyu' baly' jawa' baly' baly'
Fudawa' baly' baly' baly' banyu' banyu'
Banyu' banyu' baly' baly' banyu' banyu'

Mawanta' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'

Ukhu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'

baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'
baly' banyu' baly' baly' baly' banyu' banyu'

te sonaré dulce amante,
no cejaré un instante
en luchar por tu conquista,
pues nunca habrá de ser vista
mujer tan encantadora.
soy yo el hombre que te adora
aunque el mundo se resista.

PRIMERA PARTE

CATEGORÍA A

"HISTORIAS CAMPESINAS"

No habrá camino que no ande,
no habrá pista que no siga,
no habrá frase que no diga,
no habrá canción que no cante,
no habrá peso que no cargue,
no habrá sueño que no tenga,
no habrá valla que no venza,
no habrá esfuerzo que no haga
me levantaré aunque caiga
buscando tu amor con fuerza.

¿He de esperar hasta siempre?
¿Será tan sólo ilusión?
¿No me oirá tu corazón?
¿Nunca llegará septiembre?



PRIMER PREMIO NACIONAL

HOY "CAZUELA EN LAS PORUNDIÉ"

CLAUDIA ANDREA APABLAZA VALENZUELA

24 AÑOS

LICENCIADA PSICOLOGÍA CLÍNICA

ÑUÑO A

De punta en blanco entró mi abuelo a la cocina. Descendiente de francés: alto, delgado, tez blanca, pelo oscuro, y sus ojos, como el agua del lago Conguillío. Botas a la rodilla, pantalones claros, una camisa de cuello almidonado, y su pelo en perfecta quietud que le proporcionaba la gomina.

Llevó la taza de café con leche hasta sus labios. Qué fascinante figura, qué adorable, pensaba yo en silencio. El deseo de querer ser como él en esos momentos, me llevaba a imitarlo en mis juegos con Fabián, el hijo de la cocinera.

Luego de que éste se retirara de la cocina, mi abuela, una mujer dura, posesiva, masculina, gris en sus tonos y vestidos, pasó a supervisar que todo estuviese marchando bien.

A esas horas yo era un fantasma. Los niños toman desayuno y juegan por las mañanas. Las labores de la casa reemplazaban mi presencia y me permitían jugar a mis anchas o escuchar sin esconderme, bajo la claridad de la luz del día, lo que sucedía en la casa.

En ese momento, mi abuelo Daniello se acercó nuevamente a la cocina para decir que llegaba a la hora del té, o tal vez en la cena, que no lo esperáramos antes.

Junto con el sonido de sus tacones al salir de la casa, reconocí en el rostro

de Rosario, la cocinera. Una pequeña sonrisa cómplice con ella misma, o quizás con algún recuerdo o idea que pasó por su cabeza. Mi abuela Josefina no lo notó. Mantuve sin duda, mi actitud de silencio.

Ya en el patio, cerca de un puente en que solíamos jugar con Fabián, éste se me acercó y con una postura que busca complicidad, me dice casi al oído:

—Hoy hay "cazuela en las porundié". Al parecer, como me contó, lo había escuchado la noche anterior cuando fue con Rosario al almacén a hacer algunos encargos. Las noticias allá en Longaví, como en todo el pueblo, corrían más rápido que el viento.

Primera vez que escuchaba eso de "cazuela en las porundié". Sabía lo que eran las cazuelas. También lo que eran las "porundié". Mi abuela me había contado que eran unas señoritas que les gusta estar con muchos hombres tan sólo por un diez. Entonces resultó que no podía asociarlo. Sin embargo me produjo una especie de curiosidad y fascinación, sobre todo por la forma en que Fabián me lo contaba.

Mi mente aún inocente para algunas asociaciones abstractas, pero fuertemente cargada de ese deseo infantil, de ese placer que comienza a despertarse a cierta edad, me llevó a ceder a la invitación que me hacía Fabián. Consistía en ir a mirar de lo más cerca posible lo que iba a suceder en la casa de las "porundié".

Llegamos a una casa abandonada al final del pueblo. Estaba en un callejón angosto, pero grato. Sin árboles que taparan el sol, ni pasto que imitara esas enormes casas patronales. Fabián me dijo que la casa que estaba al frente del lugar donde nos ocultamos, era la casa de esas señoritas.

Tocaron las doce, y de a poco comenzaron a llegar algunos hombres de la ciudad. Entre estos rostros reconocí, por ejemplo, a Don Julián, el notario; a Jacinto, el dueño de la farmacia; al administrador del fundo "Las Hortensias", a un amigo de mi abuelo que siempre visitaba la casa los sábados por la tarde, algunos de sus compañeros de naipe, entre otros. Así, de a poco, fueron llegando uno a uno a ese lugar más caballeros. A ese lugar que me pareció que era un centro de reunión de personajes ilustres del pueblo.

De pronto divisé de lejos la silueta de alguien que conocía. Lo reconocí, era mi abuelo. Desde el principio del callejón vi cómo éste se acercaba a la casa. Hice el intento de pararme para ir a saludarlo, pero Fabián rápidamente me disuadió a que no lo hiciera. Diciéndome que si lo hacía, no alcanzaríamos a verlo todo.

Cada vez lo veía más cerca, hasta que finalmente se puso bajo el umbral de la puerta de la casa. Luego, una mujer lo salió a recibir y entraron. Me quedé con el deseo de llamarlo, de decirle que yo también formaba parte de aquel evento, pero ni siquiera intenté hacerlo, pensando en lo que Fabián me había dicho.

Una de las ventanas que daba al salón principal de la casa nos permitió mirar, desde afuera, tranquilamente, el espectáculo. Nadie estaba preocupado de lo que sucedía más que adentro de la casa. Ahí todo era fiesta, jolgorio, una gran celebración.

Se sentaron todos en una gran mesa larga. Botellas de vino sobre un mantel blanco. Flores frescas en jarrones rebasados de un agua cristalina, como recién sacada del riachuelo que pasaba junto a la casa. Había ahí adentro, aparte de muchos hombres, también muchísimas mujeres. Estas eran bellísimas. Llevaban vestidos de colores, anchos, floreados, y su cabello se lo tomaban en un moño o en una trenza, otras se lo dejaban suelto.

Desde la cocina venían mujeres con platos llenos de una cazuela que no tenía en absoluto la presencia de esa que servían en casa de mi abuela. Todo era de otros colores. Imaginaba que el aire que se respiraba ahí adentro también era distinto, lo que me llevó nuevamente a decirle a Fabián por qué no entrábamos nosotros también ahí. Su negativa fue esta vez más dura. Pensé en mi abuela y recordé esas prohibiciones secas que me hace ante situaciones que parecen de todo mi placer. Siempre se niega a que participemos, como por ejemplo de los paseos en la plaza del día domingo después de misa. Cuando veo a mis amigos comer dulces, algodones y correr entre los árboles.

Tres de ellas, quizás las más hermosas, estaban sentadas en una especie de escenario. Comenzaron entonces a entonar canciones alegres, que me despertaron las ganas de bailar y besarlas. Cantaron durante todo el almuerzo. Luego los hombres que iban terminando sus cazuelas se acercaban a alguna

de estas tantas mujeres, y las sacaban a bailar. Estaban sentadas alrededor de las cantantes, y era desde ahí donde los hombres las iban a buscar para invitarlas a la pista.

Los jarros con vino se acabaron, trajeron más. Comenzó así el baile. No entendía por qué se intercambiaban parejas. De una se pasaban a otra, y luego a otra, hasta que al parecer encontraban a la que andaban buscando desde que entraron a la casa.

Los vestidos formaban una fiesta de colores. Comenzaron las caricias, las piernas empezaron a dejarse ver cuando estas hacían un paso osado o cuando alguno de ellos la daba vuelta de una forma especial. Eran piernas gordas y llevaban algo que nunca había visto. Unas medias que no terminaban arriba, sino que las sujetaban unos hilos, similares a los suspensores que usa mi abuelo. Eso me gustó mucho. Mi cuerpo comenzó a latir cada vez con mayor intensidad. Yo era cada uno de esos hombres que estaba en esa pista de baile, cada una de esas mujeres, estábamos borrachos, pero completamente dichosos.

En este júbilo había olvidado a mi abuelo, hasta que lo reconocí. Era el más bello de todos, sin duda, y la mujer con la cual estaba, también. Morena, pelo crespo hasta la cintura, labios gruesos, rojos, y llevaba puesto un vestido similar al tono de sus labios, escotado, entallado en la cintura. Quería ser él nuevamente, pero no imitarlo como en mis juegos, ser él y posar mi mano en esa cintura, luego en esas piernas, levantarle el vestido a esa mujer, como él lo estaba haciendo.

De a poco los hombres comenzaron a desaparecer por un pasillo largo, oscuro, que iba desde el salón hacia el fondo de la casa. Iban de a parejas. Mi abuelo también desapareció. Don Julián iba con una más apagada, pero igualmente soñable; el farmacéutico con una más pequeña; su amigo, con el que jugaba a los naipes con una rubia; y así de a poco comenzaron a desaparecer hasta que no quedó absolutamente nadie en el salón. Sólo las guíatas y una mujer mayor, con un traje no menos exuberante, y que en ese momento salió de la casa.

Con Fabián pensamos que todos iban a salir de la casa, de la mano de sus compañeras e irían a pasear por algún campo cercano. Pero nada de eso sucedió.

Mi cuerpo estaba extasiado, y mi sangre corría por éste de un modo intenso después de haber presenciado esas fogosas escenas. Nunca había contemplado algo así. Mi imaginación esperaba por algo más, un acto cúlmine, decidor, tangible.

Nos quedamos ahí con Fabián a la espera de nuevos acontecimientos. Pero nada más sucedió. Para nuestra frustración, comenzaron a salir, después de algunas horas, desde ese largo pasillo, todos los personajes que vimos perderse en éste. Mi abuelo fue uno de los últimos. Fue ella quien lo dejó en la puerta. Se besaron, pero sin esa pasión que vi antes.

Cuando llegamos a la casa con Fabián, no aguanté a correr donde mi abuela y contarle todo lo que había visto con lujo de detalles. Sabía que ella se fascinaría con mi historia. La sacaría de su tedio grisáceo y gigantesco, por algunos minutos, tal vez para siempre. Corría a su pieza y le dije: -Abuela, hoy hubo "Cazuela en las Porundié", y estaba mi abuelo.

Tras esa declaración, lo único que escuché fueron gritos. -¡Rosario llévate a este niño a su pieza! -Y el patrón ¿dónde está? -gritaba con una enorme rabia, que emanaba de sus poros, sobre todo de sus ojos de gato enfurecido. Durante toda la noche sólo escuché sus lamentos, mientras mi abuelo dormía silencioso en su escritorio.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL

LA ESTACIÓN QUE MIRARÍA AL MAR

EVARISTO CÉSAR RIFFO GALLARDO

32 AÑOS

AGRICULTOR

CISNES

A finales del siglo 19, en una franja austral del territorio chileno que estaba separado por el resto del país por una inquebrantable realidad geográfica y por un hostil clima que empieza a ser poblada por nómades que vienen del norte, de la Patagonia argentina y de la Isla Grande de Chiloé, de a poco aparecen las casas brujas que desafían el derecho de propiedad de la Rubia Albión y de los dominios de la loca geografía aysenina.

Trapananda la bautizaron los españoles, refiriéndose a un estado del paraíso; Ice End los ingleses, aventurando el fin de los hielos; y Aysén los naturales.

En su corta historia, no ha habido huésped de La Moneda que no haya buscado dejar su legado. A finales de la década de los cincuenta siguiendo la labor industrializadora de sus profesores, bajo el gobierno de Juan Antonio Ríos se decide emprender la construcción de un ferrocarril que uniría definitivamente la Provincia de Aysén con el resto del país, para lo cual se destinaron una serie de funcionarios que ocuparían las recientes nuevas estaciones de ferrocarril, que se extenderían por vez primera a la Patagonia chilena. Una de estas estaciones era Puerto Cisnes, una pequeña caleta de pescadores, y uno de estos funcionarios era Santiago Jorquera, que al ingresar esa fría mañana de abril exageradamente abrigado a la oficina de la estación de ferrocarril de Rancagua pudo ver allí frente a sus ojos brillantes de impresión como dos luceros, el oficio con la firma inconfundible del jefe de personal, con su nombramiento como Jefe de Estación, cargo que había esperado durante largos años, pareciéndole ya desvanecida la posibilidad, la cual llegaba cuando las esperanzas de concretar tan anhelado sueño estaban

perdidas. Pero este nombramiento era una verdadera traición del destino. Debíó partir de Rancagua, rumbo al sur, primero hacia Puerto Montt. Como funcionario de ferrocarriles tenía derecho a ocupar un vagón para traer sus pertenencias. Como al principio partió solo, llevó sólo lo indispensable y la otra parte la negoció con unos comerciantes, para ganar algunos pesos extras. Así se encontró viajando con su rostro afirmado a la ventanilla rumbo al sur, rumbo a la Patagonia aysenina. Al llegar a Puerto Montt, recibió su primera sorpresa: ahí recién se enteró que Puerto Cisnes era una pequeña caleta donde no vivían más de un par de almas que hacían patria y que aún le quedaban dos largos días de navegación.

Al subir al vapor que lo trasladaría a su nuevo destino lo primero que pudo escuchar del marino que recepcionaba a los pasajeros no fue más que una risa burlona que le decía –usted está loco, iñor– ahí nunca van a poder meter un ferrocarril. Al preguntarle por la estación de Puerto Cisnes, a pesar de su orgullo herido, no se dejaba amilantar, terminar su carrera como jefe de estación era la culminación que cualquier ferrocarrilero desearía, un lugar propio donde esperar el tren.

El viaje marítimo se le hizo interminable. Puerto Montt, Melinka, Puerto Aguirre, Puyuhuapi, con un constante mal tiempo que lo obligó a permanecer dos días tirado en el camarote común de tercera clase, hasta que al amanecer del segundo día entraron por un canal donde al fondo de él se observaban dos tenues chonchones que daban sus últimos bríos de vida, hasta que bruscamente “El Taito” se detuvo en plena bahía. Al pasar unos minutos pudo observar cómo desde la playa partía rápido como el viento una chalupa en busca de los pasajeros que podían arribar a la localidad y de los víveres para los escasos habitantes, pero nadie tenía idea que venía un funcionario de ferrocarriles, a pesar de que había avisado con anticipación de su arribo, es más, muchos de los habitantes ni siquiera conocían un tren.

Al embarcarse en la chalupa rumbo a la bahía y cruzar algunas palabras entrecortadas, producto del mareo con el dueño de la embarcación y al enterarse este, don Remigio Latorre, del objetivo de Santiago, amablemente lo invita a quedarse en su casa hasta que encuentre donde quedarse definitivamente.

Tal como le habían dicho, Puerto Cisnes era una pequeña caleta donde no vivían más de un par de personas y por primera vez pareció entender el

frío presagio del marino. Por más que miró y preguntó, tuvo que autoconvencerse que no existía la estación de ferrocarril que él esperaba encontrar. Unas lágrimas de frustración y rabia mojaron suavemente su rostro. Que le sirvieron de algún refresco ante el sol resplandeciente que a cualquier ingeniero le hubiese parecido estar en otra latitud. Esto hizo pensar a Santiago que al menos el clima lo iba a acompañar en su aventura, pero solo fue una ilusión. Su actitud jovial y conservadora pronto le hizo saber de boca de los lugareños que la máxima autoridad era don Héctor Valdés Abarzúa, Subdelegado. En cuanto pudo partió a visitarlo, grande sería su sorpresa al saber que la primera autoridad local no tenía ni idea del ferrocarril, ni de un futuro proyecto, pero no se desanimó ante esto, se acordó que su vida nunca le había sido fácil. A temprana edad perdió a sus padres, siendo criado por su abuela materna, que entre retos y castigos transcurrió su niñez, obligado a abandonar sus estudios para ayudar al sustento familiar, para continuarlos ya de adulto, tampoco nunca tuvo aceptación por parte de la aristocrática familia de su mujer, que siempre lo rechazó por su origen humilde.

Santiago no podía desfallecer ahora, aunque a ratos frente a tanto tropiezo parecía venírsele el mundo encima, se dio ánimo como pudo, construyó una pequeña casa que le servía de oficina y habitación, que con el tiempo llegó a ser el edificio más importante del pueblo, fijó en la entrada que daba de frente a la calle un letrero hecho con prolijidad, que decía: “Estación de Ferrocarriles de Puerto Cisnes”.

Los sueldos le fueron llegando casi con puntualidad. Una parte se la enviaba a su familia y el resto se lo dejaba para él, al no haber mucho en que gastar, decidió invertir una porción del dinero en habilitar su oficina que al cabo de un par de años parecía una verdadera estación de ferrocarril. Su actividad al principio causaba risa, curiosidad y desconfianza entre los cisnenses, pero finalmente se los terminó ganando a todos, pasando a ser uno más del pueblo.

Al cabo de tres años había enviado 27 oficios a la jefatura, al cabo del último año había llegado a enviar uno por mes, solicitando información sobre su presencia en la zona o que al menos le informaran sobre el avance del proyecto, que él creía en marcha. Sólo una vez recibió una dura respuesta, que espere en su destinación y que el proyecto dependía de la decisión del gobierno.

En tanto Santiago no desperdiciaba su tiempo. Con puntualidad inglesa se levantaba a las 7 de la mañana, ocupaba media hora para tomar desayuno, caminar por la playa y a las ocho en punto estaba frente a su oficina. Su jornada era de tiempo completo, le costaba copar el tiempo, en parte le ayudaban sus trabajos de artesanía y los oficios que le solicitaban algunos pobladores, especialmente dirigidos a las autoridades, pidiendo ayuda para contribuir al progreso del pueblo, objetivo al que nunca estuvo ajeno.

Al cabo de 7 años su esposa y sus 2 hijos, al tener tan poca información del marido y padre, deciden venir a acompañarlo, si bien les mandaba mensualmente gran parte de su sueldo, el trabajo y la preocupación por ver cumplido su sueño del ferrocarril llegando a Puerto Cisnes lo habían hecho despreocuparse en demasía de su familia, que en estos años no había recibido más que un par de cartas describiendo el sector y prácticamente no hablaban de él. Ante esto deciden viajar y venir a su lado; aprovechando que sus hijas eran aún pequeñas y podían estudiar en la escuela de la localidad. Al saber esto, Santiago decide empezar a construir no sin dificultad una casa donde poder vivir junto a los suyos, eligiendo un lugar cercano a su oficina junto al río San Luis y frente al mar.

En estos largos años, Puerto Cisnes había crecido, Santiago vivía junto a su familia, y la Empresa de Ferrocarriles del Estado había decidido enviar a otro funcionario. Alberto Arismendi a trabajar a este puerto, al principio le pareció una burla de la jefatura, pero después pensó –si envían a otra persona, es por que pronto van a empezar a trabajar en la obra- y nuevamente iba poder oír el agradable ruido de una locomotora, que con los años que llevaba sin escucharlo le parecía olvidado.

Pero pasaban y pasaban los años y la obra no se concretaba, así que decidió él mismo empezar a construir su propio trazado, buscando información, reuniendo mapas, información topográfica, viajando de a pie; de a caballo por todos los lugares, desde un principio comprendió que ésta sería una de las tareas más difíciles, incluso más complicadas que el ferrocarril trasandino y el transiberiano, ya que el paisaje estaba formado por lagos importantes, ríos caudalosos y una selva impenetrable. Al descubrir un lugar adecuado para el trazado, lo dibujaba con todas las indicaciones posibles y escribía toda la información necesaria, los dibujos los pegaba en la pared y la información escrita la guardaba celosamente. Con el tiempo los dibujos coparon toda la pared de la pequeña oficina de Santiago. En forma paralela le había ordenado

a su subalterno que se preocupara de juntar bastante ciprés de las Guaitecas para ayudar en la construcción de los soportes de la futura línea férrea.

Después de haber reunido bastante información, consideró que ya era tiempo de solicitarle a la autoridad, en forma personal, la construcción del ferrocarril de la Patagonia chilena, además la información por él recopilada consideraba que sería de valiosa ayuda para el objetivo.

Así que una lluviosa mañana de octubre decide emprender viaje a Puerto Aisén junto a su ayudante Alberto Arismendi, aprovechando el paso del “Calbuco” que era el nuevo buque que hacia el tramo Puerto Montt – Puerto Aysén. La información recopilada durante sus largos años de investigación copó varios bultos, por lo que hacían difícil su traslado.

Desde que llegó a Puerto Cisnes, Santiago no había vuelto a salir, resultándole el viaje en extremo complicado, pero nunca tan duro como aquel primer trayecto que había hecho hacia ya largos años, el que había dado inicio a su aventura en la Patagonia.

Al cabo de un día completo de travesía en un camarote de primera clase, abarrotado de documentos, que no abandonó durante todo el transcurso del viaje, se encontraba frente a Puerto Aysén, cuando dos fuertes pitazos lo despertaron bruscamente. Una suave lluvia armonizaba el paisaje del lugar. En aquel puerto un carretón llevó el equipaje de Santiago y su ayudante a un hospedaje cercano al principal edificio administrativo de la Provincia de Aysén. Dos días después un nervioso Santiago, acompañado de toda la información recopilada en sus largos años, ingresaba al despacho del General Marchantt, Intendente de la época. Frente a la entusiasta exposición del ferrocarrilero, y a la impresionante información recopilada por el funcionario, no pudo más que dejar impresionado a la primera Autoridad Provincial, que junto con comprometer todo su esfuerzo en pos del objetivo y hacer un comentario sobre la exactitud y valor de la información, atinó a decir: –Ojalá todos los funcionarios del Estado fueran como usted– halago que ni siquiera alcanzó para darle un regocijo al espíritu de Santiago.

Si bien la respuesta del intendente no satisface las expectativas del ferrocarrilero, al menos le abrieron una luz de esperanza. Después de 15 días volvió a Puerto Cisnes con un moderado optimismo, que esperaba que fructificara en un futuro no muy lejano.

Pero continuaron pasando los años, Santiago jubiló, pero ni siquiera eso detuvo su empeño en continuar trabajando para ver su objetivo cumplido: el tren llegando a su puerto adoptivo. Si bien jubiló, nada cambió en la vida de este ferrocarrilero, siguió asistiendo con puntualidad inglesa a la oficina que el mismo había construido hacia unos años, cuando había llegado tan ilusionado a esta sureña localidad, y continuó recopilando y actualizando la información que él poseía. No se resignaba a no ver cumplidas sus esperanzas, volvió a escribir una tras otra carta a la autoridad, pero nunca le llegó una respuesta. Su familia con insistencia le pedía que abandonara su obsesión por el ferrocarril y que tratara de vivir sus últimos años descansando y disfrutando de la vida, pero nada era capaz de detener el objetivo de este hombre. Cada día su salud se deterioraba y la decepción que provocaba el no ver cumplidos sus sueños ayudaba a deteriorarla aún más. Sus paseos por la playa con la mirada perdida en el horizonte o las escaladas al cerro Gilberto para observar el valle y soñar con el trazado de la línea férrea constituían sus únicas distracciones.

El cáncer que lo afectaba ya había hecho todo su trabajo, había horadado por dentro su alma y su cuerpo. Con la mirada perdida en el horizonte —como resignándose a un final trágico— solía caminar lentamente por el pueblo. El objetivo por el que tanto había luchado se veía cada día más lejano; hacía ya largos tres meses que no había vuelto a escribir para solicitar información sobre el ferrocarril de la Patagonia. Esperaba con resignación que la suerte fuera capaz de torcerle la mano al tozudo destino. Ya casi no hablaba, comía poco, sólo para evitar la eterna insistencia de su esposa, hasta que un día ya no pudo más, su agotado cuerpo sólo podía mantenerlo postrado en la cama, los esfuerzos hechos con desesperación por su mujer e hijas fueron en vano. Aprovechando que pasaba el barco por Puerto Cisnes, en un intento extremo por salvarle la vida, lo trasladan a Puerto Montt, pero todo fue inútil. Estuvo inconsciente casi todo el trayecto, contando con el esmerado cuidado de su esposa y una de sus hijas que lo acompañó en esta última travesía, y un practicante que era un pasajero ocasional, que recordaba haber visto a Santiago años atrás entrando con una ruma de documentos al despacho del General Marchantt.

El trayecto desde Puerto Cisnes, pasando por el rudo golfo del Corcovado fue sólo una mecedora para su espíritu que ya transitaba hacia la eternidad. Tuvo un breve despertar un poco antes de llegar a Puerto Montt, que le sirvió para despedirse de los suyos y solicitar como último ruego a la compañera de sus desventuras, que destruya toda la información por él recopilada en

estos largos años, como una dura y cruel respuesta a sus sueños inconclusos y como una protesta tardía frente al traicionero destino.

Como pidiendo permiso al ferrocarrilero que se iba, casi como una reverencia ya póstuma, el “Calbuco” lanzó dos tímidos y frágiles pitazos para anunciar su llegada a Puerto Montt, mientras Santiago daba su último respiro y partía rumbo a la eternidad.



TERCER PREMIO NACIONAL

EL CAZADOR

RODRIGO A. VIVEROS HERRERA
48 AÑOS
ING. EJEC. ADMINISTRACIÓN
YUMBEL

El viejo Nicasio se miró las manos forjadas en años de arado y horqueta, siembras y cosechas; después levantó un poco la vista sin detenerla en ningún lugar en especial sino sólo como señal de que estaba inquieto, molesto por algo.

Afuera llovía y el viento norte pugnaba por entrar por las rendijas de la rústica puerta de madera, flanqueada por los gruesos muros de adobe que sostenían férreamente el techo de tejas de la casa de mi amigo y compañero de curso, el Luchín, y cuando lo lograba, hacía volar un poco de ceniza al avivar el fuego que mantenía caliente una tetera negra de años de hollín, que emitía entonces su vapor con un poco más de fuerza.

Me acomodé la gruesa manta de lana de oveja sobre la espalda y apreté las manos sobre sus bordes anudados, en un afán por ajustarla a mi pecho y protegerme del frío invernal de aquella tarde de 24 de junio, día de San Juan.

Tratando de ignorar mis zapatos mojados y mis pies entumidos metí un pedazo de pan dulce con que celebrábamos la fiesta del santo en mi café de azúcar quemada y al llevármelo a la boca ansioso por el hambre y por el frío, pensé en mi mamá que a esa hora de la tarde ya estaría preparándonos la leche caliente con una cucharadita de aguardiente para evitar los resfríos, pan amasado recién hecho con mantequilla y miel de abejas para recibirnos al anochecer. Los zapatos cubiertos de barro, las mantas y los gorros los dejaríamos a la entrada de la casa donde ella los retiraría con el cuidado necesario para no ensuciar el piso siempre encerado y brillante. Nosotros

debíamos hacer nuestra parte que era pasar directamente al baño, lavarnos y ponernos los pijamas deshumedecidos en el brasero que mantenía los días más fríos en la cocina, de ahí salir corriendo hacia las camas provistas de una teja caliente envuelta en varias hojas de papel cementero para calentarnos los pies, tomarnos la leche con malicia, tragarnos un Dominal y contarle todo lo que nos había pasado durante el día.

Nos habíamos levantado muy temprano con mis hermanos Reinaldo, un año mayor que yo, y Ramiro, un año menor, y como el día amenazaba con lluvia, habíamos llegado hasta la cama de mi papá, que tenía el sueño pesado y se levantaba tarde, en busca del permiso necesario para salir y cazar y sacar camarones que coceríamos en la noche con un poco de longanizas, cebolla y ají. Esa era una buena hora para nosotros ya que al acercarme a hacerle la petición en nombre de los tres, él nos preguntó sin abrir los ojos ni el entendimiento.

—¿Está lloviendo afuera?

—¿No, papá? —le contestamos a coro los tres.

—Entonces pueden ir; pero si llueve, ¡no! —sentenció, dando por terminada la audiencia matinal. Eso era lo que necesitábamos.

Él siguió durmiendo y nosotros nos apresuramos a despedirnos de mamá para encaminarnos hacia la casa de Luchín Briones con la escopeta Winchester de dos cañones superpuestos, del 16, que nos había conseguido Ricardo con uno de sus amigos. Ese era el verdadero motivo del viaje, la joyita que llevábamos de sorpresa donde nuestros amigos, una belleza frente a las anticuadas escopetas hechizas que fabricábamos con trozos de cañería de agua potable, que cargábamos con municiones compradas a granel en el almacén de don Campodónico y con fulminantes que preparábamos nosotros mismos raspando cabezas de fósforos en un pedacito de la delgada tapa interior de los tarros de Nescafé.

Sin embargo, a pesar de la excelencia de la escopeta, la caza se redujo a tres zorzales, una codorniz y una loica de pecho rojo, más cuatro tiros perdidos en una liebre que corría como el viento y una perdiz que levantó el vuelo tan cerca que en el apuro por disparar apreté los dos gatillos al mismo tiempo, sin apuntar.

Los cartuchos eran caros y difíciles de conseguir, pero eso no nos importaba, así disparaba dos veces seguidas y, lo que era más importante, me lucía con la escopeta más moderna y hermosa del pueblo que todos querían ver y tocar.

—¡Andan haciendo puro perjuicio! —sentenció don Nicasio con evidente molestia, mirando de reojo la Winchester nueva, cuyos barnices relucían con el reflejo de las llamas del fogón que no lograban iluminar del todo la penumbra de la cocina.

El Luchín se levantó a buscar leña seca. Sacó unos palos de un montón de troncos de litre apilados en una esquina de la casa, puso algunos al fuego y retomó su lugar en la banca cerca del fogón, siempre envuelto en una negra manta de castilla.

El viejo no quería las escopetas nuevas, tampoco a los escuadrones de cazadores que se embarcaban cada fin de semana llenando buses con sus armas, parrillas, ollas y bebidas con que festejaban la cacería. Así acabaron con las perdices que poblaban los pastizales, las lomas y los bordes de las barracas. Se ayudaban con perros que olían su rastro y se detenían cuando las tenían cerca, tiesos, mirando hacia los rastros donde se ocultaban, inmóviles, listas para volar, entonces el cazador se adelantaba hasta el ave que se elevaba de improviso con un rápido aleteo, emitiendo un sonoro fiii, fi, fi, fi, fi...., apuntaba su arma, esperaba que estabilizara el vuelo a dos o tres metros del suelo, esperaba un par de segundos, disparaba y el perro se la recogía.

Después fueron las tórtolas que durante el otoño se agrupaban en densas bandadas en las que un solo tiro botaba 5 ó 6 por lo menos, si se estaba a la distancia adecuada. Como las bandadas fueron disminuyendo hasta prácticamente desaparecer, comenzaron a cazarlas de a una, al vuelo, para lo cual los cazadores se abrían en un abanico mortal. Si el primer cazador fallaba sus dos tiros le quedaba la oportunidad al segundo y eventualmente a un tercero, así, no muchas tórtolas podían sortear los seis tiros sin recibir por lo menos alguna munición que las llevaba a morir más tarde. La entretención podía seguir también en la noche, en vehículos abiertos y potentes focos para encandilar conejos y liebres que se quedaban quietos o avanzaban hacia la luz en vez de huir de ella, facilitando la labor de apuntar y disparar. Si se cruzaba un zorro en el camino se aprovechaba la cola como trofeo para lucir en el auto o en el living de la casa, aunque el fuerte olor y los piojos que a veces tiene su piel, desalentaban el trabajo de descuerarlo y llevársela.

Miré a don Nicasio que seguía en silencio, observando cómo las llamas transformaban poco a poco los troncos en brasas relucientes. El fuego le apaciguaba la rebelión de la sangre como una cálida corriente que entraba por sus ojos y corría a anidarse en su corazón apesadumbrado. El viejo era duro y seguía molesto, sorbiendo a ratos un mate con hojas de cedrón y mordiendo un trozo de tortilla caliente que untaba en una salsa de ají seco, rojo, mientras el fuego ardía repartiendo un calor reconfortante y sus frágiles llamas ondulaban en el aire como tules danzantes de oro.

Yo me sentía incómodo porque me daba cuenta que no hablaba sólo de los cazadores que llegaban a Yumbel con sus trajes camuflados disparando a cuanto bicho se movía por el aire y por el suelo, incluyendo alguna gallina que se alejaba más de lo necesario para no volver al campamento punitivo con las manos vacías. Hablaba también de mí, a pesar que yo no era un buen cazador, haciendo que un recuerdo malo aflorará mi corazón.

Fijé la vista en el fuego tratando que su calor y sus llamas me purificaran también, que quemaran un mal sentimiento que años atrás, en un día de San Juan como hoy, se me había incrustado en el pecho y no se había querido salir. Ese día me había levantado temprano también, había desayunado un jarro grande de leche con café y una marraqueta con chicharrones recalentados como siempre, llevaba un cinturón con veinte cartuchos para cargar la vieja escopeta del doce que tenía mi papá y un pan de mantequilla en cada bolsillo de mis pantalones de mezclilla con los que aguantaba el resto del día.

Esa misma mañana, en algún árbol alto y frondoso de algún lugar lejano que la niebla confundía con otras sombras del paisaje, un halcón había despertado con las primeras luces del alba como despiertan todos los pájaros, sin importar la estación del año, el viento, el frío o la lluvia. Y el destino haría que esa misma mañana su camino y el mío se cruzaran y de ese encuentro me habría de quedar un sabor amargo que me vuelve cada cierto tiempo, como un romadizo húmedo que me insensibiliza la nariz y anula el sabor de mi comida.

Antes de partir, le había dado un beso a mi mamá asegurándole que me cuidaría, que no pasaría hambre y que estaría de vuelta a eso de las seis de la tarde, promesas que sólo cumplían a medias y que ella se resignaba a aceptar con una mirada de comprensión. Al dejar atrás las últimas casas del pueblo, puse un tiro en la escopeta, traspuse el cerco de alambre de púas

que me separaba del camino y me interné en las lomas cubiertas de rastrojos de trigo del campo de don Humberto Herrera, tarareando animadamente una canción. Repasé mentalmente mi indumentaria mientras avanzaba pisando las cañas que a pesar de la humedad producían pequeños ruidos al romperse bajo las botas de goma. Las gruesas medias de fútbol mitigaban el frío de los pies, me había puesto una chaqueta de camuflaje verde-gris que no escatimaba en bolsillo de parche por todos lados y un gorro de lona del mismo color. Con el empeño puesto en la vigorosa caminata sobre el suelo restablecido por la lluvia, mi respiración había aumentado y mi entusiasmo se mantenía como una bandera flameando al viento sur de la primavera.

De pronto, unos pasos más adelante, un pájaro grande levantó el vuelo. Automáticamente saqué el seguro de la escopeta y apunté a un cazapollos de pecho blanco que con rápidos aleteos intentaba tomar altura. En una fracción de segundo dudé si disparar o no mientras contenía la respiración y mis manos se abarrotaban sujetando el arma fría. Yo admiraba las aves carnívoras, eran veloces, seguras, de porte altanero y bello plumaje, ésta debía ser de ojos amarillos como las que se entrenan en algunos países de Asia para cazar, transportándolas en un brazo que se envuelve en un guante de cuero. ¡Ahora!, ¡Lo tengo!, me azuzó el diablillo de la conciencia mientras seguía el trazado de su vuelo con la punta de la escopeta. La orden de apretar el gatillo bajó del cerebro hasta mi mano y se produjo el estruendo. La explosión lanzó las municiones por el cañón, el retroceso de la culata me golpeó en la cara y lo vi caer veinte metros más allá.

Sin moverme de mi posición repuse rápidamente el tiro usado por si levantaba el vuelo de nuevo y avancé con cuidado tratando de no perder de vista la punta de un ala que había quedado sobresaliendo de los rastrojos, hasta detenerme a un par de pasos de donde había caído. Y vi que todavía estaba vivo.

Moviéndome despacio lo toqué con el cañón de la escopeta para ver si reaccionaba, como no se movió, lo tomé de la punta del ala y lo levanté lentamente, manteniéndome alejado de sus garras de acero y su pico afilado.

Pero las precauciones estaban de más, estaba agonizando y no podría sobrevivir al impacto de las municiones que habían perforado su cuerpo enjuto. Me quedé un rato observándolo en silencio, tratando de nivelar mi respiración que todavía transitaba apresurada entre la nariz y los pulmones. Al verlo moribundo, sin embargo, me sentí decepcionado porque ya no era el ave

orgullosa que yo quería y a medida que sus ojos amarillos se cerraban con el peso de la muerte, mi frustración aumentó y me sentí incómodo. No debí haberle disparado, me dije, yo había salido a cazar liebres y perdices que se podían comer y que eran el motivo para pasar un rato alegre con la familia o con los amigos, no un pájaro como este, que muerto no me sirve para nada.

Me había pasado lo mismo antes, cuando era chico y cazaba gorriones con una honda, en que la satisfacción de cazarlos se desvanecía cuando los recogía del suelo y los miraba entre mis manos, exánimes y sin vida.

Aparté la mirada de su cuerpo maltrecho y molesto conmigo mismo por ese disparo inútil, lo lancé lejos de mí sin poder evitar el impulso de restregarme las manos en la ropa como tratando de limpiarlas de una mancha indeseada.

Quizás tenía razón don Nicasio.

Tomé un palo y aticé las brasas del fogón para terminar de secar mi ropa y volver pronto a casa. El Luchín y mis hermanos se habían levantado de su asiento y estaban repartiendo en dos bolsas los camarones que habían sacado en las vegas mientras yo andaba cazando.

Ese cazapollos había venido quién sabe de dónde, tal vez de los cerros de La Gatica o de los lejanos cerros de Pirigallo o tal vez del otro lado del pueblo, del oriente, de los bosques que cierran las orillas del río Claro que corre hacia el poniente entre arenas negras hasta desembocar en el Laja, verde y vigoroso. Se había movido rápido descubriendo la perdiz que se alimentaba con los granos perdidos en el último corte de trigo y ya estaba en la mitad de su comida, oculto por el rastrojo que lo sobrepasaba en altura, cuando me sintió llegar. Presintió el peligro, dejó los restos de su presa en el suelo y al levantar el vuelo sintió el estampido fuerte y seco como un trueno al mismo tiempo que las municiones ardientes lo golpeaban con violencia estrellándolo contra el suelo donde quedó agónico, manchado de sangre y barro, con la cabeza puesta de lado por lo que sólo uno de sus ojos podía ver el cielo. Una ala rota y el pecho le sangraban ensuciando su plumaje que poco antes perfilaba su cuerpo como una armadura y que ahora había tomado la apariencia de una traje de mendigo, sucio y roto.

Estuvo así un rato, sin poder moverse. Respiraba agitadamente pues le costaba tomar aire y una somnolencia comenzaba a invadirlo de incertidumbre.

El pecho sangrante y el ala rota eran como dos brasas que lo consumían lentamente haciéndolo sentir cada vez más débil, mirando con su único ojo libre hacia lo alto, donde la mañana se ponía azul a medida que se retiraban las nubes y el sol acortaba distancias en su viaje hacia el cenit. Y en su debilidad le pareció que el astro rey se había detenido a observarlo en aquel estado miserable.

No sentía más ruidos que su costosa respiración y el corazón golpeándole las paredes del pecho.

Había algo incomprensible en todo aquello, algo que no andaba bien. Hubiera querido batir las alas y remontar el vuelo para alejarse de allí, pero la tierra que lo había visto nacer y de la que obtenía su aliento cada vez que el hambre lo acuciaba no lo dejaba ir, sujetándolo cruelmente por sus heridas.

Oyó un ruido, algo se acercaba, tal vez un caballo que pasaba lo movería de aquella incómoda posición así que intentó levantar la cabeza y mirar, pero ésta había adquirido un peso enorme y no pudo hacerlo.

Pero no, no caminaba como un caballo, con dificultad captó una figura borrosa que se acercaba con lentitud y si hubiera podido verle los ojos, diría que también con temor, hasta que se puso al frente, grande, tapando el sol, proyectándole encima su larga sombra. Todavía pudo ver que llevaba una vestimenta extraña, pintada con colores de tierra y ramas, con dibujos parecidos a las culebras ratoneras y a los renacuajos negros que habitan en los pozones de aguas semiestancadas que perduran después de las lluvias del invierno. Al verlo agacharse sobre él, hizo un último y desesperado intento por levantarse y salir de allí, pero ya no le quedaban fuerzas, apenas alcanzó a mover levemente las alas, sus ojos se nublaron por última vez y al escapársele el poco aire que retenía dificultosamente, sintió que la tierra se abría debajo de él y caía resbalando suavemente, hacia la oscuridad de sus entrañas. Y al cerrar por fin los ojos, sintió que volaba de nuevo, que se elevaba sin esfuerzo aleteando otra vez sobre los montes de litres y quillayes, sobre las vegas húmedas salpicadas aquí y allá de pequeños espejos de agua de la última lluvia, volando sobre los viejos boldos de La Gatica, dejando atrás los álamos formados en largas filas que le decían adiós, mientras las suaves manos del viento lo conducían camino al tibio regazo del sol.

Miré mi reloj, se nos había hecho tarde, había cesado la lluvia y nuestra la

ropa estaba seca.

Tomamos nuestras cosas y nos despedimos del Luchín y de su familia. Si caminábamos rápido se nos quitaría el frío y podríamos llegar a casa antes que mi papá volviera de su trabajo.

Al tomar el camino de regreso miré el cielo y vi que las nubes se habían detenido, el viento norte había cesado, seguramente mañana no lloverá y se podrán reanudar los trabajos de barbecho y siembra que estaban pendientes, pensé. Entonces, divisé allá, en lo alto, volando hacia los cerros de Pirigallo la figura de un pájaro que, como nosotros, también regresaba a casa. Tal vez un halcón de pecho blanco. Y esa ilusión avivó de nuevo mi esperanza y me animé a emprender el camino de vuelta con más fuerza; el paréntesis se había roto, la vida continuaba a pesar de todo.



PRIMER PREMIO REGIONAL I REGIÓN DE TARAPACÁ

AWICHAS, KAMAKES Y PANKARAS

GLADYS VÁSQUEZ POMA
GANADERA
ARICA

(Basado en un hecho real).

Los awichas son los espíritus de los mayores y viven en los cerros del altiplano, adentro de unas rocas cuadradas como casas. Desde ahí ellos vigilan la tama (ganado de llamos, alpacos y corderos) y también intervienen en los asuntos de sus familiares vivos. Por ejemplo, cuando a los abuelitos no se les hace un buen despacho, o sea, un funeral de acuerdo a las costumbres aymaras, o no les mandan a decir misa, ellos se enojan y mandan a un zorro (kamake) para que se coma la tama.

El kamake aparece camuflado como perro, pero siempre con su color amarillo. Por eso es que los pastores utilizan más que nada perros negros, para que no se confundan con el kamake cuando anda con malas intenciones.

Bueno, la verdad de las cosas es que el kamake siempre anda haciendo maldades. Por ejemplo, cuando viene mandado a castigar por encargo de los awichas, el zorro llega mansito, haciéndose el tonto y hasta jugando con la cola. Hay que fijarse: si rasca la tierra con una pata y hace una raya, quiere decir que va a morir un hombre; si hace un hoyo en forma de pollera, va a morir una mujer; y si se mete al corral y agarra del pescuezo a una cría de cordero y se la lleva, en señal de que el finado es el dueño de la estancia.

Otras veces el kamake hipnotiza a las crías y se las lleva arriando a su cueva en los cerros y ahí se las deja a sus cachorritos para que aprendan a cazar

y a matar. Hay veces en que el zorro anda rondando de noche y nadie se da cuenta, o sea, la gente sigue durmiendo. Eso es porque el kamake tiene secreto.

Por supuesto que en las casas y las estancias tienen perros, pero el kamake no les tiene miedo, menos cuando hay un solo perro. Ahí el kamake pelea a muerte. Por eso, tienen que ser varios perros para que se animen a atacarlo.

Claro que el zorro no se las sabe todas. Hay una historia de cómo se formaron los zorros, porque al principio había uno solo y era muy orgulloso.

Un día el zorro quiso burlarse de una piedra que encontró en una pampita que queda cerca de Ancopujo.

—Tú eres una cosa muerta, no tienes vida. Estás condenada a estar botada en el suelo. No vales nada y no sirves para ninguna cosa.

—No sean tan engreído. Para que veas que no soy menos que tú, echemos una carrera. Te apuesto que te gano —le contestó la piedra.

El zorro se tiró de espalda y se rió hasta que le dolió la guata.

—Es lo más chistoso que he oído decir en mi vida —decía.

—Chistoso va a ser cuando te gane. Ya pu, corramos, ¿o es que me tienes miedo?

Otra vez el kamake que se muere de risa. Hasta que aceptó el desafío.

¡Un dos y... tres! Salió disparado el zorro con su cola al viento. Corrió varios metros y al mirar atrás vio que la piedra no se había movido.

—¡Ya, pus, parte!

—¡Ahí voy!, gritó la piedra y salió disparada por el aire y en dirección al zorro, estrellándose contra él. Fue tan grande el golpe, que el zorro se quedó pelado, sin cuero. Así, cuando llegó la noche se murió de frío, porque estaba calato. Y resulta que como el cuero se desintegró, de cada pedazo de pellejo

nació un zorro. Y así fue como se formaron los kamakes.

Como se ve, el zorro no es tan inteligente como se cree. Y hay otra historia que habla de eso.

La zorra se acercó a tomar agua a la orilla de un bofedal, que son como lagunitas que hay en el altiplano. Y vio a la guallata (una especie de ganso andino) que estaba en el centro de la laguna junto a sus patios.

—Señora guallata, ¡qué lindos son tus guagüitas! ¿Cómo haces para que tengan esas patitas coloradas tan bonitas?

—Es un secreto, pues —dijo la guallata.

—¿Por qué no me lo cuentas, mamita, para que mis zorritos se vean lindos con las patitas rojitas?

—Bueno, el secreto es que tienes que hacer fuego en el horno. Cuando esté bien caliente, metes a tus cachorritos y cierras la puerta. Cuentas hasta cinco veces tunca y abres el horno y las sacas a tus guagüitas. Vas a sentirte muy contenta, mamita.

La zorra se fue corriendo a su casa. Calentó bien el horno, metió a sus cachorritos, cerró los ojos, contó hasta cincuenta, abrió los ojos y destapó el horno ¿qué encontró? ¡Chicharrón de kamake!

Llena de rabia y desesperada, corrió al bofedal.

—¡Maldita, guallata! ¡Por esto que me has hecho, te voy a comer a ti y a tus guagüitas.

Se iba a tirar el agua cuando se acordó que los zorros no saben nadar. Entonces recurrió a su inteligencia.

—No importa, me voy a tomar toda el agua de este pujo hasta que se seque. Así las agarro y me las como.

Y comenzó a tomar y tomar agua, hasta que quedó hinchada como pelota y no fue capaz de seguir bebiendo. Derrotada, se marchó a casa. Pero, al pasar por unos tolares con espinas, zas que se pincha y revienta en mil pedazos que se esparcieron por la puna.

De cada pedazo que quedó nació una flor. Y dicen que así fue como se formaron las pankas (flores).



SEGUNDO PREMIO REGIONAL I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL ÁRBOL DE LA JUSTICIA

PAULINA CONSTANZA HENRÍQUEZ DE TORRES
44 AÑOS
POZO ALMONTE

Ya no recuerdo en qué pueblo fue, pero lo que escasamente rescato es que fue en época de carnaval. Dos forasteros habían llegado al pueblo, nadie sabía que no eran de confiar y, con la humildad que identifica al pueblo rural, fueron recibidos y aceptados, ya soplaban vientos de carnaval y se necesitaba ayuda.

Fueron contratados por los alféreces de la fiesta, necesitaban tiempo para hacer los trámites y compras necesarias para vivir tres días de intenso carnaval. Ser alférez era un verdadero honor y todos en familia ayudaban a que la celebración fuera de lo mejor.

Los forasteros Rufo y Manuel quedaron a cargo del regadío y de la alimentación de los animales, lo hacían muy bien y se ganaron la confianza de los patrones con los cuales compartían la mesa junto a su familia, donde destacaba su ñusta, su princesa de quince años por su inteligencia y amabilidad. Con la ternura de sus juveniles años se había encargado de engalanar la iglesia del pueblo, era muy querida por sus coterráneos por su conocida buena voluntad.

Su belleza morena no había pasado inadvertida por Manuel y Rufo y con intenciones de acercarse más a ella, cuando la sabían en la iglesia, cortaban flores silvestres y se la llevaban para el adorno del templo y para que así nadie sospechara nada, para que nadie se imaginara que algo maligno crecía en ellos. Ya habían transcurrido dos semanas y era el fin de semana esperado

por todos, ya que en la noche de aquel viernes los primeros sonidos de tambores indicaban que el carnaval había comenzado.

Don Cornelio comenzaba a lucirse ya que con la ayuda de sus familiares y de aquellos dos forasteros la fiesta era del agrado de todos, había vino, cerveza, calapurka, llamito asado, papas a la huaicaína, muchas delicias típicas del mundo andino, del pueblo aymará.

Era la segunda noche de celebración, una muy especial, ya que cuando el reloj marcara las doce su hija cumplía oficialmente los quince años. Era su orgullo y no trepidó en sacar su escopeta y disparar unos tiros al aire, lanzó cinco de los seis con los que la tenía cargada, no tenía más balas pero jamás iba a imaginar que esa única bala era la que le iba hacer justicia.

Estaban todos muy felices bailando, compartiendo, cuando don Cornelio nota que quedaba poco de un rico ponche que habían preparado y le pide a Rubí, su hija con nombre de piedra preciosa, pues eso era ella para él, a su querida quinceañera que fuera a la casa a buscar una olla con ponche, mientras todos festejaban en la plaza del pueblo.

Rufo y Manuel se percataron de dicha situación y sin que nadie lo notara siguieron a Rubí, esperaron que entrara y cuando ya tenía la olla en sus manos entraron bruscamente asustándola tanto que la olla resbaló de sus manos y al tanto que el ponche caía al piso, ella también producto de un fuerte golpe propinado por Manuel. En la caída su cabeza chocó con la sólida cocina a leñas, muriendo inmediatamente.

Quizás Dios quiso que así sucediera para que no sufriera lo que aún faltaba. Los dos forasteros ebrios no lograron percatarse que la bella ñusta estaba sin vida, porque en su desesperación bestial por poseerla, primero le dieron al paso a sus asquerosos instintos robándole después de muerta el tesoro de su virginidad.

En la plaza extrañaron su presencia ya que ella era importante esa noche, faltaban pocos minutos para las doce y decidieron ir a su encuentro para cantarles el cumpleaños feliz. Llegaron hasta la casa y al abrir la puerta se encontraron con aquel horripilante cuadro. Don Cornelio quedó impactado, no podía dar crédito a lo que estaba viendo y luego de un desgarrador grito se lanzó sobre esos engendros del demonio y con la ayuda de sus vecinos los

amarraron como las bestias que eran, y se los llevaron arrastrando a la plaza del pueblo, mientras un sobrino corría en busca de carabineros.

Era demasiado el dolor, demasiada la rabia para esperar por la justicia y decidieron tomarla por sus manos. Don Cornelio recordó que quedaba una bala en su rifle, pero los desgraciados eran dos y sin pensarlo más ordenó que los amarraran al gran árbol de la plaza mirándose las caras uno con otro, a lo lejos se escuchaba el galopar que indicaba que los carabineros se acercaban y sin perder más tiempo acercó la escopeta a uno de ellos, con su única bala, y disparó.

Era sólo una bala que bastó para eliminar a aquellas bestias, pues disparó a uno pero por la cercanía traspasó a los dos. El resoplar de los caballos ya se sentía pero era tarde, ya se había hecho justicia. La honra de su ñusta ya había sido cobrada.

Ya han pasado muchos años pero la presencia de aquel árbol recuerda el dolor de aquella noche con alegría de carnaval.

FIN

TERCER PREMIO REGIONAL I REGIÓN DE TARAPACÁ

JAN YATIRI KAMIRI, EL TONTO RICO

FERNANDO LEONEL FERNÁNDEZ OLIVARES
PROFESOR RURAL
CAMARONES

La leyenda que a continuación leerán sucedió en una vertiente llamada Paquisa cerca de la estancia de Palca, donde se cuenta que un *chacha* (hombre) era catalogado de *Jan yatiri* (tonto) por su particular manera de hablar.

Un día en que el cielo estaba regalando los tonos más azules y el viento suavemente acompañaba el volar de las aves el *Jan yatiri* se dirigió a la vertiente ya que estaba sediento y quiso tomar la rica, fresca y cristalina agua de la vertiente, y como era un día tan bonito no halló mejor idea que descansar. Al poco rato se quedó profundamente dormido. El tiempo transcurrió y transcurrió y la noche llegó. Cuando el *Jan yatiri* despertó de su descanso se sintió aliviado, se estiró, bostezó un par de veces, tomó sus cosas y quiso retornar a su hogar pero cual sería su sorpresa que le extrañó muchísimo encontrarse frente a frente con una *k'acha warmi* (mujer tan hermosa) que por unos momentos se quedó sin habla hasta que la bella dulce voz de la *warmi* (mujer) se dirigió a él: *jutani akarú* (ven acá) es mi deber confesaros que han transcurrido largo años que no tengo la oportunidad de platicar con un caballero y sin más os propongo hacerme grata compañía..., al momento y sin dudar el *Jan yatiri* se sintió el *chacha* (hombre) más afortunado del mundo y un sentimiento nunca antes palpado por su *chyma* (corazón) inundó su *Ajayu* (alma) e inmediatamente cayó rendido a sus pies y perdidamente se enamoró de ella. El *Jan yatiri*, a la vez de sentir tanta felicidad, sintió tristeza ya que le confesó que realmente era muy pobre que

no poseía nada y que no tendría nada para entregarle a una mujer con una hermosura tan sin igual como la de ella.

— No os preocupe tal insignificante detalle, le dijo, pues os otorgaré de todo cuanto necesites para haceros *kusi* (feliz). Así, sin tener problemas, acordaron hacer una vida juntos. Se despidió el *Jan yatiri* y prometió a la *k'acha warmi* (hermosa mujer) volver para estar con ella.

Al día siguiente, lo primero que hizo el *Jan yatiri* fue a contarle lo ocurrido a su familia y ésta se burló de lo contado y no le creyó. Eres un *Jan yatiri*, le dijeron, siempre andas con tonteras por eso la gente sabe que eres un pobre *Jan yatiri*.

Para que el *Jan yatiri* obtuviera lo prometido por la mujer, esta le dijo que cogiera un puñado de *lak'a* (tierra), lo tirara al cerro en la noche y que volviera al otro día. Al *qhantati* (amanecer) del día siguiente, se levantó el *Jan yatiri* y encuentra una gran manada: qué cantidad de animales, los mejores y más preciosos *alpachu* (alpacos) y *karwa* (llamos), cuánta felicidad sintió el *Jan yatiri*, nada ni nadie podía poseer tanto ganado y tanta riqueza, realmente su vida era plena. Muy contento paseaba todo el día e impacientemente esperaba que la *k'acha warmi* regresara a la vertiente todas las noches.

Pasó el tiempo y el *Jan yatiri* aburrido de comer pura carne le manifiesta a la *k'acha warmi* que desea ir a cambiar carne por *tunqui* (maíz), *tamuña* (zapallo), *juyra* (quinúa) y otros productos al *Huancarani marka* (pueblo de Hauancarani), la princesa aceptó y le dijo: —Para que os vaya bien te vas a llevar mi mejor y máspreciado *karwa*: —es el de sangre más pura, de un *janqu* (blanco) sólo comparado con la nieve de los nevados más altos y el mejor regalo de los dioses, sólo lo que poseo para guiar, lo tienes que cuidar con tu vida, ve que se alimente muy bien y sobre todo no lo cargues. Desde el *nayra wari* (ojo de vicuña) te estaré observando. Así al día siguiente, muy temprano, preparó el ganado cargado con carne y charqui, y partió con todos sus animales, muy orgulloso de ser rico y tener tantos magníficos animales. Seguro, pensaba mientras caminaba, sería la envidia de todos.

Transcurrieron *payuru* (dos días) de largas caminatas hasta que una noche decide quedarse a descansar: miró al cielo para observar la posición del río Jordán (constelación de estrellas en forma de camino o río) y así supo de inmediato que estaba bien. Así, amarró el llamo guía, regalón de la *k'acha*

warmi (hermosa mujer) y cuando se dispuso a dormir vio no muy lejos a un *urqu qamaqi* (zorro), de inmediato recordó aquellas palabras de su querido *jach'a tata* (abuelo): – “cada vez que aparece un *urqu qamaqi* (zorro) la desgracia llega como frío viento de invierno...”

“El *Jan yatiri amuyirikataynati* (no se había dado cuenta) con que el llamo al no estar acostumbrado a caminar tanto y a sentirse amarrado, se enfermaría. Aún así, se durmió profundamente.

Al día siguiente, antes que el dios *inti* (sol) regalara a la tierra sus primeros rayos de sol, el *Jan yatiri* se dirige al corral dispuesto a seguir su camino y cuán sería su sorpresa al darse cuenta que el llamo guía estaba con su imponente cuerpo, su magnífica lana blanca, tendido en el frío suelo, el *Jan yatiri* se acerca y descubre lo que nunca debió pasar: el gran llamo guía, magnífico regalo de los dioses, había muerto. A su alrededor todo el ganado estaba inquieto y no cesaban de moverse inquietamente tal como si supieran el destino por la trágica muerte de su guía. El *Jan yatiri* desesperado pensó en seguir arreando el ganado encontrándose con la sorpresa que ninguno le siguió, y optó por devolverse. Al llegar a Palca espera la noche y se dirige a la fuente y con grandísima tristeza le cuenta a la *k'acha warmi* lo sucedido con su magnífico llamo guía. La *k'acha warmi* no lo puede creer y la noche se torna negra, fría y un viento arrasador penetra en los alrededores de la vertiente: no puede parar de llorar y gritar amargamente, retando y maldiciendo al *Jan yatiri*. De pronto muy enojada sale de su pecho un ensordecedor grito con el que el *Jan yatiri* no soporta y lo único que hace para protegerse es taparse sus ojos y oídos. ¡Serás castigado! Maldice la *k'acha warmi* por no cuidar de mi llamo mejor.

Cuando *Jan yatiri* abre los ojos se encuentra solo y con muchas piedras a su alrededor en vez de ganado quedando otra vez pobre y siendo el hazmerreír de su pueblo.

Muy arrepentido, el *Jan yatiri* decide volver una y otra vez por las noches a la vertiente esperando ver nuevamente a la *k'acha warmi* y clamar perdón.

Fueron tantas noches de llorar y rogar que en una oportunidad cansado se queda dormido al lado de la vertiente esperando a su amada que la fría noche lo atrapa y muere.

Cuentan lo lugareños, que *khayawjaru* (en esos lugares) hay inmensos corrales y muchas piedras esparcidas, como recordatorio de lo sucedido a este pobre *Jan yatiri* que alguna vez fue muy rico y que por descuido se quedó pobre, triste y solo. Como también permanece la vertiente donde, si se pone atención en las noches frías, se escucha la penosa voz del *Jan yatiri* pidiendo que la *k'acha warmi* regrese y lo perdone.

MENCIÓN HONROSA

I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL COLOR DE LA ALPACA

MARÍA DINORA ORÓSTICA TELLO

49 AÑOS

PROFESORA RURAL

IQUIQUE

Hace mucho tiempo, cuando la tierra aún era joven y las criaturas recién estaban caminando sobre ella, en un lugar apacible-entre las grandes alturas de la cordillera, llamado altiplano, el Tata Inti decidió dar vida a un ser especial, cuya hermosura recordará por todos los tiempos la maravilla de la creación. Tomó, entonces, materia divina y formó un animalito grácil, delicado y esquivo, cuya mirada inocente recordaba las estrellas del cielo. Lo cubrió con lana suave y aterciopelada que tiñó de todos los colores del amanecer.

También estaba comenzando su peregrinar por la tierra un animal que caminaba en dos patas, al cual bautizó como hombre, y podía transformar la naturaleza a su antojo utilizando herramientas, para el Tata Inti ésta habría sido su gran obra, de no ser porque debido a la inteligencia que le otorgó, este hombre se volvió ansioso de poder y miraba a las demás criaturas como seres inferiores creados para su beneficio, dejando de respetarlos como sus hermanos animales.

Cerca del lugar donde el Tata Inti dejó a la alpaca para que se reprodujera y viviera libre, había una colonia de hombres con sus casas, sus mujeres y sus cachorros. Ocupado como estaba en nombrar todas las cosas que había creado para que no se desvanecieran en el olvido, no se percató de qué al ver a la alpaca los hombres comenzaron a desear su hermosa lana, pensando en que aquel afortunado que pudiera vestirse con ellas sería el rey de todos los hombres. Comenzaron de esta manera a perseguirla para darle caza, or-

ganizándose partidas, y luego peleas entre ellos por decidir quién tenía más derecho a la lana, en caso de obtenerla.

La alpaca corría y corría sin descanso, pues por causa de su brillante pelaje no podía esconderse durante el día ni la noche sin que la luminosidad que irradiaba su lana la delatara. Y allí iban los hombres detrás de ella, dejando a sus mujeres a cargo de la casa, las cosechas, y también de los animales que habían domesticado.

Cansada de escapar y muy triste por lo que la belleza de su lana había ocasionado, la alpaca comenzó a buscar al Tata Inti para pedirle que la ayudara, pero para ello debía inventar un modo de pasearse entre los hombres sin que estos la notaran. Un día caminando por el champial, se metió sin darse cuenta en un charco de barro ensuciando sus patas que ya no se veían radiantes sino cafés. Entonces se dio un baño de barro. Pudiendo así buscar tranquila al Tata Inti. Luego de algunos días se encontró con él entre el amanecer y el día. El tata Inti al verla en ese estado se alarmó, pero al conocer la razón del porqué se encontraba así la comprendió y decidió que desde ese día en adelante la alpaca y su descendencia llevarían solamente trajes de color café, negro, blanco o gris viviendo bajo las narices del hombre que tanto ambicionó su belleza, el cual tendría que cuidarla alimentarla. Este podría vestirse con su lana, eso sí, con la manchada de barro, sin sospechar jamás que era la misma que tanto había deseado.

Sin embargo la belleza del amanecer sigue en el interior de la alpaca sin que el hombre pueda verla debido a su ambición, pero si tienes un corazón puro y miras profundamente los pequeños ojos de la alpaca podrás ver en ellos toda la luminosidad y hermosos colores de una salida de sol.

MENCIÓN HONROSA

I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL COMPROMISO

RENATO VALENTINO BRITO GAVILÁN
40 AÑOS
PROFESOR RURAL
ARICA

En el poblado de Esquiña se encuentra una de las más antiguas iglesias de la zona norte. Fue construida por los conquistadores a su paso por estas desérticas tierras. En ella se encuentran acumuladas una gran cantidad de ofrendas dejadas por los feligreses durante el correr de los años. Lo que más llama la atención, es un par de anillos de plata con una incrustación de oro, labrados a mano, ubicados en el altar mayor.

Estas llamativas ofrendas pertenecieron a una pareja de enamorados que tenían un firme compromiso. Ella era Lucrecia Manzano, hermosa niña oriunda de estas tierras; él era Justino Madani, del pueblo de Codpa. El amor de esta pareja nació al amparo de los sones de la banda de bronce codpeña, donde Justino era uno de sus integrantes. Durante la fiesta de San Pedro, patrono de Esquiña, la pareja cruza su mirada y se encuentran para siempre.

Justino quedó prendado de la joven, por lo que en innumerables ocasiones realiza viajes hacia esa localidad llevando frutas y vegetales para cambiarlos por carne de cordero y chivato, principal recurso de esa zona. Estos viajes los realizaba a lomo de mula, por lo que demoraba hasta tres jornadas en llegar a su destino. La distancia no desmotivaba al muchacho, por el contrario, esperaba con ansias el momento de partir rumbo a los brazos de su amada. Sin embargo, el viaje no estaba exento de peligros, fuera de tener que cargar el agua, ya que la aguada más cercana era el pueblo de Pachica, ubicado a mitad de camino, el escollo principal era los asaltantes que esperaban escondidos entre los peñascos capturar alguna carga de plata que

bajara de la mina de Potosí.

Durante una de las tantas estadías de Justino en el poblado de Esquiña, los jóvenes deciden formalizar su compromiso. Es así como el muchacho solicita la mano a los padres de la niña, los cuales acceden gustosos, por considerar que Justino era un muchacho bueno y responsable. Para celebrar tan importante suceso, el padre de Lucrecia mata tres corderos e invita a la comunidad a celebrar el compromiso de su hija, en medio de trotes y taquinaris. Justino busca a su prometida y juntos se retiran en silencio para ir a la iglesia, y a los pies de San Pedro, patrono del pueblo, se juran que por nada dejarían de casarse y estar juntos para siempre.

Los novios estaban muy contentos, Justino decidió regresar a Codpa para oficializar a su familia y solicitar la hora respectiva para la ceremonia en la oficina del Oficial Civil. Se despidió de Lucrecia y al amanecer emprendió el retorno a su pueblo. Justino arrea las mulas y se pone en marcha a través del terrible desierto, su figura dibujada en el contorno de los cerros desaparece poco a poco.

Pasaron dos semanas, tiempo acordado por la pareja para el retorno de Justino, Lucrecia y su familia tienen todo preparado para su viaje, pretenden celebrar el matrimonio civil en Codpa, y el religioso de acuerdo a las costumbres, en la iglesia de Esquiña. Pero los días pasaron sin que el mozo regresara. El padre de Lucrecia, herido en su orgullo, pensando que su amada hija había sufrido un desaire de parte de su novio, reunió a varios hombres de la zona y puso rumbo a Codpa para pedir las explicaciones del caso. El viaje se realizó con inusitada rapidez. Al llegar al poblado de Codpa, los hombres se dirigieron inmediatamente a la casa de los padres de Justino. Salió a recibirlos la madre, quien muy extrañada escucha los reproches del enojado hombre, a lo que explicó, que su hijo había viajado dos semanas atrás, terminado de decir esto, rompió en llantos adivinando quizás la suerte corrida por su hijo.

Una tropa recorrió el camino entre las dos localidades sin encontrar rastros del joven, finalmente comprendieron que no lo volverían a ver nunca más.

Lucrecia, pasado algún tiempo, supo sobreponerse a tan terrible desgracia y recobrando la rutina diaria logró separar su mente del corazón y desarrollar una vida más apegada a la normalidad en casa de sus padres.

Una noche mientras trataba de conciliar el sueño, escuchó una voz que la llamaba, se levantó y corrió a la puerta reconociendo a Justino en ese llamado, pero los padres de ella también lo escucharon e impidieron que saliera y se internara en la oscura noche.

Este llamado comenzó a ser frecuente durante las gélidas noches de junio, lo que asustaba a la familia y al poblado en general, que escuchaba cómo los perros con su ladrido delataban la presencia de una alma en pena. Ante tal suceso, la comunidad realizó una reunión al anochecer, después de su jornada laboral, para ver cómo abordan este extraño suceso. Se discutía y proponían desde oraciones hasta ritos mágicos. De repente el techo de calamina de la casa en cuestión, comenzó a estremecerse con una sonajera estrepitosa que provocó el desbande de los lugareños, quienes aterrados pisaban a los perros reunidos a su alrededor, que con su ladrido daban un carácter más tétrico a la situación

Luego, el asunto se discutió a la luz del sol porque todos temían salir al anochecer, temiendo encontrarse cara a cara con la figura del mozo que rondaba el poblado. Finalmente un sabio yatire convenció a la muchacha de cumplir su promesa de casarse ante cualquier circunstancia, y así se hicieron los preparativos. El yatire reúne en la iglesia los elementos necesarios para que la pareja cumpliera con su promesa, los anillos mandados a confeccionar al mejor artesano de Bolivia y por supuesto el atuendo de la novia.

Era víspera de San Pedro, noche donde la comunidad se reúne para festejar a su santo patrono, cuando la bella muchacha camina por las estrechas y polvorientas calles rumbo a la iglesia, vestida con los atuendos ceremoniales, ante la mirada atónita de los lugareños, quienes optan por retirarse a su casa para así no ser testigos de esta sarcástica boda. En el altar está todo preparado, sólo falta el novio. De pronto, a lo lejos se escucha el trote cansino de una tropa de mulas que se acerca al pueblo, como por encanto éste es cubierto por una densa camanchaca (neblina típica de la zona norte) que no permite ver más allá de un par de metros. Una figura rodeada de una extraña luminosidad se aparece repentinamente en la puerta de la iglesia. Es él, poseído de una mágica energía, yergue su estampa ante la incredulidad de los presentes. El yatire sorprendido en sus creencias, titubeante, da inicio al rito sagrado, masticando una a una las palabras en aymará, al igual que su legendaria bola de coca, de su bendición y solicita que los novios culminen con el intercambio de los anillos, con esto da por concluida la

ceremonia. La fantasmal figura de Justino abraza a la frágil Lucrecia y la besa tiernamente, enseguida la alza en sus fuertes brazos y monta en su fiel mular que lo acompaña en la eternidad. El animal sale al paso del pueblo, llevando sobre su estampa a Justino y Lucrecia, arrastrando tras de sí la movediza niebla del desierto y el aullar de los canes que temerosos, sólo ladran desde su escondrijo.

Cuentan algunos viajeros, que en las noches sin luna, en el camino que baja a Pachica, sorprendentemente se ven cubiertos por una extraña camanchaca que los obliga a detener su marcha por no tener suficiente visión, cuando de pronto, ante ellos cruza una mula llevando a cuesta a la pareja de enamorados que trata vanamente de concluir el camino trazado.

MENCIÓN HONROSA

I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL ENTIERRO

IVÁN ALEXIS MORALES VICENTE
37 AÑOS
DESARROLLO DE PROYECTOS
ARICA

Todavía recuerdo con nitidez cuando apenas teniendo seis años mis padres me llevaron por primera vez hacia aquel escondido valle donde vivía mi abuelo Jacinto. Era la primera vez que abandonaba la ciudad para aventurarme en aquellos parajes desconocidos. Ellos solamente dijeron “es hora que conozcas a tu abuelo, ya tienes la edad suficiente para hacer este viaje” y fue la absoluta verdad pues dudo que con menos años hubiese podido ascender y descender por aquellos escarpados cerros sembrados de rocas y cardos que eran precisos atravesar para lograr internarse en aquel valle que se extendía en la tremenda aridez altiplánica. Cuando ya creía no poder seguir la travesía, mi padre exclamo “¡Hemos llegado! Y señaló a lo lejos un grupo de álamos que se extendía a un costado del cauce de un río. Cuando nos acercamos, recién pude ver que a los pies de aquellos árboles se erguía una rústica casona de piedra. Un hombre sucio y desaliñado se hallaba sentado a la sombra de los álamos, cuando nos vio se levantó y caminó hacia nosotros. Me asombré cuando pude ver la profunda emoción que se reflejaba en los ojos de mi padre cuando lo estrecho en un prolongado abrazo y dijo “¡Papá, este es tu nieto Joaquín!”. El anciano me miró a los ojos como queriendo buscar un vestigio familiar en ellos, luego cariñosamente puso su mano en mi cabeza y sentenció: “Sí, es mi nieto, no se puede negar el parecido a ti cuando pequeño, hijo”, esa fue la primera vez que lo vi.

Con el tiempo cuando pude superar mi primera aversión a este hombre tosco y rudo fui aprendiendo a apreciar la primitiva sencillez de su trato.

Mi abuelo, reacio a la vida de ciudad que le ofrecía mi padre, prefería estar aquí en sus tierras luchando por extraer lo que pobremente le entregaba su terruño. Él, al igual que yo, hace muchos más años, había llegado a estos parajes con su padre para asentarse definitivamente en este lugar. Este fue su hogar, por estos cerros que hoy contempló corrió jugando más de alguna vez. Aquí creció, se hizo hombre y aprendió a cultivar la tierra. Aquí también creció mi padre hasta la edad que decidió abandonar estos parajes y aventurarse en la ciudad, sin embargo “él” permaneció aquí siempre fiel a sus recuerdos y memoria.

Fijos están en mi memoria, cada verano que pasé desde entonces en la parcela de mi abuelo Jacinto en aquella quebrada que se hundía en aquel paraje desértico y seco que desde entonces paso a convertirse en parte de mi propia existencia. Me acostumbré a los días calurosos y las noches frías; innumerables veces permanecimos largas veladas acurrucados frente al fogón repleto de llareta. Mientras nos calentábamos las manos, mi padre y yo contemplábamos aquel anciano hombre bajo el resplandor de la oscilante llama mientras nos relataba antiguas historias acontecidas en estos parajes. Algunas eran fantásticas leyendas que, según él, los antiguos ancianos solían relatar. Otras en cambio juraban eran verdaderas, y que él mismo había presenciado. El relato que sin duda más me impresionó fue el de un antiguo “Entierro” que según él decía, su propio padre le había contado. Cada vez que mi abuelo lo relataba mi padre asentía con venerable respeto, pues el mismo como todos los del valle lo creían verdadero en su totalidad y yo por supuesto también llegué a creer lo mismo.

Se decía, según relataba mi abuelo que este “Entierro” no quedaba muy lejos de aquí, solo había que caminar unas cuantas horas quebrada abajo, hasta donde ésta se estrechaba a un costado de unos eucaliptos había una gran roca ocre con manchas azulinas que en su base tenía unas pequeñas hendiduras, allí se encontraría oculto un fabuloso tesoro. Se decía que eran enormes cántaros de greda repletos de monedas de oro y plata que habrían dejado enterrado algunos españoles en su paso por estas tierras rumbo al sur de Chile, quizás con la secreta esperanza de volver por ellos algún día en su retorno al Cuzco. Ciertas versiones decían que este tesoro era producto de saqueos a algunos villorrios indígenas que existieron en la quebrada durante la llegada de los primeros españoles. Otros decían que era el producto de la explotación de alguna antigua mina que existió mucho más arriba, en lo alto de la cordillera donde nace esta quebrada. Se cuenta que estos viajeros

jamás pudieron volver, pues sucumbieron en lejanas regiones sureñas en medio de una escaramuza con los indios. También se dice que efectivamente regresaron luego de unos años, pero nunca pudieron dar con el lugar exacto. Recorrieron innumerables quebradas una y otra vez hasta el cansancio y rendidos al fin, no tuvieron más opción que seguir su travesía rumbo al Cuzco.

Mi abuelo, al igual que muchos otros antiguos, aseguraban que estos entierros con el paso del tiempo, luego de morir sus verdaderos dueños, pasaban a pertenecer a la tierra, ella así reclamaba lo que consideraba le pertenecía. Luego mi abuelo añadía muy seriamente y siempre mirándome a los ojos. “Hijo, tenga presente que todo cuanto pertenece a la tierra también pertenece al Maligno, él toma para sí toda esta riqueza, él es el señor de todo cuanto existe en ella y todos sabemos que él nunca da nada sin pedir algo a cambio”. Cuando escuchaba sus palabras algo dentro de mí se estremecía, el anciano hombre aseguraba con absoluta convicción que terribles consecuencias caerían sobre aquellos codiciosos que osasen profanar sus riquezas. “¡Ay de aquellos pobres diablos que creyendo encontrar la dicha encontraban la desgracia!”, exclamaba con el rostro compungido y los ojos muy abierto. Se contaban innumerables historias de personas que una vez habiendo hallado el entierro, solían disfrutar de un corto período de prosperidad para luego caer en desgracia él o sus seres más queridos. Algunas veces a través de una extraña y repentina enfermedad, otras a través de un desgraciado accidente. De esta forma se cumplía aquello que había sentenciado el anciano hombre.

Se decía que en las noches de luna llena un entierro se manifestaba a algunos pocos elegidos, como pequeñas luces con forma de llamas de fuego, y que solo a ellos se les estaba permitido desentrañar lo que aquel lugar guardara tan celosamente. Otras versiones contaban que el demonio en persona llegaba algunas noches a aquel lugar a cuidar de “lo suyo”, muchas veces solía tomar la forma de algún animal, y se contaba que más de un viajero nocturno se habría encontrado alguna vez con un caballo abandonado, o un perro solitario, sin saber que se había topado con el demonio mismo.

Aquellas viejas historias contadas innumerables veces por mi abuelo Jacinto, fueron quedando poco a poco impregnadas en mi mente infantil haciéndose parte de mí. Jamás ose dudar o cuestionar nada en ellas. Muchas veces me sorprendí yo mismo fantaseando con la enorme fortuna que se encontraba tan cercana, pero a la vez me estremecía de temor por aquel cobro eterno que se cernía sobre aquella alma codiciosa. “Todo tiene un precio en esta

vida y en la otra, lo que no sabemos es cuándo y cómo se hará el cobro”, decía mi abuelo.

En algunas ocasiones solía esperar ansioso e impaciente la llegada de aquellas noches de Luna llena, sentado fuera de la casa miraba quebrada abajo en la dirección que mi abuelo siempre me había señalado, pasaba largas horas contemplando a lo lejos aquel fantástico lugar, en algunas ocasiones me parecía haber descubierto el débil destello de luces a un costado de la ladera del cerro, tenía en mi interior la certeza íntima que se trataba del brillo de aquel fuego misterioso que señalaba el lugar de aquel fabuloso tesoro.

Los años pasaron y ya no me conformaba con observar a lo lejos aquel fascinante lugar, decidí por iniciativa propia y sin decirle nada a nadie emprender rumbo quebrada abajo. Caminé por horas durante aquella mañana siguiendo el curso del río. En algunas ocasiones solía encontrar vestigios de antiguos senderos troperos dejados por antiguas caravanas de animales, ya pasado el mediodía la quebrada comenzó a estrecharse. Me llené de emoción cuando pude divisar a un costado de ella el verde follaje de un grupo de eucaliptos. Apresuré mis pasos y en pocos minutos pude llegar. Este era el lugar que tantas veces había imaginado durante interminables veladas. Detrás de los gruesos troncos de los árboles se distinguía la forma protuberante de una formación rocosa semicubierta por los continuos deslizamientos sufridos por el terreno con el paso de los años. Me aproximé lentamente y con venerable respeto me detuve bajo el frondoso follaje de los eucaliptos. Me senté a descansar y permanecí más de una hora contemplando y admirando aquel magnífico lugar, protagonista de tantas ancestrales historias de nuestros antiguos padres, que llegaron a poblar esta quebrada.

Sin poder permanecer más tiempo, tuve que retomar mis pasos para no ser sorprendido por la llegada de la noche. Mientras caminaba de regreso luego de concluir aquella larga jornada, pensaba que aquel día permanecería imborrable en mi memoria, y así fue, a pesar del paso de los años.

El tiempo continuó su curso y mis acostumbradas y frecuentes visitas a la casa de mi abuelo en el valle fueron disminuyendo. Años más tarde, cuando estaba terminando mis exámenes finales en la secundaria, llegaron noticias provenientes del valle. Mi abuelo Jacinto había fallecido. Solo unas viejas y desgastadas herramientas quedaron abandonadas en un rincón de la antigua casona, mientras que otras escasas pertenencias de cierto valor fueron reparadas entre mi padre y sus hermanos como recuerdo de aquel viejo hombre,

que en mí sin embargo dejó algo mucho más perdurable.

Hoy estoy aquí otra vez, en este mismo lugar, y vuelvo a contemplar los mismos cerros de siempre. Han pasado casi treinta años desde la partida de mi abuelo, he caminado otra vez por los mismos senderos de antaño y he vuelto a su vieja casa, de ella tan sólo quedan como vestigios de su paso los gruesos muros de piedra, los majestuosos álamos aún sobreviven al igual que todo el resto del paisaje familiar. Me niego a creer que una persona cuando fallece se lleve con ella todo cuanto fue su esencia, tiendo a creer que una parte de ella debe quedar impregnada en aquellos lugares que una vez habitó, trabajó y fue feliz.

El destino me ha traído aquí nuevamente después de tanto años, formando parte de una importante empresa constructora. Soy el ingeniero a cargo de la dirección del proyecto de acumulación y canalización de las aguas provenientes de las altas vertientes cordilleranas. Estas serán transportadas a través de toda la extensión de la quebrada y renovarán la vida del valle, apartándolo de su prolongado aletargamiento. Nuevas técnicas reemplazarán las antiguas formas de cultivo. Sin embargo nada volverá a ser igual, antiquísimos parajes ancestrales desaparecerán, muchos lugares repletos de historias y leyendas se extinguirán, aquello mágico del valle se perderá, una parte de él se irá con el llamado progreso. A veces pienso que este solo nos brindará cierto bienestar y prosperidad pero nos quitará algo irremplazable en nuestro ser. Es entonces cuando vuelven a mi mente las proféticas palabras de mi abuelo Jacinto: “Hijo, todo tiene un precio en esta vida”... este quizás sea el modo de pagar el precio.

Fue en ese preciso instante cuando las pesadas maquinas comenzaron lentamente a remover aquella magnífica roca que permaneció incontables años junto a los eucaliptos en la ladera del cerro.

PRIMER PREMIO REGIONAL III REGIÓN DE ATACAMA

LA LEYENDA DEL POPULAR CURA NEGRO

ERASMO BERNALES GAETE
97 AÑOS
PROFESOR RURAL
VALLENAR

—Oye, Zarricueta, ¿quién te colocó al apodo de Floripondio?

—Fue el bellaco del “chico Godoy”, un profesor muy chistoso, gran amigo de las chirigotas, trasnochador, amante de las farras. Simpático, ocurrente y bribón, era muy popular en Chañar Blanco por ser capaz de animar cualquier reunión. Sus chistes eran muy celebrados. Alternaba con numerosos borrachines, que le celebraban sus barrabasadas.

—¿De dónde sacó tal denominación?

—El mote me lo colocó porque contraí un mal cuando trabajaba en las calicheras, al interior de Taltal. Estuve varios años laborando en esas duras tareas y, por un fenómeno que nadie me ha podido explicar científicamente, asimilé el olor del caliche, que es bastante pesado. Por donde yo pasaba, dejaba impregnado el ambiente con una racha yodada. Como consecuencia, mis amigos se apartaban de mí. Consulté a numerosos médicos, pero ninguno pudo curar mi mal. En Calama, una señora me dio el dato que ella conocía a un ermitaño que los vecinos apodaban “el meico”, el cual daba muy buenos remedios. Lo fui a ver y éste me preparó un brebaje amargo, difícil de tragar, pero que me quitó el olor calichoso, que tantos malos ratos me hizo pasar.

—Pasando a otro asunto, te informo que estuve dos días en Copiapó. Me acompañó mi hija Rocío. Arreglé allí todos los problemas que tenía pendientes. Subí, después, al interior del valle. Visité los parronales que hay

cerca del Tranque Lautaro.. Quedé encantado. El riego por goteo está allí muy perfeccionado. Me alcanzó el tiempo hasta para asistir a una charla que dio un escritor copiapino acerca de las leyendas. Rocío estuvo en su salsa. Tú sabes que a esta muchacha le gustan mucho las reuniones con los intelectuales. Entre las cosas que dijo el conferenciante, recuerdo las siguientes: “Las leyendas, con los años, crecen. Los narradores siempre le van poniendo algo de su parte a los relatos. Todos los pueblos de la tierra poseen leyendas. En cada rincón donde palpita un conglomerado humano aparecen estos relatos, llenos de fantasía y amenidad. Los personajes legendarios le ponen ribetes de encanto a nuestra existencia”. Después de este preámbulo, se refirió a un sacerdote, llamado el cura Negro. Tú, que eres tan navegado, que las sabes todas, ¿conociste a ese cura?

—Claro, pos Cipriano, conversé varias veces con él. Tú sabes, que yo viví varios años en Copiapó. Cultivé una parcela, que compré un poco más arriba de Punta Negro. Allí me especialicé en las actividades agrícolas, antes de llegar a trabajar a tu fundo.

—¿Es cierto que era un cura peleador?

—Era un cura muy divertido y, sobre todo, muy trabajador. Sobresalía por ser hombre de mucho ñeque, incansable en las tareas de ayuda al prójimo. También destacaba por ser bastante amigo del tinto. Cuando había que ponerle, entre pera y bigote o entre pecho y espalda, no le quitaba el cuerpo. No se echaba nunca p’atrás. Además, era un gran admirador de la cueca chilena. Yo lo vi sacarse la sotana y sacar chispas al piso con su airoso “punta y taco”.

—Me contaron que no era chileno.

—Tenía razón el que te contó eso. Don Crisógono era colombiano. Nació en esas tierras del norte tan féculdas, donde abundan las especies vegetales que contienen los elementos indispensables para preparar la cocaína, la pasta base y todas esas drogas que están llevando a la humanidad al despeñadero. Llegó al valle de Copiapó de esas tierras conflictivas. Y ¡caramba que ejerció bien su ministerio religioso! Apareció en un momento en que el Partido Radical acentuaba su anticlericalismo. Tú debes saber que Copiapó fue la cuna del radicalismo. Los Matta y los Gallo fueron hombres muy idealistas, y llenos de empuje, que colocaron a Copiapó en un sitio preponderante de

nuestra historia republicana. Lamentablemente en los partidos políticos no faltan nunca los militantes exaltados, a los que les agrada la pelea. Un grupo de estos elementos comenzó a desarrollar una enconada labor anticlerical. El cura negro fue el blanco de estos ataques, pero el franciscano afrontó los improperios y las burlas con singular entereza. Jamás se amilanó y siempre supo tener la respuesta oportuna para los desmanes de sus adversarios. Yo vi a connotados radicales pasearse en la Plaza de Copiapó disfrazados de frailes, llevando collares de higos secos como rosarios y cantando divertidas letanías. Una tarde, en que el Padre Negro, como también lo llamaban los feligreses, bajaba del interior del valle, se topó con unos radicales que contemplaban a un burro muerto, atropellado por un camión. Los bellacos, al ver al cura, le gritaron: “Oiga, padrecito, échele la bendición a este pobre bruto”. Don Crisógeno, con estoica altivez, miró a los dos burlescos y les respondió: “Ese animal no necesita bendición. ¡Es radical...!” Dicho esto, continuó su viaje, montado en su fiel caballo tordillo.

—Por lo que me cuentas, ese fraile demostraba ser un buen gallo de pelea —recalcó Don Cipriano, lanzando una carcajada. —¿Tú conoces su nombre completo?

—Tenía un nombre rumboso y rimbombante. Se llamaba Crisógono Sierra y Velásquez. Impresionaba a la gente por su gran espíritu de servicio social. En Copiapó desarrolló una labor muy difícil de olvidar. Para muestra, un botón. En el cerro Chanchoquín hay una cruz colosal, que se ve desde todos los rincones de la ciudad. Ese monumento, lo levantó el cura con sus propias manos. Él cargó sobre sus hombros los sacos de cemento y los pesados maderos con que armó la cruz. El cerro es elevado y bastante escarpado. Yo lo vi llevar esos nudosos troncos y preocuparse de todos los detalles, para que la obra quedara perfecta. Fornido y resistente, el cura presentaba una conformación muscular impresionante. Había tomado el oficio de cortar árboles como un entrenamiento para su afición al atletismo. Los pobladores lo querían mucho. Al verlo recorrer las calles, montado en su caballo tordillo, sonreían y le aplaudían sus ocurrencias. Este pastor, de tez oscura, acaparaba la atención de todos los sectores de la comunidad atacameña.

—Alguien me contó, parece que fue mi hija Rocío, que el famoso curita no cuidaba el lenguaje y que, de repente, se le escapaban algunas palabras

no muy santas...

—Efectivamente. ¡Tiene razón el que contó eso. Se caracterizaba por ser un maestro de la “rendida”. Su condición de cura coprolático, la suavizaba con su gracejo y chispa incomparables. El ingenio la brotaba por los poros de su personalidad restallante y desbordante de simpatía. Las peores palabras, él las convertía en apropiadas para menores de edad. El chispeante Don Crisógono no podía ver a una persona con las manos en los bolsillos de los pantalones. Se indignaba y, junto con propinarle un manotón, les gritaba:

—¡Sácate las manos de las boleadoras, degenerado, indecente!

—La gente que presenciaba ese espectáculo reía a mandíbula batiente. Les agradaba su espontaneidad y manera de corregir los vicios. Cuando viajaba a Caldera, en la plataforma de los vagones de ese ferrocarril, que fue el primero que corrió en el Hemisferio sur, muy cuestionado por su lentitud, los campesinos, en las estaciones, a verlo, se sacaban la chupalla y le hacían una venia.

—Durante su estada en Copiapó, nunca dejó de visitar a sus amigos, los estudiantes de la Escuela Normal “Rómulo J. Peña”, cuyo vetusto edificio se levantaba en la Calle Chañarcillo, esquina Yerbas Buenas. Semanalmente, el cura llegaba charlar con los normalistas y, en forma muy especial, con Gustavo Vega, apodado “el chato Vega”, muchacho de condiciones histriónicas excepcionales. Don Crisógeno celebraba los chistes de Vega y éste las ocurrencias del cura. Por lo general, los días domingos, un grupo de estudiantes, encabezados por Vega, iba: visitar al sacerdote a Punta Negra. El viaje lo hacían a pie. Cogían sus instrumentos, (violines, guitarras y elementos de percusión), hacían una “vaca”, compraban un chuico de vino tinto y, muy contentos, iniciaban la marcha. Llegaban a la casa del cura a las once de la mañana. Lo encontraban, casi siempre, cortando troncos y luciendo su abultada musculatura, cubierta de transpiración. Al ver a sus amigos, gritaba: “¡Espérenme un ratito!; ¡déjenme ponerme la sotana!”. Pasaba al gallinero, cogía algunas gallinas y mandaba a preparar un buen almuerzo. Buscaba, después, a las feligresas más jóvenes y se armaba la fiestoca. Los ejecutantes le sacaban los mejores arpegios a sus instrumentos y “el chato Vega” echaba a relucir su fibra:

¡Huifa, rendija,
 la madre y la hija!
 Sortija, vendija,
 La tabla y la lija:
 ¡Rancagua, Colchagua,
 la chicha con agua!
 ¡La vieja con guagua,
 mostrando la enagua!
 ¡Gatico, Pisagua,
 Calama y Quillagua!
 ¡El loco Paniagua
 y el monte Aconcagua!
 ¡Don Choche y su fragua
 allá en Tagua Tagua!

En lo más álgido de la parranda, entraba a actuar el Cura Negro. Se ponía a bailar las cuecas con un donaire y unas figuras tan divertidas que causaban envidia. En un Campeonato Nacional de este baile, don Crisógono habría obtenido el primer premio. Cabe recalcar que el franciscano nunca se desmedía y jamás permitió que el jolgorio perdiera su tónica de reunión entre gente que sabe divertirse, que se comporta de acuerdo con los dictados de la prudencia. En estas reuniones con los normalistas, jamás se llegó a la grosería. Al atardecer, de esos domingos inolvidables, los estudiantes regresaban a pie, contentos de haber compartido horas tan gratas con aquel religioso de piel oscura, pero de alma muy blanca.

La conversación de los agricultores fue interrumpida por un temblor que, felizmente, fue de corta duración. Don Cipriano pegó un salto y se guareció en el marco de una puerta. Floripondio no se movió de su asiento. Las botellas de cerveza estuvieron a punto de caer al suelo. Después que el zarandeo terminó, se reanudó el animado diálogo y Cipriano, en todo doctoral, acotó:

—Los chilenos nos hemos criado acunados por los temblores. Vivimos perfectamente tranquilos en un país de temblores. Convivimos entre peligros con toda naturalidad. Nuestro territorio está lleno de estas bombas de tiempo que, periódicamente, estallan. Chile es una larga faja de tierra estremecida, día y noche, por los sismos. A propósito de esto, ¿es cierto que el Padre Negro predijo el terremoto del año 1922?

—Le achuntó en el día y, estuvo a punto, de acertar en la hora. Todavía no me explico cómo pudo hacer este vaticinio. Los temblores en Chile son como el pan de cada día. No pueden faltar, pero no por eso se puede hacer un calendario de sismos. Yo iba en la procesión cuando el cura formuló el vaticinio. Dijo que sería un castigo divino.

Sígueme hablando de este asunto. Estoy empachado por conocer los pormenores de este pronóstico. Cuando a mí me pica el tábano de la curiosidad, me pongo insoportable.

—Así es, viejo marrullero; cazurro, cuando te conviene. Ya te conté que los radicales no dejaron nunca tranquilo al Cura Negro. El grupo de desalmados, promovía incidentes desagradables todos los días. Los ataques eran de una virulencia corrosiva. La campaña anticlerical tomaba rumbos desconcertantes, pero Don Crisógono no daba muestras de sentirse amilanado. En el mes de octubre de 1922 organizó un homenaje a la santísima Virgen María. Se prepararon lujosas andas para todos los santos que ocupaban los altares de la catedral y, en una larga procesión, fueron paseados por las principales calles de la ciudad, en medio de nutridos cantos de alabanza. Algunos vecinos prepararon altares enflorados, frente a sus casas. Todo marchaba normal, de acuerdo con el itinerario fijado por el Cura Negro, pero al entrar a la calle Atacama, un grupo de radicales borrachos se interpuso y torció el rumbo del sagrado desfile. Esto indignó al sacerdote, quien exclamó:

—¡Esta ofensa a la Santísima Virgen no puede quedar así. Esta agresión merece un castigo ejemplar. Los malvados agresores a nuestra fe cristiana van a tener que arrepentirse. Vendrá un castigo terrible. ¡Dios nos proteja! El sismo se producirá el 10 de noviembre, cerca de la medianoche. ¡Pidamos al señor que esto no ocurra! Los radicales lanzaron carcajadas y, con el índice de sus diestras apuntando hacia sus sienes, daban a entender que el pastor no estaba en su sano juicio. Pasaron algunos días y nada anormal se produjo. El trabajo urbano siguió su ritmo cotidiano, pero, al comenzar el mes de noviembre, pequeños remezones pusieron en alarma a los pobladores. Por supuesto, que los anticlericales no le dieron importancia a esos diminutos sismos, que, en Chile, se sienten a cada rato. Ellos mantenían su tenaz campaña grosera y urticante, burlándose de aquel cura extranjero que, según ellos, tenía el seso descompuesto. En medio es esta enconada guerrilla ideológica, llegó el fatídico 10 de noviembre de 1922 y, a mediano-

che, se produjo el tremendo terremoto. Todas las viviendas de las ciudades y villorrios de la región de Atacama quedaron desmembradas. Ninguna de las casas construidas con adobes quedó en pie. En los puertos de Caldera, Huasco y Chañaral, el maremoto arrojó innumerables embarcaciones hacia la costa. En Vallenar, las campanas del templo de San Ambrosio, agitadas por la violencia del sismo, sonaron lúgubrementemente y de las laderas del valle, rodaron peñascos que, al chocar con uno con otros, lanzaban chispas. Miles de muertos y heridos quedaron bajo los escombros. El Presidente, don Arturo Alessandri Palma, viajó a la zona devastada para auxiliar a los damnificados. Cuando llegó a Vallenar, uno de esos desubicados, que nunca faltan, le gritó: “¡Que hable el León!”. El ilustre tribuno lo miró, compasivamente, y con esa verba y agilidad mental, fruto de su talento, le contestó:

—Amigo, estos momentos no son para hacer discursos. Son más bien para orar...

Entretanto, en Copiapó, el Cura Negro multiplicaba su acción humanitaria, transportaba heridos al hospital, sacaba víctimas atrapadas en los escombros y ubicaba, en galpones improvisados, a las personas que habían quedado sin hogar. La tenacidad del cura parecía que se amplificaba, casi no dormía para intensificar los socorros.

—Floripondio, mi querido amigo, todo lo que me has contado me ha conmovido —dijo Don Cipriano, en un tono saturado de emoción. —Ese Cura Negro era un superman. Merece que conozcan su vida las futuras generaciones. ¿Volvió a su patria?

—No, Cipriano. No regresó a Colombia. Sus restos quedaron en Caldera. Él amaba el océano. A pie desnudo, conversaba con las olas. Se cumplieron sus deseos. Quedó allí, frente a esa rada que es una de las más abrigadas de Chile. Arrulla su silencio, la canción de las mareas...

SEGUNDO PREMIO REGIONAL III REGIÓN DE ATACAMA

LA VIEJA COPUCHENTA

HÉCTOR ALEJANDRO OCAYO CUBILLOS
33 AÑOS
VALLENAR

Esta es una historia que, si bien es cierto, se ha transmitido de boca en boca y de generación en generación se asegura que es absolutamente real.

Esto ocurre en la localidad de Domeyko, un pueblo enclavado en el seno del desierto de Atacama. Este pueblo ha sido habitado durante toda su historia por crianceros de ganado caprino, los cuales se distribuyen en los amplios sectores aledaños al poblado. Ellos han aprovechado las praderas existentes en la zona, como asimismo de cualquier resquicio que permita al ganado pastar.

También cabe señalar que también ha sido habitado por generaciones de mineros, los cuales explotan en forma artesanal el oro, el cobre y la plata, los cuales han sido los metales apetecidos por estos pirquineros.

Crianceros y mineros mediante su trabajo productivo han dado vida a ese pueblo rural, de tal forma que sin lugar a duda que juntos, fundidos e inmersos en esta pequeña comunidad, fueron dando vida a esta historia, toda una leyenda popular.

Sucede que hace muchos años, el pueblito de Domeyko no tenía luz eléctrica, se daba a las 7 de la tarde, vale decir 19 horas, hasta la medianoche, luego la noche era todo oscuridad y si de alumbrarse se necesitaba, se hacía con velas y sólo los más osados y aventureros como jóvenes o sencillamente los más bohemios frecuentaban salir de noche.

Por aquella época, y como es de entender en un pequeño pueblo, todos los vecinos se conocen entre sí y, lo que es más, cualquier persona con costumbres o actitudes fuera de lo común se hace notar con facilidad. Por aquellos años había una vecina que se caracterizaba por mirar por la ventana de su casa a todos los vecinos que se desplazaban frente a su domicilio.

El nombre de la vecina era Margarita y vivía en sector muy céntrico del pueblo. Ella era una señora de edad y según quienes la conocían toda su vida había tenido ese hábito. Es más, a ella no le importaba jamás la hora ni las condiciones climáticas e incluso su estado de salud. A ella sólo le interesaba ser ojalá la primera espectadora de cada copucha que se produjera en el pueblo.

Era esta costumbre lo que le permitía entretenerse con cada acontecimiento que protagonizaban los campesinos o los pirquineros, toda vez que bajaban al pueblo, después de vender los metales o haber comercializado los quesos o el ganado. Entonces era inevitable que se desencadenaran riñas después de las habituales borracheras que por lo habitual se producían pasada la media noche. La señora Margarita sin lugar a duda que desde su ventana miraba cada uno de estos acontecimientos.

Ella ya tenía ganado entre los vecinos un feo apodo: "LA VIEJA COPUCHENTA". Todos la llamaban así. Es más, cuando los lugareños llegaban desde la ciudad de Vallenar o desde La Serena, los comentarios no se hacían esperar. -¡Apuesto que la vieja copuchenta de la Margarita está en la ventana sapeando quién viene! Era la fama que tenía y además a la Margarita se le ocurría preguntar -¿y de dónde vienen y cómo están?

Como es de entender, a ella no sólo le interesaba mirar a todos los vecinos, sino que además se le ocurría entrometerse en la vida de los vecinos sin importarle nada en lo absoluto. Para ella todo era lo más normal del mundo.

Lo cierto es que no era una simple curiosidad. La señora sencillamente era poseída por una verdadera enfermedad, aparte de las molestias que provocaban las primeras impresiones al momento de soportar su mirada, ella además provocaba los más diversos malos entendidos entre los vecinos ya que fuera de mirar, era una persona que con facilidad distorsionaba la realidad, provocando en reiteradas ocasiones muchos problemas.

Sin embargo, y a pesar que las críticas hacia su fea actitud se hacían presentes reiteradamente y a pesar que en más de una oportunidad se le enrostrara su manía, e incluso sufriera ataques físicos que la señora tuvo que soportar, ella persistió siempre con su actitud. Nada ni nadie podía cambiar su actitud, tal vez porque formaba parte de su persona.

Había personas que en realidad les eran indiferentes y cuando aquellas personas que se sentían afectadas le comentaban su experiencia, sencillamente respondían algún día le va a pasar una mano y se la va a pasar esa fea costumbre.

Pero pese a todo la Margarita seguía. De nada servían las descargas de garabatos a media noche de los borrachos. Para ella era lo más normal.

Cierto día, cuenta esta historia, la Margarita se encontraba sola en su casa y según el reloj que no dejaba de marcar los segundos, indicaba que la media noche había quedado atrás. Lo cierto es que aquella hora la Margarita sintió un bullicio que al parecer recorría las calles de Domeyko, la mujer no lo pensó dos veces, apenas escuchó aquellos sonidos se dirigió a la ventana la abrió y empezó a observar de qué se trataba, al comienzo no veía nada, lo cierto es que había una leve niebla que no le permitía apreciar bien el espectro nocturno de acontecimientos que se acercaban por algún recóndito lugar. Pero sin lugar a duda para la Margarita sí se acercaba y se lo decía el bullicio que con el pasar de los segundos que las manecillas de aquel reloj despertador seguía marcando.

Casi sorprendentemente los ojos de aquella señora pudieron plasmar en su retina un tumulto que desde la esquina sur de la calle en que se encontraba su casa se acercaba. Aquello que ella estaba observando salía lejos de lo común. En primer lugar se apreciaba mucha gente y el sonido que emanaba de este tumulto era muy raro, en un comienzo no lo entendía; además el avance era muy lento a medida que estaba más cerca y se acercaba a la mujer, le quiso dar miedo, pero su curiosidad fue mayor y decidió seguir mirando y no perderse ningún detalle de aquel acontecimiento que al parecer para Margarita era realmente fuera de lo común.

Cuando el tumulto se encontraba a escasos metros de su ventana, Margarita se pudo dar cuenta que se trataba de una procesión religiosa, claro que a la mujer le pareció extraño aún, porque no estaba en su registro ninguna procesión religiosa y era algo insólito que se realizara a esa hora de la noche, lo pensaba una y otra vez, y mientras de reojo miraba el reloj.

Margarita atónita completamente asombrada pudo apreciar aquella tímida comparsa de un resonar monótono, pudo observar uno a uno a los chinos danzantes, los músicos de la comparsa, luego los fieles, pero cuando los fieles habían ya pasado en su totalidad, desde la última columna se desprendió una mujer que se acercó hasta su ventana, todo fue muy rápido, difícil muy difícil para Margarita poder rescatar con la mirada algún detalle de aquella mujer.

Lo cierto es que entregó una diminuta caja aparentemente de zapato, la mujer junto con pasarle aquella caja le dijo: -¡Toma, témela, mañana la paso a buscar a esta misma hora!

La mujer luego de entregar la caja se alejó al mismo tiempo que terminaban sorpresivamente los sonidos de la procesión.

La curiosidad se apoderó completamente de Margarita quien sin mucho que esperar solo quiso abrir la caja. Grande fue su sorpresa al encontrarse con el contenido de la caja, esta sólo traía huesos aparentemente de guagua. La mujer no caía en el asombro y el miedo, aquella noche fue imposible para ella poder cerrar los ojos, le daba vuelta y vuelta el cómo solucionaría aquel problema que gratuitamente se había ganado y que la comprometía gravemente sin lugar a duda.

Tanto le dio vuelta el asunto que solo decidió acercarse a la iglesia para ver si se encontraba con el señor cura y que éste le pudiese ayudar.

A primera hora de aquel día se dirigió a la capilla, donde casualmente encontró uno.

La mujer le contó todo al cura, con lujo de detalles. Cuando la mujer había terminado el relato de tan atroz experiencia, el cura analizó profundamente el relato y luego le dio un consejo a Margarita. Le pidió que por ningún motivo dejara de asistir aquella cita que le habían extendido aquella extraña mujer. Además le pidió que se hiciese acompañar de una guagua y cuando le entregase la caja de vuelta a la mujer debía hacer llorar al angelito. Además le pidió que no divulgase mucho aquel acontecimiento y luego le dio una bendición.

La mujer aquel día pidió a una hija que la acompañara a dormir, la hija

tenía una pequeña de unos 7 meses, la cual accedió inmediatamente a la invitación.

La hora prevista se acercó, el pánico enmudecía completamente a Margarita. Entre abrir y cerrar la ventana el tumulto sorprendentemente se encontró frente a la ventana luego que nuevamente pasaron los chinos, la comparsa, los fieles y nuevamente la mujer se le acercó y al extender las manos le dijo:

—¡Vengo por la caja!

La mujer le entregó la caja y de inmediato le dio un pellizco a la guagua, la cual desató un desgarrador llanto. La mujer que había venido por la caja con los restos óseos se enfureció y le dijo:

—Agradece a esa guagua o si no hubiese visto lo que te habría pasado, vieja tal por cual.

La Margarita de inmediato cerró la ventana en la experiencia más aterradora que jamás hubiese vivido. Lo único que se le vino a la mente en aquel momento fue prometer que jamás volvería a meterse en la vida de nadie y menos a mirar por la ventana y mucho menos de noche.

LA GRAN LINCORDIA

Había que levantarse muy temprano, mucho antes que rayara el sol. Era realmente agradable madrugar cuando el verano se avecinaba. Faltaba ya poco para que el salterio de verano diera comienzo a la estación estival. En la ciudad y en el pueblo la mayoría de sus habitantes se preparaban para celebrar Navidad y Año Nuevo, además, se debería ultimar los detalles para veranear, en las playas, ríos o en cualquier centro de recreación veraniega

Para Romelio, la estación veraniega marcaba inevitablemente un cambio de rutina en su vida cotidiana. Debe trasladarse hasta los contrafuertes cor-

dilleranos, para forrajear el ganado, evitar que se adelgace, salvar las crías y enfrentar con mayor tranquilidad el nuevo invierno.

El reloj marcaba las 4:30 a.m. y una fuerte voz replicaba en la habitación:

—Levántate, Juancho.

—Este niño de miéctica; tan flojo pa' levantarse.

—Levántate, Juancho.

—Ya agüelo, ya agüelito. Tenía sueño.

—Cómo no vai a tener sueño; sabí que tenemos que irlo hoy día y más encima te acostaste temprano. Eso es pura flojera.

Sin más espera, el Juan se puso la ropa, se puso los zapatos y de un dos por tres, mientras la llamarada del caldero iluminaba la humilde fachada de la casita, mientras una leve brisa movía tenuemente los álamos y los perales cargado de peras de pascua, que sonaban una a una al caer.

El temprano desayuno se encaminaba mientras se ensillaban los caballos. Se calzaban los aparejos a la tropa, alistaban las mulas y revisaban el ganado.

Después acarrear al corral los víveres, el utensilio, los sacos de cebada, para el forraje de las bestias, y así emprender la travesía.

Cuando el sol empezaba a levantarse, ya el ganado y las bestias se podían apreciar culebreando, el camino de tropero que los llevaría a las anuales veranadas, tan habituales para los campesinos del Norte Chico.

Cuando el recorrido ya sumaba unas 7 horas, el paisaje empezó a cambiar. Los arbustos eran un poco más abundantes y un poco más grande. Claro que si el Juancho a sus siete años jamás había visto una algarrobilla tan grande. Paso a paso el paisaje ofrecía para el Juancho un mundo nuevo que iba descubriendo. Mientras el perro, llamado Coronel, arriaba el ganado y encaminaba a las bestias tantas sorpresas escondían estos cerros que el Juancho admiraba muy a lo lejos desde su lecho maternal, que hacía 7 años solamente lo había visto llegar a este mundo, y ya lo tenía injustamente

trabajando y, lo que es peor, le negaba la posibilidad de vivir el encanto infantil de aquella Navidad, le impedía disfrutar sus vacaciones de verano, mientras otros niños de su colegio rural de Cachiyuyo, a lo menos, se quedan en su casa jugando.

Pero la travesía estaba llena de novedades. Una y otra liebre se escabullía, un zorro chilla y parece cantar con sus aullidos, mientras los yales armonizan el viaje, con un trino mucho más especial. Una tímida vizcacha adorna el paisaje, pero decide refugiarse entre los rodados que cobijan su madriguera mientras pasaba la tropa y el ganado y la mirada de Juancho le hacia la puntería.

El Juancho aunque cansado, en las ancas del caballo, se ve cansado y contento con sus infantiles sueños los que lo hacen emprender esta precoz aventura en medio de una absoluta inocencia.

El día estuvo lleno de sorpresas y novedades para Juancho, pero también estuvo cubierta de preguntas, que el viejo gruñón a veces respondía.

Se acercaba la noche, había que rodear el ganado para acampar. El Juancho tenía que poner los tachos para la choca y comer algo después de este largo día. Tenía además que alistar las caronas y los pellones con los cuales tenía que improvisar una cama que cobijaría y calmaría los dolores del viaje. Mucho trabajo sin lugar a duda para tener solo 7 años.

El Juancho jamás tuvo padre, solo conoció una madre y ésta hacía 4 años había decidido rehacer su vida, en aras de otro hogar, pero sin Juancho. El niño era tímido. Y cómo no iba a ser tímido, si todos los días el viejo lo retaba. A los 7 años más de un chicotazo había recibido.

El Juancho era el típico hijo de aquella mujer que posee un corazón grande para enamorarse y ojos amplios para mirar al primer forastero que llega al pueblo, pero que al poco andar no tiene corazón y no posee ojos para criar al fruto irresponsable del primer amor.

Es así como el Juan se ha criado con los abuelos, a merced del escaso cariño que puede cosechar de las pocas gracias y meritos que puede cultivar.

Al caer la noche el Juancho seguía descubriendo y asombrándose. Tuvieron

que dormir a la intemperie, así que podía apreciar el cielo estrellado, una hermosa luna que adornaba el cosmos infinito, mientras el abuelo replicaba muy cerca de él:

—Mañana otra vez temprano, gancho, que hay mucho que recorrer.

—¿Y queda mucho? —pregunta el niño.

—No, ñatito, no queda mucho, pero igual hay que andar todo el día.

—Y voy a ver el río, tata.

—Lejos, porque de la loma no más se puede ver el río, pero muy alto. Por allí cerca queda San Félix y más arriba la cuesta y mucho más allá el corral, pero no se puede bajar, es muy lejos y cuesta muy larga y parada (respondió el abuelo).

Pero de repente algo inesperado para el Juancho, jamás se le había imaginado, ni en sueño, una gran laguna de aguas cristalinas y transparentes. En la imaginación de un niño de pueblo no puede haber tanta belleza, tanta agua en medio de cerros y montañas inmensas.

El Juancho estaba realmente fascinado solo quería bañarse o tocar solo un momento el agua, pero no, el abuelo se puede enojar y me puede pegar un chicotazo (pensaba el niño).

De repente no lo pensó más, me meto no más al agua, pensó el niño. Así que muy de improviso el niño se encontró en medio del agua. El agua era muy helada, pero eso no le quitaba mérito; la laguna era preciosa.

El Juancho se preguntaba si acaso eso era el mar, pero era raro, el mar queda hacia la costa y no hacia la cordillera... pensaba que si se lo preguntaba al abuelo, cuando apareciera, ya que en ese momento, no se apreciaba su presencia, mientras tanto el momento invitaba solo a disfrutar del agua aunque esté helada

El niño trataba de hacer memoria, algo le decía que aquel escenario le recordaba algo y se preguntaba una y otra vez, pero era muy raro, él jamás había salido de su casa, menos había ido a la cordillera en otra ocasión que

no fuera esa, pero el niño sentía un gran temor. Seguía recordando como si le fueran a pegar por alguna falta grave.

De repente un fuerte grito interrumpió el baño y enmudeció el panorama, transformándolo totalmente:

—Juancho, niño de miéchica no más, mira te measte; mira cómo te dejaste las tapas.

—Mojaste los pellones y las coronas, niño de porquería, ya vaya a ver, no más.

El niño apenas despertaba del sueño tímido e indefenso, se doblaba y se tapaba con gestos... solo gestos tratando de explicar con la mirada que él no tenía la culpa de nada.

El abuelo mojado se daba vuelta muy enfadado, irritado de rabia, pero en primera instancia no golpeó al menor.

—Ya chiquillo de miechica, ahora mismo nos vamos.

—Alista las cosas.

—¡Allá arriba te voy a dar el remedio!

El pequeño Juancho no caía en el tremendo temor que sentía de llegar a la majada de arriba. Seguro que cuando habló de remedio, el viejo lo amarraría para azotarlo, ya que la abuela cada vez que se orinaba lo golpeaba severamente, por eso sentía temor en medio de aquel sueño.

De manera tal que emprendieron nuevamente el viaje, el niño enmudeció todo el camino mientras el abuelo lo miraba. En la imaginación del niño pasaba una y otra vez la idea y la forma en que sería castigado, se desesperaba cuando veía al viejo con los pantalones mojados. El Juancho suspendió las preguntas y nada logró llamar la atención ni el paisaje ni el río de San Félix, que se divisa a los lejos. El niño solo esperaba el momento en que podía incluso ser torturado por su falta, así lo imaginaba una y otra vez.

El viejo a su paso en la larga travesía que parecía interminable, desmonta por un momento y por un instante recorrió los matorrales y el menor

pudo apreciar cómo recogía unas hierbas al momento que musitaba y decía: ¡en buena hora te encuentro!

Luego el anciano retomó el caballo con el menor aún montado y retornó al camino mientras el perro arreaba el ganado y las bestias.

Al caer la tarde, cuando el sol empezaba a esconderse en medio de una quebrada, se encontró con el campamento. Grande fue la sorpresa para el niño, quien tenía muchos sueño, además que deseaba conocer aquel lugar, pero no dijo nada, el temor fue aún mayor.

De repente el abuelo dio la orden:

—Juancho, hácete el fuego, altiro y pónete los tachos.

El niño, temeroso y enmudecido, con mucha dificultad trataba afanosamente de encender el fuego.

—Apúrate, niño de miéchica, todavía ni prendís el fuego; en una cordillera te morís de frío si no prendí fuego, niño de miéchica —volvía a rabiar el abuelo.

Cuando el agua había hervido, el anciano tomó las hierbas que había tomado en el camino. Las puso en un jarro y luego les vació agua hirviendo... luego miró al niño y le dijo:

—Y a ti niño ¿qué quedaste mudo?

—No, tata, usted me va pegar porque me meé anoche.

—No, hijo, aquí está tú remedio. A mí también me pasó lo mismo cuando era chico y me hacía pichií en la cama, hasta muy grande. A mí también me criaron los abuelos y a veces me pegaban. Ahora estamos los dos solo, somos compadres y nadie me lo va a golpear. Tu abuela está lejos, somos socios, cómo vamos a andar peleando; ya, tómate la hierba de Lincordia que recogí, esto te va a curar el hielo de la pajarilla, tal como a mí me lo sanó. Ahora mismo, compadre, empieza el tratamiento... Mire que a falta de cariño, los montes pueden curar el mal.

—Mañana es otro día y hay que preparar las cosas pa' hacer los quesos y vai a ver, no más, que hasta zapato nuevo te voy a comprar cuando volvamos al pueblo.



TERCER PREMIO REGIONAL III REGIÓN DE ATACAMA

PENADURAS DE RETÉN

RAFAEL G. ROJAS GARCÍA
43 AÑOS
PROFESOR DE ESTADO
ALTO DEL CARMEN

Alto del Carmen era en décadas pasadas un pueblo de paso donde la vida transcurría lentamente. Viajeros provenientes de los valles de San Félix y de El Tránsito pasaban por allí para visitar Vallenar, en un viaje que se hacía interminable; había que disponer de una semana para ir y volver a caballo o en mula, porque eran muy pocos los vehículos que se aventuraban por aquellos polvorientos caminos.

Existía en Alto del Carmen una hermosa plaza con su imponente iglesia y cerca de allí un retén de Carabineros. Es allí precisamente donde se desarrolla una historia muy singular y digna de escribirse.

Ser carabinero en un lugar tan alejado de la civilización no tenía mayor novedad, sí lo era el hecho que el cabo Gutiérrez era bastante atractivo y a decir de él mismo “totalmente soltero”. Claro que la soltería le duró hasta que apareció en su vida Raquel, que para él representaba la dicha misma.

De improvviso, y tal como ocurren estas cosas sobrenaturales, las vecinas comenzaron a escuchar extraños llantos cerca del Retén. Rápidamente las vecinas se ocuparon de divulgar que en plena plaza cercana al Retén había algún alma de aquellas que no quieren irse y que de noche asustan con su llanto y sus gritos a más de algún parroquiano madrugador y hasta a los más valientes vecinos. No faltó quien vio sombras que arrastraban cadenas y otras visiones que tenían preocupados y aterrados a los vecinos.

—“Mi cabo –decían las crédulas señoras–... –¿No ha escuchado el llanto de una criatura en la noche?.. parece que alguien está penando”...

—“No, señora, yo no escuché nada” ... –contestaba el carabiniro.

Las preguntas se repetían en forma incansable durante meses, hasta que ocurrió lo inevitable...

Fue la señora Audelina, una dama de la localidad, quien ayudó a develar el misterio de estas “penaduras” en el retén de Alto del Carmen. Ocurría que de la unión entre Raquel y el cabo Gutiérrez había nacido una criatura que traía la felicidad a la familia y que de noche era llevada al Retén en una cómoda cestita de mimbre, mientras doña Raquel acompañaba a su marido en aquellas interminables guardias. La bebita, como buena mujercita, lloraba a todo pulmón cuando requería la presencia de la mamá; llanto que era escuchado a varias cuadras de distancia del Retén.

Han pasado muchos años de este episodio, Alto del Carmen ha crecido en población y también en desarrollo. El cabo Gutiérrez ya está jubilado y vive con su señora en La Serena. La bebita ya ha crecido, es profesional y trabaja en Alto del Carmen en la docencia. La familia todavía recuerda esta historia con gran simpatía. Por eso cuando la hija visita a sus padres en La Serena, sale a recibirla el papá y le pregunta: ¿Hija eres tú de verdad... o de nuevo anda penando?

MENTIÓN HONROSA

III REGIÓN DE ATACAMA

“HA DE NACER...”

SIMÓN GUSTAVO IRIBARREN CÁRDENAS
52 AÑOS
PROFESOR
ALTO DEL CARMEN

¡Ha de nacer...!, tres palabras que martillaban el cerebro de Juan. Luego volvía a ensimismarse repitiendo su nombre.

—¡Juan Campillay Campillay!

Desde que empezó de nuevo a llover, Juan para mitigar su impaciencia repetía mecánicamente su nombre. Juan Campillay Campillay, ese era él, y Dios le iba a dar un hijo ¿cómo irá a ser mi hijo? ¿o hija?

Ha de nacer... volvía a repetirse Juan, la camioneta en que viajaba con su Manuela, trataba de salvar suavemente los accidentes que la lluvia estaba produciendo en el camino.

Juan se encontraba trabajando en la quebrada cercana a su casa cuando comenzó a llover, era la tercera lluvia del año, una lluvia inesperada y con una intensidad poco común. Guardó sus herramientas y rápidamente enrumbo a su hogar, su Manuela estaba sola, ya casi cumplía 9 meses de ansiosa espera, en algunos días más debía viajar a Vallenar para hospitalizarse.

¡Ha de nacer...!

Juan recordó con amargura el primer embarazo de su Manuela, su hijo no alcanzó a conocer el valle, se fue antes de nacer. Juan mira a su Manuela, y

le entrega una sonrisa donde va toda su fuerza y su tosca dulzura de hombre de campo.

¡Ha de nacer...!

La camioneta llega a La Pampa, Juan tiene varios amigos ahí. La Angostura y ya se acerca al Portillo.

Juan medita ¿cuántos Campillay habrán trabajado en la construcción de este camino?

—¡Seguramente fue un Campillay el que dio el primer golpe para romper la roca y “fabricar” El Portillo!

¡Ha de nacer...! Cuando Juan llegó a su casa en la mañana, sólo pensaba en arreglar la ropa, para que su Manuela se fuera a la maternidad, su hijo ¿o hija?, iba a llevar orgulloso el apellido Campillay, ese apellido, que según él, era lo más propio del valle.

¡Ha de nacer...!

La camioneta llega a la Quebrada de Pinte, el caudal no permite el paso del vehículo, hay que hacer traspaso, le informan; a un vehículo municipal que vienen subiendo para llevar a su Manuela al hospital

¡Ha de nacer...!

Cuando Juan entró a su casa esa mañana, encontró a su Manuela llorosa y gimiendo, tendida en la cama, ¡hasta ahí no más recuerda Juan! Luego vuelve a la realidad viajando en la camioneta de Don Segundo, su Manuela lo mira y aprieta su mano.

¡Ha de nacer!

Juan Campillay ya está al otro lado de la Quebrada de Pinte, su Manuela lo mira y Juan sonrío por segunda vez en el día.

El vehículo municipal con su radio encendida saca a Juan de su ensoñación.

—Aquí, móvil uno para central...

La Quebrada Pie de Gallo viene bajando con fuerza, la Quebrada de Tatul arrasó con varias casas en el pueblo de La Vega. El vehículo logra llegar a El Tránsito, aún hay vestigios de la fiesta religiosa, del 15 de agosto, Juan piensa en la virgen y repite con fuerza:

¡Ha de nacer...!

¡Tiene que ver como su padre monta a caballo, y gana la carrera! Sus oídos tienen que escuchar los aplausos para su padre.

¡Ha de nacer...!

¡Y tendrá que ir de la mano de su Manuela, acompañando a la Virgen por las calles del pueblo! ¡aquí! ¡en ese pueblo nació Juan Campillay!

¡Ha de nacer...!

El conductor sortea todos los obstáculos. Pasan lentos; Chancoquín Grande, Chancoquín Chico. Los Perales, Chigüinto...

En Chigüinto hay muchos Campillay, piensa Juan, luego suspira. Su Manuela gime.

El Olivo, Placetas... El Terrón, ahí en esa cancha jugó Juan su primer partido de fútbol, su profesor lo trajo, ¡su profesor...! Claro, el viejo lo quería; el "Campi", le decía.

¡Ha de nacer!... La Junta...

—Móvil uno para central.

Se produce el otro trasbordo y su Manuela gime. Ahora está en la ambulancia.

¡Ha de nacer... Ha de beber gota a gota la solidaridad de los huascoalinos!

¡Ha de aprender a leer en las humildes y bulliciosas escuelas del valle!

¡Ha de saber que los Campillay son como esta tierra! La ambulancia llega a Vallenar. Juan vuelve a su inconsciencia.

¡Ha de nacer...! Esas tres palabras lo despiertan.

—¡Juan Campillay Campillay!-

Una señorita de blanco se acerca. Juan tiembla, no quiere recordar el pasado, el hospital no es su amigo.

¡Ha de nacer...!

¡Porque no querrá que su padre llore de nuevo!

—¡Juan Campillay Campillay!

La señorita de blanco llega a su lado.



MENCIÓN HONROSA III REGIÓN DE ATACAMA

LA FLOR HECHIZADA Y EL PICAFLOR

PEDRO ALFONSO BOLADOS GÁRATE
36 AÑOS
TÉCNICO AGRÍCOLA
VALLENAR

Revoloteando por el aire, y con una mirada atenta buscando flores; el picaflor hacía su rutina de obligación para poder tener su alimento diario.

Esta ave llevaba muchísimo tiempo picando a las flores, para succionarle el néctar y transformarlo en alimento, lo mismo hacían las mariposas, las abejas, y muchos otros insectos; aunque era rutina, lo voluptuoso de la mariposa, y la sencillez de la abeja, eso, eran unos valores incalculables dentro del reino animal y principalmente en el reino de los insectos, y todo esto, se hacía muy entretenido.

En la vida silvestre, tanto las aves como los insectos tenían sus propios sectores donde trabajar con flores de distintos tamaños, formas y colores, pero en tiempo de escasez de flores todos se unían para así mantener el equilibrio de estos preciados seres del mundo vegetal.

Un día, cuando todo parecía normal, entre tantas flores que estaban danzando en el campo y el compás del roce que producían las hierbas con el viento, apareció debajo una enorme roca una flor que tenía muchos colores. Era muy especial y diferente a las otras flores del sector. Curiosamente, en el centro esta flor tenía un color negro y muy triste.

Por otro lado, tanto los pájaros, los insectos y las demás flores tenían un mal presentimiento porque nunca en su vida habían visto algo igual.

El picaflor por su parte no le interesó ni la forma ni el color ni nada, solo quería ser él, el que succionara el néctar de esa flor.

— Debe ser un néctar muy exquisito —pensaba en silencio el picaflor y nadie me impedirá de ingerir ese néctar, porque es una flor única en este sector y además esta en el límite mío con el de la abeja.

Este picaflor era muy huraño, y para él todo debía ser fácil, siempre estaba peleando con sus compañeros, se adelantaba para tomar más néctar que los demás amigos y en tiempo de escasez este ya no respetaba las reglas del sector y generalmente hacía y deshacía sin medir consecuencias.

Por otra parte, sus amigos, que ya eran muy pocos, y los demás picaflores, entre ellos, mariposas, abejas, y otros tipos de insectos, ya estaban aburridos con él porque este no respetaba nada.

Viendo su ambición y codicia de este picaflor, le trazaron un plan, para que nunca más fuera irascible, para que se diera cuenta que por el bien de él y de todo el grupo, tenía que respetar a sus pares y respetar las reglas, sobre todo en tiempos de escasez de flores y como había nacido una nueva flor en ese sector; que con solo verla daba miedo, pues dejaron que la codicia del picaflor lo llevara a degustar ese, según el picaflor, delicado manjar con el néctar de esa flor que a todo el lugar y los seres que ahí vivían les daba miedo.

Cuando el picaflor comenzó a danzarle a la flor, para cautivarla con su espectacular movimiento, oyó una voz que parecía que venía de adentro de la flor y sin hacer caso a lo que él había escuchado, intentó nuevamente, pero volvió a escuchar esa voz y el picaflor, aparte de ser ambicioso y malo, también era muy curioso y esto lo llevó a detener su ritual y a escuchar lo que quería decir esa flor.

— Sé que tú eres un ave que tiene que sacarme el néctar para alimentarte le decía la flor con un tono de voz que no era normal, y por lo visto y escuchado de otras flores, tú eres un picaflor muy antipático, ambicioso y además curioso. Hoy cuando estabas haciendo el rito común que le hace a las flores antes de succionarle el néctar, decidí hablarte porque no quiero que caigas en una trampa.

El picaflor no quiso creerle a esta flor, que por la forma de hablar, algo tramaba o alguna cosa maligna tenía, así es que comenzó a bailar su danza

alrededor de ella y mientras lo practicaba pensaba que si no lo hacía ahora, además que era mucho el hambre que este tenía y ante una flor nueva y grande se figuraba darse un buen banquete.

La flor le siguió insistiendo.

—Por favor —le rogaba la flor—, no hagas nada, búscate otra flor porque conmigo tendrás varios problemas y puedes quedar hechizado para siempre. Yo estoy embrujada, le decía la flor, desde hace muchos años.

El picaflor no le creía nada, pero haciéndose el agraviado, comenzó a escuchar la historia de la flor; del porqué estaba embrujada. Total, dijo el ave, tengo tiempo y dejaré que se desahogue esta flor de su pena y después le tomaré todo el néctar que esta tiene acumulado y que debe estar apetitoso.

Al picaflor le había nacido un deseo incontrolable de degustar ese manjar que estaba a su lado, era como una fuerza extraña, el picaflor no podía definir bien qué cosa era lo que no lo dejaba alejarse, si no que cada vez más lo estaba atrapando e hipnotizando y además comenzaba a hacerse agua la boca por tragar ese manjar

La flor empezó su relato diciendo:

—En el siglo pasado hubo muchas flores como yo e incluso otras más hermosas, adornábamos los campos, los cerros y quebradas, las llanuras y en fin todo lo triste y desolado nosotros colocábamos el tono de alegría y de esperanza, de belleza y entera pasión, éramos símbolo del amor, crecíamos libres, nos reproducíamos por años. Dimos y entregábamos el preciado néctar a tus generaciones anteriores, a las mariposas que nos daban sus danzas como regalo por el alimento que nosotros les entregábamos y a las abejas que con sus particulares sonidos alegraban el día para que nosotros les proporcionáramos el polen para que ellas crearan su alimento que es la miel.

Al pasar el tiempo, continuó la flor comentando su vida y de por qué habían pasado, mientras el picaflor con un deseo incontenible de probar ese néctar aunque él se resistiera no se podía controlarse en su deseo, y se sentía extraño porque nunca le había pasado algo parecido. Nacieron nuevas flores, nuevos picaflores, pero cada vez había menos campo y apareció la envidia y la codicia de la gente, aparecieron brujos y hechiceros, y nosotros principalmente, mi

especie, poseíamos un ingrediente muy importante para crear maleficios, por lo tanto comenzó el ataque y la destrucción de mis hermanas, pues nada podíamos hacer porque solo éramos un tipo de hierba más.

Un día cuando nosotros todos mirábamos con impotencia como nos destruían, apareció una rana por debajo de nuestras hojas y nos contó su problema, había sido embrujado por un hechicero maligno porque esta antes de ser rana era un ser humano, un hombre que practicaba la hechicería buena y que estaba protegiendo a las flores de nuestro tipo contra la maldad y la brujería oscura, pero este hechicero o esta rana necesitaba nuestra cooperación. Solo necesitaba una gota de nuestro preciado néctar para volver a ser normal, nosotros le cooperamos y logró su objetivo, pues él destruyó muchos brujos y malos hechiceros, salvó miles y miles de flores, pero desafortunadamente quedaba un brujo muy poderoso y destruyó al hechicero bueno y a nosotros nos envolvió un embrujo que cuando él muriera nosotras las flores quedaríamos embrujadas para siempre.

El picaflor escuchaba muy atentamente y le preguntó: —¿por qué ustedes quedaron hechizadas, si ustedes aportaban el producto principal para sus maleficios? La flor respondió porque nosotros le ayudamos al hechicero bueno y este destruyó a todo el clan malvado y solo quedaba este brujo que era más poderoso que el bueno y le quito sus poderes convirtiéndolo en lo que es, una rana. Ahora el malo ya murió y hoy sé esta cumpliendo el embrujo.

Solo estoy quedando yo, que ya crecí debajo de esta piedra, de la última semilla de mis padres las otras no estaban fértiles porque parte del maleficio de este brujo era destruir mi especie y a quienes se alimentan de nosotras, es decir, todos ustedes.

El picaflor asombrado y con una atracción extraña por probar ese néctar y este creyendo la historia de la flor le dio miedo, quiso desistir, pero ya era muy tarde, el maleficio que tenía esta flor atraía a los pájaros a las mariposas y todo tipo de animal ave o insecto que intentaran comerla o probar su néctar, al picaflor lo tenía atrapado y no podía retroceder aunque el quisiera.

Esta ave vio que se le cumplían sus días, ya estaba perdido y en su desesperación, le pregunto a la flor qué cosa se podía hacer para terminar con este maleficio y de puro asustado que estaba, comenzó a recordar su vida, todo lo malo que él había sido, todo el daño que hacía a sus amigos, además que no respetaba la tregua, en fin le vino el arrepentimiento y el miedo a morir.

La flor le dijo:

—Hay una sola curación.

—Y ¿cuál es? —La pregunta desesperado y hambriento del picaflor.

—La flor le responde, tiene que venir un ave, una mariposa, o una abeja y tiene que ser valiente, tomar mi néctar, pero la última gotita tiene que dejarla caer en mis raíces.

El picaflor le pregunta:

—¿por qué sabes tú de la curación si el brujo lo que quería era exterminarte? La flor nuevamente diciéndole al porfiado picaflor.

—Cuando curamos al hechicero bueno, nos dio la receta para que nosotros, si nos embrujaban, tuviéramos salvación, pero todo ha sido en vano. Ya ves tú solo estás quedando yo y esto es debido a que por años no han encontrado a ese insecto, ese animal o sea ave que se sacrifique por nosotros, porque el que nos ayude correrá el riesgo de que muera junto conmigo y por ese motivo nadie quiere ayudarnos a curar, me comprendes ahora, picaflor.

Esta ave aunque todavía no se convencía de esta tremenda historia que la flor había contado, pero reconocía que estaba asustado pero dudaba y pensaba, qué pasaría si fuera cierto lo que la flor le había contado.

Dijo el ave, con miedo e incrédulo, —no te preocupes que yo te voy a ayudar.

En la mente del pájaro sólo cruzaba el deseo de probar ese néctar y no creía mucho lo que le decía la flor y sin pensarlo tres veces introdujo su pico hasta el corazón de la flor y comenzó el gran deseo del picaflor que era ser el primero de todos el que degustara el néctar de esa única flor que estaba en el lugar.

La flor hechizada le dijo:

—No te olvides de dejar la última gota para mis raíces o de lo contrario vas a morir, recuerda, vas a morir al igual que yo, aunque el picaflor solo

pensaba no saciar su antojo, este en su memoria tenía considerada la última gota de su néctar para que según la flor se rompería el maleficio que tanto anunciaba y que con tanto asombro y desesperación lo hacía la flor.

Entonces comenzó el gran placer del picaflor, de probar ese manjar. Era su gran día, el día más esperado y la satisfacción que sentía al darse cuenta que todos en el lugar veían atentamente la hazaña del picaflor. Lo que no sabía el ave que lo del embrujo era cierto y los demás compañeros y amigos estaban ahí, no para ver con envidia al picaflor, sino que querían ver qué pasaba con el embrujo, la flor y esta ave tan ambiciosa y mal genio.

Cuando estaba por terminar de tomarse todo el néctar, el ambiente se puso tenebroso, cambió como algo instantáneo. El sol se tornó bien rojizo como un atardecer, la brisa se aceleró y comenzó un viento muy fuerte, el valle se había oscurecido y todos tuvieron que cubrirse.

El picaflor se dio cuenta de lo que pasaba y quiso retroceder, pero ya estaba siendo muy tarde y esa fuerza extraña que al principio lo atraía era mucho más poderosa. Desde el centro de la flor salió una sombra que afuera tomó forma humana y exclamándole a la flor y al ave le dice:

—No podrán jamás romper el hechizo, porque no saben cómo hacerlo y, tú pájaro mal nacido, eres ambicioso y codicioso, hurafío y peleador, aunque la flor intente hacer algo nunca podrán salvarse, morirás tú y la flor y todo lo que está alrededor de ustedes quedará como un desierto sin vida; he triunfado y comenzaré mi reinado para siempre.

La sombra maligna, que obviamente era el brujo malo, ya estaba triunfando, más aún porque había hipnotizado al picaflor y aunque él quisiera no podría salir de esto.

Unos compañeros que estaban escondidos en esos alrededores pensaban en rescatar al picaflor, pero se preguntaban qué pasaría con él y con esa flor y más aún con el brujo.

—Qué tenemos que perder, dijo uno.

—Si al final moriremos de todas maneras.

—Tienes razón, dijo otro.

Así es que se decidieron y fueron al rescate del cascarrabias que era el picaflor.

Lo que no se esperaba el brujo, era que sus amigos iban a rescatar a esta ave y de un momento a otro se dejaron caer; con su pico tomaron de la cola y de las patas, tiraron fuertemente hasta que el picaflor sacó su pico del centro de la flor, el brujo quiso atraparlos a todos y el picaflor escupió néctar en su imagen de humano bañando completamente al malvado hechicero. Todas las demás flores dieron su néctar a las otras aves e insectos y atacaron con furia al brujo destruyéndolo para siempre.

Todos alegres por ese triunfo contra la maldad, las flores, las aves y los insectos, sin planificar nada coordinados todos sus aportes y esfuerzo, ganaron la batalla contra este maleficio.

Sólo faltaba ver qué cosa había pasado con el ambicioso picaflor. Se acercaron al lugar y vieron que la flor había cambiado totalmente su apariencia y como en un acto de magia había miles de ellas. Era un milagro y todas de un color rojo intenso y a cada planta le nacía una o dos flores más que danzaban muy felices.

Asombrado por este cambio y por este prodigio ellos preguntaron qué había pasado, entonces la flor madre respondió:

Gracias a este picaflor, que todavía duerme a mis pies y que ustedes lo veían codicioso y esquivo, hemos sido salvado por él, y así como yo cambié mi apariencia este picaflor será muy distinto a como lo conocieron.

Cuando me vieron nacer tenía muchos colores y un aroma muy agradable, pero solo era una pantalla porque el hechizo me hizo cambiar de apariencia, para atraparlos a todos ustedes. Afortunadamente llegó esta ave logró junto con ustedes luchar contra la maldad y romper con el embrujo, yo cambié y en señal de mi agradecimiento esparcí mis semillas para que tuvieran para siempre alimento; nacerán todas las temporadas después de cada lluvia y hermosearé este desierto. Uno de ellos le pregunta, asombrado:

—¿Y qué era ahora?

—¿Cómo te llamaremos?

La flor irradiaba amor, paz y libertad y danzando con la brisa cálida de ese desierto dijo:

—Simplemente, llámenme añañauca.

En ese momento despertó el picaflor y se extrañó al ver tanto cambio en él y exclamó asustado:

—¿Qué es?

—¿Quién me hizo esto?

—¿Quién soy, y porque tengo tantos colores?

La maravillosa añañauca dijo:

—Tú eres el pájaro que nos volvió a la vida y los colores que yo tenía antes quedaron en ti. Ahora tú eres único en tu especie en este desierto. Serás un ave de siete colores que vivirá para siempre.

Todos felices por lo transcurrido en ese lugar, danzaron y jugaron con el viento porque lo que estaban viendo era un milagro de nuestra Madre Naturaleza.

Como lo prometió esa preciosa flor, en estos tiempos está danzando al compás del roce que produce el viento nortino con las miles y miles de especie de flores y reproduciéndose cada vez más. El ave de siete colores quiso explorar más al sur y se fue a ser colonias de su especie más al sur.

Esta, tan preciada flor, que es la añañauca, hoy es el símbolo del desierto florido y hace que este desierto se cubra con una alfombra multicolor.

PRIMER PREMIO REGIONAL

IV REGIÓN DE COQUIMBO

LA LUZ

FERNANDO BARRERA
35 AÑOS
AGRICULTOR
LA HIGUERA

Relato de un sobreviviente del vapor Itata. Todo era quietud en el pueblo de Los Choros. Sus habitantes se reunían cada noche en casas distintas para sajar aceitunas. A la medianoche se daba término a este trabajo; luego las dueñas de casa servían té, café o chocolate, mientras otro grupo tomaba mate.

De pronto sienten unos pasos extraños en la calle, los que se acercan a la casa donde estaban reunidos alguien golpeaba la puerta. Todos se sorprenden cuando una cansada voz dice. –Por favor abran la puerta, somos gente buena somos náufragos del vapor Itata que se hundió en este sector llamado Altura de Coquimbo. Al abrir la puerta, se encontraron con tres hombres jóvenes que estaban mojados: el dueño de casa los hace pasar para que se abriguen cerca del brasero que estaba encendido, mientras los señores buscaban entre sus pertenencias ropa seca. Ellos cuentan que hay más sobrevivientes en la playa. Rápidamente la gente que allí se encontraba sale a dar aviso al pueblo, para dirigirse en caballo a la playa y brindar su ayuda. Uno de los náufragos que esa noche llegó al pueblo dijo lo siguiente: –cuando encontramos el bote, ya estaba oscureciendo, divisé una luz como si alguien tiene fuego encendido, cuando el bote llegó a la playa todos saltamos de alegría. Fue entonces cuando este día hubo muertos. Varios quedaron atrapados, pero siguieron viendo esa luz como una llama de fuego. Fue en ese momento cuando alguien dijo, –sígame deben haber habitantes ahí.

Los náufragos siguieron esa luz que les guiaba, pero cuando llegan al pueblo ésta desapareció.

Desde entonces los habitantes de Los Choros van en romería de estos náufragos para noviembre en la orilla de la playa donde está el cementerio de los náufragos del Itata dejan flores y rezan por el descanso de las almas de aquellos importados seres que murieron tan lejos de su tierra natal.

Actualmente los pescadores que navegan cerca de la costa de Los Choros en los botes y lanchas pescadores comentan sobre esa fogata.

Este hecho ocurrió la noche del 28 de agosto de 1922.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL IV REGIÓN DE COQUIMBO

INFANCIA CAMPESINA

RAÚL TAPIA TAPIA
67 AÑOS
TAPICERO, ARTESANO
COMBARBALÁ

Un día primaveral de septiembre, mi santa madre me aterrizó en este mundo. Esto ocurrió en 1935, en la comuna de Combarbalá, sector Quebrada Grande. Así empezó la vida de un niño, hijo de campesinos de la Región de Coquimbo. Después del parto, mi madre enfermó gravemente. La tía Nena tuvo que amamantarme y así me transformé en hermano de leche de mi prima Teresa, algunos meses mayor que el niño bautizado como Saúl por sus padres y padrinos.

Lo primero que recuerdo es el nacimiento de mi hermana inmediatamente menor, cuando la parturienta siente el síntoma del alumbramiento, y mi padre, que se desempeñaba como partero, tenía preparado el colgante y otros elementos para recibir a su hija. Fue necesario echarme de la habitación, aunque yo quería estar presente y tuve que conformarme con oír el llanto de la recién nacida. Fue algo novedoso para mis escasos tres años de edad. Al poco tiempo después recuerdo el casamiento de unos vecinos. Por algo muy especial, al llegar los novios desde Combarbalá con sus acompañantes todos montados en caballares, corrían formando números ocho alrededor de la casa de la novia, demostrando alegría y mucho entusiasmo, gritando ¡Vivan los novios!

Cuando tenía nueve años de edad, una niña de mi porte, la cual era mi amiga y vecina, y que yo la consideraba mi polola porque nos acariciábamos mutuamente, desafortunadamente por un resfrío mal tratado enfermó

gravemente y falleció. Fue una gran pena y sentí miedo a la muerte, mi madre me decía:

—Ella se fue al cielo, así lo quiso Dios. En el velatorio la sentaron en una mesa, le pusieron alas de cartón para su viaje celestial. Los cantores de angelitos le cantaban versos muy tristes como este:

"Como viajar por un desierto muy arenoso la muerte para mi hija fue muy fatigoso";

Después comprendí que la medicina puede controlar las enfermedades y recuperar la salud, pero en este caso no estaba a nuestro alcance esa solución en el campo en ese tiempo.

En 1943 me pusieron a la escuela, hasta El Guacho hay una distancia aproximadamente de tres kilómetros. En todo caso me gustó compartir y jugar con otros niños. Más o menos éramos 150 los estudiantes de primero a cuarto primario. Tanto niños y niñas más grandes teníamos que cocinar el almuerzo dirigidos por la profesora, quién además nos repartía el bocado. Conjuntamente con entregarnos la enseñanza, también se preocupaba del vestuario de los niños más necesitados. Cuando se terminaba la tiza, los niños que vivían cerca del Cerro Colorado se encargaban de llevar trozos de caolín, para escribir en la pizarra.

En abril de 1943, en la hora de almuerzo jugábamos en un almacén cuando sentí ruido, creí que era un vehículo. Después me di cuenta que temblaba. Todos corríamos. Don Nicolás Alfaro gritaba en la calle principal: "¡recen niños, recen!". Se golpeaba el pecho, se arrodillaba y volvía hacer lo mismo. Las aves volaban como sin sentido de orientación. Se levantó polvo de la tierra. Algunas personas lloraban; todos sentimos miedo. El esposo de la directora logró instalar una radio receptora en un pimiento y en esa forma nos informamos que el terremoto causó daños y algunos muertos, lo peor para nosotros fue que la zona más afectada estaba entre Combarbalá e Illapel.

Al poniente de El Guacho, en el sector de Majada de Zorras, un muchacho de 14 años estaba cuidando una guagua de diez meses que a la vez era su sobrino. Mientras los padres estaban en la hijuela en trabajos propios del campo, en el momento en que Nano sale a correr unos animales que se

acercaban a comerse las plantas de la casa, llega el terremoto y el pequeño que ya andaba afirmándose en las cosas en esos momentos estaba dentro de la casa que era de construcción de piedras y barro la cual se derrumbó. La guagua quedó al lado del muro, tapado con piedras y tierra, muriendo por asfixia. De inmediato llegaron los padres desesperados, diciendo.

¿Por qué dejaste al niño sólo y saliste arrancando?

Él respondió: "yo salía a correr las cabras y no alcancé a sacar el niño antes que se derrumbara la casa".

Quizás nunca le creyeron y a esta persona le quedó el dolor de ese difícil momento, y a los padres la terrible tragedia de perder el primer hijo, fruto de su amor, y además quedar sin vivienda.

Las réplicas de cada momento no permitían dormir dentro de las viviendas y durante varios días las familias alojaban en los patios, o debajo de los árboles. Mi abuelita materna parecía no saber lo que era el miedo. Estaba sola en casa en el momento del gran sacudón, después me decía:

— Lo único que sentí hijo, era que iba a morir sola con los perros.

En la tarde las familias se reunieron, regresaron los hombres que trabajaban fuera de la casa. No recuerdo haber recibido ayuda alguna; en esos años aún no aprendíamos lo que es la solidaridad.

Los niños más grandes de la escuela que vivían en el sector al pasar por el tendido telefónico comenzaron a romper los aisladores de loza a pedradas. Carabineros del retén de Quilitapia fueron a la escuela y a casa de un niño de trece años de nombre Pedro, presentando un reclamo y las amenazas correspondientes, esto no podía seguir ocurriendo, la madre de este niño lo castigó por estos daños, diciéndole; que lo podían llevar detenido si esto no se terminaba.

Al otro día mi padre me mandó a sacar un caballo que estaba en el cerco que cuidaba Pedro, que a la vez era su ahijado. Cuando yo estaba en eso, llegó una hermana de él, me ayudó a sacar el animal y rompió al llanto. Al llegar y entrar a la choza empezó a gritar: "¡Pedro está ahorcado!". Los vecinos se reunieron. Se comentaba que los pies llegaban al piso y no tenía

demostraciones de morir asfixiado. Los vecinos murmuraban. La comadre es una persona buena, ¿cómo lo podría castigar tan fuerte?, se preguntaba mi padre. En todo caso pasó por suicidio, y en ese lugar, en los restos que fue la vivienda, a la orilla norte de la Quebrada grande está la animita. Le prenden velas constantemente y dicen que es muy milagrosa.

Sonambulismo, soñar y tener pesadillas es corriente. Ser sonámbulo es más complicado. Cuando yo tenía ocho años, me empezó el sonambulismo, me levantaba buscando algo que creía tener perdido, mi abuelita me santiguaba y volvía la normalidad. En una ocasión, cuando tenía trece años, alojábamos en la era cuidando el trigo que estábamos cosechando. Me levanté y seguí a una bruja, yo le tiraba piedras, ella se burlaba haciéndome movimientos con el cuerpo. Lo real es que me desperté con el frío de la mañana, volviendo a lo normal encontrándome a unos cincuenta metros de la pila de trigo, donde seguían durmiendo mis hermanos y los perros que nos acompañaban. Lo único que en ese momento existía era el silencio propio de las tres de la mañana y el frío reinante.

En 1945 fue un año seco en esta región de nuestro país, mi padre junto a otros campesinos se fue a las salitreras. En un enganche nos mandaba encomiendas a la familia en general. Las enviaba a la estación de San Marcos, yo las iba a retirar. En uno de esos viajes, montado en un caballo, empecé a sentir fuertes dolores de estómago e intestino. Eran tan fuertes que empecé a encogerme sobre el animal. En el sector de El Quillay, localidad a mitad de camino, como pude tomé unas hojas de mole (al lado del camino) las mastiqué, tragándomelas. Al momento el dolor desapareció. Desde entonces las hierbas medicinales son mis favoritas y el molle en especial, aparte que es un buen mantenedor de la limpieza dental. El litre también tiene sus cualidades.

Mi abuelita materna siempre estaba acompañada por alguno de mis hermanos o yo, a ella nunca le decíamos abuela, sino "mamá Vito". Un día me dijo "¡vamos, al cerro y haremos arrope de litre!".

—¿Y eso es bueno para comer? -le dije yo.

—Por algo lo digo, el litre, no solo da leña, ya lo veremos —me contestó ella. Preparamos los tiestos y alimentos para el día, cargamos un burro y nos fuimos al pie del cerro Marchigüe. Llegando a él, saludamos: "buenos días

¡don litre!, esto hay que hacerlo para que no dé alergia (para que no nos enronchemos, dijo la mamá Vito).

Una vez en el cerro, juntamos leña prendimos fuego, se le dio punto a las semillas en su cocimiento, en un fondo grande, del cual al principio salía olor a pescado. Cuando estuvo bien cocido, colamos el brebaje, y para sorpresa mía quedó un caldo espeso y dulce de muy buen sabor.

-Para que te des cuenta -me dijo la mamá Vito- que los viejos y viejas han aprendido con los años.

Todos los días, al anochecer, mamá Vito siempre rezaba y se encomendaba a las almas, ofreciéndoles alguna cantidad de oraciones, rezándole tantos padrenuestros, tantas Ave Marías. A mí me encargaba que llevara la cuenta, para no equivocarse en la cantidad; lo ofrecido hay que cumplirlo.

En ese entonces, al hijo menor de la mamá Vito le correspondía hacer el servicio militar y el padre al ver que su hijo menor debía irse de casa y quedarían ellos solos, comienza hacer las gestiones para que no cumpla con ese deber, considerando la avanzada edad de sus padres. De todas maneras, Juvenal dijo -no voy al servicio, pero de todas maneras, me voy a las salitreras.

El papá, don Juan, dice:

—Ya que de todas maneras nos vas a dejar solos, vende trigo de ese montón que hay en la pieza, para que financies el viaje. Juvenal saca el trigo con una poruña metálica. A los días después estando sólo con la mamá Vito al lado fuera de la única puerta que tenía la habitación y siendo las nueve de la mañana, los dos sentimos el mismo ruido que hizo Juvenal, cuando envasó el trigo para venderlo. La mamá Vito exclamó ¡Anda a ver niño qué pasa dentro de la pieza con ese ruido!

Yo me dirijo, dentro y revisó, y todo estaba quieto y la poruña clavada en el centro del montón de trigo.

—¡Dios mío!, dice la mamá Vito, pobre hijo mío morirá antes de un año, por eso nos vino a penar.

De inmediato se puso a rezar y a pedir a Dios y a las ánimas benditas para que el hijo tuviera larga existencia.

Al parecer sus ruegos fueron escuchados. El tío tuvo una larga vida. Las entretenciones en el campo en ese tiempo eran creadas prácticamente por nosotros mismo. Los juguetes no los conocíamos, salvo cualquier cosa que nos parecía bonita, hacíamos pelotas de trapos para jugar pichangas en los arenales de la quebrada grande o en otros lugares. También juntábamos piedras de diferentes colores y esos eran nuestros imaginables rebaños. Cuando yo tenía entre cinco a siete años de edad, tenía dos amigos imaginarios, me refiero a mis amigos Agustín y Ausqueque. Con ellos conversaba y jugaba. Los nombres los inventé a partir del nombre de un niño conocido que se llamaba Agustín, a mí me gustaba ese nombre. Con estos amigos imaginarios jugaba a tener almacén y cuando era posible inventar, mi madre o mi padre más de alguna vez me sorprendieron conversando, y me preguntaban con quién estás conversando. si estaba solo... Yo les explicaba que tenía esos amigos y había que jugar y conversar con ellos, en esa forma daba curso a esas fantasías infantiles.

Una vez siendo ya adolescente, junto a otros amigos más menos de la misma edad, empezamos a pensar en el futuro y llegamos a la conclusión que había que buscar otros horizontes en el camino de la vida.

Con el permiso de mis padres yo tome el mío.

TERCER PREMIO REGIONAL IV REGIÓN DE COQUIMBO

Permítanme que en estas líneas
yo les relate mi historia
de esta mujer campesina
que aún conserva su memoria.

LA HISTORIA DE MI VIDA

ELVIRA AQUEA ROMERO
84 AÑOS
DUEÑA DE CASA
LA SERENA

Primero me presento. Mi nombre es Elvira, nací un 1° de diciembre en 1919, en un lugar llamado “El Mulato”, pero me crié en “El Milagro”, lugar cercano al de mi nacimiento.

Mi vida fue muy sacrificada y triste, puesto que mi madre, que ahora en paz descansa, quedó viuda con nueve hijos a los que tuvo que mantener con tesón y sacrificio. No pasó mucho tiempo y tuvimos que emigrar a La Serena en mejores oportunidades. En aquella época la vida era dura, lo que llevó a mi mamita a internarme en la Providencia, allí estudié y aprendí muchas cosas que las monjitas me enseñaron.

Pero mis penas se acrecentaban por las noches al no tener a la mamita a mi lado, mis ojos se inundaban de lágrimas que se impregnaban en mi alma de niña. Pero el tiempo me llevó a comprender las razones y pude salir adelante. Recuerdo que hice un juramento ante Dios, prometí que mientras mi madre viviera jamás me casaría. Ella se fue al cielo a la edad de 63 años, dejando

una herida en mi existencia que hasta el día de hoy no ha cicatrizado, aún extraño su presencia.

Así pasaron los años y como la vida tiene que continuar, me casé con un hombre muy bueno, de esta unión nacieron dos hijos Patricia y Luis, siendo ellos aún muy pequeños nuevamente la vida se me tornó muy triste, porque mi esposo falleció quedando yo sola con ellos.

Por cosas del destino decidí trasladarme con mis dos hijos a El Romeral. Pasaron los años y conocí a Renato, que es mi actual compañero. De esta unión nacieron cuatro hijos.

Nuevamente la vida me golpeó, recuerdo aquel día tan desgarrador, mi Luis tenía 10 años, como de costumbre iba a dejarle almuerzo a Renato, quien trabajaba en una mina. Allí ocurrió el fatal accidente porque mi niño fue alcanzado por una tronadura y nadie se percató. Mi mente se me nubló al enterarme de la noticia, lo llevamos al hospital de La Serena con peligro de muerte. Su traslado se me hizo una eternidad, más le imploraba al Señor con mi corazón de madre que no me llevara a mi hijo, allí en el hospital permaneció internado un año. Yo viajaba 50 km. ida y vuelta, pero Dios me daba las fuerzas y mis sacrificios tuvieron la recompensa. Mi niño se salvó. Este fue el regalo más hermoso de mi vida. Mi compañero se ganaba la vida como pirquinero y cortaba leña que vendía, para llevar el sustento al hogar. Pasamos muchas miserias, hambre, frío, pero salimos adelante.

Hoy soy una madre feliz, rodeada con el amor de mis hijos, nieto y bisnietos, los que llenan de alegría mi existencia.

Actualmente mi hijo menor, Tomás, tiene 42 años, es profesor de una escuela rural ubicada en Los Morros, comuna de La Higuera.

El lugar donde vivo actualmente se llama El Romeral, donde llegué el año 1951. Esta localidad se encuentra ubicada a 25 km. Al norte de La Serena, IV Región de Coquimbo.

Ya estoy próxima a cumplir 84 años pero me conservo muy ágil y sanita, realizando mis quehaceres sin ninguna dificultad. Sé que el Altísimo me ayuda y me está dando la felicidad que merezco, porque mis amados hijos

son maravillosos y velan por mi bienestar. Ahora los inviernos de mi vida son hermosas primaveras que el Señor me tenía reservada por todo lo que me tocó sufrir desde niña, impregnándome de la palabra más hermosa que existe en la tierra que es el Amor, el que todo lo puede lograr, y queda la paz al alma y a la existencia humana.

Esta es la historia de mi vida y les digo:

Gracias por escucharme
esta historia ya narrada
de una mujer campesina
que Elvira Aquea se llama.

MENCIÓN HONROSA

IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL PUEBLO DE LOS CHOROS

PATRICIO MORALES CORROTEA
30 AÑOS
CRIANCERO DE CAPRINOS
LA HIGUERA

La historia nos traslada a cientos de años, lo cual así lo recuerdan nuestros abuelos es referente al nombre que tenía este pueblo el cual quizás por la pasada de los españoles por estas tierras recibió el nombre de “Villa San José”; pero con el correr del tiempo y por la gran cantidad de mariscos llamados “Choro Zapato” en nuestras playas fue bautizado nuevamente quedando hasta el día de hoy como “Los Choros”

MENCIÓN HONROSA

IV REGIÓN DE COQUIMBO

EPITAFIO A LA CASONA DE LOS OYARZÚ

JORGE RENÉ LUEIZA PEÑALOZA
48 AÑOS
PROFESOR
CANELA

La casona estaba pegada a la Iglesia Nuestra Señora del Tránsito. Sus murallas eran de adobones instalados de manera atravesada como durmientes de soportes de rieles de ferrocarril. Allí pasaron los días grises e iluminados don Óscar y la señora Amanda, ambos fueron alcaldes de la comuna. En esta casa siempre hubo tertulia y tema para conversar. En el largo corredor estaban los sillones de mimbre y en el sitio los grandes y deliciosos damascos, con los cuales la maestra Amanda hacía mermeladas de guarda. Había una profunda noria que guardaba secretamente las napas de agua que corrían por debajo de la tierra, elevada con una bomba de succión manual. Había agua para la bebida y riego de la chacra.

La casona fue construida por un maestro venido de España durante el año 1890. El barro para la corta de adobes se dejó putrefactor durante un mes, luego se fueron haciendo como los panes y, viento y sol les fue secando hasta convertirlos en lo que fueron, casi campanas de tierra y paja. La maestría del constructor permitió trabajar cada detalle con delicadeza el barro y la madera.

Pudo soportar temblores y terremotos, viento y lluvia... por más de un siglo. Pero no pudo contra la modernidad expresada por el hombre.

¿Dónde estaban los arquitectos que ayudan a mantener y proteger los patrimonios y monumentos? ¿Dónde estaban?

Todo el pueblo miró sorprendido como la casona fue poco a poco reduciéndose a escombros, a nada. ¿Qué hubiese sucedido si estuviesen estado vivos don Óscar y la señora Amanda?

Las máquinas con sus obreros despejaron el área, había terminado la faena. La casona ya no estaba, era sólo un recuerdo.



MENCIÓN HONROSA

IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL SEMBRADOR Y LOS SIETE CAMPESINOS

HÉCTOR ROLY MILLA VALENZUELA

48 AÑOS

OBRERO AGRÍCOLA

PAIHUANO

Esta historia está basada en una siembra de trigo y su posterior cosecha, “la Trilla”.

El personaje principal es mi tío Raimundo Rojas, quien fue mi padre adoptivo pues él fue la persona que me crió a contar de los tres años.

Bueno, mí tío era nacido en 1901, oriundo de la comuna de Río Hurtado, del sector Las Breas, y falleció en 1980.

Para relatar esta historia quisiera que me acompañen a remontarme a los años 1966, creo que yo tenía aproximadamente 10 años, el lugar donde yo escuché a mi tía Raimundo es un lugar llamado “La Aguada del Níspero”, que fue mi hogar donde pasé mi infancia. Hoy solo existen un par de murallas de adobes y unos troncos de lo que fueron un peral y un gran pimiento, solos, sin siquiera un vestigio de vida; todo lo que se ve es soledad ya no llega el agua que mi tío traía a través de una canaleta de piedras desde un socavón como de 20 metros de longitud. Recuerdo que cuando lo limpiaban los campesinos hacían lámparas a carburo con una lata de salmón y una de cholgas, porque en su interior era muy oscuro.

Bueno, como decía, en la “La Aguada de Níspero” vivía mi tío y yo, pues él enviudó cuando yo tenía como cinco años.

Bien, recuerdo yo ese día en que mi tío Raimundo me narró esta historia.

Estaba lloviendo, y en la “hornilla” se cocían en una olla de greda unos sabrosos porotos, mientras que en el centro de la cocina había una fogata a espera de que cayeran brasas para luego cocer unas ricas tortillas. Mientras el tío las amasaba recuerdo que dijo: “Esta harina me recuerda cuando yo era joven, estaba aún soltero, recién había salido del servicio militar. Por esas locuras de joven, no me fui a mi tierra (Hurtado) si no que me vine a pie por la línea férrea y llegué a Rivadavia, en donde pernocté en una bodega del ferrocarril. Al otro día me gané unos pesitos cargando un vagón con sacos de charqui de damascos. Entonces yo interrumpo su relato y digo: –bueno, tío, ¿qué tienen que ver los damascos? Usted me decía que esta harina le recordaba cuando era joven... A lo cual mi tío responde:

—No seas impaciente, mira que la curiosidad “mató al gato”.

Yo pido perdón al tío y me comprometí a no interrumpirlo en su narración.

—Como te decía, niño –retoma el tema el tío Raimundo– esta harina me recuerda que yo tuve una experiencia muy bonita, pues yo participé en una siembra; pero para contarte mi historia tengo que terminar de contarte mi odisea y cómo llegué a este pueblo de Horcón, ¡recuerdo!, –prosigue el tío mientras retira del centro de la fogata cierta cantidad de calurosas brasas, y afuera comienzan a caer los primeros copos de nieve.

—Recuerdo que yo me vine en ancas de una mula de un arriero que vino a buscar unos víveres al tren, entre la carga que llevaban, contenían cajones de té, cajones de jabón (Gringo) sacos de azúcar en barra, esa azúcar era de color amarillo por lo que le llamábamos “azúcar rubia”, como te decía niño, el arriero llevaba ese cargamento para Alcohuaz, al almacén de don Máxima Zárate. En total llevaba nueve mulas cargadas, más cinco aparejadas para en caso que alguna se cansase. (Les recuerdo a los lectores que en esos años no existía medio de transporte entre estos pueblos, solamente el “tren” que llegaba hasta Rivadavia). –Entonces, pues niño –continúa mi tío Raimundo, mientras retira del bracero las primeras tortillas– como te decía, me vine con el arriero, un señor llamado Rafael Miranda.

—¡Ah! Interrumpo yo, ¿ese es su amigo que lo apodan don “Raja Diablo”?

—Sí –me responde mi tío– pero no me interrumpas, luego te contaré el origen de su apodo. Entonces el tío abre un cajón y extrae de su interior un trozo de “charqui de cabra” traído por un señor llamado Pedro Pablo,

conocido agricultor y criancero. —Entonces dice el tío, como te estaba contando, el viaje era demasiado largo y tuvimos que alojar en “Quebrada de Pinto”, en la casona de un señor. Ponce. Su nombre no lo recuerdo —dice mi tío mientras retira el charqui de la parrilla y procede a machucarlo... —Esa noche después de comida el dueño de casa nos obsequia una “damajuana de vino hecho por él mismo. Después de compartir un rato degustando aquel sabroso mosto, nos recogimos a dormir. No creas tú que dormimos en camita de lana como la que tienes tú. ¡No, amigo mío! Dormimos entre las coronas y aparejos.

Al otro día, después de un suculento desayuno, el señor Ponce me dice: “jovencito, ayude a cargar las mulas a don Rafa y luego venga para acá que quiero conversar con usted”. Como era de esperar, el caballero me ofreció trabajo, justamente empezaba la temporada del “huesillo”. Se cosechaba en “canastos de media”, hechos de caña y varillas de membrillo, después los acarreaban en “Yales” que eran una especie de embudos con armado de palos de membrillo y los cubrían con cuero de vacuno. Estos utensilios los colocaban sobre un aparejo en lomo de un burro (asno). Cada asno llevaba uno a cada lado; esta carga llegaba a unos fogones en donde hervía un fondo con soda cáustica, allí se depositaban los duraznos, luego los retiraban, los enjuagaban con agua corriente, y luego los tendían en una especie de hamacas hechas de pura caña, al cabo de algunos días los recogían, para luego extraerles el cuesco, y pasaba a llamarse “descorazado” (huesillo sin cuesco). Después eran ensacados en sacos de gangocha, los cargaban a lomo de mulas, los llevaban a la estación de tren de Rivadavia, desde allí eran llevados a diferentes oficinas salitreras del Norte de Chile.

—Bueno, chiquillo, hagamos una pauta y tomemos onces; mira que este charqui no puede esperar más —acota mi tío. —Luego te contaré lo que me sucedió en aquellas famosas “trillas”.

Después de haber tomado onces, mi tío acerca una olla con agua caliente y dice: —ahora le corresponde a usted lavar los “trastes”; mientras, yo haré camino en la nieve para forrajear a la yegua y enseguida continuamos con el relato. Desde la cocina yo podía ver cómo el tío hacía camino hacia el corral. Después de dar forraje a su yegua, se sacudió la nieve que traía en sus solapas y me dijo:

—Venga, mi niño, póngase cómodo, que ahora viene lo bueno, y mucho cuidado con empezar a cabecear, que se puede caer el brasero.

—No, tío —le contesto— yo le prometo que no preguntaré ni lo interrumpiré en su relato.

—Ya entonces —dice el tío—, pero antes anda a traer el chonchón, porque luego empezará a oscurecer, y de paso trae un puñadito de pasas. que son buena para la memoria, y para que nunca se te olvide esta historia y se la cuentes a tus hijos porque yo en ese tiempo estaré bajo tierra.

Aún recuerdo aquel día, cómo empezaba a hacerse la noche, seguía nevando; recuerdo aquella llama amarillenta y tenue que despedía el chonchón y cómo aquel humo de la que fue la fogata me hacía llorar, y se me caían los mocos; yo disimuladamente me pasaba el puño por las narices, sin perder ningún detalle de su afamada historia.

Me acuerdo que mi tío cruzó una pierna por encima de la otra, se llevaba una pasita a la boca y prosiguió... —después de la cosecha del huesillo en Quebrada de Pinto decidí continuar viaje al interior de valle. Así fue como llegué al fundo “El Retiro” y justamente necesitaban un “casero” en la “Aguada El Níspero” y aquí estoy y aquí creo que moriré.

Cuando ya tenía un par de años en esta casa, casi diez y yo bordeaba los treinta y tantos, llegó un día un “huaso” todo vestido de negro, hasta su caballo era negro. Se llamaba Agapito Santana, decía que era marinero y venía de España, traía una mula negra, cargada con un baúl y dos cajones, uno a cada lado, también pintados de negro.

Este caballero me pidió un lugarcito para dormir, porque él iba de paso hacia la Argentina, pero niño —dice mi tío—, “no tengas miedo, porque la historia es un poquito cruda”. Bien, como te decía mi niño, don Agapito se quedó a dormir esa noche en la ramada. No quiso dormir en la pieza, tampoco en la cocina. Recuerdo que se forraba en un poncho “Castilla” negro. Al caballo y la mula los soltó por la quebrada de Las Placetas. El hombre dormía todo el día, solo se levantaba cuando empezaba a oscurecer. De su baúl extrajo cigarrillos, aguardiente, charqui, conservas, harina tostada, queso, en fin no le faltaba la comida: después de comer, hacía sonar las palmas de las manos y silbaba, su sonido era muy especial que a mí me

erizaba el cabello, como a los cinco minutos que hacía este ritual aparecía el caballo negro, lo ensillaba, él se ponía su poncho negro, se ajustaba sus botas, un par de espuelas que brillaban en la oscuridad, luego se despedía, anunciándome que llegaría por la mañana. Al levantarme, me di cuenta que no estaba, pero su baúl y sus cajones estaban en la ramada. Al medio día, cuando llegué a almorzar, estaba este señor forrado en su poncho negro, mientras que en la cocina había fuego, en la hornilla la olla de greda aún despedía vapor y en su interior se podía apreciar una sabrosa cazuela. No pude resistir a tan desafiante manjar y me comí creo que tres platos. Luego me fui a trabajar y llegué casi anocheciendo, imagínate mi niño... me estaba esperando don Agapito con un cabro asado, además una botella de vino tinto. Comimos, conversamos de tantas cosas, entre esas tertulias me contó que él en España era sembrador de trigo, por lo que me propuso ser socios, pero que también contratara seis personas. Me dijo: –don Agapito, busca tú a tu gusto entre tus mejores amigos a los otros seis campesinos de modo que sean siete, mientras que yo me haré cargo de la semilla. Fue así como yo busqué a mis amigos Pedro Pablo, don Mercedes, don Domingo, don Rafael, don Marcelino, pero me faltaba uno, contándome yo me faltaba uno, entonces don Agapito me dijo: –Yo iré a buscar la semilla me demoraré siete días en volver, tú busca el que te falta y riega las tierras, para que cuando yo regrese, empecemos a sembrar”. Al otro día se marchó pero en la noche, al despedirse me dijo: en el baúl hay comida para ti y tus amigos, así lo hicimos preparamos los deslindes, regamos las tierras, el día en que llegaría don Agapito cocinamos, don Pedro Pablo trajo un cordero, lo asamos, don Rafael trajo una “damajuana” de vino blanco, don Marcelino una gallina, pero don Agapito no llegaba. Nos comimos casi todo el asado, del vino no quedó ni siquiera el olor. Parece que nos quedamos dormidos, nos despertó el aullido de los perros, sentimos que se aproximaba un arriero, lo supimos por el tropel de las bestias y el constante silbido del “tropero”.

En ese momento comienza a salir la luna, don Pedro Pablo mira su reloj de bolsillo, eran las doce de la noche. Se aproxima la tropa, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete mulas cargadas, y dos arrieros, entre todos descargamos las mulas, don Mercedes ofrece comida a los dos amigos, comieron en silencio, nadie hablaba, de repente don Agapito, le dice al otro jinete: “llévate las mulas y te espero para la trilla”. “Bueno, responde y le dice adiós hermano”, y se montó en un caballo negro, chasquea en el aire el sonido de la “huasca” y arrancan las mulas dejando una inmensa nube de polvo. Ninguno de nosotros pudo ver el rostro del jinete.

Don Agapito le dice a don Domingo: –saca la montura a mi caballo y lo sueltas para la quebrada y ustedes regresen a sus casas, yo estoy muy cansado, mañana empiecen a arar las tierras, yo no iré.

Al otro día empezamos a arar las tierras, nos demoramos siete días entre arado y siembra, justa el día en que empezamos a arar, aparece don Armando Aguirre, y alguien dijo ¡Apareció el siete! Y desde ese día quedó con el apodo de (el siete) apodo que todos los descendientes lo llevan.

Mediante el proceso del trigo, germinación, madurez y poscosecha, don Agapito capacitó a cada uno de nosotros. A mí me enseñó a hacer zapatos, a don Armando carpintería, a don Mercedes talabartería, a don Domingo veterinaria, a don Marcelino le enseñó a tocar la acordeón a don Pedro Pablo le enseñó a tocar guitarra y a don Rafael le enseñó el oficio de peluquero.

—Y empieza la cosecha —dice mi tío, mientras prepara su mate. —Nos demoramos siete días en “segar y trillar el trigo”, para la noche en que terminamos la trilla, llegó el hermano de don Agapito con varias mulas aparejadas y en un caballo que el jinete traía de tiro, venía una “huasita”, de estatura alta, muy delgada. Vestía de negro, su rostro lo cubría un velo, sólo se relucía con la luz del fuego el brillo de sus ojos y un diente de oro. Todos nos inclinamos a saludarla y fue cuando don Agapito dijo: —amigos, esta es mi esposa, por lo que pueden bailar con ella toda la noche si quieren. Empieza don Marcelino a tocar el acordeón y don Pedro la guitarra y empiezan las cuecas, vales, boleros, guarachas, etc. Entre bailes y tragos nos empezamos a enamorar de la “huasita”. Ella nos daba ánimo y empezaron las discusiones, quién quería bailar más con ella. Mientras don Agapito miraba por debajo de su sombrero y se carcajeaba de nosotros cómo nos atropellábamos por bailar con ella. En un arranque de locura, don Rafael levanta el velo y le da un beso a la dama. Salta de Agapito enfurecido, agarra a don Rafa del pecho, pero el campesino le aforra un feroz puñetazo a don Agapito, quien cayó al fuego, desparramando el mote, la tetera. Se escucha una explosión, la fogata creció de tal manera que parecía un volcán en erupción. Todos salimos arrancando porque el calor era insoportable. Empiezan a arder los 490 sacos de trigo, no pudimos hacer nada. Al otro día fuimos a ver lo que quedó del incendio, ¡sorpresa! Allí había siete cargas de trigo, y en la era no había demostración de incendio. Incluso el mote y la tetera aún estaban hirviendo. Nos repartimos el trigo y dijo don Mercedes: —Toda la culpa la tiene la codicia y don Rafael que rajó al diablo, por eso ese señor tenía ese

apodo “Raja Diablo”.

Cuenta don Máximo Zárate que esa noche un arriero pasó a las doce de la noche con 238 mulas cargadas, iba con rumbo a la Argentina acompañado de otro arriero u una dama, le compró tabaco, yerba y fósforos.

—Bueno, mi niño, esa es la historia que me recordó esta harina —dijo mi tío dando un fuerte chupetón a la bombilla. “Ahora haga pipí que nos vamos a buscar las coronas, basta de mate y vamos a acostarnos porque esta noche va a “patear la guanaca”.

—¡Tío! Interrumpo yo y le pregunto: “don Agapito era el diablo” “Sí me responde mi tío la huasita era la señora y el otro arriero era su hermano, “mira mi niño” me dic mi tío “en toda historia tratan al diablo como malo, como una persona cruel, pero no es así. Con nosotros fue muy bueno, nos enseñó a trabajar, nos dio un oficio, nos enseñó a leer, nos enseñó los números”

Bien el cuento terminó, la nevada también así es que a acostarnos ya son las doce de la noche, —dice mi tío.

Esa noche pendiente de la historia, soñé con don Agapito Santana, pude ver su caballo, sus mulas, y una inmensa ruma de sacos de trigo.

PRIMER PREMIO REGIONAL V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA MADRE Y EL NIÑO ABANDONADO

LUZ EUGENIA URREA PEREDA

44 AÑOS

DUEÑA DE CASA

CABILDO

En un campo llamado El Maitencillo, muy alejado del pueblo, donde la gente carece de luz y agua, vivía un niño llamado Carlito, solo con su madre llamada Carmen, que fue abandonada cuando esperaba a su hijo. En medio de una tremenda pobreza, doña Carmen trabajaba en el campo en lo que fuera, para poder alimentar a su hijito. Carlito ya era un niño de 8 años, no sabía leer ni escribir por motivo que su madre no lo mandaba al colegio porque era demasiado retirado del pueblo, y el otro motivo por su mala situación. Ella salía a trabajar con él a las 7 de la mañana para que no le falte el pan. En la tarde cuando llega del trabajo a cocinar le remienda los pantalones a su hijo, se siente tan cansada. Cuando una tarde de lluvia estaba sentada a orilla del fuego en la cocina de pronto llamó a Carlito le dijo: –mi hijito me siento tan mal; me voy a ir acostarme un ratito. Usted vea el fuego que no se apague para mantener agua caliente. Carlito sin que le dijera su madre fue a buscar unas hierbitas y las preparó y se la llevó a su mamá. Ella se sentó como pudo y se tomó la agüita y de a poquito se le calmó los dolores porque se quedó dormida, parece que se la tomó con fe. El niño sentado al lado, con su carita de pena la miraba.

Así pasaron las horas, cuando despertó estaba oscureciendo, Carlito encendió una vela y fue a la cocina a buscar más agua caliente y apagó el fuego para regresar al lado de ella a esperar esa inmensa noche que sería para él. Solamente pidiéndole al niño Jesús por su mamita, miraba una virgen que tenía en un cajón a los pies de su cama con los ojitos llenos de lágrimas de ver cómo se lamentaba su mamá.

Ya amaneciendo el día, la madre llamó a su hijito y le dijo: —Yo estoy mal, Carlito. Usted es demasiado chico para saber lo que me pasa, si algún día llega un hombre y le dice que es su padre, dígame que yo fui quien cuidó de usted, ahora mi hijo, venga quiero que vaya adonde la vecina María, dígame que yo la necesito urgente, que venga por favor.

Carlito no quería ir para no dejarla sola viéndola tan enferma. De pronto cerró la puertay se fue corriendo por unos potreros, atravesando unos alambrados para hacer el camino más corto.

Llegó a donde su madre lo había mandado, golpeó la puerta varias veces y no salió nadie, los perros ya se lo comían y se fue a sentar debajo de un árbol y se puso a llorar con sus manos sobre su cara. En un momento se enderezo, vio que venía la vecina con un balde de agua que había ido a buscar al arroyo, corrió y la abrazo llorando. Esta dejó caer el balde de agua y lo tomó en sus brazos y le pregunto “qué pasa”. El niño sin contener el llanto le dijo “que mi mamita esta enferma y la necesita urgente”. La vecina le dio un grito a su hijo Juanito que andaba con ella en el arroyo, rápidamente fue a cerrar la puerta de su casa, se sacó el delantal y tomó a los dos niños de la mano y se fueron bien rápido. Al llegar a la casa, la cocina humeaba, Carlito quedó soplando el fuego y la vecina entró y miro a la vecina Carmen. Ella estaba llorando, la tomó de la mano y le dijo: “Estoy mal, vecinita. Parece que tatita Dios me está llamando”, y seguía con lágrimas en sus ojos.

—Quiero pedirle un favor, el último de mi vida si no fuera molestia para usted: regalarle mi hijo. —Le dijo estas palabras amargamente—, nunca me lo abandone porque era mi tesoro. En eso llegó Carlito y se abrazó de su mamita: —no quiero, no quiero, no quiero que tú te mueras ¿quién cuidará de mí? La mamá con sus palabras entrecortada le decía, —¡la vecina cuidará de usted mi hijito! ¡hasta que usted sea grande, quiera a Juanito como su hermano y a la vecina como su madre, pero nunca se olvide de mí!, —y seguían abrazados.

Sin contener el llanto levantó una mano y le dio la bendición a su hijo y le dijo que desde el cielo ella siempre lo iba a cuidar.

La vecina María llorando le dijo que para ella iba a ser un hijo más que ella se lo iba a proteger hasta que sea grande, pero ya no tenía palabras, le dijo

que en el cajón del velador hay algo para él: una libreta de ahorro y una foto de ella para que no se olvide de mí.

De pronto le tomó la mano a la vecina y le dijo que le sacara del escapulario un bolsito rojo que tenía colgado en el pecho. La vecina con su curiosidad abrió el bolsito y era la Virgen de Montserrat que guardaba desde niña, se la había regalado su mamá.

En el momento que salió de su pecho dio un suspiro y fue cerrando los ojitos lentamente hasta que descansó en paz.

Pero Carlito no tenía consuelo. En esta forma concluyó el cuento, quedó todo en tristeza.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL ENGAÑO DE LA LUNA (Historia campesina basada en un hecho real)

LUIS GUILLERMO FERNÁNDEZ MENA
44 AÑOS
CONTRATISTA AGRÍCOLA
LA CRUZ

Soy de una familia campesina, compuesta por mamá, hermanos y padrastro, vivíamos modestamente y recuerdo que en ese tiempo todavía los campesinos estaban alterados por los fuertes cambios que ocurrieron en esta época donde pasaron de la noche a la mañana de ser obreros a patronos. Estos cambios tan bruscos causaban estragos y problemas administrativos y ellos los suplían con muchas fiestas y asados y por esas cosas de la vida me fui a vivir ya crecido a la casa de unos tíos (Hilda y Lucho). Junto a ellos tuve una experiencia de aquella época, que hoy recuerdo y compartiré con ustedes.

Corrían los años 70 en aquel ex fundo “Figuerola Lempart” (en ese momento asentamiento “Nuevo Pucalan”), donde mi padrastro, que era un buen hombre, estaba encargado de las aproximadamente 4.000 ovejas que existían y contaba con caballos de monta para realizar su trabajo.

Mi hermano menor le escondió una yegua para hacerla correr “a la chilena”, en la cancha “El Almácigo” de Nogales, muy conocida; se juntaban campesinos de todas partes, mi tío político Enrique era el promotor de la actitud de mi hermano y yo sin querer me convertí en su ayudante y aliado en su aventura.

Mi nerviosismo poco común se debía a que mi hermano Alberto estaba

tramando algo muy turbio, yo sabía de qué se trataba y, por el solo hecho de saberlo, estaba involucrado.

Teníamos la yegua en un sector llamado “Los Coligües” (hoy Camping Los Coligües) en un lugar al interior denominado “La Cueva del Brujo”, donde todos los días Alberto, clandestinamente, acudía a alimentar y preparar la yegua de nombre “Mulata”. Esta tenía dos años y era una liebre para correr. Estaba lista para competir contra el caballo “Clavelito”, del fundo “Los Viales”.

Mi tío Enrique, que era su preparador, convenció a mi hermano para carrera 200 metros por un premio de 1.000 escudos. La carrera estaba pactada para el próximo domingo a las 14:00 hrs. Se esperaba mucha gente porque sería la carrera del año, Todos sabían, y mi papá también, pero lo que no sabía era que su yegua era la favorita.

La yegua la preparó mi hermano con mucha dedicación, pero obviamente sin la autorización del dueño. Mi nerviosismo se debía a que ya era jueves y faltaba muy poco para el día de la carrera. Yo estaba muy preocupado, tanto por el resultado de la carrera como de la reacción del papa; los días pasaban lentos en el hermoso fundo de grandes lecherías, crías de oveja, cultivos de trigo y maíz; un fundo muy productivo, pero sus campesinos somos muy pobres tecnológicamente hablando. Nuestra casa no contaba con televisión, luz, radio, etc. Teniendo mucho tiempo para realizar maldades de todo tipo, éramos realmente felices a nuestra edad y en esa época.

Bueno ya era sábado, vísperas de las carreras, yo vivía con un tío llamado Lucho, en ese tiempo el tema de las carreras fue tema casi obligado en bocas de la gente del lugar, pero ese sábado el destino me tenía una sorpresa. A la hora de almuerzo mi tío Lucho me dice: –¡Guillermo!, mañana vas a ir a Los Maquis (Sector rural de la Comuna de Puchuncaví a 18 kilómetros de la costa de Nogales) –me puse muy triste porque esto echaba por tierra toda la semana de preparación y el programa del domingo. Mi tío me miró y creo que sintió pena. Pero no me entregue así no más, rápidamente saqué cuentas y dije: –son dos horas para allá y dos para acá, cuatro más una hora de descanso para el caballo, en total cinco horas, pero de vuelta era más larga puesto que tenía que traer un caballo a tiro y eso era muy lento, así que serían como siete horas para llegar con ese caballo.

Pero mis cuentas fueron así, si me levanto a las 4:30 am y salgo a las 5:00 de la mañana, podría estar de vuelta a las 12:00 del día y estaría a tiempo para la gran carrera. Pero mi problema era cómo despertar a esa hora, no podía decirle a mi tío la estrategia, pero pensé... la Luna se esconde como a las 4:00 de la mañana, entonces despierto y miro, si la Luna no alumbra, es porque son más de las 4:00 y me levanto y si no, es porque falta todavía.

Ese sábado me acosté muy temprano, apenas oscureció y no podía dormir pensando en todo lo que ocurriría ese domingo, hasta que el cansancio hizo que mis ojos se cerraron, cuando de pronto despierto sobresaltado y mire mecánicamente por la ventana y... ¡está oscuro!, pensé... me levanté muy lentamente sin hacer ruidos, me fui al canal me lavé, corrí a buscar mi caballo, lo ensillé, me puse el poncho y partí.

La noche estaba semioscura y comencé a cabalgar por los potreros, los caminos los conocía como la palma de mi mano, (con más o menos 12 años), pasamos los potreros, el retiro y las vertientes y llegamos a Los Coligües, mientras cabalgábamos por las laderas pensaba en la yegua que estaba ahí esperando sus últimas horas, me despedí con un ¡qué te vaya bien!... luego continuamos el viaje y un zorro me cantó dos o tres veces, pasamos por “Los Peralitos” y cruzamos las lomas “del viento” a orillas del camino viejo a ventana.

Los tebos, litres y molles me tocaban como saludándome, escuchaba los cantares de las aves nocturnas, pequeños, tucúqueres, lechuzas y concones, después de un buen rato de cabalgar. Llegamos al camino nuevo, (hoy ruta F 20 “Camino Nogales – Puchuncavi”), al llegar al portezuelo miré los cerros y vi que comenzaba a clarear y dije: “qué bueno, todo está saliendo como lo había programado”. Pero me preocupó el hecho que la claridad no haya continuado y se quedara como estática. Al llegar justo al portezuelo, miré por primera vez al cielo y grande fue mi sorpresa al ver la Luna en mi cabeza ¿pero cómo?... dije, y volví a mirar; claro si cuando me levanté la luna estaba en un eclipse total, por eso vi oscuro y con el nerviosismo de los eventos no me preocupé de la Luna.

Mientras caminábamos con mi caballo el eclipse pasó, la pregunta fue que si la Luna se escondía como a las 4:00 de la mañana y se encontraba en mi cabeza y en más de la mitad del camino, ¿qué hora serían?... bueno después

de un rato me dije... ya estamos aquí así que continué pero en compañía de la Luna que se reía de nosotros (mi caballo y yo).

Al mirar a la distancia pude ver la civilización, Quintero y Ventana con sus luces y ese mar que “tranquilo te baña”. Llegue a Los Maquis y los perros le avisaron a todo el pueblo de nuestra presencia –¡Hola don Samuel!... le grité por una ventana y luego se asomó y me dijo: ¡Chita ño’ ¿A qué hora vino? Yo con vergüenza le dije ¡temprano!, oiga el caballo esta en la cancha, lléveselo con la soga y todo y dígale a don Lucho que lo ocupe hasta cuando él quiera. ¡Ya, don Samuel, que esté bien, yo le digo a mi tío! Encontré al caballo, lo amarré a la cincha y nos devolvimos; al llegar al portezuelo, nos paramos a despedir la Luna que se ocultaba en el mar. Continuando la vuelta, llegamos al amanecer ¡un amanecer de limones, una mañana muy linda, los queltehues, loicas y diucas anunciaban la llegada del nuevo día. Al llegar, estaba guardando la montura, cuando mi tío me gritó por una ventana ¡Oye! ¿A qué hora vas a ir a buscar ese caballo...? ¡mira la hora que es! Y yo le conteste con una cara de idiota ¡Ya fui!, ya lo traje, él me miro y me dijo: ¡Hueón! ¿A “quiora” fuiste?, todos se levantaron muertos de la risa; por la bromita que me jugo la Luna y hoy siempre me acuerdo cuando la miro.

La yegua ganó por más de dos cuerpos. Ese domingo, mi papá igual se enteró ya que al llegar a la carrera se encontró con la sorpresa que su yegua era la “Campeona”.

Mi padre nos dijo que eso no se hacía, que había que pedir las cosas. La yegua ganó muchas carreras después, pero una primavera amaneció muerta en Los Coligües y mi papá le dijo al Alberto... –¡te codiciaron la yegua, por eso se murió”. Y con la ida de la “Mulata” se fue todo, solo quedan hoy los recuerdos de ella y “el engaño de la luna” la que me hizo ir y volver durante toda la noche a buscar un caballo, solo por no perderme una carrera “a la chilena”...

TERCER PREMIO REGIONAL V REGIÓN DE VALPARAÍSO

ALGO DE TIEMPO Y UNOS CUANTOS PUCHOS

ARMANDO DONOSO PIZARRO
42 AÑOS
AYUDANTE DE MAESTRO
EL QUISCO

Fue a horas de cambiarme de ciudad, cuando en la puerta de calle un viejo vecino con profundos surcos en la cara, nariz enorme, encorvado con noventa años en su espalda, hace un alto y me felicita por mi decisión. Lo había visto miles de veces y nunca nos dirigimos la palabra.

—Me ahogo en Santiago, señor Bañados (famoso por ser ayuda tareas de niños y jóvenes).

—Usted es joven, mi amigo. Aún es tiempo ¿sentirá nostalgia?

—Solo siento irme y no saber por qué esta comuna se llama Peñalolén.

—¿Tiene cinco minutos? —preguntó.

Claro que sí, señor Bañados, tal vez recuperemos algo de tiempo.

¡Peñalolén! (muy pensativo como recordando). Pues bien —continuó— Tupac Yupanqui ideó llevar sus huestes hacia el sur, para ampliar su territorio y encontrar nuevas riquezas para el incanato. Para llevar a cabo tal misión ordenó al general Sinchirunca avanzar tanto como le fuera posible, pero los aguerridos araucanos le permitieron llegar solo al río Maule.

Entre tanto en Ñuñohué, Loncomavico en forma inteligente pensó en la

seguridad de su pueblo y no luchó contra las fuerzas del incanato, por el contrario aprendió de los invasores cuándo y cómo cosechar. Solo una regla impuso a las mujeres de la tribu, no relacionarse sentimentalmente con los hijos del sol.

Por un tiempo todo continuó en forma tranquila conservando sus tradiciones los hombres en las siembras y la cosecha, las mujeres sin olvidar la prohibición bajaban a la quebrada a lavar.

Una tarde, al morir el sol, una anciana tironeaba hacia la ruca de Loncomavico a una joven de no más de veinte años con la barriga ligeramente levantada con la cabeza gacha, como resistiéndose a caminar... —¿tienes un cigarrillo?... (solicitó el señor Bañados cuando ya me interesaba la historia)—. Por supuesto, se lo encendí rápidamente y tragó una gran bocanada de humo mirando al cielo para seguir el hilo de la trama. De un empujón dejó caer a la joven a los pies del cacique. Este visiblemente enfurecido, ordenó: ¡al nacer el pichi, su abuelo lo llevará a la quebrada y lo dejará allí hasta que muera!

Como es para septiembre el ñuño, con mucho dolor llegó la hora, el niño nació y un aire de tristeza recorrió las rucas, nadie se atrevía hacer comentario alguno hasta que el verdugo se hizo de valor, cogió al niño en sus brazos y caminó hacia el cerro sin mirar atrás.

Al primer día el llanto angustioso del bebé a nadie dejó indiferente. El lamento atravesaba como flechas encendidas el alma de los hombres.

El segundo día, más largo, aún los gemidos de la ingenua cría mantenía mudo a todo el pueblo. Solo el viento desde el lolén bajó el silencio al tercer día y desde entonces este sector de Ñuñoahué lo llamaron Peñilolén. Que descompuesto luego por los españoles quedó como Peñalolén o “el niño de la quebrada”. Eso es lo que se cuenta mi amigo, ahora debo irme, adiós... Ahí me quedé pasmado con la sabiduría de aquel vecino y con hambre de saber más y más, si solo hubiera tenido algo de tiempo y unos cuantos puchos.....

TRADUCCIÓN

Sinchirunca: Jefe supremo de las fuerzas del Incanato

Loncomavico: Cacique de los Huaycoche

Huaycoche: “Hombres de agua clara”, tribu que vivía en el repecho que forman los primeros montes cordilleranos de los Andes

Ñuño: Huilmo, planta de la familia iridácea, el nombre científico es *Sisyrinchium graminifolium apicatum*, de flores amarillas y hojas acotadas, típicas en la zona de “Ñuño hue” (lugar del ñuño o Ñuñoa)

Hué: Lugar

Pichi: Bebé

Peñi: Niño

Lolén: Quebrada u hondonada

MENCIÓN HONROSA

V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LEYENDA DE PLAZA VIEJA

CARLOS HERNÁN MONTENEGRO GONZÁLEZ
49 AÑOS
PROFESOR DE EDUCACIÓN BÁSICA RURAL
SAN FELIPE

La noche estaba ya avanzada, a la penumbra de la fogata, las siluetas de los árboles parecían grandes gigantes de otro mundo que conformaban un ejército alistándose a atacar. Un grupo de arrieros calentaba sus delgados huesos alrededor de ella. Juan, un viejo de barba enmarañada, cuerpo enjuto y piel carcomida por las heladas del invierno, masticaba un trozo de charqui, mientras miraba por el rabillo del ojo a los animales que pastaban cerca de ahí.

Al otro extremo de la fogata se encontraba Manuel, un joven delgado, de mirada nostálgica, quien chismorreaba con dos paisanos.

—Ño Juan —interpeló el joven.

—Sí, don Manuel ¿qué sucede?

—Mire, ñor, estos paisanos me preguntan por qué este lugar se llama Plaza Vieja. Cuénteles, ño Juan, para que vea que no por nada este pequeño recoveco es tan importante y está lleno de anécdotas, leyendas, mitos e historias muy interesantes, como esa del día de San Juan en que por la calle principal se paseaba el diablo en su carroza.

El viejo tomó su poncho, cubrió su cuerpo y acurrucándose al calor de la fogata comenzó su relato...

—¿Ven ese monolito? Pues ahí mismito se fundó hace ya mucho tiempo la Plaza de Los Andes.

—Hacia el siglo XVIII, cuando los conquistadores llegaron por este lado, buscaron en la llanura un lugar propicio para fundar la nueva ciudad y este fue el lugar escogido. Trajeron sus cachivaches, levantaron una capilla y pusieron una gran virgen para que resguardara el lugar, y esto pasó a ser una incipiente ciudad que por su cercanía a la cordillera los lugareños llamaban “Los Andes”.

Cuenta la gente que un día, cuando los criollos recién comenzaban a luchar por la Independencia de Chile, un ejército de patriotas llegó a este lugar y se enfrentó a las tropas españolas. La lucha fue intensa, gran parte de los soldados murieron y los que lograron sobrevivir se refugiaron en esa capillita, pero el espacio era tan pequeño que no había dónde esconderse. Entonces sacaron de sus flaquezas el espíritu chileno “combatir hasta la muerte”. Cuando todo hacía suponer que los muchachos morirían, ocurrió el milagro. La imagen de la Virgen que estaba viendo lo sucedido se movió dejando a la vista de los indefensos soldados un pequeño orificio en la pared que daba paso a un túnel. Los soldados corrieron, se adentraron en él y después de largos minutos de caminar a tientas, salieron a un callejón solitario y polvoriento, dieron vuelta la manzana y tomaron por sorpresa al enemigo. Fue una ardua batalla, y aunque nuestros chilenitos eran muchos menos, lograron ganar. Terminada la lucha, los soldados se dirigieron a la imagen de la Virgen, se arrodillaron, oraron, dieron gracias a la santísima y desde ese día le prometieron fidelidad y cuidado.

Comenzaba a aclarar el alba cuando los muchachos, con sus corazones henchidos de fe y esperanzas, lograron por fin conciliar el sueño que vino como una mano dulce y mágica a entregarles vigor y nuevas energías.

A la mañana siguiente, despertaron ya con el sol alto y con sorpresa vieron que la Virgen no estaba en su lugar. La buscaron por todas partes, nadie de los lugareños la había visto. Entonces ofrecieron una gran recompensa a la persona que la encontrara y un gran castigo al ladrón que la hurtó.

Los soldados estaban deshechos, habían perdido más que una guerra, su corazón, su alma, su lealtad. En forma silenciosa tomaron rumbo a la cor-

dillera y de pronto un soldado grita, “hermanos, ven lo que ven mis ojos”, “allá en la cima del cerro”. Sí, en ese cerro que envuelve el valle precordillerano, estaba la Virgen. Todos se arrodillaron y dieron gracias a Dios por este bendito encuentro.

Subieron a la cima y con toda delicadeza bajaron la imagen y en una procesión la llevaron nuevamente a su querido hogar. Al caer la noche los soldados volvieron atrincherarse en la capilla, antes de dormir rezaron y le prometieron a la Virgen su protección.

Un nuevo día comenzaba y nuevamente la imagen de la Virgen había desaparecido, entonces sabiendo dónde se le había encontrado el día anterior, fueron en su búsqueda. Con admiración se dieron cuenta que ella estaba ahí, majestuosa, abriendo sus brazos al valle en la cima de aquel cerro inhóspito. Los soldados bajaron la imagen y la volvieron a su morada. Llegada la noche, se dijeron:

—¡Formaremos grupos de vigilancia para atrapar a los malhechores y darles su merecido festín!

Pasaban las horas, los minutos y los segundos muy lentamente. De pronto, un ruido advierte a una pareja de soldados que mantenía vigilancia que algo raro estaba ocurriendo. Al acercarse a la imagen vieron con sorpresa y miedo que la Virgen lentamente comenzaba a moverse, sus pies no tocaban el suelo, su destino era el oriente, al llegar al sector llamado Quicalcura por los lugareños, la Virgen se detuvo justo en las faldas del cerro. La imagen difusa por la niebla de la madrugada, alzó sus brazos y en un cerrar de ojos llegó a la cima como si quisiera acunar todo el valle, sus brazos se abrieron y su mirada quedó fija en el hermoso paisaje que dormía a sus pies.

Los soldados, asustadísimos, corrieron a contarles lo sucedido a sus superiores. Apenas podían hablar y entre lágrimas y palabras entrecortadas comentaron lo ocurrido.

—¡Ella no quiere estar aquí!. Quiere desde lo alto de aquel cerro proteger la ciudad, este no es el lugar para fundarla.

Entonces tomaron sus pertenencias, se dirigieron a los pies del cerro que

adornaba el valle enclavado en las faldas de la majestuosa cordillera, y ahí establecieron la ciudad “Santa Rosa de Los Andes”.

Si los paisanos no creen esta leyenda –dijo el viejo– vengan a visitar el sector de Plaza Vieja, distante 5 kilómetros de la Provincia de Los Andes y sus habitantes les contarán con más detalles que en las noches solitarias, cuando la niebla envuelve el valle, puede verse la silueta blanca, inmaculada, frágil y cálida de la Virgen volando con sus pies descalzos a sólo centímetros del suelo en busca de su nuevo hogar.

Los forasteros se miraron entre sí, incrédulos y respetuosos de las creencias del viejo arriero, atizaron el fuego, observaron el cielo y cuando trataban de conciliar el sueño don Juan les dijo:

“Esta madrugada habrá mucha niebla...”.

MENCIÓN HONROSA

V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL HUASO Y LA SIRENA DEL RÍO ALICAHUE

FERNANDO GUAJARDO ZENTENO
50 AÑOS
PROFESOR
CABILDO

—Lo que hoy les contaré, le ocurrió a un huaso un día que se encontró por casualidad con la “Sirena del río Alicahue”, en un sector de “El Quemado” —dijo el viejo Marcelino a sus dos pequeños nietos. Enseguida se sentó en un rústico banco de madera y comenzó su relato.

—Todo sucedió una tarde de verano, (dijo el viejo Marcelino) en la que hacía mucho calor. El paisaje se veía muy tranquilo, y solo el murmullo del agua era interrumpido por el ruidoso casqueteo del caballo en su caminar.

El huaso espoleó al animal, dio un brinco y se internó por el largo sendero, orillando el río en dirección al pueblo Cabildo.

La marcha era lenta. El hombre no tenía apuro. Además el sol le caía tan fuerte en la cabeza, que lo mantenía adormecido sobre la montura en gran parte del trayecto.

De pronto esta tranquilidad fue alterada por el canto dulce y melodioso en la voz de una mujer. El huaso muy sorprendido miró para todos lados, pero nada extraordinario se presentó ante su curiosa mirada. Solo los reflejos de los cerros de “El Quemado”, y las sombras de las chilcas sobresalían en las cristalinas aguas. Pero el canto de la mujer continuaba envolviendo el ambiente, en un mágico misterio. El huaso, cautelosamente, se desmontó y muy atento volvió a mirar.

—¡No! —exclamó sacudiendo la cabeza—. No puede ser. ¡El sol me calentó el mate!.. ¿o es la sirena del río lo que mis ojos ven? Efectivamente, era la sirena la que se vislumbraba ante su atónita mirada. Al parecer, en esos momentos ella tomaba rayos de sol sobre la roca. Además que, cuidadosamente, se arreglaba su larga cabellera con un peine de oro, mientras entonaba su triste canto.

—¡Un peine de oro, abuelito! —exclamó Matías, abriendo tamaños ojos.

—Sí, con un peine el oro— murmuró el viejo Marcelino, medio molesto por la interrupción del relato. Enseguida, se acomodó el poncho ceniciento sobre la espalda, y guardó silencio largo rato, como ordenando en su cansada memoria los retazos imborrables de ese encuentro.

—¡Ya po, abuelito! No se quede dormido... siga... siga, —dijo Manolito, mientras se aproximaba al calor del brasero.

—¡Oiga, papá! ¿Por qué no le cuentas a los niños cómo esa mujer se convirtió en sirena? —dijo desde un rincón Ña' Maruja, sacando los blancos cuajos de leche cortada desde un balde, para dar forma al rico queso de campo.

El viejo Marcelino levantó la cabeza, se acomodó nuevamente el poncho ceniciento, y carraspeó con fuerza antes de preguntar.

—¿Alguien conoce el camino del indio, que pasa por los cerros de Alicahue?

Los niños se miraron sorprendidos, sin saber qué responder.

—Bueno —replicó— si no lo conocen, les digo que ese camino está más arriba de los “Corrales de la Arena”; casi llegando a la “Quebrá Honda”. Allí, si ustedes miran cuidadosamente hacia los cerros, verán cómo todavía se distinguen restos de él.

El asunto es que, hace muchísimo tiempo, por ese camino bajaron al valle un grupo de indios recaudadores de impuestos. Tributo que según ellos era para el rey del norte... “El gran Dios y Rey Inca”.

Los aldeanos, que por tiempos remotos conocían la misión de estas personas, no se incomodaron con su presencia. Por eso, para dejarlos satisfechos,

apenas aparecieron en el cerro con su tropilla de guanacos, inmediatamente les entregaron todo tipo de riquezas: bolsas repletas con lana y charqui, rebosantes cántaros con polvos de oro, y otros alimentos que laboriosamente cultivaban. Pero ellos, abusando de sus poderes, quisieron llevarse a la fuerza a una doncella que pastoreaba en los llanos cercanos. Al percatarse de las malas intenciones de estos hombres, ella empezó a dar fuertes gritos de auxilio; gritos que se esparcieron rápidamente por las llanuras del “Huin-ganal”, hasta alcanzar los oídos de su joven prometido, que se encontraba de cacería en los alrededores.

El joven, presintiendo la magnitud de la situación, y como se encontraba sin compañía en esos solitarios parajes, inmediatamente levantó sus brazos al cielo, invocando la ayuda de los dioses de la naturaleza. Así, fortalecido por los poderes de estos dioses, especialmente de la fuerza del puma cordillerano y de la rapidez del viento, corrió hasta llegar al lugar de los hechos. Valientemente se enfrentó a los malvados, pero con tan mala fortuna que, en la lucha sostenida, recibió un fuerte mazazo en la cabeza. Perdió el equilibrio y cayó bruscamente al suelo.

Los indios recaudadores de impuestos, al ver que la situación se ponía muy fea para ellos, inmediatamente reunieron los guanacos y huyeron cobardemente por el mismo camino que se perdía por entre los cordones cordilleros. Así, se alejaron para siempre del lugar. Dejaron atrás al joven muerto, a la doncella deshecha en llanto, y más encima con un hechizo en su cuerpo.

Dicen que ella lloró amargamente durante todo el día y toda la noche, y fue tanto su llanto que las lágrimas formaron un río, en cuyas aguas encontraron reposo el alma de su amado; y dicen también que, en el transcurso de la prolongada noche, su delicado cuerpo empezó a sufrir algunas transformaciones. Solo la luna llena y las brillantes estrellas nocturnas del cielo fueron las únicas testigos que observaron cómo se retorció de dolor cuando sus dos piernas se le unieron, sin poder despegarlas jamás. De la cintura hacia abajo se cubrió de escamas, y para colmo de todos los males, los pies dieron forma a una aleta semejante a la cola de un pescado. Así, al amanecer del día siguiente, los primeros rayos de sol que se asomaron por entre los riscos del cerro “El Epirco”, reflejaron en su totalidad la figura de una nueva criatura de la naturaleza: una radiante sirena de larga y hermosa cabellera.

Desde entonces esta doncella hechizada vive en el agua. Recorre el río a

lo largo de todo el valle, y de vez en cuando se la ve peinándose sobre las rocas, con la esperanza de que algún día un valiente campesino la libere del maléfico hechizo.

—Eso es todo —murmuró el viejo Marcelino, estirando su brazo derecho, para escudriñar el rescoldo del brasero.

—¿Y el huaso?... abuelito... ¿Qué pasó con él?

—¡Ah, el huaso...! Volvió a murmurar el anciano, mientras trataba de encender un pucho de cigarro.

—Bueno, el huaso, que en más de una ocasión le había escuchado a su abuela esta historia, agarró el lazo de la montura y, ocultándose lo que más pudo en las tupidas chilcas del río, se le acercó hasta quedar casi al alcance de la mano. Aunque era un hombre muy valiente, él igual sintió miedo al sentirse tan cerca de ella. Por eso, empezó a vacilar y a hacerse muchas interrogantes. Hasta pensó que también podía ser atacado en cualquier momento. Pero ella continuaba cantando y arreglándose el cabello, sin percatarse de la proximidad de él... Había algo lastimoso y conmovedor en esa canción, que hacía que los minutos que transcurrían fueran más tensos.

Después de mucho vacileo, y sin darle más vuelta al asunto, el huaso se encomendó a todos los santos conocidos. Apretó fuertemente el lazo en sus manos y, ¡zas! de una tirada certera la atrapó. Ante su asombro, la sirena no puso resistencia, no escapó, y hasta se le veía muy contenta con él. Había llegado la oportunidad, que por tanto tiempo había esperado.

Por eso, sin perder ni un minuto de tiempo, ella le entregó una varita de oro al huaso. Y le explicó que tenía que levantar esa varita cada vez que se le acercara algún peligro. Además le dijo que para poder liberarlas del hechizo tenía que él vencer tres peligros o pruebas clave. También le ofreció riquezas, y hasta casarse con él, si así lo requería.

Transcurrió un instante, se escuchó un fuerte tropel. Bullicio ensordecedor que hizo levantar la cabeza al huaso y a la sirena. ¿Qué pasaba? ...Ayayay, mamita linda...! cientos de caballos espantados se acercaban a ellos, corrían con la velocidad de un rayo, y con la más clara intención de atropellarlos. El

huaso en un principio quiso apretar cachete pero se acordó de la explicación de la sirena e inmediatamente levantó la varita. En un santiamén los caballos se esfumaron en el aire. De esta manera el huaso pasó la primera prueba.

No se recuperaba totalmente de la impresión, cuando se sintió otro tropel, más fuerte que el anterior. Esta vez eran muchos toros bravos, de color negro como la noche, y por los orificios de las narices... —¡ay, mamita linda!— les salían grandes llamaradas, que quemaban desde lejos. Cuando estaban a escasos metros de los dos, nuevamente el huaso levantó la varita, y los toros desaparecieron completamente. Había sorteado la segunda prueba.

A partir de ese momento todo quedó en silencio. El agua y el viento enmudecieron, y los pájaros ya no alegraban el ambiente con sus hermosos trinos.

—¿Qué vendría ahora? —se preguntaba el huaso, mientras escuchaba clarito el latir de su corazón.

—¿Qué cosa será la tercera prueba?... —se preguntaba muy preocupado.

De pronto la tierra comenzó a moverse, estaba temblando, y cada vez se hacía más fuerte el movimiento. El huaso entonces empezó a inquietarse, presentía que algo desconocido se le aproximaba.

En eso apareció. Era un animal más grande que todos los caballos y toros juntos. Su cuerpo era de fierro, con dos inmensos ojos disparando rayos hacia delante. Caminaba por sobre una escalera botada, y de sus patas redondas le salían chispas de fuegos para todos lados. Y, cuando bramó ... —¡ayayay, mamita linda!— ... el huaso salió corriendo patitas pa que te quiero detrás de su caballo, que también se había asustado por el fuerte bramido del animal. De sus labios solo brotaban las palabras: —“Ave María Purísima”, ¡es el diablo! ... ¡Ave María Purísima...! —gritaba.

De la sirena ni se acordó... solo tenía en sus oídos el grito del animal; un tu uuuuuu largo y molesto, y el chiqui chaca, chiqui chaca interminable que dejaba al caminar.

—Era un tren, abuelito —interrumpió otra vez Matías.

—Sí, era un tren..., pero lo curioso del caso, es que en esos años aún no se inventaban —murmuró el viejo Marcelino, dejando perplejo a su nieto.

—Y para terminar —agregó— por culpa de ese tren, el huaso no fue millonario, no se casó, y la pobre doncella siguió hechizada y viviendo en el agua.

Actualmente, según cuentan las personas antiguas, en el lugar donde sucedió lo que le acabo de contar, se construyó un puente, que lleva inmortalizado su nombre: “Puente La Sirena”.

Si no me creen..., fíjense debajo de ese puente y, conocerán la roca donde la encontró el huaso peinándose el cabello con el peine de oro; además que esa roca sirve de soporte para uno de los pilares.

—¡Ah..! y el río que se formó con sus lágrimas se llama “Río Alicahue”.

—Por favor, no me hagan más preguntas, porque me dio mucho sueño. Buenas noches a todos, y, que pasen por un zapatito roto, a lo mejor mañana les cuento otro... —terminó diciendo el viejo Marcelino. Enseguida se acomodó por última vez el poncho ceniciento sobre su espalda, se pone de pie y, lentamente se retira a su cuarto. Allí, antes de acostarse, el viejo Marcelino saca un envoltorio, que celosamente ocultaba desde hace muchísimo tiempo bajo el catre de perilla de bronce. Lo abre, y acaricia tiernamente una varilla amarillenta la que brilla como lágrima de luna sobre los surcos de la palma de su mano.

PRIMER PREMIO REGIONAL

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL CHIMPILO

IVONNE DÍAZ CORNEJO
33 AÑOS
DUEÑA DE CASA
GRANEROS

Me había bajado varias veces de mi bicicleta, le miraba las ruedas; primero la delantera y luego la trasera. Definitivamente le quedaba poco aire y aún no llegaba donde el Taguano. Las piedras y los gruesos terrones que me salían al encuentro, en muchas ocasiones me producían una inesperada caída, que yo, por cierto, evitaba con tan sólo una astuta maniobra.

Los tractores que pasaban rozándome me dejaban envuelto en una nube de tierra, pero eso no me mortificaba, me daba lo mismo, tampoco alteraba la calma de la pila de casas de madera o de adobe que se encontraban a la orilla del camino. Sus moradores acostumbrados a las atribulaciones del terreno y de las consecuencias de vivir casi alcanzando la cordillera, no ambicionaban comodidad. Sus viviendas con piso de cemento soportaban a duras penas las rumbas de sacos de maíz o de porotos que atestaban el corredor, los dormitorios y la cocina.

Los chicos salen de sus camas sin lavarse las manos ni la cara, corren por el lodo que se forma en el patio con las lluvias recientes, van descalzos, con los pantalones rotos y un chaleco que se empequeñece y se agiganta conjuntamente con el juego de sus brazos.

A veces me detengo a chutear una pelota de goma, con ellos, en las ruinas de unas bodegas de vigas negras y carcomidas por polillas. Allí, hace años,

se trabajaba el tabaco; los hornos, el ruido de las máquinas y las voces de sus trabajadoras aún se escuchan por las noches bajo un halo mágico y misterioso.

Envuelto en sudor, con la camisa abierta y unos jeans enrollados sin alcanzar la rodilla, unas botas gastadas y unos guantes gruesos, se encontraba el Taguano, cargando una camioneta roja con sacos de papas.

Me acerco moviendo la mano:

—¡Éjale, compadritoo!

—¿En qué andái ahora, Chimpilo, oh? —me dijo sin mirarme y sin detener su faena, así mantenía ocupados y distraídos sus pensamientos.

—Me voy a ir cortao, ahora sí que me voy a ir cortado .

—¿Qué hiciste?

—¡Na, yo miré, no má.

—¿.... y entonces?

—Estaban cargando el camión con cajones de cerezas en “las casas” y el Cholo con el Jano escondieron cuatro detrás de los eucaliptos, los taparon con sus casacas. Dijeron que en cuanto oscureciera, los iban a sacar. Yo no tenía idea, así que cuando llegué, me senté en los troncos, mirando, por si me daban unas cuantas para llevárselas a la “mami”. Fue cuando me fijé que entre los arbustos estaban las casacas de los cabros. Le avisé a don Felipe, el capataz del fundo, para que no se las fueran a robar, y ahí descubrieron el pastel.

— Ahora esos dos me andan buscando para fletarme por la mansa ni que embarra. Que dejé.

El Taguano se había detenido, me miraba con el ceño fruncido y con las manos en la cintura. Se sacó los guantes, se echó la visera de su gorro blanco con una insignia del Colo Colo hacia atrás, sacó una cajetilla de cigarrillos que se dibujaba en la cartera de su camisa, puso un pie en la carrocería de la camioneta y luego rió a carcajadas.

—¿Querí que hable con ellos? O ¿querí que te esconda? —bromeaba conmigo, pero yo lo miraba con miedo retratado en los ojos.

Había sido una buena compañía para él, cuando le quedaban más que sus dos perros echados bajo el parrón, desde que lo abandonó la Teresa, cansada de sus constantes cambios de humor. La mujer cayó rendida por los encantos de un afuerino, quien le mezcló el amor con las palabras.

Yo era un muchacho vivaz, audaz y fiel, mi amistad, supuse, era a toda prueba, había vencido los más dificultosos obstáculos sin importar el hecho de que ambos nos diferenciáramos en la edad. Me metí en cuando lío hubo, pero mi amigo me rescató ileso, luchando con mis detractores. Su hogar vino a ser un buen refugio, salía ebrio de allí dando tumbos por el camino con mi bicicleta al lado.

Siempre fui un tipo sin convicciones, me jugaba el todo por el todo, aunque saliera perdiendo, no vislumbraba mis derrotas más bien, las olvidaba rápidamente agarrado al cogote de una botella.

Delgado, pálido y rubio, me convertí en el sueño frustrado de mi padre quien hubiese preferido un hombrón para la ayuda en la cosecha y en todas las labores que me demandaba sin que se me doblaran las piernas al caminar o al cargar un pesado saco de porotos en mi hombro, o achicharrarme en los veranos, con el sol destruyéndome la cara y la espalda. Para no oír sus brutales amenazas, me fugaba con ruta hacia la casa del Taguano en donde era siempre bien recibido.

—Ya, oh, súbete a la camioneta, te llevaré a ver a los “cabros” y les explicaré no ma’, vo no tuviste la culpa —me dijo después de un rato, mientras aplastaba con el zapato la colilla humeante.

Accedí y nos fuimos camino arriba dando vueltas por estrechas laderas, espantando gansos y gallinas por el camino. Llegamos a destino cuando el sol enrojecía en el horizonte. Las mujeres guardaban las vacas y sus terneros que bajaban por los potreros ahuyentando moscos en la cola.

—Allá viene la Menchita —dije suspirando a través de la ventanilla.

—Ya estái pensando en esa cabra que ni te pesca; en cuanto te ve, mira

pa'otro lado –me replicaba el Taguano, esquivando las piedras en el camino.

—Es que es tan re bonita.

—Nunca la he visto de cerca, pero sí vo lo decí...-

Nos estacionamos a la orilla del camino en donde se ocultaba tras unas varas de bambúes, una casa de ladrillos. Nos salieron al encuentro dos grandes perros que miraban amenazantes y escandalizados, se pusieron a ladrar.

—¿Qué te ocurre, Relámpago? – le grita un muchacho de cabello liso, alto y moreno, quien al verme, se abalanzó sobre mí para golpearme, en cambio, retrocedí y me refugié dentro de la camioneta. El Taguano lo agarró de las ropas y le detuvo en su intento. El moreno muchacho lo increpó con la mirada.

—¿Desde cuándo defendí a soplones?!

—A eso venimos, ¡anda a buscar a tus hermanos mejor!

El joven se calmó y nos convidó entrar a la casa.

Allí estaban esperándonos en el umbral de la puerta, con los puños apretados y los ojos de fuego, el Jano y el Cholo.

—¿A qué vinieron? –rezongaron, listos para darme un puñete, yo me escondí en la espalda de mi amigo con el corazón latíendome en el pecho.

—¡Quédate tranquilo, hombre! – e habló fluido y golpeado el Taguano, quien se embestía de un aura imponente, autoritario, su porte de hombre bravo, de espalda ancha y cuerpo de atleta, infundía respeto y distancia, nadie se atrevía a enfrentarlo, tan sólo con un golpe podría liquidar al más fiero contrincante.

Se miraron de soslayo y nos abrieron la puerta del hogar, el Taguano habló por mí y me defendió de las acusaciones. Remediaron el asunto, bajando dos sacos de papas de la camioneta y las consabidas patadas en mi traste, me mordí la lengua para no gritarles un rosario de garabatos.

—¡Me debí dos sacos de papas! – me decía el Taguano, apuntándome con el dedo índice, mientras conducía de vuelta por el sendero.

—¡Sí ya sé, oh!

Ibamos pasando por la casa de la Menchita, me quedé mirando las amarillas ventanas, luego el cordel con ropa tendida, seguro ella iría a recogerla para que no la mojase el sereno. Ojalá saliera ahora para hacerle adiós con la mano.

Fuimos compañeros de curso en la pequeña escuelita que sobrevivía a las grietas y a los cambios de tiempos. Sus salas húmedas, con piso de madera, cuyas tablas semejaban a una dolida queja al pisarlas, se anclaba pintoresca, cubierta de musgos en sus tejas. Los pizarrones desteñidos y las ventanas sin vidrios.

De todos modos no nos causaba espanto ni resquemor, sólo indiferencia. Los profesores iban llegando todos a la vez, bajaban de una destartalada micro o de un desabollado automóvil que pertenecía al director. Se asoleaban en los largos corredores en los recreos porque las oficinas no contaban con calefacción.

Un cerro con espinos la rodeaba, una cancha que era invadida por patos y una pila de viejos árboles amenazaban con caerle encima todos los inviernos.

Allí, entre el tránsito estudiantil, entre los forcejeos y entre las zancadillas, conocí a la Menchita. Tenía, ella los ojos pequeños, las pestañas crespas y unos labios rosaditos. Le colgaban dos largas trenzas que las ataba con cintas rojas, a veces eran azules y otras tantas rosadas.

Llegué a ese colegio cuando ya todos se conocían. No me costó trabajo en hacer amistad, por lo tanto no me di cuenta cuándo dominé al curso entero.

La Menchita se perfilaba como una buena y seria estudiante, en cambio yo no paraba de darle descanso a mi ocio. Me burlaba de los que ansiaban en obtener buenas calificaciones, esto le trajo fuertes dolores de cabeza a mi madre y recibí unos buenos azotes de parte de mi padre, quien me hacía madrugar los sábados y los domingos para ir a la parcela. Aquello sí que era un tormento, una cruda tortura, abriéndome paso por entre la niebla

matinal, para caer con los pies entumidos en las acequias llenas de barro o de agua congelada.

Llegó así el último año escolar, ya cursábamos el octavo y debíamos emigrar al pueblo si queríamos seguir estudiando. Aquello constituía un gran acontecimiento, se hizo una gran fiesta para celebrar la graduación de nosotros, los jóvenes proyectos, que ahora ya estábamos listos, algunos, para el trabajo agrícola.

El colegio se engalanó con luces de colores y papel crepé. Todos bailaban y bebían, mientras yo y mis amigos bromeábamos empujándonos unos contra otros. Y bueno, entre el ruido de la música y el giro de la gente al bailar, me encontré con los ojos de la Menchita.

Ella me miró como siempre, luego hizo un gesto para que la invitara a la pista, me sentía extasiado, pensé que era un sueño, la llevé de la mano y no nos soltamos, hasta que se fue del brazo de su madre caminando por la oscuridad sin volverse a decirme adiós.

Yo no emigré a ninguna parte, me quedé en el fundo, trabajé en las “llaverías”, o en los establos, arreglaba las panas de los tractores o me enrolaba en la cosecha. Ahí conocí a diferentes mujeres de distintas edades y de varios lugares; se enamoraron de mí, por mi postura de niño frágil que se doblaba entero en su bicicleta roja, por mi cabello rubio que se revolvía con el viento, por mis torpes palabras, por mis confusas ideas y por mis innatas formas de amarlas.

En cuanto a ella, aún seguía estudiando en un liceo de niñas de la ciudad, mientras yo pateaba piedras en el camino. Viajaba de día y llegaba de noche, sólo podía verla los fines de semana, especialmente los domingos, en misa. Cruzábamos miradas, traba de lanzarle mi amor por los ojos, no era difícil descifrarlo.

Su encanto de niña buena me tuvo al borde la demencia, nunca quise imaginarla con otro, mi empeño consistía en crear un encuentro con ella para unirnos para siempre.

—Le voy a decir que la quiero —le dije al Taguano cuando bajé de la camioneta.

—Dile poh –dijo, sin darle mayor importancia.

Esa noche al llegar a mi casa, ideé una forma para vernos y hablarle de lo que sentía por ella.

En la tarde del domingo se jugaba la final de un tremendo campeonato de clubes, el nuestro era el favorito. Se me ocurrió que era el lugar perfecto para decirle, total si me rechazaba, lloraría en conjunto con la derrota, y si ganaban sería por la emoción de la alegría.

Mientras el Chano hacía el primero gol del encuentro, la divisé entre las señoras que se habían sentado en un gran tronco de árbol caído. Me acerqué a ese grupo con disimulo, hasta estar a su lado, le dije en el oído, profundo y despacio para no alterarla ni modificar su ánimo.

—Necesito conversar con usted.

—...¿Ahora?

—Si quiere.

—¿Aquí mismo?

—No allá, mejor – y apunté a los sauces que se batían majestuosos, semejante a los óleos que colgaban en las paredes de la oficina del patrón.

Nos fuimos andando lento y sin mirarnos, me aplomaba el hecho de que muchos ya estaban enterados y en ese momento hacían de testigos a la distancia.

—Quería decirle, Menchita, que usted me gusta mucho. No duermo, no como bien, me tropiezo, y es que me lo llevo puro pensando...

Ella rió a carcajadas por lo escuchado, le parecía cómico e insólito, de todos modos creyó la mitad de lo que hablé.

Ese día me perdí las mejores jugadas de mi equipo, pero no me importaba porque alcancé a robarle un beso, cuando todos coreaban el triunfo y volvían a correr las jivas con cervezas y vino tinto, los corridos mexicanos y la algarabía de los niños saltando y gritando de aquí para allá.

Ahora pensaba que mi vida cambiaba de color, ya a nada temía y mis conjeturas de adolescente sombrío estaban todas resueltas.

Un lunes a la hora del almuerzo, vino el Mañungo a avisarme:

- Estái en las listas ¿sabíai?
- ¿En qué listas?
- Pa ser el Servicio.
- ¿El Servicio Militar?
- Sí, poh.
- ¿Hay que ir pa ya?
- Sí, poh.
- ¿Vo también saliste?
- Sí poh
- ¡Deja de decir la misma huevá!
- Es que estoy nervioso.
- Vamos juntos a presentarnos, en una de esas ni nos dejan...
- Sí, poh.

En el trayecto de regreso de la ciudad, nuestros silencios se podían palpar, el Mañungo transpiraba, estaba todo colorado, para colmo el sol nos daba justo en la cara y la micro se detenía a cada instante sin alterar su velocidad, tenía un fastidioso quejar, como el de una ballena perdida.

- Menos mal que no te dejaron —le dije sin preámbulos.
- ... A ti, sí.
- ... —
- ¿Queríai quedar?
- No.
- Pide que te lo saquen.
- No.
- ¿Por qué?
- No soy cobarde.
- ¡Yo tampoco poh!
- Ya sé, oh.
- Fue porque tengo el pie plano y no sé que má’.
- Mejor, de la que te salvaste.
- Yo tenía ganas de quedar.
- Tenís que cuidar a tu vieja y a tus hermanos chicos.

—Mmm...

Nos quedamos callados, él pensando en volver al trabajo y yo en lo triste que se pondría la Menchita con mi partida. Nuestra relación había avanzado muchísimo, la esperaba todos los días cuando llegaba con su uniforme escolar, sentía que éramos tan felices.

Al bajar de la micro, lo primero que hice fue caminar hacia la casa de mi amigo. Me detuve en la puerta, vacilante, no quería dar a demostrar mi angustia, pero él, al verme, lo supo de inmediato y pasó su fuerte brazo por mi hombro:

—Ya cabro, no te preocupí, el tiempo pasa volando.

—Pero me voy a Punta Arenas.

—Pero vai a voler ¿o no?

—¡Son dos años!

—No creo, vai a volver antes, ya vai a ver. Tení que portarte bien no ma' para que te suelten luego.

—Tengo que pedirte un favor.

—¡Lo que sea, Chimpilo, lo que sea!

—Cuídame a la Menchita, no dejí que nadie se le acerque, que me espere, recuérdaselo todos los días.

—Quédate tranquilo, ella no te va a olvidar fácilmente.

Esa noche nos tomamos tres botellas, desperté con la garganta seca y el estómago perforado; la cabeza llena de ruidos y el alma acongojada. Me fui a mi casa sin hacer ruidos. El Taguano sobre el sillón dormía con los brazos topándoles el suelo. A su lado, el Mocho echado cerca de su amo, como un fiel amigo, ni siquiera movió sus orejas cuando al caminar, aplasté su cola con la punta de mi zapato.

Guardé todas mis cosas en un viejo bolso que perteneció a mi padre. Muchos me fueron a despedir a mi casa y otros me miraban con tristeza cuando subía a la camioneta del Taguano, quien se ofreció a trasladarme a la ciudad.

Aferrado a mi pecho como un valioso tesoro, llevaba la carta de la Menchita. Allí resumía sin escrúpulos, ni pudor todo lo que había significado lo nuestro. Una historia que nunca di por terminada.

Sucedieron casi dos años, los que transcurrieron como una gran bola de vertiginosas vueltas. Es que la vida en Porvenir no es fácil, la soledad no es fácil. Para no enloquecer solía caminar alrededor de la Base con mi fusil al hombro. El aire congelado se metía por mi nariz, las llagas en los dedos de los pies me hacían creer que aún sobrevivía, las bromas de mis compañeros también.

Le escribí no sé cuántas cartas a la Menchita y al Taguano, al principio sus respuestas eran gratificantes, recibí muchas. Con el tiempo ya no era lo mismo, se había detenido el correo y mis ansias.

El Taguano me escribía una vez al mes, usando breves palabras y un consuelo que, sin saberlo, me sabía amargo, como si dejara entrever una especie de acertijo.

Para un lunes, el Sargento González nos informó que nuestro deber ya se había cumplido, que ya era hora de regresar a casa. Todos saltaron de gusto. Yo no sabía qué hacer. Tenía en mi interior una furia, una tormenta sin desatar, no sabía de qué se trataba, pero ahora, a mi regreso, mil confusiones, mil ideas, mil sospechas.

Bajé de un taxi, todo el fundo se veía igual, los pájaros en el cielo vaticinaban una larga lluvia por caer. El viento tibio remecía los desolados árboles sin sus hojas. Los sembrados del Chapeta se veían allá, al otro lado del horizonte, las casa de los Pino Pino, azuladas y desteñidas, aún se empeñaban en fabricar nuevas, en el poco patio que les quedaba atrás.

Caminé lento y despacio por ese sendero polvoriento, unos perros desconocidos me ladraban sin cesar. Y es que ya no era el mismo, había estirado un metro más, mi espalda se ensanchó y mis músculos casi hacían explotar mis ropas. El cabello dorado de antaño y que tanto enloquecía a las temporeras, lo llevaba al ras. Parecía un fiero domador de leones a punto de disparar contra cualquiera que osar en batirse a duelo conmigo.

Todo estaba desierto porque a esa hora se encontraban en misa, como ocurría los domingos. Supuse que si iba a la iglesia me encontraría con mis amigos, así lo hice sin razonar. Me fui abriendo paso entre los feligreses que la repletaban. La reconocí de inmediato: sus cabellos castaños salpicándole los

hombros, su porte grácil, no me vio pues se encontraba de espaldas, por lo tanto no se percató de mi llegada. Esperé a que terminara la homilía detrás de unas cornisas, en donde fecaban las palomas.

Al verla de frente me enteré. Llevaba una barriga de seis o de siete meses de embarazo. La estocada fue tremenda, dolorosa, como la mordida de una serpiente. Su dolor aún persiste en mi interior.

La seguí, ella aún no me veía, iba del brazo de su madre, nadie me reconoció al pasar, parecía un fantasma, una especie de afuerino al cual ignoraron.

De pronto, sentí la segunda estocada. Afirmado a una camioneta doble cabina azul, convertido en un elegante hombre, el Taguano la esperaba con un cigarrillo entre los dedos. Ella se le fue encima y rodeó con sus brazos el cuello de mi amigo, luego le dio un beso tan largo que me hizo sentir como si me crucificaran muchas veces. Entonces desaté mi tormenta y me abalancé sobre el Taguano, le di un tremendo empujón y con mi puño en la mandíbula izquierda, luego en la derecha, en el estómago, yo era él más fuerte, mi espíritu se me salía por la boca instándome a matar. En cambio el Taguano no movió ni un dedo para defenderse. Yo lo hubiese muerto sino me llamara la atención el llanto desmedido de la Menchita y que los otros me sujetaran para que no siguiera.

—¿Para, Chimpilo, para!, ¡déjalo!

Entonces lo vi desde otro ángulo. Los ojos de mi amigo repletos de lágrimas, la sangre le surcaba el rostro confundándose con la tierra, sus ropas y sus manos también. En el suelo yacía como un niño compungido, sin defensas ante mí, ante el que se vislumbró como su otra mitad. Reclamándole sin decirselo, la lealtad; una ley que trasgredió y que se enlodó conjuntamente con esas gotas de sangre que emanaban de su boca.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

“EL MISMÍSIMO”

BEATRIZ MACARENA ROJAS MORENO
25 AÑOS
GRANEROS

En enero de 1996 comencé a trabajar temporalmente como cosechero en el fundo “Las Coloradas”. El dueño don Alejandro Kurtic sabía cuidar muy bien sus vastas tierras y los nombrados parronales, que esta de más decir eran orgullo y su mayor ganancia.

Fue allí bajo las parras y el sol donde se desarrolla la historia que a continuación les relato:

—Ven pa' cá, flaco, aquí te voy a quedar, en esta cuadrilla y tu collera va a ser don Manuel. Está cosechando solo porque el tata tiene licencia. Saquen toda la hilera no más -ordenó la jefa.

La jefa era alta y robusta, una sonrisa nerviosa surcaba su pecosa cara. Se le notaba demasiado que era primeriza en el cargo.

—A las doce en el almuerzo. Tienen medio hora para comer, por que salimos temprano -dijo y desapareció por entre las parras.

El día empezaba a ponerse caluroso y el saco se hacía cada vez más pesado.

La cosecha era rápida, nosotros cortábamos la uva en cajas plásticas y las señoras iban limpiando grano por grano los racimos de sultanina, que como de costumbre en el fundo se daba magníficamente.

—Apúrate, cabrito, mira que las limpiadoras nos llevan pillaos y cuando no hay uva ¡ayayai pues! se enojan las viejitas -dijo don Manuel.

—Ya oiga, si es primera vez que cosecho, así que tiene que tenerme paciencia no más -le respondí.

Don Manuel, un campesino neto, nacido en Temuco, había llegado años atrás y trabajado siempre en “Las Coloradas” hasta que el patrón lo dejó de planta.

—Cuando llegue el tata Segundo, te buscai otra collera -advirtió don Manuel.

—Bueno donde sea no más, con tal de ganar algunos pesos -dije.

—Echo de menos al viejo, es güena collera y a la hora de doce jugábamos brisca de espalda -agregaba.

—Yo también juego brisca; de espalda, de lao, sentao o como quiera usted.

—Ya no más, a las doce té espera -animadamente me dijo.

Pasó la semana, me acostumbré al trabajo y a la gente que formaba nuestra cuadrilla: la Sra. Carmen, la Sra. Angélica, la Sra. Gloria, don Manuel, la jefa y yo.

Qué raro, se nubló y el viento helao que corre -afirmé.

—No, cabrito, esa no es culpa del clima. Es el Mismísimo que anda en el cuartel.

—¿Quién, oiga? -pregunté con curiosidad.

—Don Alejandro o el Mismísimo, como le decíamos aquí.

—Ya ¿y por que?

Es que ese caballero tiene pacto con el diablo, aquí se cuentan muchas historias. Cuando él viene, el cielo se oscurece, el viento sopla fuerte y a uno se le pone la piel de gallina.

—Todos los años en esta temporada muere un peón, así paga sus deudas él futre.

—Yo no creo esas leseras.

—Oye, el año pasado se le murió el marido a la Angélica. Cabro joven, salió a tomar y tratando de abrir la puerta por la ventana, se cortó una vena del brazo y como estaba curao se quedó dormido, nadie lo escuchó.

Al otro día lo encontraron. Se había desangrado. Lo más fome es que llevaban dos meses de casados ¿qué me decí?

La voz de la jefa me sacó del asombro.

Llego el tata, pero tengo un problema, se me fue el anotador así que me voy a poner a don Manuel a anotar y el tata se queda con el joven cosechando, ordenó.

Oiga, jefa, sáqueme de una duda -dijo don Manuel- ¿era el patrón el que andaba?

—Sí. Don Alejandro venía a echar un vistazo -dijo.

Don Manuel miró con cara de picardía y burla.

Cuídate, cabrito, luego le puso el ojo el Mismísimo, agregó antes de irse.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo ¿si don Manuel dijera la verdad?

—Hola, gancho, cómo le va...

Una voz cálida resonó en mis oídos y me sentí feliz de no estar solo en ese inmenso parronal.

—Hola, por fin lo conozco, había oído mucho de usted.

—Le apuesto a que sí, Caipan no se calla ni un rato -afirmó.

Segundo Quintana, más conocido por el tata por su edad que bordeaba los setenta años, era un hombre alto, delgado, ojos azules, tez blanca y arrugada. Jubilado de un fundo vecino, donde el patrón aprovechándose de su ignorancia le había pagado trescientos mil pesos por diez años a su servicio. Aparte del poco dinero adquirido, le afectaba un asma crónica, por las humedades acumuladas y un lumbago por fuerzas mal hechas.

—¿Qué me dice, hijo? Yo pensaba en unos milloncitos pa' este pobre viejo. Bueno pa lo que me queda de vida no estuvo mal ¡peor es mascar lauchas!

—Pucha que lo jodieron, tata ¿y no reclamo? -añadí.

El futre me dejó bien claro que eso era todo lo que me iba a dar. Así es la vida pues, hijo. De tanto luchar en esta vida, de pronto ya no me quedaron ganas. Dejaba escapar una risa melancólica para consolarme.

—Ya, chiquillo, llegó la hora del almuerzo; vamos a jugar brisca -finalizó diciendo.

Partíamos ahora los tres a jugar. Entre briskas, dichas y tristes realidades se nos pasaba el tiempo.

El sol ya no quemaba tanto, en las mañanas la helada calaba los huesos. Para espantar el frío la gente se reunía en grandes fogatas y compartían tazas de café calientes.

Ya va quedando poco -dijo la jefa- el patrón quiere que nos apuremos en terminar la Climpson, es la última variedad.

Eran malas noticias para nosotros, los temporeros. Comenzaba abril, se hacía difícil encontrar trabajo y el dinero que nunca sobraba ahora era más escaso.

—Ya que estamos en las últimas ¿podríamos hacer una fiesta de despedida? -preguntó el tata.

—Usted no pierde oportunidad po' tata -respondió la jefa.

—No po', jefa, hay que festejar la última cosecha ¿cierto don Manuel?

—Claro está, pues. Mi socio tiene energía pa' rato, todavía puede zapatear unas guenas cuecas -replico don Manuel.

La gente se agrupaba a discutir los arreglos de la fiesta.

—También tiene que haber vino, para acompañar. Con dos garrafas hay de más - afirmaba el tata.

—No sea caga' o po'tata, con eso no que' o ni ahí -replicó don Manuel Caipan.

—Oye, Caipan, si vo' soy re económico.

La risa de los trabajadores hacía eco bajo los parronales, casi sin uva.

—Esto es lo último que queda, ¡ya escucharon a la jefa! A ponerse las pilas que nos pilla el agua -señaló el tata.

—Anda con energía, tata, acuérdesese que él futre todavía no paga la deuda con él cachúo.

—Ya empezó con su payasá. don Manuel: Puras invenciones tuyas, a esta altura ya habríamos tenido un finaiío. A mí con esas, ¡ah!...

El termino de la cosecha había llegado y estaba todo dispuesto como lo habían planeado semanas antes. Los mesones enfilados para el banquete, manteles, ensaladas y servicio puesto. La parrilla chirriaba con la jugosa carne.

—Ya, pues, vamos acercándonos. Miren que bien merecido tenemos este asadito, decía la jefa.

—Aquí traigo el vino pa' refrescar las gargantas, pongan sus vasitos y hagamos un salud. Los vasos chocaron en un alegre brindis.

—Porque el próximo año nos encontremos de nuevo, con las mismas ganas de hacer más rico el patrón, -exclamó el tata.

—Por eso entonces po'tata -respondimos a viva voz.

Entre asado y vino la tarde se nos fue acortando, un poco de pelambre, unos chistes, unas payas y unas cuecas bien zapateadas fueron el alma de la fiesta.

—Ya me llegó la hora, un gusto haber trabajado con ustedes. Segundo Quintana se alejo tambaleándose por entre las hileras.

Empezaba a oscurecer. Uno a uno los trabajadores se fueron retirando, al final quedamos muy pocos.

—Y el tata -dijo don Manuel, quiero despedirme de él.

Usted anda bien mal, ¡ya pues, vamonos! -le dije.

—No, cabrito, si no hago otra garrafa y solito. Me contestó.

—El tata se fue qué rato.

Güeno, vamos nosotros también, tomemos las bicicletas y salgamos al camino.

—Antes voy a pasar al baño, espérame por ahí no más.

Me quede esperando que don Manuel volviera, pero unos gritos desesperados me hicieron correr hasta donde él estaba. Atónito, pálido y con la boca abierta estaba el hombre, a la entrada del baño.

Lo tomé por los hombros y le sacudí:

—¿Qué mierda le pasa, acaso se volvió loco? - le grité.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas, ya ni siquiera estaba ebrio, se apartó lentamente de la puerta y me hizo una seña. El tata -susurró-.

El pobre viejo estaba al lado del pozo, boca arriba, en su mano derecha tenía un cigarrillo ya consumido y en su cara una expresión de espanto.

Nos acercamos despacio, pero ya no había nada que hacer.

Nunca nadie supo qué le pasó a Segundo Quintana. Lo último que recuerdo es la voz quebrada de don Manuel diciendo: El Mismísimo ya saldó su cuenta con el “cachúo”.

TERCER PREMIO REGIONAL VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL GORRO DEL MINERO

SYLVIA FERNÁNDEZ BEHNCKE

59 AÑOS

DUEÑA DE CASA

RANCAGUA

Vivía en Copiapó, en esa época mis padres nos llevaban de vacaciones a una localidad llamada Los Loros, al interior hacia la cordillera; mi padre tenía un hermoso campo, para nosotros era el paraíso. Fue ahí donde escuchamos muchos cuentos e historias en las noches, que eran las mejores aliadas para ello.

Cuentan que eran dos buenas amigas que siempre compartían sus juegos y secretos, iban al mismo colegio, eran muy conocidas por sus compañeras porque siempre estaban compartiendo travesuras, haciéndose incluso apuestas entre ellas. Esta era una más de las acostumbradas, pero no midieron para nada, en su inconsciente juventud, las consecuencias que le traería su osadía. Se trataba de ir al cementerio a una tumba determinada, la de un viejo minero, que no hacía mucho había muerto, y como sucedía a veces, en su lápida dejaban algún objeto querido del difunto como símbolo de amor y respeto. En este caso se trataba de su gorro, que en cuanto lo vio Catalina se hizo la idea de llevárselo. Las compañeras más su amiga que la habían acompañado le rogaron una y mil veces que no lo sacara, pero ella solo dijo que se lo llevaría por unos días, luego se lo traería de vuelta.

—Pero tú sabes que era un juego —le dijo Sole.

—Por qué eres tan porfiada, déjalo, rézale una oración y vámonos.

No hubo caso, Catalina no escuchó a nadie. Metió el gorro en su bolso y todas las siguieron pidiéndole que entrara en razón. No quiso, se fue tranquilamente a su casa. No supo por qué empezó a sentirse algo inquieta, olvidándose incluso de lo ocurrido en la tarde con sus compañeras. Al día siguiente fue a clases algo distraída, sus compañeras y su amiga notaron el momento que algo pasaba, mas ella dijo que estaba algo cansada, que le dolía la cabeza y, como son las jóvenes, luego olvidaron, dedicándole la atención a otra travesura.

Pero esa noche fue diferente, Catalina se acostó más temprano que de costumbre, se quedó rápidamente dormida, pasaron como dos horas, algo pareció despertarla, se había abierto la ventana, lo raro, no había nada de viento; bueno, pensó, tiene que haber quedado mal cerrada. Se acostó de nuevo, se estaba quedando dormida cuando escuchó suavemente:

—“Devuélveme el gorro, Catalina”.

Se dio vuelta en la cama algo asustada, pensó —debo tener fiebre— pero cada vez que quería dormir, sentía de nuevo:

—“Devuélveme el gorro, Catalina”.

Dio un grito tan fuerte, que sus padres alarmados llegaron a su pieza. Ella sólo les dijo que había tenido un mal sueño, nada les dijo de lo que se trataba. Su madre la sintió con algo de fiebre, así que se quedó junto a ella. Si realmente no tuvo más pesadillas, tampoco durmió tranquila. Se daba vuelta para todos lados, solo durmió tranquila cuando ya amaneció. Su madre viéndola más serena se fue acostar, sin dejar de estar preocupada.

A la mañana, Catalina no bajó a tomar desayuno. Su madre subió a despertarla y la encontró con bastante fiebre. Muy inquieta, se lo hizo ver a su padre. Él fue de la idea de llamar al médico y avisaría al colegio, pero no hubo necesidad. Sole venía llegando, venía a preguntar por Catalina para irse juntas, como otras veces, al colegio. Sole pasó a la pieza de su amiga. No le gustó el aspecto que tenía, se veía cansada. Cuando quedaron sola, Catalina le contó lo que le estaba pasando. Sole le dijo:

—Anda, vamos al cementerio, yo te acompaño a dejar ese gorro, nosotras te lo dijimos.

—¡No! —dice Catalina—, lo que pasa es que tengo un resfrío y como me da temperatura de seguro lo imagino o lo sueño.

—¡No!, Catalina, tú bien sabes que no es así, nosotras cometimos una falta debemos repararla ojalá lo antes posible, yo no creo mucho en penaduras, pero que existen hay muchas cosas que se dicen, algo de cierto habrá y esto es un ejemplo de ello. Vamos, amiga, no le demos más tiempo a lo que está pasando.

Pero Catalina insistió en que nada pasaba.

Sole se fue al colegio, avisó a sus profesores de la inasistencia de Catalina y en recreo conversó con las compañeras que habían sido testigo de la broma. Se asustaron mucho, no podían creer que Catalina fuera tan porfiada. Se pusieron de acuerdo para ir a verla, a ver si así la convencían de su error. Pero la verdad fue que la encontraron súper mal, no quiso escuchar más, se opuso incluso que sus amigas hablaran con sus padres, además vino el doctor, dijo que era un enfriamiento por eso tenía fiebre alta y deliraba, se retiraron algo más tranquilas, pero no por eso dejaban de pensar que lo más correcto era devolver ese gorro.

Catalina algo enojada con sus amigas, trató de dormir y pasar una tarde tranquila, quería a toda costa olvidar lo sucedido, ella seguía pensando que solo eran ideas de sus amigas porque eran una miedosas. Como el doctor le había dado pastilla para dormir, en la noche se tomó una, sabía que dormiría sin problemas ya que en otras ocasiones también lo hizo para relajarse; en cuanto a la fiebre felizmente ya no tenía, solo deseaba dormir, apagó la luz, se acomodó, no supo cuando se quedó dormida, parecía que había sido recién, cuando escuchó la misma voz el día anterior: —“Devuélveme el gorro, Catalina”, “devuélvemelo”—. Se sentó en la cama algo asustada, encendió la luz, miró hacia todos lados, no había nada, seguro lo había soñado. Se acomodó, siguió durmiendo sin apagar la luz esta vez; pero que imposible, apenas cerraba los ojos volvía a escuchar: —“Catalina, Catalina”.

No pudo más, salió corriendo y gritando del dormitorio. Sus padres la alcanzaron a tomar del brazo. Iba como loca hacia la puerta de calle, estaba

fría, tiritaba mucho, la llevaron al dormitorio. Catalina no quiso entrar, así es que no les quedó otra cosa que hacer que llevarla a la pieza de ellos. Su madre le preparó una leche caliente lo que logró calmarla un poco. Lástima sus padres no sabían la noche que les esperaba. Se cansaron de preguntarle si le pasaba algo para poder ayudarla, pero ella seguía con su porfía, nada diría, ella no estaba loca, seguro que todas esas voces eran juego de su imaginación o resultado de la fiebre más todas las leseras de sus compañeras. Pensando en esto se volvió a dormir. No sabe cuánto tiempo pasó, cuando otra vez fue despertada.

—“Catalina, Catalina, devuélveme el gorro, ven tráeme el gorro, Catalina”. Catalina aquí dio un grito tan fuerte y se desmayó justo cuando llegaban sus padres al escuchar el grito. Estaba bañada en sudor, temblaba, tenía mucha fiebre. A su madre le costó un poco hacerla reaccionar, fue bastante difícil mantenerla tranquila. Volvió a venir el médico, pero él nada supo hacer, fuera de darle algún remedio para la fiebre y recomendarles que le hicieran algunos exámenes.

Sole volvió a pasar de nuevo por la mañana, venía acompañada con las otras compañeras. No podían creer que Catalina estaba tan mal, seguía delirando tenía fiebre. Pero Sole no se conformó, fue cuando decidió decirlo todo y sin consultar con nadie les contó la verdad a los padres de Catalina. Ellos estaban desesperados, veían que Catalina a cada rato estaba peor, más aún desde que no quería dormir. —Ven —le dijeron a Sole— entre todos vamos a vestirla y la llevaremos aunque sea a la rastra a devolver ese gorro que nunca debió tomar. A los muertos se les respeta, nunca deben tomar sus cosas aunque sea una flor, es de ellos, sus seres queridos se las llevan con mucho amor y dolor.

Catalina se dejó vestir, nada sabía lo que sus padres pretendían, casi no se daba cuenta. Una vez lista le preguntaron por el gorro, costó, pero al fin lo sacó del fondo de un baúl donde lo tenía escondido. Todos partieron en el auto camino al cementerio. Lo raro era que Catalina empezó a sentirse cada vez mejor. Cuando llegaron, fue la primera en cruzar la entrada corriendo, llegó a la tumba, colocó el gorro en su lugar y le pidió mil personas elevando una oración por el alma de aquel minero. Cuando todos llegaron donde estaba, la encontraron completamente sana, parecía que nada hubiera pasado, pidió volver a la casa para correr y alcanzar así ir al colegio,

aunque fuera algo atrasada. Nunca más se habló de lo sucedido, nadie se atrevió siquiera a mencionarlo. Esa noche Catalina durmió como nunca lo había hecho, tranquila, serena. Despertó al otro día llena de alegría, había aprendido una dura lección.



MENTIÓN HONROSA

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

“LA RUBIA Y EL JOVEN DEL TRACTOR”

CAROLINA DEL CARMEN CARO ROJAS
34 AÑOS
CODEGUA

Esperaba impaciente el paso del tractor por su casa, solía sentarse junto a la ventana del dormitorio, donde peinaba su larga cabellera rubia, mientras su mente se inundaba de sueños y en su rostro se dibujaba una sonrisa sutil; interrumpida solo por el revolotear de los pájaros que hacían nido en el techo; volvía a conectarse a la realidad, una realidad que muchas veces la hacía entristecer.

Ese día, no pasó el tractor, ella lo esperaba, antes de ir al colegio. Ese joven tan apuesto, moreno y siempre sonriente le había robado el corazón.

Se vistió con su largo delantal y aquellos zapatos de goma que eran tan helados, tantas veces lloró escondida en el baño del colegio por el dolor de sus pies enrojecidos y paralizados por el frío, sus manos acalambradas las frotaba fuertemente y soplaba con su boca muy cerca, tratando de lograr el calor.

Camino al colegio, y para capear las gélidas mañanas de invierno, corría sin parar por las embarradas calles de Santa Julia. Por la velocidad de su carrera, pisó en muchas ocasiones los duros charcos congelados que se formaban en la mayor extensión del camino; soportando así la humedad de sus zapatos, prolongando con esto el dolor de sus pequeños pies cansados.

Era tan rica la leche caliente que les daban en la escuela, tomaba el jarro con sus manos y su cuerpo helado comenzaba a recuperarse.

El invierno era bastante crudo, sobre todo para la gente, pues cuando era abundante la lluvia, y los que no se inundaban, quedaban desafortunadamente aislados.

Los vientos muchas veces arrancaron árboles, postes del alumbrado eléctrico, y los bomberos debían en innumerables oportunidades socorrer a las familias que quedaban sin techo en sus casas.

Otros, disfrutaban las lluvias tras las ventanas de una casa calentita, entre sopaipillas y calzones rotos, sin imaginar siquiera el frío y la gran necesidad que en muchos hogares se tenía que vivir.

Todo est, a decir verdad, no se aleja en absoluto de lo que aún se debe ver en las casas de algunos chilenos.

En este ambiente de pobreza y necesidad, Inés viajaba feliz a la escuela.

En una de sus tantas locas carreras por llegar pronto, se encontró con el joven moreno, del cual estaba enamorada. Fue tan grande su impresión, que no sabía si temblaba de nervios o de frío. Como en el mejor de sus sueños, viajaba junto a él sobre aquella fría y dura bicicleta ¡pero qué importaba todo eso! Sentía por primera vez el aroma, sus manos, su aliento, su voz que era como la más bella y dulce melodía. Su pierna, que al pedalear rozaba la suya, era más de lo que muchas veces imaginó mientras lo esperaba pasar por su casa.

Al llegar al colegio apenas pudo hablar, su boca y toda su cara estaban congeladas, sus manos ya ni las sentía, pero se quedó allí, viendo cómo su amado se perdía en la neblina.

Ese día fue hermoso y, aunque era una niña de trece años, se sentía enamorada.

El, tractorero del fundo, con la edad de diecinueve años, era el menor de once hermanos; había conocido el dolor de perder a su madre sólo a los diez años.

Inés solía barrer el patio. Mientras lo hacía, vio pasar a Arturo con su tractor, se miraron, él le sonrió y nunca más lo pudo sacar de su corazón.

Desde entonces lo esperaba cada día. Al parecer él lo intuía, pues siempre pasaba mirando.

De esta forma transcurría el tiempo, entre miradas, sueños y suspiros, que hacían murmurar a los mal pensados hermanos de aquella rubia jovencita, que ilusionaba, barría y barría aquel patio, que provocaba más de algún chiste, siempre en el momento de compartir la comida.

Con la llegada de la primavera suelen suceder muchas cosas en el campo; los cerros más verdes que nunca dejan que sus coloridas flores acaricien nuestras narices con sus fragancias sutiles. Los árboles alegres se pintan de colores y los picaflores felices revolotean por todas partes.

La tía María había llegado a casa. Ella siempre traía regalos para todos, era una viejita pituca y solterona de Santiago.

Esta vez le trajo un vestido lila tan lindo para Inés, unos zapatos y una cartera y todo combinaba, ella estaba descaradamente feliz.

Siempre tenía que conformarse con lo elemental, aunque gracias al trabajo de su madre, el sustento, la comida era abundante y buena; nunca podía pensar siquiera en vestir a la moda, y era como que nadie se daba cuenta que ella era ya una jovencita, que miraba resignada a sus amigas, cómo siempre andaban al último grito de la moda. Como cualquier persona, más de su edad, deseaba tener algo nuevo; a Inés sus sueños se le hacían realidad.

Era septiembre y los hombres se preparaban para el rodeo, tiempo de fiesta, de baile, de mucho vino, chicha, empanadas, asados y uno que otro romance.

Los huasos, con sus mantas de diversos colores, erguidos sobre sus caballos adornados con pompones.

Saludaban con sus sombreros en las manos, mostrando su gallardía y orgullo del bonachón hombre de campo. Se lucían felices en el desfile amenizado por la banda de scouts de Graneros.

Todos corrían a reunirse en la plaza para ver a sus hijos que correctamente vestidos representaban a sus colegios.

Todo estaba dispuesto para vivir una gran fiesta. Los globos, las banderitas, el delicioso algodón de azúcar, eran motivos más que suficientes, para que la familia granerina se convocara a una, en el desfile.

Las casas habían sido pintadas, aún los troncos de los árboles eran maquillados; las banderas tricolores flameaban orgullosas, queriendo prolongar su estadía en los improvisados mástiles. Era tiempo de libertad, tiempo de alegría, de renuevo, de baile.

Habían quedado atrás las lluvias intensas del invierno, que inundaban muchos hogares. Con las crecidas de los ríos algunos lo habían perdido todo. El esfuerzo de años quedó cubierto por el lodo que dejó la inundación; pero ya pasó. La pena, el enojo, la frustración eran temas definitivamente del pasado. Todos estaban felices y dispuestos para pasar las mejores Fiestas Patrias.

En casa de Inés no era la excepción, llegaba mucha gente desde Santiago, San Antonio y se quedaban por muchos días, demasiados, para el gusto de la Sra. Mena, la cual tenía una hermosa crianza de pavos, pollos, gallinas, patos, conejos, chanchos y también unas vacas, que ordeñaba muy temprano en el establo.

Tenían también una huerta, de la que cosechaban todas las verduras necesarias en casa.

El queso fresco, la leche con té remojado, el pan amasado, la pasta de ajo y muchas otras comidas eran la razón de que las visitas de la ciudad se quedaran tanto tiempo.

Inés se ocupaba de todas las labores de la casa. Amasaba, lavaba la ropa, planchaba, el aseo, en fin, realizaba muchas cosas, y lamentablemente debía ser así, pues su madre tenía que ejercer la función de proveedora; había que lidiar con un padre casi ausente por el gusto excesivo por el alcohol y las mujeres. Sus hermanas habían tomado el mismo ejemplo, y eran semanas de ausencia. Todo esto impulsó, que con resignación, pero mucha pena, ella tuviera que retirarse del colegio. Era común en este tiempo que vieran innecesaria la educación en las mujeres. Muchos pensaban, que para ser madre y dueña de casa no tenían para qué estudiar tanto. Y era también el pensamiento en casa de Inés.

El cansancio, la incomprensión, la carencia de afecto, la motivaba mucho más a aferrarse a sus sueños. Ahora más que nunca quería escapar de aquella injusta realidad.

No había tenido oportunidad de estrenar su vestido y zapatos nuevos. Pato, su hermano, le hizo una invitación. Por primera vez en su vida iría al rodeo, allí había una ramada y la ilusionaba la idea de ver allí a ese joven, el del tractor.

Su tía le hizo un lindo peinado y emprendieron viaje a la Medialuna.

La polvorienta calle no les daba tregua, iban tan elegantes, pero los huasos platudos pasaban sopladados en sus camionetas, los camiones cargados con animales, carretas, y ellos deseando llegar pronto.

Sentía que todos la miraban, y era cierto, la llegada de Inés a la Media- luna causó más de un suspiro y la envidia de las mujeres.

En las galerías ya era demasiado lo que le estaba sucediendo; los cabros chicos, pícaros, bajaron las gradas para mirar los churrines de las chiquillas, que como ella, andaban con vestido.

Los gritos de los hombres, cuando unos huasos, corriendo a caballo, entre el barro, apretaban sin piedad a un pobre novillo la tenían desesperada. Miraba hacia arriba y las mujeres, algunas con sus caras largas, aburridas, cansadas, con los niños pequeños en sus brazos, ya era suficiente. Le pidió a su hermano que la llevara a casa, cuando por los parlantes anuncian las domaduras de toros y potros salvajes.

Entre la música, gritos y balidos, se abrieron las puertas y saltando comenzaron a salir unos potros que brincaban embravecidos, mientras los jinetes, valientes, temerarios, se esforzaban por soportar en el lomo del animal el mayor tiempo.

Habían decidido ir a comer algo, cuando para sorpresa y sufrimiento de Inés, Arturo sale montando un toro, que no dejaba de saltar, echaba espuma por el hocico. Ella creyó morir de nervios, pero aquel joven era todo un experto y con la ovación de todos, celebró el haber domado a aquel fiero animal.

Bajó corriendo las gradas para felicitarlo, lo buscó entre la gente y lo encontró en las caballerizas y allí mismo sin pensar lo abrazó; fueron abruptamente separados, por los reclamos de una joven que pedía explicación y le dijo que escogiera con quién se quedaría, a lo que Arturo dijo: “¡A ella, la prefiero a ella!”.

Entre la furia, la envidia y el enojo de muchas personas y sin importar nada, ellos se dejaron llevar por aquel sentimiento, que guardaban desde tanto tiempo.

Envueltos en temblor, sonrisas y miradas tímidas, se besaron.

Ganándole a la oposición de todos, la envidia, la adversidad, construyeron una hermosa familia con 6 hijos, un hogar en el cual el principal integrante es el amor.



MENCIÓN HONROSA

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LAS TRES PIEDRAS

JACQUELINE TORO MEDINA
PINTURA Y COMPOSICIÓN
RANCAGUA

El pueblo “Las Tres Piedras” era muy singular. Sus habitantes vivían casi aislados, no contaban con autoridad que pusiera ordenanzas, las reglas que gobernaban eran espontáneas. Según el delito se inventaba el castigo. La existencia de la gente era latosa. Los días no traían inquietudes, estos pasaban sin ningún suceso. Nadie se desviaba un centímetro de las rutinas “dejadas por los enterrados”; en el pueblo la vida era una siesta prolongada, hasta que un insólito hecho ahuyentó el manto de languidez y pereza.

El viejo Jacinto, personaje excéntrico del lugar, era un hombre solitario. Desaparecía por semanas del pueblo, al regresar la suciedad lo acompañaba en cada tramo de su cuerpo, parecía un pordiosero, mas siempre manejaba dinero para darse una ducha en la quinta de recreo del poblado. Allí comía y se abastecía con provisiones para ausentarse otras tantas semanas más. A nadie le llamaba la atención, menos a Raúl, dueño del establecimiento. Total el viejo podía pagar el consumo.

A tres semanas de esfumarse el veterano por los cerros con su mula cargada de alimentos y herramientas, fue encontrado por la María y el Emilio. Estos salían a calmar los instintos en la soledad de los bosques y cerros que rodeaban la pequeña población. En una de estas escapadas descubrieron al Jacinto muerto, estaba tirado en la entrada de un túnel excavado en el cerro; el descubrimiento enfrió los deseos de la pareja y corrieron a comunicar el hallazgo. Entre varios hombres y ayudados por una pequeña carreta condu-

ieron el cuerpo del anciano al pueblo, lo depositaron en una larga mesa de la iglesia. El sacerdote aparecía de vez en cuando por el pueblo y el muerto no podía esperar: Las señoras se encargarían de preparar al difunto para su funeral y entierro. En el momento en que las mujeres se disponían a dar un último baño al Jacinto, entre sus ropas asomó un pequeño bolso que parecía contener unos guijarros. Al vaciarlo las mujeres quedaron atónitas, varias pepitas de oro muy brillantes yacían sobre el cadáver atrapando entre sus irregularidades toda la luz del lugar. Llevaron el tesoro hasta la quinta de recreo donde los hombres se reunían a jugar y comentar sucesos del día. Ahora el Jacinto era tema principal de la tertulia, resultaba extraño que cerca de ellos hubiera una mina. “Las Tres Piedras” era un pueblo agrícola, nadie sabía de extracción de minerales ni socavones, pero el metal precioso que estaba frente a sus ojos confirmaban la existencia de una veta.

Fue un gran funeral, al viejo de barba amarillenta le hubiera gustado; los habitantes del pueblo acompañaron al difunto, incluso el cavador demostró pena al dejar caer lágrimas sobre el ataúd antes de arrojárselo con tierra. Nadie le conocía parientes, llegó solo al pueblo y así falleció. El problema se presentó cuando no hubo heredero que reclamase la supuesta mina, ¿quién se quedaría con ella? María y el Emilio se sentían con derecho a la propiedad por ser los primeros en descubrirla, era un secreto a voces que esos mantenían una relación fuera de sus respectivos matrimonios. Todos consideraban tener motivos para sentirse dueños del filón, fue entonces que Emilio subiendo a un montículo de piedras les habló:

—¡Escúchenme!, esto va mal, respetemos el lugar.

Las mujeres más palabreras se comprimieron los labios, mientras que los demás aparentando mayor devoción rezaban incesantemente por el alma del anciano, terminado el ceremonial, la población entera se reunió en las afueras del cementerio; Emilio se dirigió a la multitud:

—¡Silencio, por favor!, tenemos que solucionar este problema como amigos, y la medida más justa, creo, la tengo, nosotros los hombres del pueblo nos reunimos a jugar naipes, todos somos hábiles, ¿Qué les parece si hacemos un campeonato de naipes? Y el premio sería la mina.

Un silencio inundó el ambiente. Las primeras en reaccionar fueron las mujeres, encontraban injusto no participar del juego, tenían derecho como

los hombres de obtener la mina. Las discrepancias surgieron, pero Emilio alzando la voz les sugirió:

—¿Estamos de acuerdo en que juguemos la mina?

—Ya que estamos de acuerdo, propongo que el ganador tendrá derecho a trabajar la mina por tres años. Lo que encuentre en ese tiempo será compartido con las mujeres de la familia, una especie de sociedad, ¿qué les parece?

Un breve mutismo permaneció, para dar paso a un beneplácito general, Emilio siguió:

—Si alguno encuentra oro, su derecho a explotar la mina sigue vigente, hasta cumplir tres años, ahí se volvería a jugar, así todos tendremos posibilidad de encontrar alguna fortuna.

Los asistentes a tan extraña reunión estuvieron de acuerdo, y sin preámbulos se partiría al día siguiente con la primera ronda del juego. El escenario sería el local de Raúl después de las faenas del campo.

Se hicieron varios grupos, el ganador de cada uno pasaba a semifinal. Para hacer la historia breve, al último solo quedaron seis jugadores, y la mina quedó en poder de Pedro Carrasco. Sin suerte en tres años, pasó a manos de Manuel Neira, este había hecho en su segundo año de usufructo el hallazgo de una pequeña cantidad de oro. En la ciudad comprobó que era de buena ley con pequeño porcentaje de cobre adherido; con el dinero obtenido de la venta de las pepitas compró un carretón, era el primero de los habitantes de “Las Tres Piedras” que sacaba provecho de sus años de explotación del socavón, cuando llegó el plazo de entregarla no había encontrado nada, solo un poco de cobre; sin embargo el descubrimiento de Manuel no mermó las esperanzas del nuevo dueño, Ramón López sentía confianza, luego de ganar todas las partidas en los naipes, estaba seguro que descubriría la veta del viejo Jacinto.

Ramón y su esposa Anilda conformaban una pareja unida, ambos tenían la misma expresión en sus rostros, idénticas arrugas, los gestos de las manos similares; los hijos y ellos estaban marcados por costumbres y anhelos similares. La familia poseía unas hectáreas de tierra que brindaba alimento y algunas

monedas producto de las ventas de hortalizas frescas al pueblo. El ganar la mina produjo un vuelco en sus vidas, Ramón planeaba sacar mayor provecho a su recién obtenida propiedad. Con sus hijos trabajaría el doble que los anteriores dueños, tres años no eran mucho considerando que ninguno era minero. Gilberto y Joaquín, sus hijos mayores, no pusieron reparos a su padre. Cambiar el campo por una aventura con dejes de oro valía la pena, pero Miguel el menor de los vástagos no quería participar, era difícil encontrar personas de aspecto y carácter más diferente que estos hermanos. Miguel era soñador, un poeta ajeno a las necesidades materiales, no le interesaba el famoso yacimiento, odiaba solo pensar encerrarse todo el día en un hoyo con peligro de derrumbes; la seguridad no era lo mejor en la “Esperanza”, nombre que dieron los pobladores a la mina. Unos débiles palos prevenían que el cerro no cayera encima a los improvisados mineros. Un pequeño motor conectado a una manguera proporcionaba un poco de aire fresco.

Ramón ordenó a Miguel que enfilara hacia los cerros con sus hermanos, pero Anilda intercedió y logró que solo trabajara en el huerto familiar. Qué alivio sintió Miguel.

Los habitantes del pueblo se recogían temprano, el lugar no contaba con luz eléctrica, los trabajos se hacían hasta que el sol alumbraba. La familia de Ramón López era la última en reunirse. Anilda esperaba pacientemente a sus mineros que llegaban fatigados y polvorientos. Miguel sabía por intuición que volverían con los bolsos llenos de optimismo, pero sin oro.

El muchacho cenaba apresuradamente junto a su madre, esta lo observaba y sonreía al pensar quién de la parentela se parecía a su muchacho, tan soñador y de apariencia delicada. A diferencia de sus hermanos él no resultó tan moreno, incluso era más alto siendo el menor. Anilda levantó el plato a medio servir de Miguel que se alejaba hacia el espeso bosque, se adentraba entre las sombras con un lápiz, una linterna regalada por Anilda para sus caminatas nocturnas, y una pequeña libreta en donde registraba sus pensamientos y sensaciones. Caminaba en las sombras con sus ojos cerrados, sabía cuántos pasos dar para llegar al lugar de reflexión. Una especie de plataforma que lo acercaba hacia un universo propio y lo alejaba de la existencia real. Desde ahí contemplaba el bosque, los cerros y ese hermoso cielo brillante. La luna en esos instantes salía al encuentro del muchacho, a sus oídos llegaban ruidos de lechuzas y de árboles movidos por la brisa.

De súbito sintió frío en los miembros; el bosque se inundó de misterio, las hojas de los árboles golpeteaban fuerte como si alguien se divirtiese con estos ruidos. Cada sentido captaba la rápida transformación de la apacible noche. En ese momento la luz nocturna del astro alumbró el bosque permitiendo que sus ojos divisaran dos siluetas que se trasladaban lentamente por entre los árboles. Desde la pequeña loma, Miguel pudo distinguir que una de las sombras era un hombre y, por la torcedura de su espalda, muy anciano. Lo seguía un animal, parecía una mula. Muy intrigado, comenzó a seguirlos:

—¿Quién se aventuraba a esas horas por el bosque? —pensaba.

Trató de alcanzarlos, pero no lo consiguió, corrió pero fue en vano; las figuras siempre se mantenían delante del muchacho. Cruzó el bosque y se alejaba cada vez más del pueblo, la claridad lunar ayudó a distinguir el cerro donde se encontraba la “Esperanza”, pero las sombras pasaron de largo. Luego de recorrer un amplio trecho se detuvieron. El camino se tornaba difícil, a un costado el río profundo, en la otra orilla las laderas de los cerros terminaban en las profundidades del río, cuando Miguel estuvo cerca, el astro ocultó su luz por unos instantes, lo suficiente para disimular los rasgos del individuo, solo su brazo se mostraba visible a los ojos del muchacho, indicándole con su largo y huesudo dedo índice un lugar en lo alto del cerro ubicado frente a ellos:

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, pero las siluetas del animal y el hombre habían desaparecido. Miró alrededor pero nada halló. Un espantoso estremecimiento de terror lo dominó; se alejó de este siniestro escenario sintiendo sus pies tan ligeros que parecía que volaba entre la maleza. Relajó los músculos cuando divisó las primeras casas del pueblo, ya en su hogar descansó pero no durmió, en su mente desfilaban los detalles de la inquietante noche, un escalofrío sacudió su cuerpo al acordarse de la figura fantasmal, no tenía la menor duda que era una alma sin cuerpo a quien siguió. ¿Qué hacer en estos casos?, ¿se estilaba que debería rezar para protegerse? En fin, después de varios padrenuestros, mezclados de tres “Aves Marías”, Miguel trataba de conciliar el esquivo sueño. En la mañana, su madre esperaba que se acercara a tomar su desayuno para increparlo duramente:

—¡Tan tarde que llegaste anoche, Miguel, me teníais preocupá!, ¿qué te pasó, chiquillo de mierda?

—Mamita, al salir anoche nada anunciaba lo que viviría. Todo estaba totalmente apacible, nada extraordinario, pero a los minutos de encontrarme en mi lugar acostumbrado, se levantó un fuerte viento muy frío. El bosque en instantes se volvió negro. Al volver la luminosidad me di cuenta que unos metros más allá unas figuras se trasladaban. Por su lento andar, parecía un viejo y una mula cargada de cosas. Me sorprendí ver esas siluetas, pues yéndose el día nadie, excepto yo, se aventura en las sombras. Traté de alcanzarlos, pero no conseguí acercarme. Ellos mantenían su paso lento y arrastrado. No sé cuánto tiempo los perseguí, sí hasta pasé por el frente de la “Esperanza”. La mula y el desconocido se detuvieron por fin a unos dos kilómetros de la mina, entre cerros cargados de árboles y zarzamoras, esos que están junto al río, la luna se elevó sobre los pinos iluminando sombría y pálidamente una de las lomas, la más cercana a la ribera. La figura oscura mostraba con su brazo la colina. Al descuidarme ambas imágenes se disolvieron. —¿Crees, viejita, que aquellas figuras podrían ser el Jacinto y su mula?

Miguel se quedó pensativo, Anilda sentándose al lado del muchacho le dijo:

—Escucha, hijo, algunos del pueblo han corrido ese chisme para hacer sus cochinas tranquilas. Estoy segura que el Emilio empezó con esas leseras. Nadie ha visto nada, pero tú Miguel que fuiste de chico curioso y bueno para imaginarte leseras no me extraña que te dormiste y soñaste de lo lindo.

—¡Pero, mamá! Caminé hasta ese lugar, no pude hacerlo dormido. Estoy casi seguro que el viejo Jacinto me quería decir o mostrar algo. Anilda se persignó diciendo:

—Ave María Purísima, quiero que me prometai que no vas a ir más al bosque de noche y solo; puede ser que todo esto sea trabajo del malo que anda tras de ti con lo tonto y soñador que eres.

Miguel veía a su madre mover sus labios, pero no la escuchaba, su curiosidad saltó por encima de sus miedos, volvería esa noche. Anilda sintió la excitación de su hijo cuando lo besó en la frente, tomando su cara con ambas manos le recordó:

—Hoy no quiero que salgai, no jugués con tu suerte. Miguel tomando su pala partió al campo a trabajar, no sin antes decirle a su madre:

—No te preocupís, viejita, nada malo pasará.

La luz del día se fue. Después de desmalezar y regar el sembradío, Miguel se dirigió a su casa. El día abandonaba lentamente su sitio, el crepúsculo daba la bienvenida a la noche cuando el muchacho entró en su hogar. La mesa preparada para cinco invitaba a disfrutar la opípara cena preparada por Anilda. Miguel comía lentamente mientras era observado por sus padres y hermanos. Nadie pronunció palabra alguna, cansados de las duras faenas solo comían. Después del tradicional vino acompañado del pitillo de tabaco, todos se dirigieron a sus respectivos cuartos a descansar. Gilberto y Joaquín compartían pieza, según ellos Miguel era demasiado delicado para sus groserías y chistes picarones, el muchacho dormía solo. Los ruidos fueron acallándose en la casa, solo los grillos irrumpían el silencio. Miguel esperaba el momento para escapar por la ventana. Anilda en el cuarto de al lado se mantenía despierta; Ramón su esposo dormía profundamente, era así desde que ganara la “Esperanza”, trabajaba como loco esperando encontrar la riqueza tan esquivada. Ella lo miraba con ternura y acomodándole unos mechones rebeldes pensaba:

—Este hombre, tan soñador como su hijo, obstinado pero dulce, en su rostro están las huellas de toda una vida entregada a la tierra, siempre soñando con algo mejor y aún se pregunta ¿por qué Miguel es tan diferente al resto de los hijos?

De pronto escuchó abrirse la ventana del cuarto de Miguel. Tenía el presentimiento que no se quedaría tranquilo. Se levantó rápidamente, tomó su chal y lo colocó alrededor de sus hombros. Del cajón del velador sacó su Biblia por si la necesitaba. Se precipitó hacia fuera encaminándose detrás del muchacho, el cual no sospechaba que lo seguían. Miguel convencido de estar solo entre las sombras del bosque reflexionaba consigo mismo:

—Debo estar tranquilo y controlar mi emoción.

Llegó al sitio acostumbrado, tendió su cuerpo en la fresca hierba dando rienda suelta a las imaginaciones más fascinantes, se entregó a sus pensamientos, voló más allá de la Luna olvidando totalmente el motivo de su vigilia. Anilda, entumecida de frío e impaciencia, sonreía al contemplar a Miguel durmiendo:

—Será mejor que despierte a este cabro antes que los dos enfermemos de pulmonía.

La mujer, empeñada en acabar con el pacífico sueño del muchacho, lo despertó con unos suaves golpes en la cabeza. Miguel se incorporó sobresaltado, medio dormido se dio cuenta que en vez de Jacinto era su madre. Una gran desilusión inundó al joven y con rabia le decía a Anilda:

—Ánimas caprichosas que aparecen entre la oscuridad, ¿cómo saber qué buscan si no dan una señal exacta? La visión de anoche ¿quería compartir conmigo algún sueño o tal vez una condenación?

—Vamos, hijo, mañana nos reiremos de todo esto; te quedaste dormido anoche y soñaste las leseras que me contaste; todos andamos con el Jacinto en la mente.

Se alejaron del lugar y la aventura quedó como un secreto entre los dos, no volvieron a hablar del asunto.

Con el transcurso de los meses, Miguel se ausentaba cada vez más de sus lugares preferidos y de sus paseos nocturnos. Pasaba horas en su dormitorio después de las faenas en el campo, tratando de superar su débil lectura. Alejado de los libros y los estudios por bastante tiempo decidió retomarlos, su alma de poeta necesitaba el conocimiento de las esquivas palabras para expresar sus emociones y aventuras; con solo quince años no estaba del todo perdido se sentía preparado para asumir este desafío. Así fue como se lo planteó a Anilda, quien siempre supo que Miguel sería diferente, basta con los burros que tenía alrededor, su muchachito saldría adelante. En la ciudad terminaría sus estudios. Total, Elsa, la hermana de Anilda, le había ofrecido alojar a sus cabros para que continuaran estudiando; en “Las Tres Piedras” solo había escuela hasta sexto básico. Tomada la decisión, Miguel se las emprendió a la ciudad una mañana del mes de marzo, matriculado en la escuela comenzaría desde los primeros cursos, así el muchacho olvidó prontamente sus sueños y comenzó una nueva etapa para él.

Ramón en el intertanto se desilusionaba de la “Esperanza”. En los dos años que llevaba, no había tenido la suerte del antiguo dueño. Sólo unos gramos que no alcanzaban para nada. Como su hijo menor partió a la ciudad a

ruegos de su mujer tuvo que dejar a Gilberto a cargo del campo ya que este le proporcionaba el sustento diario, todo indicaba que terminaría sus tres años tal como empezó, con puras esperanzas.

Anilda seguía con su rutina de llevar almuerzo a sus improvisados mineros. Una mañana cerró la puerta del rancho tras de sí alejándose por el camino que conducía a la mina, adentrándose en el bosque de tupidos pinos pensó en Miguel y sus correrías nocturnas, pasó por la falda del pequeño cerro en donde su muchacho solía soñar, su mente le trajo el recuerdo de aquella historia contada por su hijo, sintió escalofríos, oía los mil ruidos del campo, elevó los ojos y miró el cielo limpio y claro sintiendo un poco de alivio en su atribulado corazón; derecha y firme aunque blanca como un papel apresuró el paso para alejarse del lugar y de sus temores. Al llegar a la “Esperanza”, Ramón la observó:

—¿Qué té pasa mujer? Te noto asustada, ¿no te habrás encontrado al diablo?

Le decía con un dejo de ironía en la voz.

—No te burlís, no ves que al pasar por el bosque me acordé de Miguel y de algo que le sucedió ahí. La mujer comenzó a relatarle la historia a su marido, quien escuchaba atentamente. Cuando Anilda terminó, Ramón sentía que había que investigar, total nada perdían y quién sabe en una de esas.... Tomaron las herramientas y se las emprendieron por el camino descrito por Miguel. El río profundo, las laderas cortadas a pique, el cerro cubierto de árboles y zarzamoras, todo se exhibía ante los ojos de Ramón. Le consultó a su mujer:

—¿Te acordái Anilda para dónde el viejo le mostraba a Miguel?
La mujer le respondió:

—Arriba, le mostraba hacia lo alto del cerro.

Ramón alzó la vista, pero solo veía muchas espinas y malezas. El hombre mayor tomó su pala y con ella comenzó a quitar los matorrales de su camino, dando golpes a diestra y siniestra encontró lo que parecía una insinuación de camino, era apenas un surco de esos que se hacen con el continuo pisar. Alguien había transitado mucho por ahí, las breñas ocultaban muy bien

la huella; a ratos se hacía muy dificultosa la marcha. Estaban por rendirse cuando llegaron a lo que parecía el final de la senda, una pared de zarzas y enredaderas de copihues se levantaba delante de los dos hombres. Comenzaron a despejar frenéticamente. Cuando ya flaqueaban sus fuerzas divisaron lo que parecía una abertura en el cerro. Terminaron por sacar todo lo que obstaculizaba la vista. El débil Sol que se filtraba por entre los tupidos ramajes de los árboles sólo alcanzaba a iluminar la entrada, después reinaba la oscuridad absoluta. Improvisando unas antorchas con tiras de ropa comenzaron la exploración del túnel. Sus ojos demoraron en acostumbrarse a la penumbra. A poco andar, Ramón sintió correr por sus venas una súbita emoción. Al frente tenían un pasaje angosto con olor de humedad y encierro, avanzaron en línea recta por un camino lleno de baches imprevistos. De pronto el estrecho camino comenzó a ensancharse. La luz de las piras iluminó la pared de piedras en la cual se hallaban colgadas de pequeñas salientes ropas viejas, una lámpara que aun contenía parafina, por el suelo latas de comida, unas pocas herramientas y una bolsa de cuero ennegrecida por la humedad, dentro de ella para sorpresa de los hombres, pertenencias del viejo Jacinto, fotos viejas y arrugadas donde el anciano se mostraba aún joven; en el reverso del retrato la fecha de su nacimiento y su nombre completo. Todos se mostraban sorprendidos por el hallazgo. Ramón se mantenía en silencio mientras su hijo seguía investigando, parecía que el Jacinto sacaba el oro de este socavón y la “Esperanza” quizás solo era una pantalla, fue muy astuto el viejo, si cualquiera lo seguía encontraría la mina falsa, podía trabajar sin sobresaltos. Una vez muerto quiso compartir su oro, ¡qué tontos fuimos!, Miguel y su curiosidad de muchacho hicieron descansar al viejo. Anilda los esperaba impaciente, cuando los vio se apresuró a preguntar qué ocurría, Ramón solo dijo:

—Mujer, si me hubieras contado esto tiempo atrás ya sabríamos si hay oro en este agujero.

Le hicieron llegar la noticia a Miguel, éste la recibió con alegría ya que siempre estuvo seguro que el viejo Jacinto se le apareció. Su madre quería que volviera, ya que si alguien tenía derecho a lo que se encontrara, era él; pero el muchacho ya no le interesaban las quimeras, regresar a “Las Tres Piedras” sería un retroceso, tenía todo un camino que recorrer y una novia que cuidar, los sueños ya no le interesaban; dejaría que su familia y su pueblo decidieran, a nadie le hace mal soñar un poco, y si encontraban el oro tan

esquivo, ellos sabrían cómo ser justos, estaba seguro, cogió la carta de su madre, la guardó entre sus cuadernos, sacó una hoja en blanco y procedió a contestar.

PRIMER PREMIO REGIONAL

VII REGIÓN DEL MAULE

CON AVIÓN, SIN AVIÓN

BERLIN DANUBIO CORREA HERNÁNDEZ
56 AÑOS
INSPECTOR ESCOLAR
CUREPTO

Por los años treinta del siglo veinte, recién se conocían un par de aviones que llegaron a Curicó, para ser más exactos, era un “par de avionetas”. Por ese entonces en el fundo “Palquibudis”, a unos 38 kilómetros de Curicó, el dueño del predio agrícola era famoso por lo práctico, bueno para las bromas.

Este caballero se dio cuenta que los trabajadores agrícolas cada vez que sentían un ruido en el aire para el lado de Curicó, dejaban de realizar sus trabajos y se dedicaban a mirar. Estos jornaleros veían cuando aparecía el pequeño avión, lo veían pasar por sobre ellos y lo seguían con la mirada hasta que se perdía en el horizonte o tras algún cerro alto. Para colmo del buen caballero de Palquibudis, los aviones, es decir, las avionetas giraban regresando a Curicó más o menos a la altura del pueblito de la “Huerta de Mataquito”, pocos kilómetros más abajo del fundo mencionado, entonces más tiempo perdían los obreros.

Fue entonces que afloró una vez más el ingenio del dueño del fundo: instauró dos tipos de sueldos; uno para los que trabajaban concentradamente cabeza “gacha”, es decir, mirando la tierra que trabajaba, esos tenían un buen porcentaje más; y los que podían o querían mirar todo lo que quisieran a las avionetas.

Entonces cuando hacía trato con sus trabajadores, les planteaba las dos posibilidades: “con avión”, quería decir que podían mirar todo lo que quisieran el avión, pero tenían menos sueldo. Y la otra categoría “sin avión”, esos no

debían mirar el avión, (a lo sumo una miradita breve cuando iba pasando por arriba de ellos), esa gente ganaba mayor sueldo.

Fue famosa en esa época en la cuenca del río Mataquito la frase: “con avión, sin avión”, que después se aplicaba a situaciones graciosas.

Después, para algunos paseos a Iloca decían: “con señora, sin señora”, los con señora pagaban “triple” bromeaban.

Así se entretenía la gente cuando no había luz eléctrica en los campos y sectores rurales, menos TV, con ingenio gozaban los días.

“EL MAQUINISTA FANTASMA”

Los más antiguos cuentan que por la década del cuarenta había un maquinista de locomotora que trabajaba en el ramal de Curicó a Licantén, recuerdan que le llamaban Juanito. Nunca supieron si tenía familia, esposa, hijos, hermanos, pero sí todos decían que se veía contento, feliz con su trabajo.

Lo extraño es que nunca lo vieron almorzando en alguna pensión. Aseguran que comía en la cabina abierta de la locomotora, que sacaba agua hirviendo de “su máquina” para prepararse algún “ulpo”; hasta afirman que dormía en su “locomotora”. Dicen que era ferroviario de corazón, ciento por ciento de su gremio.

Cuando el tren venía llegando a Licantén, fin de la vía, el maquinista venía saludando a la gente de las casas de la calle paralela a la línea férrea, se le veía sonriente. En aquellos años la llegada o la pasada del tren constituía un hecho importante, le daba sentido a los días y en forma muy especial a los pueblos chicos.

Todos hablaban y conocían las historias de Juanito, el maquinista del ramal: que era amable, sonriente, que esperaba un poquito a los atrasados, que saludaba a todo el mundo, que era muy calladito y tantas otras cosas.

Dicen que en la primera locomotora que llegó a Licantén, allá por el año 1938, venía Juanito radiante conduciendo el convoy del progreso.

Juanito era conocido y querido y trabajó como maquinista desde que empezó a correr el tren del ramal y hasta que nunca más corrió.

Algunos aseguran que cuando dejó de correr el ramal, vieron a Juanito llorando en su máquina en su último viaje a la costa. Otros dicen que en la estación de Curicó, en el patio de máquinas del ramal, estaba Juanito abrazado a la trompa de la locomotora como si hubiera estado en trance.

Así lo vieron por última vez, dicen que no se presentó a buscar sueldo, que no fue a ver si lo trasladaban del lugar o lo jubilaban. Nadie supo nada de él.

Tres años después de haber dejado de correr el tren del ramal Curicó-Licantén, unos amigos que venían de saludar a un compadre en la noche de “San Juan”, juran que vieron aparecer la locomotora con el maquinista Juanito, que se veía extraordinariamente pálido, extraño, pero se veía contento y luego desapareció todo. Los tres amigos quedaron asustados, incrédulos, confundidos... Pero no contaron nada a nadie al otro día y guardaron el secreto por un año.

Al año siguiente, en la noche de “San Juan”, unas señoras que venían llegando desde el sector campesino de El Huapi (casi a la media noche), a la calle paralela donde estaba la línea abandonada, vieron cómo se acercaba la locomotora N° 13 conducida por un maquinista para luego frenar frente al edificio que fue estación, esfumándose luego tren y maquinista.

Los años posteriores, muchos en las noches de “San Juan han visto que por la que hoy es calle y antes era línea férrea, aparece llegando una locomotora con su maquinista para arribar frenando frente al caserón que era estación y pronto desaparece todo lo que se vio, llegando; lo que venía llegando no aparece por ningún lado. Por eso, hace años que se habla del “Maquinista Fantasma”, que sólo aparece en su locomotora en las noches de “San Juan”. Dicen que aunque la noche esté con Luna llena, la calle actual, que antes era línea del tren, se llena de neblina de improviso y aparece la locomotora con el “Maquinista Fantasma”.

La gente de más edad dice que el amor de “Juanito” el maquinista era tan grande por su locomotora, por su trabajo, por la fidelidad a la causa ferroviaria, que se “materializa”, o sea, se aparece en las noches de “San Juan” y la gente puede ver llegar a la locomotora N° 13 y su maquinista fantasma.

Dicen que ven esa “visión” los más sinceros del pueblo, los de corazón limpio y que estiman a todos sus semejantes.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL VII REGIÓN DEL MAULE

EL DÍA QUE LLOVIERON VIÑUELOS

CARLOS ROSENDO CISTERNA SAAVEDRA
69 AÑOS
ROMERAL

Un hombre arrea por un solitario camino una tropilla de doce asnos cargados con una inmensa fortuna de monedas de oro. De pronto, pasa frente a una solitaria casita donde vivía un matrimonio ya anciano. El arriero pasó a pedir un vaso de agua y en ese momento un asno ingresó por el cerco de la casa.

La anciana dijo:

—¡Pobre animal!, debe tener hambre. —Y lo llevó a comer pasto.

El arriero no se dio cuenta y siguió su camino. La anciana pensó: “Pobre animal, debe estar muy cansado”. Le quitó la carga y la guardó en su casa y luego se dio cuenta que la carga contenía una inmensa fortuna. Pasaron varios días y el anciano dijo a su mujer.

—¿Qué paso con el burro que estaba en el cerco?

—Bueno... cuando sació su apetito se fue en busca de sus compañeros de carga —respondió la anciana.

Mientras por su mente pasaban muchas ideas. No podía confiar en su marido, porque éste con su mente algo perturbada no guardaría el secreto de la fortuna, y era seguro que tarde o temprano alguien pasaría a preguntar sobre tan importante pérdida.

La anciana puso en marcha todos sus planes.

Al día siguiente amaneció nublado, se levantó temprano y ordenó a su marido que se levantara tarde para que cuidara su salud. La anciana se puso a hacer viñuelos y una vez fritos se subió a un árbol del patio y los puso todos en las ramas. Al rato se levantó el anciano, tomó una silla y se sentó bajo el árbol. Con el viento empezaron a caer los viñuelos y el anciano empezó a llamar a su mujer:

—¡Vieja!... están lloviendo viñuelos.

La señora salió con cara de asombro dando gracias a Dios y se puso a coger los viñuelos y luego tomaron un rico desayuno.

Luego, la anciana preparó un bolsón con un libro, unos cuadernos y lápices y se los dio a su marido diciéndole:

—Hoy usted va a ir a la Escuela porque nunca es tarde para aprender. El anciano fue a la Escuela del lugar y el profesor lo acogió, dándole tarea para la casa, pensando que no estaba en su sano juicio.

Días después llegaron unos hombres a la casa de los ancianos preguntando por la carga de un asno. El anciano contestó:

—En una oportunidad un burro entró en mi propiedad y mi mujer le sacó la carga y yo nunca más la he visto. Aquí no hay nada que no sea de nosotros —contestó el anciano.

De pronto salió la señora y le hicieron la misma pregunta. Ella respondió: “Yo no sé nada de nada”.

Entonces los hombres preguntaron al anciano:

—¿Cuándo fue que usted vio un burro cargado en su casa?

El anciano se quedó un momento meditando y luego respondió:

—Yo vi el burro cargando cuando fui a la Escuela.

—¿Y cuándo fue usted a la Escuela? —preguntaron los hombres.

—Yo fui a la Escuela cuando llovieron viñuelos —respondió el anciano.

Los hombres se miraron entre sí y dijeron: “Este hombre está fuera de su sano juicio” y se fueron. Y los ancianos vivieron sus últimos años con una inmensa fortuna.



TERCER PREMIO REGIONAL VII REGIÓN DEL MAULE

CARTA A BENEDICTA

JOSÉ PATRICIO GAJARDO QUINTANA
43 AÑOS
PROFESOR
LINARES

Hoy me senté junto al pozo de mi vieja casa de campo y te recordé, madre, y me vi correr hacia el refugio de tu amplio faldón. Y entre la bruma del tiempo pasaron por mi memoria todos los antiguos que hicieron nuestra raza.

Allá en el sur divisé una caravana de carretas que, con el paso cansino de los bueyes, se perdía entre los gruesos bosques acompañados de un multicolor y bullicioso hormigueo. Era el año de 1895 cuando los abuelos de los abuelos aguijoneados por la esperanza dejaron todo, incluso a sus mayores, y unciendo las yuntas y cargando sus carretas con lo imprescindible, partieron de Santa Juana hacia la región de Arauco, donde el gobierno estaba entregando hijuelas entre Gorbea y Loncoche. Entre los más bravos iba el tatarabuelo, pañuelo al cuello y facón a la cintura, alentando a los bueyes y a los más lerdos con la fe del conquistador: Cipriano Gajardo, veterano de la guerra del norte y la revolución, de cano pelo y surcado rostro, de nuevo peleando con su destino. ¿Te acuerdas, madre, cuando te contaba sus historias? ¿Te acuerdas cuando se despidió de sus ancianos para no volverse a ver?

Era salida de primavera para verano cuando llegaron al sur y les entregaron sus terrenos junto a los gringos boer y alemanes que arribaron desde Europa. Allí, en la Faja de Quitratúe, al lado de la cuesta de Lastarria. Entre el canto de las aves silvestres y las luneras noches cantó el tatarabuelo sus canciones con los suyos junto al fuego. ¿Será por eso que me gusta cantar, madre, canciones tristes, canciones de inmigrantes?

Entre sus amigos mapuches, el tatarabuelo entregó su alma al Señor de los hombres, tan noblemente como le había servido y fue puesto en el sagrado suelo que lo vio venir. Este verano, cuando fui a tu patria, madre, le dejé una flor de copihue y una canción.

 Mi corazón te recuerda
 madre querida,
 alma de copihuales
 sé que tenías

Cada vez que me asomo por los paisajes campesinos, veo a lo lejos al bisabuelo Chano con el niño Juan Onofre, vestidos de harapos tras el arado y los bueyes, no sé si gimiendo o entonando un estribillo rodeados de los tréguiles saltarines:

—¡Hey, abuelo –le gritó, traspasando los años – ya es tarde, ya se pone el caregallo, la patrona nos espera con el mate y las sopaipillas!

Trota Juan Onofre jugando con los perros hasta llegar a la ruca donde el olor y el humo nos dicen que hay calor y comida. Dejan los aperos en el rincón, ya los bueyes en el corral saborean su ración de pasto, nos lavamos las manos y la cara, ya estamos, madre, por el arte del amor, junto al fuego conversando.

Juan Onofre se hizo viejo esperando un día de descanso que nunca llegó, su cara y juegos de niños se hicieron graves antes de tiempo y cuando se dio cuenta ya se había casado con Isabel y tenía que alimentar a más de una docena de muchachos. Y cuando su vida empezaba a tener algún descanso por que sus hijos fueron mayores, murió en la estación de ferrocarriles a partir a ver a sus lejanos hijos.

 Anda y dile a esos bosques
 soñolientos a esas lomas cargadas de lloviznas
 que este güeñi no verá más a su tierra
 que las penas le han llovido por la vida.

Juan Onofre e Isabel vivían a un lado del cerro Lau-Lau y al otro Eleodoro y Herminia, los otros abuelos, lejos de todo y cerca del naciente pueblo de Lastarria. Hicieron sus vidas entre las maderas nativas y corrientes de aguas

puras, vertientes que nacían entre la espesura. Fueron amigos de tantos personajes que para mí son una mezcla de mitos y realidades, de sueños y duras verdades. Aún hoy, madre, cuando voy por esos lares no dejo de sentir esa emoción de reencontrarme con un niño que lleva el nombre del abuelo, del papá o tuyo. O toparme con alguna señora ya anciana o un lugareño queme diga: “¡Yo los conocí, dicen que viven pal norte, ¡Así que usted es su hijo? ¿Cómo están ellos? Yo fui su amigo cuando éramos cabros jóvenes”.

“Ese hombre partió de su tierra sureña y fértil
 dejó cerros huérfanos
 con promesas de volver algún día
 y, como siempre sucede
 y, por desgracia
 hoy vengo a dar disculpas por mi padre...
 y como descargo diré:
 que siempre regó extraños jardines;
 que siempre, me confesó, que regresaba.
 Qué yo, su sangre y sus sentidos,
 Su obra y sus desvelaciones,
 Vengo a poner la otra mejilla
 Y en su defensa decir:
 que el nunca se marchó ni se ha ido
 que él volvía a cada rato, multiplicado
 a jugar con los amigos de la infancia,
 a recorrer las calles de su aldea
 a besar los animales de los campos...”

Yo recuerdo, madre mía, tus lágrimas al venirme de esa tu tierra buscando destinos acá en el norte, junto a Bartolo, mi padre, dejando allá tanto cariño, tantos proyectos que no pudieron ser. Dejaste tierras y personas amadas; trajiste esas canciones que desde pequeño te oí cantar, trajiste un puñado de avellanas, unas semillas y esperanzas.

Los abuelos, tus padres. Eleodoro y Herminia, ya ancianos, tomados de sus manos laboriosas y reseca, quedaron mirando en la estación cuando un pedazo de su vida se vino al norte, siguiendo al hombre que conquistó, son sus sueños y promesas, a su hija tan amada.

Los otros abuelos, Juan Onofre e Isabel, no quisieron venir a la pequeña estación para ver partir el tren; las penas las comprende el bosque ¿Quién sabe mejor que los copihues y los culpeos y penas y nostalgias?

...atrás quedaron los viejos, sus leyendas,
las aves, los pumas, los insectos,
los cuentos, los inventos, las nostalgias...

Madre, yo te vi llorar cuando supiste que ellos se habían ido en un carro de lluvia una noche de invierno sureño. Un breve telegrama te anunciaba que las raíces se estaban poco a poco cortando y tú sufrías porque nada podías hacer. Tu alma se transportaba a tu niñez con tus juegos, con la escuelita rural y con el jardín de tu casa. Y nosotros, tus hijos, tu herencia, te rodeamos sin entender tu sollozo profundo. Ahora, madre, te lo aseguro, que lo entiendo, puesto yo también he sentido rondar por mi espíritu esa nostalgia por la tierra amada, por los antiguos que nos crearon y llevó la carga de esas herencias adquiridas en el andar por tantos derroteros, llevo canciones, historias, leyendas, flores y animales, tantas alegrías y algunas penas. Y con el amor que tú me las diste, te prometo, madre, que se las daré a todos mis hijos.

Algún día tú te irás, madre, y yo me iré tras tus pasos, tras las nubes seguiré tu huella, tu canto perfumado me indicará dónde encontrarte. Tu vestido de copihues y tu corona de chilcas serán inconfundibles para mí. Tú estarás feliz; lo sé, porque Bartolo te estará esperando para salir a cortar flores silvestres o para regalarte avellanas rojas y cerezas.

Yo iré a ese bosque lejano, buscaré a los antiguos entre las hojarasca y los peumos, acariciaré a mis hermanos montañeses y en compañía de toda mi historia te cantaré una canción.

Me iré tras de mis padres y mis antiguos
En silencio, como un día ellos se fueron.
Estaré en el fogón junto a mi abuela
Con sus largas trenzas araucanas
Y viajaré junto a mi padre en el recuerdo
Que aún corre tras los bueyes, caturreando.

Tu hijo

MENTIÓN HONROSA

VII REGIÓN DEL MAULE

REENCUENTRO

MARÍA CAROLINA CASTRO CERDA
27 AÑOS
EDUCADORA DE PÁRVULOS
LINARES

Espesas nubes grises cubrían el cielo aquel, que un día de verano llevó un manto azul tan esplendoroso como el color del mar que Mariana observó en la playa que la acogió toda su vida; y en la cual quedaron grabados innumerables veraneos familiares.

Mariana pensaba que algún día llegaría a sentir en su alma un poco de dicha y que lograría encontrarle un rumbo definitivo a su tormentosa vida, azotada de dolor, pérdidas y abandono.

—¿Será este mi destino? —pensaba— mientras su mirada melancólica se sumía nuevamente en aquella tristeza que se había transformado en su más leal compañera.

Nuevamente comenzó a sentir cómo aumentaban las palpitaciones de su corazón..., era aquella fastidiosa taquicardia que ya ni siquiera lograba aplacar con las pastillas proporcionadas por millares de cardiólogos a los que acostumbraba visitar. Mientras apuntaba en su agenda las próximas actividades a realizar, sonó el teléfono y seguido a esto la grabación que siempre dejaba en su contestador: “Hola, soy Mariana, en este momento estoy en casa, pero no quiero atender, si quieres deja tu mensaje”. Fue en ese instante en el cual escuchó la voz de su madre que la invitaba a pasar un fin de semana a la playa. Mariana se levantó rápidamente del sillón y atendió el llamado.

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Yo estoy bien, aunque preocupada por ti —contestó su madre.

—No te preocupes —respondió Mariana.

—¿Cómo no he de preocuparme si no devuelves mis llamadas?, ¿es que te has transformado en una ermitaña?

—Ay, mamá, no comience nuevamente, simplemente tú sabes que jamás he sido muy buena para ocupar el teléfono.

—Bueno, hija, te llamaba para invitarte a pasar el fin de semana a la playa. ¿Qué dices?

—No lo sé..., quizás —respondió Mariana.

—¡Pero, Mariana! —exclamó su madre— no entiendo por qué nunca más quisiste ir.

—¡Ah!, debe haber sido por aquel...

—¡No sigas, mamá! —interrumpió Mariana— simplemente no sé si pueda ir. Yo te llamaré.

Mariana colgó el teléfono y sintió nuevamente cómo la taquicardia se apoderaba de su corazón y un sudor frío recorría todo su cuerpo.

—¿Volver a la playa? —se preguntó, e instantáneamente su pensamiento voló hacia su pasado y comenzó a reconstruir recuerdos que creía olvidados.

Curanipe, aquella playa cercana a la ciudad de Cauquenes, la cual toda su familia religiosamente visitaba todos los veranos, volvía a hacerse presente, volvía a recordar...

Fue una mañana cuando Mariana recogía piedras que el mar había arrojado durante la noche, para su colección que tenía desde pequeña, cuando lo conoció. Llamó su atención aquel hombre corpulento que estranguló su cintura con sus manos grandes y fuertes.

—¿Quién eres? —exclamó asustada. ¡Suéltame, yo no te conozco!

—Tranquilízate —respondió el misterio hombre. ¿Verdad, no me conoces, pero te he observado todas las mañanas mientras recoges las piedras de la arena y en las noches cuando observas la Luna.

—¿Pero cómo yo no te he visto nunca? —preguntó Mariana— siempre creí que nadie se daba cuenta de mis salidas en la noche?

—Quizás tu familia no lo haya hecho —respondió— pero mis ojos reconocieron el resplandor de los tuyos, aun cuando la distancia entre los dos era inmensa.

—¡Qué hermoso hablas! —dijo Mariana— y a la vez, qué misterioso eres. Al mirar tus ojos pareciera que ya te conozco, que sabes lo que pienso, que conoces mi vida y mis secretos.

—Quizás sea así —respondió el hombre— pues mi vida tiene algo de misterio. Mi nombre es Khalen ¿y el tuyo?

—Mariana —contestó un poco confundida.

La brisa del mar deambulaba como testigo de este misterioso encuentro, mientras que las olas furiosas golpeaban las rocas cubiertas de algas, cubriéndolas de una abundante blanca espuma.

Fue así como cada día Mariana se encontraba con Khalen; conversaban, observaban la Luna y también el majestuoso color azul del mar el cual se transformó en el cómplice de sus encuentros clandestinos. Cada vez que estaban juntos, Mariana hablaba de su vida, de sus sueños; en cambio Khalen parecía tener un inmenso candado en su alma, pues no contaba a Mariana nada sobre su vida. Para él sólo importaba el momento en el cual podían estar juntos, sentir el canto de las gaviotas que revoloteaban sobre sus cabezas o simplemente sentir en sus pies la húmeda arena oscura mientras caminaban dejando huellas que el mar se encargaba de borrar.

Para Mariana, su vida estaba tomando otro rumbo. Ella, quien creía que jamás conocería a un hombre que llenara todas sus expectativas, se veía enfrentada a este misterioso ser que había aparecido y que comenzaba a transformarse en la persona que siempre quiso tener a su lado...

Una noche, cuando la Luna había pasado a menguante, Mariana recorrió como todas las noches la solitaria playa sin encontrar a Khalen por ningún lado. Luego de haber caminado unos minutos, divisó en la arena una piedra blanca, luminosa; la recogió pues le pareció muy hermosa, mágica. Fue en ese instante cuando escuchó la voz de Khalen:

—Esta piedra es tuya, pues tiene el color de tu alma...

Mariana, inquieta, recorrió con su mirada toda la playa, creía que se trataba de un juego; seguro Khalen estaba oculto tras alguna roca. Creyó estar alucinando cosas, embrujada quizás por el sentimiento que aquel hombre producía en ella.

Cuando los rayos del sol de verano rozaron su blanca piel, Mariana despertó y se encontró tendida en la arena; había pasado la noche allí, esperando que Khalen apareciera, lo cual no ocurrió. Rápidamente se levantó, sacudió de su ropa toda la arena y volvió a su casa.

Al llegar, inmediatamente preguntó a su madre si alguien la había buscado, pero la respuesta fue negativa. Se duchó y luego, tomando un cálido café en la terraza, su pensamiento voló hacia el momento en el cual conoció a Khalen e inmediatamente se dijo a sí misma:

—Soy una tonta, ¿cómo pude creer que todo era cierto?

Los días pasaron y Khalen no volvió. Así como un día mágicamente apareció, ahora ya no quedaba rastro alguno de él. El cielo se tornaba gris y el mar parecía enfurecer, al igual que Mariana, quien había decidido partir.

Ordenando sus cosas, Mariana encontró un viejo libro que su padre solía leer en las noches de fogata, cuando junto a sus hermanos le pedían ansiosos escuchar alguna de las tantas historias recopiladas en sus gastadas hojas sobre las creencias y leyendas del lugar.

Por un momento recordó aquellos episodios y melancólica, se sentó a hojearlo. Comenzó a leer y cuál no sería su sorpresa al conocer una de las leyendas, que contaba sobre un hombre, llamado Khalen, el cual sólo aparecía en las noches de Luna llena y recorría durante el día y la noche la playa con el fin de encontrar a una mujer a quien amar y entregarle su más preciado tesoro: una piedra blanca, luminosa como el color de la Luna, la cual sería la unión de los dos. Por esto, cuando este hombre encontrara a aquella mujer, el mar de Curanipe se tornarí­a bravo, pues aquel hombre andará entre sus olas buscando a la mujer terrenal que había robado su corazón. Al terminar de leer esto, Mariana no sabía qué pensar, ¿Acaso Khalen era ese hombre?...

—Ring, Ring: “Hola soy Mariana, en este momento estoy en casa, pero no quiero atender, si quieres deja tu mensaje”.

—Mariana, soy Vicente ¿Estás ahí?, ¿Estás enferma?

La llamada de su jefe la sacó de sus recuerdos y rápidamente levantó el teléfono.

—Don Vicente, no se preocupe, salgo inmediatamente; surgió un pequeño problema doméstico pero ya lo solucioné.

—Está bien, pensamos que te había sucedido algo. Nos vemos, adiós.

No era extraño que su jefe se preocupara al no verla llegar a la hora a la oficina, pues conocía la manía de Mariana por llegar antes del horario de entrada para adelantar algún trabajo.

Llegó el fin de semana tan esperado y a la vez tan temido por Mariana, pues significaría volver a reencontrarse con aquella playa que había guardado su historia con Khalen. Preparó su auto y salió rumbo a sus recuerdos. Pasadas unas horas, se presentó ante sus ojos un paisaje maravilloso, las montañas inundadas de verdes pinos y de aromos florecidos llevando el color del sol. Sabía que pronto podría observar aquel azul mar, cómplice de sus secretos.

Cuando volvió a caminar por aquella arena, y a sentir la brisa en su cara, la taquicardia se apoderó nuevamente de ella, y sus ojos deslumbrados por el mar se cubrieron de lágrimas cristalinas que cayeron para morir en la arena. Mariana esperaba sentirse nuevamente aprisionada en aquellos brazos fuerte de Khalen y ahogarse en un abrazo que no terminara jamás.

El Sol ya se escondía en el horizonte y Mariana aún caminaba. Esa noche la Luna cambiaba a llena y Mariana pensó que si en realidad aquel hombre era el mismo del cual se hablaba en la leyenda del viejo libro de su padre, sería el momento oportuno para volver a encontrarlo.

Regresó a la casa y su madre la esperaba con la crema de verduras que a ella tanto le gustaba. Se abrigó un poco y cenó junto a su madre. Al terminar, fue a buscar su abrigo y se despidió.

—No me esperes despierta, no sé a qué hora llegaré.

—¿A dónde vas? —replicó su Madre.

—A caminar —dijo Mariana.

—¿Te acompaño?

—No, quiero ir sola, no te preocupes estaré bien.

Mariana dio un beso a su madre y salió de su casa.

Al llegar a la playa, observó la Luna, blanca y luminosa como la piedra que siempre llevaba consigo colgada a su cuello. Se sentó en la arena, cerró sus ojos y mágicamente sintió el calor de su abrazo, se sintió tan protegida que no quiso moverse. Luego, una mano tibia tomó la suya. Sus pies sintieron la húmeda arena y poco a poco sintió cómo el mar la acogía entre sus olas, para no dejarla partir jamás, y así reencontrarse nuevamente con el hombre que un día, sin darse cuenta la embrujó para siempre.

MENCIÓN HONROSA

VII REGIÓN DEL MAULE

MAMÁ MODELO

CARLOS SEBASTIÁN ESCOBAR ACUÑA
18 AÑOS
ESTUDIANTE
PARRAL

Había una vez una madre que había quedado sola y cuando estaba en su vejez milagrosamente se embarazó. Llena de alegría se preparaba para concebir una nueva vida, pero el destino le preparaba algo diferente.

En medio de los últimos meses, su hijo nació prematuro, destrozando los sentimientos de la pobre vieja. Ahora sin nada por qué luchar; espera hundida en el sufrimiento sus últimos días.

Camina apenas por el campo, entre el trigo y la hierba, y la frescura del viento baña su vacío corazón.

Las personas que pasan y la ven nada le dicen: “Está vieja y sucia, quién la querrá”, pensarán: “Ya no sirve para nada”. Y le empiezan a tirar piedras, ella corre entre el maíz pero una de las piedras le quiebra la pata trasera, la pobre Pocha (su nombre) cae al suelo sin remedio esperando su muerte, cuando de entre los matorrales aparece un conejito, corriendo en busca de su madre, sin saber que aquellas piedras la habían matado, entonces Pocha lo acoge, lo huele, lo lame y alimenta.

De aquí renace la pobre Pocha con su nuevo hijo, la alegría la rejuveneció y el conejito también esta feliz, juegan en el sembrado, se bañan en el reguero y Pocha busca un lugar para los dos, donde protegerse del frío. Hace una

cama con hojas y paja. Un día unos trabajadores encontraron el lugar y ¡Oh, sorpresa!, una perra (Pocha) alimentando a un conejito.

Así termina esta historia, que demuestra el amor verdadero, que no distingue nada, es puro sentimiento.

Este hecho ocurre como el año 1985 en Santa Isabel de los Robles, comuna de Retiro, 7^a. Región.



MENTIÓN HONROSA

VII REGIÓN DEL MAULE

EL BULTO

SYLVIA DEL CARMEN ARRIAGADA OSES
42 AÑOS
SECRETARIA ADMINISTRATIVA
MAULE

Mi padre ha repetido a través del tiempo esta historia, que precisamente le ocurrió a él siendo un campesino, en esa época, del fundo Santa Delia de Maule, un pueblo situado 12 km de Talca, siendo sus patrones ya extintos don Osvaldo Zúñiga e hijos. Don Luis salía a trabajar todos los días aún siendo de noche a las 5:00 de la madrugada, generalmente lo hacía solo, puesto que él era el primero en llegar a sus tareas en la viña, sobre todo en tiempos de las heladas, ya que debían hacer humo para espantarlas y así evitar que las parras se congelaran y no dieran su fruto, y de vez en cuando hacía este recorrido a solas, cuando de pronto divisó casi al final de las melgas una lucecita que saltaba y le invitaba a seguirla. Don Luis, que no era para nada miedoso, muchas veces la siguió pero cuando lo hacía terminaba cruzando la carretera puesto que al otro lado del camino continuaba la viña, ya que se había dispuesto en ese momento el paso de la carretera por ahí. Bueno así pasó el tiempo y un día al caer la oración se la aparece un hombre sin cabeza. Este sí le produjo a don Luis un gran temor pues lo vio claramente que no poseía cabeza, se fue a su casa muy aterrado, casi ni durmió pensando en esto y que significado tenía. Ya eran las 5:00 de la madrugada otra vez, debía volver a su trabajo en el fundo. El vivía en una de las tantas piezas aladañas a la bodega principal, las que el patrón había destinado para sus peones. En ese entonces Don Luis estaba recién casado.

Aún quedaban algunas estrellas en el cielo cuando otra vez cree estar viendo algo inusual. Se trataba de un bulto, el cual había salido saltando de unos espinos. Como a él se le había aparecido dos veces ya algo similar, pensó que eran cosas del diablo por lo cual se prometió ni mirar estas apariciones fueran en la forma que fuesen.

Tiempo después un afuerino se atrevió y lo siguió. Se trataba de un entierro consistente en monedas de oro y joyas costosas. Cuentan que junto con encontrarlas, el bulto al cual no se le veía la cara solo era un todo envuelto en una capa negra, le hizo que dejara su huella marcada en un papel y que el afuerino, voluntariamente, debía entregar su alma al cabo de 10 años. Todos estos hechos los contó el afuerino a don Luis, sabiendo que a él también se le habían presentado estas apariciones. Bueno el afuerino no lo pensó dos veces estampó su huella mirando cómo relucían las monedas en aquel pesado cofre que sostenía en sus manos. De aquel acontecimiento habían transcurrido diez años que pasaron volando y un día en que se aproximaba una tormenta, justo a las doce de la noche, apareció el diablo en el fundo. Los que aún no se recogían a sus casas y que se encontraban en la bodega terminando sus labores sintieron en el aire un fuerte olor a azufre y un tremendo estruendo, se asoman a mirar afuera y ven un jinete todo de negro sobre un flamante caballo en cuyas espuelas se despedían chispas al forcejear a su corcel. A tal alboroto salió el afuerino a quien bautizaron con aquel nombre y este que tenía unas copas de más, le dijo “Aquí estoy, señor diablo”, “le devuelvo lo dado ya que no supe qué hacer con este tesoro”, lo he conservado para devolvérselo me arrepentí de haberlo aceptado, y se lo tira al aire en presencia de don Luis y los demás trabajadores, quienes estaban muy ocultos mirando sorprendidos este acontecimiento y cada uno con una pequeña cruz en sus manos, estaban aterrados, entonces el diablo reventó en un estruendoso trueno y entre chispas y el olor azufre desapareció.

Don Luis nunca se ha sentido arrepentido de no haber encontrado tan magnífico tesoro, si era a cambio de su alma, hasta el día de hoy se encuentra con vida y sigue viviendo en Maule, contando a la fecha con 73 años de esforzado trabajo a su espalda, pero con el orgullo de haber educado a sus hijos y contándole de vez en cuando historias de su juventud a sus nietos. Aún estando ya en un estado avanzado de diabetes, fue un buen hombre en la vida y así lo confirman los vecinos que aún quedan en aquella época.

Sigue viviendo en Maule moderno, no el de aquella época en que Maule era solo una calle y los viñales cubrían gran parte del pueblo; hoy ya no existen, se ha transformado en una comunidad urbana. De las viñas casi no queda nada, después de la desaparición de los antiguos dueños, patrones de don Luis, casi no queda nada de ese fundo, solo terrenos vacíos que le han dado otra utilidad en él ahora.

MENCIÓN HONROSA

VII REGIÓN DEL MAULE

LA PIEDRA DEL ENCANTO

SILVIA INÉS PACHECO PALAVICCINI
63 AÑOS
DUEÑA DE CASA
MOLINA

Cuentan que en la localidad de Buena Paz, en un sector llamado La Puntilla, se encontraba una gran piedra sobresaliente al camino que todo aquel que pasaba no dejaba de verla o hacerle el quite.

Era grande y hermosa, blanca y suave como el marfil, tenía su encanto. Cuentan los lugareños que al pasar a caballo por el lugar, después de las doce de la noche, se aparecía una novia toda vestida de blanco con su ramo en la mano, velo sobre la cabeza que no dejaba ver su rostro, se montaba en el anca del caballo y le conversaba al jinete tratando de convencerlo de que se casara con ella pues su novio no apareció el día de su boda.

Los jinetes aterrados galopaban más y más para llegar a sus casas, hasta que caían de su cabalgadura quedando inconscientes generalmente a orillas del camino.

Al amanecer recuperaban su conciencia y contaba lo sucedido a sus familiares y amistades pero nadie les creía.

Un buen día se juntaron todos los lugareños que habían vivido la experiencia y acordaron cabalgar en grupo por el lugar para verificar aquella extraña aparición.

Grande fue su desilusión porque tal aparición no ocurrió, así que decidieron pasar de a uno en distintos días comprobando que efectivamente la novia aparecía a aquellos jinetes que cabalgaban solos dejándolos en estado de trance.

Cierto día subió el río producto de un aluvión quedando imposibilitado el camino. Trabajadores decidieron dinamitar el lugar donde se encontraba aquella piedra para recuperar el camino destruyéndola en su totalidad. Los obreros que realizaban las faenas quedaron sorprendidos al escuchar gritos aterradores emanados de aquella piedra en el momento de la explosión llegando a pensar que alguno de los obreros había sido herido, grande fue su sorpresa al descubrir que todos estaban ilesos.

Desde ese día la piedra perdió todo su encanto, pero cosa muy extraña en ese lugar en primavera florecen hermosas flores blancas no conocidas en el sector.

PRIMER PREMIO REGIONAL

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

CAMPEONATO DE CAZA DE TÓRTOLAS

JOSÉ CARLOS CASTILLO ROYO
50 AÑOS
INGENIERO COMERCIAL
LOS ÁNGELES

El evento era demasiado importante, estaba en juego la honra de la Institución, la de sus asociados, incluso la honra de la ciudad que representaba.

Lo peor vendría a la hora de los premios, durante el asado, las bromas y las pullas para los perdedores serían desesperantes. En realidad, el momento de comerse la vaquilla era el punto culminante del torneo, y todos los preparativos previos apuntaban a la tomatera y la comilona final. La competencia propiamente tal pasaba a ser solo una excusa formal para esto y la entrega de premios un motivo adicional para conversar un poco más “la parrillada” y dejar las puertas abiertas para un nuevo desafío, una nueva competición con las asociaciones vecinas y así reunirse en pataches periódicos aunque se usara el mismo trofeo como excusa para una nueva disputa de cazas y asados.

En esta oportunidad le correspondió organizar el campeonato de caza de la tórtola al comisario local, que en ese momento era el presidente del club dueño de casa. Hombre más aficionado a las carnes y a conversar una botella con los amigos, que al deporte de la pesca y caza. Pero ahora como presidía el club anfitrión, era su deseo que él y su club fueran los triunfadores.

Hacía mucho tiempo que el presidente y su organización no sacaban un galardón. No había más que hablar, el premio debía quedar en casa, costara lo que costara. “El club necesitaba ganar más trofeos para su colección”.

Hubo sí un detalle importante, bueno para la competencia pero malo para sus pretensiones, ya que confirmaron su venida todos los clubes invitados y la mayoría de sus integrantes eran de nivel internacional, casi todos seleccionados nacionales y más de alguno con un premio en torneos sudamericanos.

La competencia sin duda iba a ser bastante reñida y la posibilidad de ganar el evento por parte de los organizadores se iba haciendo cada vez más lejana y difícil. Había que buscar pronto una solución rápida, definitiva y confidencial, que asegurara el éxito tal, sin posibilidad de error.

La fecha se acercaba con pasos agigantados, el calendario daba vueltas por la cabeza del anfitrión mostrando su rojo domingo 30. El trofeo, las risas y las tórtolas revoloteaban por su almohada. Bajaban en formación de guerra ametrallando sus sentidos: con picotazos, con sus atronadores gorjeos que aterrorizaban a los cazadores locales y desorientaban nuestras misiones.

En sus vuelos rasantes se apoderaron del trofeo y se lo entregaron al equipo enemigo y brindaron con él en la copa del vencedor. Pero sus emplumados cuerpos cayeron ametrallados a sus pies, su sangre escarlata adicionaba ojos puñales a la egolatría y sus alas rotas volaban a la tumba de los desperdicios, para así aplaudir la vanidad de los ganadores y humillar en la derrota a los organizadores del asado... pero la competencia no pudo partirlas su corazón primaveral... y siempre bajaban de la cordillera... de la cordillera... de la cordillera.

¡Zas! El comisario tiró la almohada lejos, pegó un brinco de la cama, se abalanzó sobre las pantuflas, cargó su escopeta de cañones superpuestos, disparó e hizo blanco en el rojo número 30 del calendario... El tiro descabezó el volcán de la cordillera... de la cordillera... de la cordillera... Ahí estaba la solución.

Buscó el mapa con la distribución de los retenes de la zona precordillerana, trazó unas líneas sobre las coordenadas y asignó los cotos de caza. Conocía el terreno como la palma de su mano.

Ya era viernes 28, el comisario recibía sonriente a los invitados, venían llegando de distintos lugares del país, con el espíritu competitivo en alto y seguros de su capacidad de triunfo... sin saber que la orden ya había sido

dada, y el sábado en la tarde, después que reconocieran sus respectivos cotos de caza, se empezaría a cumplir.

El cabo Sotito recordó cuando el comisario lo llamó a su oficina:

—¿Venga, mi cabo primero, es usted mi ordenanza? ¿Es usted mi hombre de confianza?

—¡Sí, mi mayor!

—Pues bien, le voy a encomendar una misión secreta, confidencial y dependiendo directamente de mí, lo necesito como voluntario.

El cabo primero se creía agente secreto, su mente voló por las telenovelas interpretando a los más audaces espías. Hinchó su pecho y, con cara orgullosa por el cargo y el uniforme, respondió:

—A su orden, mi mayor, pongo mi vida en sus manos si es necesario para la misión.

El mayor lo llamó a su lado, al fondo de la oficina, su investigadora mirada escudriñó por todos los rincones y alrededores de la habitación y cuando se cercioró que no había nadie, con una voz de expectación y suspenso le dijo bajito al oído. —“Vas a llevar la orden del día con mi rúbrica y timbre personal a todos los retenes del sector cordillerano de Aguas Blancas: Todo funcionario disponible y los huasos de los alrededores deberán salir a cazar tórtolas el sábado 29 en la tarde y tú vas a ir en la noche al reten de Las Peñas y las vas a distribuir entremedio de los árboles, zarzas y matorrales de los lugares que te voy a indicar en su oportunidad... tú conoces bien el sector.

—Lo puedo recorrer de noche y con los ojos vendados, déjeme a mí no más, mi mayor, respondió con cierta desilusión en la mirada.

El mayor se sobó las manos y sonrió maliciosamente. Él se encargaría de recogerlas el domingo, conjuntamente con las que cazaran durante el campeonato.

Con esta treta duplicarían o triplicarían el número de tórtolas cazadas y así asegurarían el triunfo de su club, el anfitrión y, por qué no decirlo, capaz

que se ganara el premio individual.

Caía la tarde en la precordillera sabatina y la noche se acostaba entre sus frazadas encendiendo las ventanas de los retenes. El entumecido cabo se apeó del caballo y golpeó la puerta.

—Buenas noches, mi sargento —saludó con su mano derecha sobre la visera arremangándose la manta, y carraspeó con sonoro golpe de tacón.

—Buenas.

—Vengo por el encargo de mi mayor.

—¡Ah! ¿Las tórtolas para el jefe?

—Sí, dónde están, vengo a buscarlas.

—Allá en ese canasto le tenemos como trescientas...

La orden había sido ejecutada rápidamente y con eficiencia militar. Un canasto de mimbre lleno de pájaros estaba sobre el mesón de partes, cuidadosamente tapado con un mantel blanco.

El cabo sopesó el canasto y retiró el mantel. Todo estaba en orden, el canasto repleto de tórtolas, debidamente cazadas, lavadas, desplumadas y destripadas.

—¡Ah! Llévelo esta bolsita con plumas a mi mayor para que se haga un cojín, agregé inocentemente el sargento, satisfecho de haber cumplido con su deber.

—Con esta me gané un ascenso, pensó el sargento.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL VIII REGIÓN DEL BIO-BÍO

“QUEULE, 22 DE MAYO, UN DÍA PARA OLVIDAR”

SILVANA ESTER IGOR ULLOA
21 AÑOS
DUEÑA DE CASA
ÑIQUÉN

Queule 21 de mayo

“Mi querida Carmencita:

Mis ojos se cerraron viendo tu imagen en el cielo junto a las estrellas, mas tu hermosura brillaba más que todas ella, y me dormí con tu nombre en mis labios como dulce miel. Querida mía, esta noche iré al mar como de costumbre y te traeré tu corona de corales y un collar de perlas marinas.

Volveré como a las cuatro, espérame, siempre tuyo.

Alberto”.

Queule está situado en la Novena Región de La Araucanía, provincia de Cautín, comuna nueva Toltén. Su costa la baña el Océano Pacífico.

Queule es un pueblo pequeño, pero cuenta con los servicios básicos, electricidad, agua potable y teléfono.

Tiene una sola larga calle que une Portal Queule con la caleta, perdiéndose luego en el cerro, la curva parece dormida incrustada en el cerro.

Tiene hermosas playas, Los Pinos, Agua Las Niñas, Ronca y Cheuque, pero esta última pertenece a la Décima Región.

En verano cobra vida, ya que es muy apetecida por los turistas.

Aunque mucha gente ignora su existencia, muy pronto estará la Carretera de la Costa. Su economía se basa en la pesca y la agricultura.

Después de esta pequeña reseña, les contaré mi historia, y lo que me ocurrió un 22 de mayo de 1960, cuando Queule no era ni la sombra de lo que es ahora.

Alberto y yo nos conocíamos desde pequeños, compartíamos los mismos juegos, nos encantaba caminar por la playa, recoger cochayuyo, recolectar mariscos, en fin, le ayudábamos a nuestros padres en la agricultura.

Todo era perfecto, de ese compartir diario nació un amor infinito. Yo estaba convencida que habíamos nacido para estar juntos hasta que la muerte nos separe.

Así llegamos a la juventud, y con ello concretar la idea de casarnos al cumplir la mayoría de edad.

—Don José, doña Florinda, quisiera pedirles la mano de Carmencita, ustedes saben cuánto la amo.

Como era de suponerse, nuestros padres nos apoyaron y así fijamos la fecha, 22 de mayo de 1960, a las 16:00 hrs.

Aquel día desperté temprano, el sol salía con timidez entre los cerros. Sin duda, un hermoso día, inolvidable.

En la noche anterior, Alberto fue a pescar, esta sería la última vez, ya que se dedicaría por completo a la agricultura y ganadería.

Qué feliz me sentía, pero la naturaleza nos preparaba una desagradable sorpresa. Como a las once vino un tremendo temblor, los árboles se agitaban con fuerza, los animales se agitaban, me dio un miedo terrible.

Pasó un rato y luego otro temblor más fuerte que el primero. La tierra se

abrió, un rugido de las montañas, muy fuerte, se escuchaba. De pronto, alguien gritó:

—¡El mar, el mar, corran todos; el mar viene!

Yo no entendía nada. Mi madre me tomó de un brazo y juntas corrimos hacia el cerro. Mi padre en tanto trató de recoger unas pocas cosas.

Una tremenda ola se acercaba, las casas, todo quedó sepultado bajo el agua.

A salvo en el cerro se improvisaron campamentos.

Todos gritaban tratando de encontrar familiares y amigos.

De pronto desperté y pude reaccionar; Alberto, mi Alberto, dónde estaba.

Como loca corrí cerro abajo, si él estaba muerto, yo igual debía morir. En mi locura me amarraron a un árbol.

Ese día mucha gente murió, no permitirían que otra más muriera. Pasaron las cuatro, las seis y mi Alberto no apareció

Vivimos en el cerro, enterrados en la miseria, esperando que se secara la tierra y así comenzar de nuevo.

El mar nos había dado mucho, abundantes pescas, algas, moluscos, y sobre todo alegría. Sin embargo, también nos quitó, seres queridos, un hogar, animales, y a mi querido Alberto, el hombre que siempre había amado.

Mis padres comenzaron de nuevo, mas no pude soportar la pena y me fui para siempre a reconstruir mi vida, mi corazón desgarrado, tratar de olvidar o por lo menos hacer el recuerdo menos doloroso.

El cuerpo de Alberto nunca apareció, pero se le construyó una tumba para que no muera en el olvido.

Bien amigos, este es mi testimonio que para muchos representa un poco de su vida, ya que perdieron, hijos, padres, hermanos, etc. Como dije antes un 22 de mayo de 1960, un día para olvidar.

TERCER PREMIO REGIONAL VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

EL PÁJARO NIÑO

EDUARDO ALFREDO VILLABLANCA TAPIA

45 AÑOS
PROFESOR
ARAUCO

Según cuenta la historia, Manuel Gallardo, más conocido como el pájaro niño, era un hombre cuatrero, asaltante, ladrón, etc. Pero nunca hacía daño a las personas, no las golpeaba ni dañaba físicamente, sólo se llevaba lo que a él le servía.

Doña Flor relata que una vez andaba arrancado de la justicia y se fondeó en su campo. Por la noche llegó a pedirle comida, ella sintió miedo, pero él le decía ¡no tengai miedo, mujer, sólo dame comía y me voy! No conversaba mucho y según cuentan los que lo conocían era de muy buena familia.

Cómo lo hacía, don Pedro, vecino del lugar, cuenta que en el sector de Pichilo Viejo existía un puente de un solo palo. Por lo tanto, para cruzar el río había que ser buen equilibrista, como los de los circos de hoy. Entonces el pájaro venía seguido de tres pacos (carabineros) él se fue derecho al puente y pasó como si hubiese volado, los carabineros se quedaron mirando y sin hacer ningún comentario regresaron.

El pájaro niño siempre estaba en los velorios o fiestas del lugar. Era muy servicial en esos momentos de dolor o alegría, claro que al irse algo se llevaba.

Pasó el tiempo, recuerdo que ese invierno fue crudo y furioso, se llenaron las vegas de agua, nadie podía pasar. El puente de un palo se lo llevó la corriente, los animales morían de frío o ahogados. La gente sus casas protegía, las iglesias parece que Dios sabía y el agua a ellas no llegaba.

Un día de crudo invierno salió el sol, como si quisiera llamar la atención. Las señoras se preocuparon de secar la ropa y yo con algunos vecinos salimos a ver los animales. Era muy penoso ver tantos animales muertos. De repente don Juvenal dijo:

—¡Miren allá!

—¡Qué, don Uve! dijimos todos.

Había un caballo casi muriendo, pero de pie. No podíamos llegar a él. Era muy lejos y ya la tarde caía. Don Uve dijo:

—Ese es el caballo del pájaro niño, escuchen su relincho, parece que algo quiere decir.

—Pero si los caballos no hablan —exclamó don Juan.

—Así será, pero yo creo que algo quiere decir.

—Vamos, dijimos y emprendimos el recorrido de casi una hora. al llegar al lugar todavía alumbraba el sol, aunque la tarde ya había caído; el caballo estaba en el suelo ya no respiraba, en su hocico sujetaba el cuerpo sin vida del pájaro niño que se había ahogado tratando de cruzar el río, su cara no denotaba sufrimiento, más bien era de felicidad.

Todo Pichilo y sus alrededores asistieron al velorio, cooperaban con cosas para la comida y no faltó el que regaló un animal. Cómo sería de famoso si llegaron los carabineros, comieron con nosotros y ahí contaron más historias sobre el pájaro niño.

En Pichilo, cerca del río, existe un descanso en su honor, y cuentan que los camioneros lo tienen como acompañante en sus viajes a la cordillera. Le dejan una velita para que les guíe en su camino. Prueba de lo cobrador que es el animita, es lo que sucedió en un paseo de la escuela del lugar. Fueron a un sector llamado las corrientes al inicio de la cordillera Nahuelbuta. Fueron en el bus de don "Goyo". Al pasar por el lugar. don Goyo dijo que le había prometido velas al pájaro, pero que no tenía tiempo para venir a eso no más y que no creía mucho en los cuentos. Todo salió perfecto los niños se divirtieron como nunca y llegó la hora de volver. Venían cantando

y haciendo bromas, otros dormían. Cansados.

Al llegar al descanso se les atravesó un caballo, las señoras dicen que lo vieron, se acercó al bus y dijo –cómo está, don Goyo.

Al chofer no le salían las palabras. Se bajó y caminó unos metros. Allí había una casa, volvió con una vela se arrodilló frente al descanso luego volvió al bus y sin hacer comentario alguno siguió su recorrido.

Al llegar a Pichilo contaron lo sucedido y muchos dijeron que ese era el espíritu del pájaro niño...

MENCIÓN HONROSA

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LAS MONEDAS DE ORO

HUGO SANHUEZA ALVARADO
77 AÑOS
PEQUEÑO AGRICULTOR
COIHUECO

El hombre subía torpe y lentamente por la empinada ladera, metido de lleno en sus pensamientos. Entre tumbos y tropezones juraba y rejuraba que no volvería a juntarse más con esos malandrines del pueblo que tenían mala apariencia y, quién sabe, si hasta malas intenciones.

Don Genaro era un campesino honrado y trabajador, testarudo y confiado. Se las daba de valentón, pero pronto tendría que vérselas con su mujer... y “ahí te quiero ver, escopeta...” se decía para sus adentros.

Cuando ya los irisados arboles teñían las cimas cordilleranas, nimbando el encumbrado volcán nevado, el viejo apuró el tranco y comenzó a urdir una buena treta para engañar a su mujer. Un hermoso perro negro que husmeaba entre las bardas comenzó a ladrar anunciando el regreso de su amo.

Don Genaro se armó de valentía, caminó los últimos tramos, y se paró a la entrada de su vivienda esperando el agrio recibimiento.

Doña Jacinta, su mujer, que había observado furtivamente la llegada, salió a su encuentro, secándose las manos en un remendado delantal...

—¿Y ahora venís llegando, viejo sinvergüenza?

¡De seguro que anduviste remoliendo con esos amigotes del pueblo en el clandestino de la vieja Berta... y no me andís con pillerías ni mentiras..!

Don Genaro no contestó, pero asintió inclinando la cabeza, no sin antes fijar sus cansado ojos zarcos en el severo rostro de la mujer. Doña Jacinta, desarmada por la inesperada reacción del pobre viejo, cambió el tono de su reprimenda.

—Sácate esa ropa pasada a trago, lávate y siéntate a comer. Te voy a servir algo caliente pa que veai que no soy rencorosa y no volvai a las mismas! Andáis tan desguañangado y con olor a cantina...!

Después de una sarta de rezongos, Doña Jacinta terminó por servirle un buen caldo caliente para espantar la “mona” y el etílico aliento del paciente Genaro.

Sin embargo, la actitud de la mujer tenía su explicación. Hacía tiempo que deseaba aclararlo, y ésta era la mejor ocasión. Dispuso más lumbre sobre la mesa y sin rodeos lo interpeló tranquilamente.

—Tenís que prometerme, Genaro, que no te vai a juntar más con esos tunantes, con los que andai tomando...

—Sí, mujer, sí...

—Es que no quiero que sigan comentando cosas que sólo tú tienes que haberlas dicho.

—Cosas como qué...

—Vos sabís de lo que te estoy hablando. Doña Rosa me preguntó el otro día si era cierto que teníamos unas monedas antiguas, monedas de oro, y que eran de un entierro muy comentado en esos años. ¿Cómo iba a saber eso la comadre Rosa..?

—Bueno, la gente habla tantas cosas...

—Nosotros no tenemos que comentar nunca más este asunto, hasta no saber qué vamos a hacer con esas monedas. ¡Y tú no abrai más el pico, porque a

vos se te sale hasta el alma cuando te tomai unos tragos!

Doña Jacinta, satisfecha, tomó una de las velas y arrastrando sus chancletas comenzó a trancar puertas y ventanas antes de irse a la cama. El viejo reclinó su cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa y caviló largo rato, cambiando una y otra vez el hilo de sus pensamientos.

Tarde ya, el hombre encaminó sus pasos hacia el patio interior, para refrescar su acalorado magín. Antes de salir miró y remiró aquel viejo arcón donde estaban las antiguas monedas de oro. Esas monedas eran un regalo del abuelo de doña Jacinta cuando su matrimonio con Genaro. Nunca hubo necesidad de cambiarlas por billetes. Total, el taita Dios los había mantenido siempre con salud y sin penurias...

Respirando a todo pulmón para aliviar su conciencia, don Genaro se metió bajo el capuz de la noche y miró hacia lo alto para saludar a las estrellas que titilaban como un enjambre de luciérnagas.

La vieja Jacinta dormía profundamente. Sólo asomaba por entre las blancas sábanas en su gran gorro de lana, que se movía al compás de sus ronquidos. El viejo se tendió junto a ella y, más descansado, fijó su vista en la pared que tenía enfrente.

En esa vieja pared colgaban dos pieles de zorro, curtidas y enclavadas, como trofeo de antiguas cacerías. En medio de ellas colgaba también una antiquísima escopeta, desvencijada e incompleta, que en tiempos pretéritos había pertenecido a un tal Olegario, mentado como alguacil y aguador. Esa vieja escopeta era más una reliquia que un arma de defensa.

Doña Jacinta se dio media vuelta y susurró quedamente.

—Ya... Acuéstate, hombre. Te vai a resfriar tendido ahí. Mañana será otro día.

La vieja tenía razón. Don Genaro apagó la vela y a medio desvestir se metió entre las sábanas.

Después de clarear la aurora, el sol asomó por los picachos de San Fabián de Alico, entibiando valles y colinas. Mientras doña Jacinta ordeñaba un

par de vacas en el corralón, don Genaro saboreaba un buen trozo de tortilla con sabrosos chicharrones en el ahumado fogón. Antes de acabar su mate cebado con cedrón, escuchó la melindrosa voz de su mujer!

—¡Acuéstate que tenís que ir al pueblo en la carretela pa que traigai la harina. Hace días que llevaste el trigo a la molienda..!

—A eso voy a ir —respondió amorosamente. Don Genaro, demostrando conocer muy bien las mañas de su vieja.

El hombre preparó la carretela, enjaezó su caballo alazán, echó unos sacos vacíos y partió hacia el pueblo con ánimo veinteañero. Se sentía renovado, ágil y liviano.

Sofrenando su brioso caballo por la inclinada pendiente, no tardó mucho en llegar al camino que conducía al pueblo. A don Genaro todo le parecía diferente. Tórtolas, tencas y zorzales parecían saludarle con trinos más sonoros y hasta sus vecinos tenían cara de mejores amigos.

El rodar del vehículo por el polvoriento camino y el rítmico trote del noble alazán hicieron recordar al curtido campesino aquella cantinela aprendida en su escolita rural de Santa Luisa.

Qué alegre y fresca la mañanita
me agarra el aire por la nariz,
y una muchacha gorda y bonita
junto a una piedra muela maíz.

Al ingresar al pueblo, en cambio, todo le pareció igual. Nada había cambiado. Desde lejos don Genaro advirtió la presencia de sus amigotes. Ahí estaban, como siempre, en la misma esquina. Firme en su propósito, no los esquivó y pasó ufano frente a ellos. Sus gritos y silbatinas no lo conmovieron.

—Pare, pare don Genaro...

—Oiga, le tenemos un buen dato...

Don Genaro, que los conocía requete bien, siguió su camino, y con voz en cuello, como hombre de pantalones, les respondió distraídamente, alejándose

por una de las calles.

—¡No tengo tiempo!

Los truhanes, decepcionados, sólo atinaron a proferir insultos y amenazas.

Caía la tarde cuando el hombre regresó a su querencia. Bajó unos bultos y liberó a su fiel alazán que, al galope, desapareció por entre los vallados.

Dueño de la situación, don Genaro sacudió sus ropas y entró en la vivienda con alardes de autoridad.

—Llegué Jacinta. Traje todo.

La vieja apareció a tranquitos cortos, y con arrumacos le ofreció una de sus coloreadas mejillas para que el viejo le estampara un beso.

—Y, ¿cómo te fue...?

—Bien. La comadre Rosa está harto mejor y se ve más alentada.

Sin duda, ese día había sido mucho mejor que el día anterior. Como buen matrimonio cenaron juntos, y el tradicional caldo de papas tuvo un sabor más hogareño.

Ya en el lecho, y poco antes de entregarse al sueño, doña Jacinta le lanzó esa pregunta que le rondaba hacía rato.

—¿Viste a esos pinganillas en el pueblo...?

—Sí, pero no les di lado...

—Mejor así.

La vieja se durmió sin hacer más preguntas. Genaro repasó las incidencias del día. Pese a todo no pudo dejar de pensar en esos amigotes. ¿Serían capaces de una venganza o de hacerle pasar un susto? En el silencio de la noche sus temores se ahogaron en el lago de los sueños.

Los días transcurrieron sosegadamente en esos lares. La tierra respondía al cuidado generoso de esas manos abnegadas y curtidas de nobles campesinos. Las siembras de Genaro y los huertos y plantíos de Jacinta germinaban con

la promesa de una buena cosecha.

No obstante, los temores de aquel hombre se hacían presente cada noche. ¿Y si me asaltaran? Aquellos malandrines sabían de las monedas de oro y lo mucho que podrían valer. La vieja intuía sus desvaríos y lo calmaba con un material reproche.

—¡No penséis en tonterías, Genaro..!

Sin embargo, el graznido de unos gansos y un insistente ladrar del perro rompieron el silencio de una de aquellas madrugadas, alertando a sus moradores.

—¡Genaro, levántate, alguien anda por la casa..!

El hombre se vistió rápidamente y a la luz de una Luna llena buscó algo con qué ahuyentar al merodeador.

—¡Agarra esa escopeta. Podís darle un culatazo al intruso –insinuó doña Jacinta...

Don Genaro descolgó esa vieja e inservible escopeta. La mujer, en tanto, agarró un macetero de greda y ambos ingresaron sigilosamente a la pieza de entrada, dispuestos a sorprender al intruso.

De pronto una sombra repentina corrió hacia la ventana, tratando de escapar. Instintivamente don Genaro acomodó la escopeta y en un acto reflejo apuntó al bulto que ya huía...

Un fognazo y un tremendo estampido sacudieron todo el recinto. La noche detuvo su quietud...

—¡Virgen santísima...! –balbuceó la vieja, atorada por el penetrante olor a pólvora.

—¡Qué pasó, Genaro, qué paso...?

—¡Qué sé yo...! Este aparato se disparó solo, y tuavía está caliente...

—Las armas las carga el diablo, Genaro.

Asustado los pobres viejos no pudieron terminar su sueño y, sentados, es-

peraron la mañana. A la luz del nuevo día abrieron el arcón donde estaban las monedas. Y ahí, contantes y sonantes, estaban las treinta monedas de oro. Doña Jacinta las contó y las volvió a contar, haciéndolas titinear en sus manos temblorosas. Nadie les había robado...

Pero al revisar la ventana por donde había escapado la sombra advirtieron con recelo manchas de sangre...

Constataron después que las manchas de sangre habían dejado un largo reguero, hasta el mismo camino al pueblo.

—¿Qué vamos a hacer, Genaro...?

—Nada, Jacinta! De esto no hablaremos nunca más. Ahora te toca a sí cerrar bien la boca. ¿Me oíste bien mujer, me oíste bien..?

—Sí, Genaro.. Te oí bien.

Pasaron los días, las semanas y los meses, y de este episodio nadie supo nada, nadie dijo nada.

MENCIÓN HONROSA VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

UN PROFESOR RURAL DE 1939

LUIS OSVALDO IGOR ANTÍAS
39 AÑOS
PROFESOR DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
NEGRETE

La noche del martes 24 de enero no la olvidaré. Caminaba desde Vaquería a la escuela, luego de visitar al muy anciano señor Cáceres, quien estaba tísico. Él había sido un destacado soldado del 79 en el norte, militar excepcional en esta zona de La Frontera, aquí al lado del Biobío. Cada cierto tiempo lo visitaba, pues era lo menos que podía hacer con quien había colaborado en innumerables ocasiones con la escuela, enseñando las cochabambeñas, como también relatando cómo pacificamos la Araucanía.

Desde que enviaron a hacerme cargo de la escuela rural visitaba a este viejo y olvidado soldado, pensaba al caminar: cómo hemos olvidado a estos gloriosos militares que luego de guerras y revoluciones se dedicaron a cultivar la tierra; sin embargo, de improvisto un fuerte temblor hizo que mis piernas se quebraran. No sé si fue el movimiento de la tierra o el terror ocasionado por el ruido, pero me aferré a mi bastón, era cerca de las once y media de la noche. Creí que moriría ya que siempre he pensado que el fin del mundo vendrá con un terremoto y de noche, por eso recé.

Apuré mis pasos a la escuela, se cayó una muralla y se partieron otras tres. El techo sufrió la descompostura del entejado, la escuela no podía servir como local escolar.

El jueves 2 de marzo empecé a matricular en mi casa habitación. El local de la escuela está inhabitable a causa del terremoto, por tanto las clases se harán en una vieja casa cedida por el patrón de la Hacienda y que tiene

algunas condiciones para la enseñanza. Pero, luego de un mes de clases me vi en la obligación de entregar el local escolar a la esposa del patrón, quien lo exigió con palabras un tanto duras alegando ser la propietaria. Sólo pude sacar el mobiliario y algunas herramientas y otras especies que uso con mis alumnos. Sentí rabia, le dije a la señora: —¡Usted no entiende que la escuela está para enseñar a estos esforzados niños! Ellos vienen desde lejanos lugares a recibir la instrucción que los sacará de la miseria.

Ella respondió: —¡Señor Herrera! Sepa usted que estos niños no necesitan estudiar pues para labrar la tierra y criar animales no necesitan instrucción. Conversaré con el visitador escolar, quien pondrá las cosas en orden, vaya a hacer clases a otro lugar. Así fue, gentilmente el sacerdote misionero permitió clases en la capilla, sólo con una condición: que los niños recen al inicio de las clases.

Era día de vacunación en la escuela y coincidía con lo dispuesto por circular N° 14 para el 24 de mayo de 1939, al empezar las clases hablé al alumnado sobre la independencia de la República Argentina y los vínculos de amistad y agradecimiento que hoy, más que nunca, nos unen con el país hermano. Las clases continuaban normales y preparamos en un pequeño terreno algunos cultivos de hortalizas de la época.

El 30 de mayo sesionó el Centro Cooperador para poder reparar la escuela, ayuda del gobierno no llega porque —según dicen en la radio- la urgencia está en Chillán. Extrañado observé que pocos inquilinos de la Hacienda habían llegado. Era el 2 de junio cuando veo una nube de polvo que se acerca a la capilla, era el señor gobernador del Departamento en su auto, quien atendería al público como integrante de la Comisión Repartidora de Auxilio para Damnificados. Al concluir el trabajo con los damnificados, se acercó la señora Rosario, esposa del patrón de la Hacienda, quien con fuerte voz explicó sus razones a don Luis Morales, Gobernador del Departamento, de solicitar la casa en donde funcionaba la escuela. El gobernador indicó que el Supremo Gobierno se encontraba realizando los mayores esfuerzos en reconstruir, pero es necesario que quienes más tienen colaboren.

—Así será —señaló doña Rosario- la verdad es que los hijos de nuestros trabajadores no necesitan instrucción, porque de todas maneras serán pobres y borrachos.

Había niños escuchando algunos sonrieron y otros trataban de entender. Uno de ellos me preguntó:

—¿Señor Herrera, cerrarán la escuela?

—No niños, la escuela no desaparece. Mejor les repartiré una taza de café con pan y carne en conserva con las provisiones enviadas para los damnificados.

Para junio cerca de San Juan aún teníamos clases en la capilla, ahora existía un coro de niños a los cuales les enseñé a cantar con unos viejos himnarios que existían en aquel sagrado lugar. De improviso ingresa una de mis mejores alumnas Catalina quién interrumpe la clase de canto diciendo

—¡A doña Rosario se le ha muerto su hijo de Santiago!

Oswaldo el más aventajado de la clase manifestó —pese a su corta edad— en tono doctoral: —Señor Herrera, la muerte es la separación del cuerpo y del alma. Efectivamente eso es, pero a veces la muerte también puede transformar la vida

—¿Cómo es eso profesor?

—“No me hagan caso niños, salgan a recreo.

Luego de las vacaciones de invierno se comenzó a reconstruir la escuela. Los vecinos y apoderados a pesar del mal tiempo trabajaban afanosamente. Por esos días doña Rosario había llegado de Santiago, corrían rumores de una grave enfermedad. Decidí visitarla para entregarle mis sentidas condolencias pues sé que la muerte de un hijo desgarrar los más hondos sentimientos humanos.

Entré a la sala principal de la casa, era fría y húmeda, me llama la atención un retrato de una niña de corta edad de hermosa sonrisa, casi un ángel.

—¡Buenas tardes, profesor! Si usted viene por lo del Comité Cooperador sepa que no soy proclive.

—Buenas tardes, doña Rosario, no he venido por esos asuntos, sólo quiero expresar mi pesar por lo ocurrido a su hijo.

Doña Rosario cambió su imperturbable rostro, bajando la vista expresó:

—Créame que ha sido difícil, todo es difícil en esta vida, pareciera que no hay esperanza. Dios me ha quitado mis dos tesoros. Ahí entendí que la niña del retrato era su hija fallecida.

Intenté sacar mi voz, debo asegurar que no pude porque recordé la irreparable pérdida de un hijo. ¿Cómo yo podía consolar a esta mujer? No dije nada. Sin embargo, agregó doña Rosario: —Ha sido una vida difícil pues debo imponer autoridad ante tanto machismo, el trabajo del campo es lo único que importa y para ello se necesita buenos trabajadores y no bolcheviques como usted. Por eso debo ser fuerte y no como mi marido al cual solo le interesan las carreras y sus caballos. Repentinamente la señora se sintió cansada, no tuve más opción que retirarme.

La primavera se respiraba y los niños continuaban con sus actividades escolares, y la escuela estaba casi lista. Para la inauguración preparábamos el coro religioso pues el cura iba a bendecir la nueva escuela. Ensayo tras ensayo. Sin darme cuenta doña Rosario había entrado a la capilla con un velo negro. Fui a saludar a la visita. Dijo:

—Señor Herrera, disculpe la intromisión pero escuché melodías de coro angelical. Se hizo en la capilla un silencio absoluto. Agregó la señora: — confeccionaré para el coro las túnicas, los niños se alegraron. ¿Cómo doña Rosario hacía eso para niños predestinados a la miseria y alcoholismo? No es necesario responder.

Tras largos años de jubilado de la docencia rural, aún recuerdo ese año 39 del terremoto, que no solo estremeció la tierra sino también los corazones. Aprendí que luego de cada terremoto todo se reconstruye, incluso el alma.

PRIMER PREMIO REGIONAL IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

DOÑA MARÍA

MAGALY ESTER ULLOA LARA
48 AÑOS
TOLTÉN

Doña María era una mujer como de 30 años, estatura mediana, unos increíbles ojos verdes y una belleza encantadora. Todos los hombres del lugar la admiraban y quedaban flechados con su mirada.

Su marido, Antonio, era más o menos de su edad y hacía todo lo que su mujer le decía. Tenían un solo hijo como de 7 años, Fonchito.

En la capilla del lugar administraba un cura bajito, por lo que todos le decían “el cura chiquitito”. Era muy amigo de la familia, en especial de doña María, que lo invitaba siempre a tomar once con unos panqueques dulces que al curita se le hacía agua la boca con solo mirarlos.

Como el curita era muy querido, los campesinos le regalaron una vaquita para que tomara leche. Pero un día la vaca se metió a la huerta de doña María y le comió todos los choclos, porotos y hasta una mata de sandía que estaba en flor.

Cuando se levantó en la mañana doña María, ya no quedaba nada:

—¡Antonio! ¡Antonio!, ven a ver, mira lo que hizo la vaca del Padre Chiquitito.

—La vamos a comer por golosa.

—¿Cómo se le ocurre? ¿si nos echan la culpa?

—No te preocupes, el cura anda en un retiro y cuando llegue no habrá ni muestra.

Así que mataron la vaca, ahumaron la carne y la guardaron. Sacaban de a poquito para no levantar sospechas.

Cuando llegó el curita, empezó a buscar su vaca pero nadie le dio noticias.

Pasaron unos días y doña María lo invitó a la once y cuando se iba escuchó cantar a Fonchito arriba de un sauce a la orilla del camino.

Fonchito era muy bueno para inventar canciones y este era su canto:

“La vaca era del Padre Chiquitito
mi mamita con mi papito
se la comieron de a poquito de a poquito”

—Fonchito —le dijo el curita—, ¿es verdad lo que tú cantas?

—Sí, Padre Chiquitito. Es verdad.

—Oye, Fonchito, ¿y tú lo cantarías el domingo en la capilla por delante de toda la gente?

—Sí, padrecito, yo canto.

—Bueno, el domingo vienes a misa para que cantes tu canción.

—Bueno, chao.

Doña María, que desde su casa los estaba mirando, apenas llegó Fonchito le preguntó:

—¿Y qué conversabas tanto con el Padre Chiquitito?

—Me invitó a misa el domingo porque voy a cantar una canción.

—¿Una canción? ¿y qué canción es esa?

—Bueno yo la inventé.

—Cántamela a mí primero, no vez que yo soy tu mami.

Fonchito le cantó a su mamá la canción, pero ella le dijo que así no estaba bien y le cambió la letra, la que Fonchito se aprendió muy rápido.

El domingo todos a misa. Fonchito en primera fila con su mamá. Comenzó la misa y cuando llegó la hora del sermón, dijo el curita:

—Hermanos míos ¿ustedes creen que los niños mienten?

—¡No! —dijeron todos.

—Entonces van a escuchar cantar a un niño que dice una gran verdad en su canción. Ya, Fonchito, pasa y canta la canción que tú sabes.

Pasó Fonchito adelante y comenzó a cantar: “El curita chiquitito se acuesta con mi mamita si supiera mi papito cómo le iría, cómo le iría”.

—No le crean, no le crean —gritó el curita y fue tanta la vergüenza que hasta ahí quedó la misa.

Después renunció y se fue, así que llegaron a la capilla dos franciscanos y un negrito que servía de sacristán. El domingo siguiente hicieron misa, pero quedaron perturbados con la belleza de doña María.

Y así seguían pasando los meses y algunos años. Un día domingo antes de empezar la misa le dijo un fraile a doña María.

—Quién pudiera estar con usted, aunque sea un ratito.

—Bueno, vaya a mi casa esta noche a las 22:00 hrs. Y me lleva un poco de dinero.

—Claro, no faltaré —y se retiró contento.

Después se le acercó el otro fraile y le dijo:

—Buenos días, señora María ¿Quién pudiera mirarse en sus lindos ojos?

—Bueno, vaya esta noche a mi casa a las 22:30 hrs. Me lleva un poco de dinero.

—Claro, claro. Y se fue.

Después se le acercó el negrito

—¿Quién pudiera ser su esclavo aunque fuera por un ratito?

—Bueno, vaya a mi casa a las 23:00 hrs. Y me lleva algo.

Después doña María llegó a su casa y le contó a su marido todo lo ocurrido y acordaron sacar provecho de este asunto.

Esa noche mandó temprano a su pieza a Fonchito y el marido se escondió en el galpón. A las 22:00 hrs. Justito llegó el primer fraile.

—Toc-toc.

—Pase, pase, estoy sola, mi marido salió y no creo que vuelva; ¡ah! Y ¿trajo el dinero?

—Sí, doña María, aquí le traigo esta bolsita, —la que doña María guardó enseguida.

Estaban entrando en conversa cuando:

—Toc-toc

—¡Hay! Mi marido, escóndase debajo de la cama.

Era el otro fraile.

—Pase —le dijo doña María— ¿me trajo el dinero?

—Claro que sí, aquí lo tiene.

—Muy bien.

Estaban muy contentos tomándose un traguito cuando tocaron la puerta otra vez.

—Toc-toc.

—Mi marido, escóndase dentro de ese ropero.

—¿Cómo está doña María? —dijo el negrito.

—Pasa, negrito ¿me trajiste dinero?

—No tenía dinelo, yo cholo quería mirarla cheñola Malía.

Y en eso tocaron de nuevo.

Había un inmenso canasto al que el negrito cayó de cabeza.

—¡Va! ¿y no ibas a llegar mañana? —dijo doña María a su esposo.

—No, me vine hoy porque creo que tú me engañas —y entró al dormitorio.

—Siento que alguien se esconde aquí. En eso levantó la cama y pilló al fraile, lo agarró a puñetes. Después abrió el ropero y sacó al otro a combo limpio. En eso se fijó en el canasto y vio al negrito que estaba con la cabeza para abajo.

—¡Tráeme una vela prendida! —le dijo a su mujer y se la puso en el trasero al negrito el que salió con la vela prendida a 100 por hora.

Llegó el domingo y todos fueron a misa. En la hora del sermón cantó el primer fraile:

—Qué linda se ve, doña María. El segundo fraile dijo:

—Con su plata y con la mía.

Y el negrito dijo.

—Y yo como no tenía dinero mi trasero sirvió de candelero.

Pero un día llegó un hombre que tentó de verdad a doña María. Sólo se le conocía como Flores: cuando un día estaban muy juntos en la huerta y pasó un vecino y al verlos se enojó mucho porque era muy amigo del marido de ella y le dijo:

—Le voy a decir a Antonio que andái con Flores, ya vas a ver no más.

—Dile, poh, harto que vai a sacar.

Doña María fue a su jardín y cortó unas rosas y pensamientos que se las puso en su hermoso pelo hecho trenzas. A las 12 estaba esperando a su marido en la puerta.

—¡Pero qué hermosa está mi mujercita hoy día! —dijo Antonio. —Qué bien le quedan esas flores.

—El vecino no piensa lo mismo —dijo ella

—¿Por qué? —dijo él.

—Me dijo que te iba a decir que yo andaba con flores.

Cuando Antonio iba de vuelta para el trabajo salió el vecino y le dijo.

—Vecino, tu mujer anda con Flores —y Antonio contestó.

—Y a ti qué te importa. Si ella anda con flores, anda no más. No me enojo yo que soy el marido. ¿Te enojas tú? Y córtala porque si sigues hablando de mi mujer te las vas a ver conmigo.

—Bueno —dijo el vecino— que siga andando con Flores. Qué me importa a mí, también.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

CANÉ

CLAUDIO ANDRÉS RIQUELME RETAMAL
19 AÑOS
LUMACO

El huerquén Necul Painemal tenía un hijo llamado Cané.

El muchacho era muy habiloso, pero por sobre todo muy bueno y respetuoso.

Aprendió las enseñanzas de la tradición mapuche, a tocar los instrumentos a jugar al palín, a pescar, a cultivar la tierra, cuidar las plantas, los animales y a respetar la naturaleza.

Su padre decía: -nunca construyas por las riberas donde pasa el río, en invierno, porque ese lugar es del río y la naturaleza hay que respetarla.

—Cuida los bosques, si cortas un árbol debes plantar dos por si uno se seca.

—No ensucies los esteros ni los ríos, porque también de esa agua beberán otras familias, después irá al mar y contaminará a muchos seres del mar que a lo mejor tú mismo comerás y tu salud se verá afectada.

—También el agua del mar se evapora y cae a la tierra regándola; si está contaminada, dañará nuestros sembrados y llegará la afección a nuestra familia, por intermedio de nuestras plantas.

—Si quieres casarte, primero tienes que trabajar duro, después construir tu casa, apearla, después casarte; si lo haces así te irá bien, pero si lo haces al revés sentirás que el mundo se te viene encima.

—Cané respetaba lo que su padre le decía y lo ponía en práctica, obteniendo

my buenas cosechas. Conservando su espacio limpio y hermoso, cooperando con sus vecinos, yendo a todos los mingacos, siempre muy atento y solitario, ayudando sin esperar recompensa.

—Tenía su equipo que jugaba al palín, era el mejor grupo del lugar.

Un día un club lejano los invitó a jugar al palín, ellos aceptaron y fueron ; los recibieron muy bien, después jugaron y como siempre ganaron. Los otros se molestaron, pero de todas maneras como eran visitas los atendieron con comida y mucho trago, pero como estaban mal por haber perdido, medios curado, empezaron a provocarlos, por lo que ellos tuvieron que tomar sus cosa y salir arrancando.

Los dueños de casa los persiguieron, pero como no pudieron alcanzarlos, le perdieron fuego a los bosques, que quedaban a orillas del camino.

Cané y sus compañeros corrieron a avisarle al guardabosques don Dagoberto Marchán que les decía:

—“¡Alto al fuego!” “¡evitemos los incendios forestales!” , porque “el bosque es vida y trabajo” -y todos volvieron a ayudar a apagar el incendio.

Cané el más empeñoso les decía sus compañeros: -“El bosque nos da salud bienestar y progreso” ¡apaguémoslo!

Don Dagoberto llamó al gigante del bosque don Juan C. Navia, para que mandara ayudar.

Pero mientras llegaba ayuda Cané y su equipo apagaban el incendio, que ya se había extendido mucho. Pero el humo, el calor y las llamas ahogaron a Cané y a dos de sus compañeros y cuando llegaron refuerzos y apagaron el fuego Cané y dos compañeros estaban muertos.

Su familia y vecinos los lloraron mucho y su padre quiso que enterraran a Cané a orillas del río Liucura donde había un gran prado donde Cané le gustaba mucho ir a bañarse y a pescar.

Ahí su padre lo lloró muchos días y en la primavera siguiente, sobre su tumba salió una tupición de plantas de hojitas anchas y ovaladas que crecieron rápidamente y se fueron multiplicando. Sus flores eran blancas y sus semillas caían al río y siguieron multiplicándose por la ribera del río. Su padre las llamó canelo en recuerdo de su hijo y seguramente estas plantas tendrán muchas virtudes, como él, decía.

Un día pasó por ahí un machi y vio el bosque de canelos. Los examinó y dijo:

—Estas plantas tienen grandes virtudes curativas y desinfectantes. Será nuestro árbol sagrado.

De ahí en adelante se usó el canelo en todas las ceremonias del pueblo mapuche; como si fuera el espíritu de Cané que quisiera estar siempre presente ayudando y acompañando a sus semejantes como él lo hacía.



TERCER PREMIO REGIONAL IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA ANALÍA

ALEJANDRA LORENA SANTANA ROA
25 AÑOS
TRABAJADORA SOCIAL
TEMUCO

Como tantas de las cosas que pasan en la vida sin que nos demos cuenta, es que pienso que pasó la vida de la Analía. Tal vez se le pasaron sin percatarse la infancia, el amor, los hijos y la muerte. Tal vez nunca se dio cuenta de la belleza que tenía en todo su cuerpo, las canciones de su risa, el baile de sus ojos, todo el calor de su pelo. La Analía era del campo. Toda ella podía solo compararse con el amarillo del trigo, las margaritas, el camino seco pa' llegar al río, el dulce de una boca con maqui. Analía era hermosa; la maldecía su belleza como dicen en el pueblo; el tesoro de una familia de hombres; la flor de su tierra cuarteada una tarde de febrero; la dulzura, el aroma de pequeña niña; la joven mujer en medio de toda esa fuerza, del sudor de tanta jornada en el barbecho, guiando los bueyes, la jornada del hombre tirando los troncos despoblando el monte.

Yo era todavía muy pequeña cuando murió la Analía y muchos años me he pasado pensando en su cara, mientras escucho lo que mi familia cuenta de ella, cuando veo la foto de las familias reunidas en una rancha pal final de una cosecha.

La familia de la Analía no es como la mía aunque no son lo que eran antes, si bien antes como ahora en toda familia que se precie de tal el hombre es quien manda el buque en la familia de ella hasta duele. Don Lucho siempre tuvo bien puestos los pantalones. De joven nadie piensa que llegará a ser viejo, a punta é ñeque se ganó el campito cerquita del de mi familia; buen gañán, supo ganarse a la familia de doña Celinda y llevársela con él casada

y sacramentada como manda la iglesia porque nada se hacía a su juicio que atenta contra la iglesia y la patria muy bien visto por esos años la crianza de hartos hijos, la mano de obra pues, quien nos pasará un vaso de agua cuando estemos viejos.

Pero pese a todo la Analía no nació para cambiar su destino de mujer, de mujer de campo, no para superar la pobreza que se avecinaba, que recorría los caminos del sur, de las pequeñas parcelas, de un pequeño agricultor, que hacía que subiera la leche en ubres, que se envanecieran las semillas y que la helada cubriera todo con su escarcha brillante y asesina, Analía acompañaría a su madre en la casa, ya no estaría más sola la vieja, más tarde se vería si se educaba, depende como ande la cosa.

Así creció la Analía, la niña cómplice en los silencios de la madre, la única capaz de percibir que probablemente no todo estaba tan bien, pero como cuando uno es chica todo se pasa jugando, entre un juego y otro la niña aprendió a hacer las camas, secar la loza, ayudar a hacer los quesos, almacigos en la huerta, criar los pollos, guardar los chanchos, las ovejas y los chivos; la Analía aprendió el modelo, ese modelo que nos abraza tan fuerte que te embriaga de obligaciones y duerme las ilusiones el modelo de todas las madres de las madres de las madres y que será traspasado de hija en hija a todas las hijas mientras sigamos siendo mujeres.

La situación definitivamente empeoró, don Lucho y su espíritu de hombre no quiso seguir porfiándole al campo y se arriesgó y arriesgó a su familia en su nueva empresa, primero se debió vender el campo, con la platita se compró la casa en el pueblo y tres micros, no lujosas, no buenas, tres micros semichatarras que unirían con su estela de polvo y de barro los caminos enharinados de aquellas latitudes.

Cuando los Aravena se instalaron en Tegalda, atravesaban su periodo de vacas gordas, el negocio de las micros resultó no ser tan malo, cada hijo aprendió a manejar y trazaron en diferentes horarios, rutas y precios, un práctico medio de transporte desde Hueyusca hasta Fresia, pasando el río de la Plata, el Maule, el Pichimaule, pasando Huempeleo, Coligual, bajando hasta Purranque, esperados todos los días de recorridos p'viajar, enviar paquetes, mandar cartas o recados con el chofer o con el cobrador encargar la que falta al pueblo, buena voluntad sí que no les faltaba a los Aravena, bien buenos cabros, tan bonitos que son todos, pero la niña, la niña sí que

es linda, será por eso que no la sacan nunca, tan tranquila, siempre con su mamá, en la misa se ve siempre, tan bonita y tan alegre, tan señorita; de la escuela pa'la casa, tan estricto que es don Lucho, tan mal amansa'o que es el viejo con los hijos, con la mujer, en fin, todos hablan de todo o de todos mientras se viaja en una micro de campo con olor a pollo, al veri de las ovejas que se llevan a vender al pueblo medio muertas en el maletero, de todo decía la gente, diferentes los juicios pa'algo que todos veían pero un sola cosa era como tenía que ser, la Analía esa chiquilla clarita, brillante como una ocarina.

El pueblito de Tegualda es una calle larga, larga. Comienza con un túnel que es por donde pasa el tren y le llega la vida a su gente y termina en la oficina de correos que es atendida por un par de hermanas solteras que son además las orientadoras y consejeras del pueblo. Hay una posta, un retén de carabineros, una escuela, una compañía de bomberos, dos almacenes y un montón de expendios de cerveza según la patente, que todavía tienen amarrado un mocho de tronco pa' amarrar el caballo.

Pasaron algunos años, muchos recorridos, los caminos se ensacharon, en los campos se ponía peor la cosa, las máquinas comenzaron a fallar, los motores no son eternos, después de quince años pierden la garantía; los vestidos de la Analía comenzaron a desteñirse, las suelas a gastarse y no hay zapaterito que pueda cuando la miseria comienza a rondar, otros comenzaron hacer nuevos recorridos en la misma ruta y los Aravena vieron venirse abajo su buen pasar.

La Analía no fue precisamente una lumbrera, las letras y los números parecían no llamarle la atención. Nada parecía llamar su atención en medio de sus risas, sus canciones, y sus quehaceres. Cuentan que nunca descuidó su casa esa virtud luminosa que debemos llevar si somos de pueblo.

Cuando salió de la escuela la pusieron a estudiar en Fresia, una ciudad campesina que queda a treinta minutos de Tegualda, por lo que debía viajar todos los días; no siempre viajaba en las micros de su familia, la Analía jamás había salido sola, nunca eligió, nunca decidió más allá del color de la lana que pondría en el chaleco que le tejería a alguno de sus hermanos. Cuando llegó al liceo se abrió el mundo, el cielo subió algunos metros, y hacia delante había más que una calle y muchas más caras que todas las de un domingo en misa; todo era rápido, tomar la primera micro, llegar a

clases, salir corriendo tomar la micro de vuelta, llegar a casa ayudar como de costumbre y todo de nuevo. Con el tiempo fueron apareciendo las amigas, los amigos empezó a arreglárselas para no volver tan temprano aprendió a subirle a la falda, a pintar sus ojos y su boca, fumar algún cigarro todo lo que despreciaba al volver a casa, también aprendió a responder con alguna amiga todas las cartitas de enamorados que llegaban sin que ella entendiera muy bien la razón, que agradable sentirse admirada escuchar en la cara ahora lo que la gente siempre decía por atrás, Analía la más linda de por ahí, pero a la Analía nunca se le subió nada a la cabeza; jamás hizo ninguna diferencia con nadie y siempre estaba dispuesta para quedarse de último, podía entender que no todo estaba bien, que no todas las familias eran iguales, podía sentirse atrapada por el yugo de su padre, de sus hermanos; todas podían ser de todo, menos ella, una niña tan linda; no era como las demás si la estaban reservando para algo verdaderamente especial ella nunca lo supo; pero todo eso que le sucedía a ella y a su madre era imposible de cambiar.

Quizás porque estuvo siempre rodeada de miradas no percibía la de los hombres, en especial ahora que está más grandecita y que hay que cuidarla más como decía don Lucho cada vez que le negaba el permiso para salir a cualquier parte que no fuera la iglesia o la escuela; pero a todas nos ha llegado la hora de despertar, todos los días este “cabro” pasaba mirando a la Analía mientras cobraba pasajes, acomodaba bultos, acarrecaba pasajeros y cerraba ventanas en los pasillos de una micro, la Analía medio dormida solía mirarlo ya a veces hasta sonreírle; él sabía quién era ella, si lo pillaba don Lucho hasta ahí no más llegaba ella sabía quién era el sobrino de doña Challos, que vino de Osorno a trabajar en las micros. Como uno más de sus juegos, la Analía se acercó a hablarle, por llevarle la contra a su papá que le dijo que eso no se hacía que si la merecía pillar enredá con algún piojento era capaz de teparle la cara a palmetazos. Pero en otro lugar ella iba a empezar a probarse, ella quería ser como todas, todas queremos ser como todas. Lo primero que le preguntó y de pronto era si se quería volver sentado con ella. Ante la invitación él no la podía desperdiciar. Con estos mismos juegos pasaron semanas, algunos meses, la idea era viajar con él, recordar sus horarios, buscarlo y tenerlo como se quiere tener a todo lo que hemos conseguido solos, como queremos a eso que no es impuesto, a eso que nos hace sentir cálidos, a la sombra de un día de sol, en paz en medio de tanta furia, definitivamente la Analía no era como las otras, ella no sabía de besos ni de caricias pero quería aprender y con él, la Analía no era pa’llevarla a dar una vuelta y tenerla en cualquier parte, era pa’quererla

bien pero cuando don Lucho enterró el puño en la mesa y doña Celinda se encerró en un dormitorio quedó la del panadero. La Analía lloraba en una esquina sobando los cinco dedos que le punzaban rojos marcados en una de sus mejillas y el galán y sus buenas intenciones debieron arrancar patita pa' que las quiero bien lejos de su majestad.

Esa noche no hubo cena para la chiquilla, mejor que no apareciera por la casa. Doña Celinda parecía fantasma subiendo las escaleras llevándole una agüita de hinojo a la Analía; –tu papá no es malo, mi amor, es hombre y todos los hombres son así hay que esperar que se le pase, tú no debiste haberlo traído pa' cá eso te pasa también por andar haciendo cosas de grande.

Cuando volvió a ir a clases llevaba más rabia y más vergüenza y decidió que si no era a la buena sería a la mala, seguía alegre hermosa dulce cantando y riéndose por la casa, por el liceo y las micros, Analía fue la reina de su liceo. Don Lucho estaba orgulloso. Esa semana pudo quedarse algunos días en Fresia, dormiría donde su madrina, la señora del cabo Alvarado, durante esos días la Analía salió, inventó mil actividades para no llegar a esa casa. El sobrino de doña Challos se quedó con ella y algunas noches los dos durmieron juntos en otra parte, las excusas vendrían después, para Analía nunca hubo muchos miedos, ella no se percataba, si estaba así de atrapada a que no podría temerle aquellas noches Analía se sintió grande ya no era la niña hermosa de su padre, era la mujer hermosa de quien ella misma había escogido. Don Lucho, su mujer y sus hijos viajaron a Fresia a la coronación de la reina vestida de blanco con una coronita brillante que la hacía parecer más linda. Don Lucho no cabía en su pellejo y en cuanto terminó la ceremonia se la llevó a la casa a cenar con la familia como corresponde. La Analía también estaba feliz, pero tenía un brillo en sus ojitos, pero no era por el traje, la corona o los aplausos, era porque se sentía vencedora de su rabia y sus cadenas ¿qué sacaba tanto acaso este viejo?, ella igual fue de otro.

Todo estaba bien, don Lucho muy tranquilo. A la chiquilla se le había pasado el alborotamiento, la vieja no más que está medio fregá, esa tos que no se le pasa nunca, ahora que viene el verano a ver si la llevo a médico, total la Analía que se queda en la casa y atiende a sus hermanos; pero la Analía tenía un secreto para este verano. Cuando terminó el año en el liceo, doña Celinda estaba muy mal, se lo pasaba en cama, no había hierbatero, médico o remedio casero que le hubiera hecho bien, tosía y tosía. Don Lucho desesperaba, se le iba la compañera, esa mezcla especial de cariño y

arrepentimiento que sentimos cuando se va alguien y no lo hemos hecho tan bien. Este verano al parecer no se iría a lavar la lana de las camas al río, la Analía todavía es tan chica pa'todas esas cosas, se iba la vieja una tragedia a don Lucho se le venían años encima.

Una mañana luego de hacer todo en la casa y dejar hirviendo la olla para el almuerzo la Analía subió cantando la escalera y antes de bajar la bandeja del desayuno de su madre aprovechó de contarle que estaba embarazada y que no tenía miedo, que no necesitaba seguir estudiando, que si su padre no quería ella se iba de la casa con el sobrino de doña Chalho que era además el papá de su guagua; que si era mujer se llamaría igual que ella, si era hombre se llamaría Sebastián. Doña Celinda movió la cabeza, llenó sus ojos de agua y la abrazó, la abrazó muy fuerte le dijo que si acá abajo nunca pudo hacer mucho por su hija por cambiar las cosas de arriba sí que le ayudaría. la Analía bajó corriendo las escaleras, se sentía mucho más liviana, probó la cazuela, le faltaba un poquito de sal, ya estaba buena pa' echarle el arroz.

Cuando llegaron todos a almorzar, la Analía tenía lista la mesa estaba picando un ganchito de cilantro pa' darle verde a la comida, doña Celinda pidió hablar con su marido. La Analía les sirvió a todos sus hermanos y esperó. Su madre valiente, por fin, porque no le quedaba más camino que la muerte, le contó a don Lucho que la chiquilla estaba embarazada y que lo único que le pedía antes de morir, como única forma de disculpar un poco su falta de cariño, los gritos y uno que otro golpe era que no echara de la casa a su hija, que aceptara a su hijo a su nieto o nieta y que la viera de aquí pa' adelante como la dueña de toda su casa. Ahora la chiquilla era mujer a don Lucho, le tiraron un balde de agua, le sacaron el piso, le apagaron la luz se lo tragó la tierra, se le fue el aliento, se le inundaron los ojos de lágrimas. Don Lucho lloraba como un crío, su niña hermosa, la hermosa de todos estaba preñada quien sabe de qué mugriento, a qué hora que él no se dio cuenta, sus hermanos, no haber puesto cuidado y tan chica la Analía, tiene quince años; capaz que se vaya también.

Cuando bajó don Lucho, la Analía sirvió los platos y comió con su padr. No dejó de cantar ni de mover los pies bajo la mesa. Don Lucho tragó como pudo y no la miró; nunca él amaba a esa criatura hermosa que llevaba algo en la panza, él amaba a esa criatura por la cual debería poner el cuero duro y esperar que la gente hable, la chiquilla que llenaba la casa de ruido, que le escondía los zapatos y le tiraba los pantalones, la chiquilla que acusaba a

sus hermanos y desanudaba las corbatas, mil veces morir de vergüenza que entregársela a ese muerto de hambre que la deshonoró.

Ese mismo día en la noche sólo don Lucho llegó a cenar, no miró a su hija pero desde el corredor le preguntó cómo estaba, no comió y subió al tiro a ver a doña Celinda. La Analía aprovechó de salir al patio pa' ver al sobrino de doña Challos, pero no llegó, se entumió y él no llegó, mucho rato después llegaron sus hermanos y la Analía recalentó la cena y comió con ellos. El mayor le dijo que se quedara tranquila que mientras esté con ellos no faltaría quien la defiendan, comida no iba a faltar y a ese desgraciado que se aprovechó de ella debían estarle curando los combos, puntapiés, patadas y correazos que le dieron porque quedó tira'o en la calle cerquita de su casa. La Analía no pudo seguir tragando, las cosas nunca serían como ella quería ahora sí ya no estaba para amores su madre estaba muriendo. Pasaron algunos meses doña Celinda decaía y la panza de la Analía se agrandaba, la gente comentaba y ella se veía más hermosa, nunca bajó la frente, nunca lloró, nunca dejó de hacer sus cosas, nunca. Cuando doña Celinda murió la Analía apenas caminaba pero atendió el velorio y los funerales como si lo hubiese hecho siempre. En vez de compadecerse, la gente se admiraba, la chiquilla no había perdido totalmente los quilates. Don Lucho casi se muere y ahora cuidaba más que nunca a la hija, nunca le pidió explicaciones, ahora la miraba, lo enternecía verla zarandeándose tan ancha por la casa, tratando de hacer todo como su madre. La Analía se veía con el padre de su guagua cuando iba a Fresia para los controles. Después de tamaña pateadura y de ese colgajo de amenazas no hay amor que pueda ser tan perseverante en la vida real, ella quería estar en su casa, no se podía hacer nada si su papá no quería, además ahora estaba más viejito. Ella se sentía agradecida por no haber sido echada de la casa, ahora no necesitaba más. Cuando nació su hija, Analía estaba feliz, confiaba en que mamá estaba arriba. Cuando volvió a su casa nada cambió. La comida, la ropa, todo limpio, ordenado, lleno de ruido. Su niña preciosa, don Lucho orgulloso tenía de nuevo a dos mujeres en su casa, uno de sus hijos se casó y se fue. La empresa iba mal debieron vender alguno de los animalitos en media que tenían. Por ahí de todas maneras todo parece haberse calmado. Habían llegado al remanso el río, la Analía comenzó a visitar a doña Challos para llevarle además a la pequeña Analía que era como su nieta. Llegó otro verano, la Analía organizó ir a lavar la lana al río, fueron mis tíos, mi abuela, mi mamá, los Aravena todos los que podían ir ayudar. Lo primero es hacer fogatas y calentar mucha agua en unos enormes peroles para votarle la grasa a la lana mientras las mujeres separan los vellones y los

enjabanon con un jabón hechizo que ellas mismas con soda y huesos de vaca los hombre carnean un cordero para los causeos; todo no será puro trabajo. A medida que se van apaleando los vellones va saliendo el ñache. Cuando se va la mugre de la lana por la corriente del río va saliendo un cocimiento de menudencias y la cazuela del almuerzo; cuando se enjuaga la lana en esos canastos de mimbre en la mitad del río, se empiezan a poner los asadores al fuego aprovechando la fogata de la mañana. Las mujeres sacan pan, roscas y queques pa'los cabros chicos y mientras la lana destila al sol del verano. En Pichimaule todos comen un buen asado de cordero mientras se secan por haber pasado todo un día metidos en el agua. Casi a la noche se recoge la lan, se llenan la carretas, se amarran los bueyes y cada cual regresa a su casa con la lana lista y limpia para los colchones y para hilar, torcer y tejer cuando llegue el invierno.

Con los primeros días tristes de abril, la Analía avisó que estaba embarazada de nuevo sin llorar ni pedir perdón sin amenazar con irse de la casa nuevamente sin acusar al padre de la cría. sin nada. Don Lucho ni siquiera pestañeó, y los hermanos de Analía nuevamente llegaron tarde a cenar, otra vez el médico practicante de la posta debía estar parchando la cara y las costillas rotas del sobrino de doña Challos, quien luego de esta calda no pudo más de amor y decidió regresar a Osorno quizás más lejos, nadie supo.

Las cosas no cambiaron mucho, otro hermano se casó y se fue de la casa. La Analía seguía dando que hablar y sin embargo nadie le reprochaba nada, nunca se pudo decir nada malo de ella, cada vez resucitaba su belleza, cada vez estaba más alegre, más contenta como si el mundo se la fuese a acabar, trabajaba todo el día; todo estaba siempre bien zangoloteándose con su panza iba a todas partes y don Lucho se paseaba feliz con la Analía chica que igual que su madre llenaba todo de carcajadas y ruido, como una pequeña y hermosa ocarina. El segundo hijo de la Analía fue varón, Sebastián se llamó. Como desde siempre don Lucho y sus hermanos estaban felices, un hombrecito pa'la casa, pa'que no se pierda el apellido.

No pasó mucho tiempo y la Analía tuvo otro hijo, Óscar, luego de cada ida al río la Analía avisaba que sería mamá; de este niño nadie supo nada casi, casi podría decirse que es hijo del viento, este sí que es obra del Espíritu Santo. Don Lucho ya no preguntaba, era feliz con la casa llena de gritos de niños. Mis tías comenzaron a juntar la ropa que nos quedó chica pa'la Analía, ella lo agradecía todo, cuando podía se iba a la casa de mi abuela

y ordenaba arreglaba todo si alguna de sus nietas, hubiésemos sido así de alentadas, imposible no quererla, imposible no querer a la Analía.

En todos esos campos la cosa se puso seria, la leche ya no tenía precio, las papas se apollaban, las arvejas tenían gorgojo, en fin, muchos comenzaron a vender los campos. Uno de los compradores más grandes fue don Mario Barrera, compró desde acá pasaíto la Zagal, hasta donde ya ni se ve, allá en la cordillera de la Costa, ni sabe cuánta tierra tiene decía la gente. Tiene tanta plata, don Mario. Era un buen hombre, grande, mestizo, fuerte muy educado, por sobre todo creía en Dios y se lo agradecía, le gustaba el campo, la buena vida; no era miserable, era bien buen gente; pero le gustaba tanto las mujeres que por donde anduvo quedó una huella de hijos y a todos reconocía y trataba de darles algo, a todas sus mujeres las quería por igual, no se podría resistir, con las mujeres no se escatimaba en gastos decía, hay que saber ganárselas; uno que no es muy pintia'o, de alguna manera la hace.

Cuando don Mario vio a la Analía y a sus tres hijos pasar por la calle saludando a todo el que pillaba; riendo y jugando, lo recorrió un temblor desde lo más alto de su mollera hasta la punta de sus enormes pies. Esta criatura sí que es linda, los críos no deben ser de ella ni siquiera debe tener veinte años; cuando averiguó quién era, decidió que él estaría con ella, con él si que no le faltaría nada y se dedicó a bajar desde su castillo en la cordillera hasta Tagualda. Se acercó a don Lucho y comenzó a llegar a su casa. La Analía que era mujer como mantenía ese lugar, a sus hijos, y aunque no hubiese hecho nada como él no tendría a la joya de un pueblo entero si había sido capaz de tener cualquier cosa; don Lucho se sentía honrado con tal importante visita y los regalos iban y venían componiendo la situación de los Aravena, don Mario sabía tratar a cualquier mujer y esta sí que le quitaba el sueño capaz y hasta sería para toda la vida. La Analía nunca dejaba que se supiera nada de ella. Por cariño, compromiso, agradecimiento, quizás amor, la Analía tuvo su cuarto hijo con don Mario. No quiso irse a vivir a la cordillera, don Lucho estaba muy viejito, ella no necesitaba más que lo que tenía, además no podía darle a sus otros hijos el padre que no les correspondía. Ella se quedaba donde la habían encontrado, así debía ser y era feliz. Don Mario corrió con todos los gastos, incluso la reparación de algunas de las micros. Analía recién tenía veinte años, cuatro hijos y parecía más alegre y hermosa que nunca, nunca le faltaba tiempo para nada, ni para nadie.

Todos los veranos organizaba la ida al río, se daba tiempo de esperar a que

estuvieran todas las visitas del norte pa' que ayudaran decía, su familia y la mía, otros vecinos, los que quisieran. Este verano la Analía quería que esto fuera realmente grande aprovechando que las micros estaban buenas y que varios vecinos habían comprado algún cacharro quiso que fuéramos al río de la Plata, este río además está dentro de las tierras de don Mario, teníamos asegurado buena parte de la comida. Ese verano sí que fue gente, algunos aprovecharon las micros, la Analía estaba feliz, anotó donaciones, consiguió cosas pa'l que no tenía, hasta se aseguró de llevar un radio. En la casa de don Mario se preparó la leña para las fogatas, se carnearon varios corderos, todo estuvo mejor que nunca, don Lucho se creía el dueño del mundo con sus nietos que además le decían papá, ahora el no tenía nada que reprochar.

Esa mañana ellos nos tendrían que pasar a buscar al campo de mi abuela. En la primera micro que llegó a la casa no iba la Analía, venía más atrás con las hermanas del correos porque quiso ir un ratito al cementerio antes de partir ese año. En el río de la Plata, uno de los más grandes de esa zona por ser cordillerano, don Mario esperaba a todo el mundo. Un rato después llegó la Analía, venía con el menor de sus hijos en brazos, feliz, saludando a todo el mundo; venía con una solera rosadita y su pelo largo suelto, tomó mate en cuanto llegó con mi abuela, se rió de las piernas poco bronceadas de todo el que pudo, trabajó hartito ese día la Analía, se veía más niñita ese día, jugó con sus hijos en la tarde y antes de irnos cuando se recogen las cosas dijo que se iba a bañar sola y tranquila, dijo que ahora le tocaba a ella. Le encargó su guagua a una de mis tías, y con su vestido de niña y su pelo suelto se metió en el agua, nadaba, se reía, hacía señas, hasta que de pronto dejó de sonar su risa de ocarina, solo se escuchó la última de sus carcajadas retumbando en el eco del monte. Dos martín pescador pasaron revoloteando bajito por el hueco del río, y ahí donde las aguas huracaneaban se perdió la Analía. Por más que corrieron, nadie pudo detenerla o sacarla, solo vimos cómo desaparecía su vestido, su pelo y su belleza como una flor de despedida en la corriente del río. Parece que iba durmiendo y soñando planamente resuelta destinada al mar. Todo fue muy rápido, sus hijos no lograron verla; todos lloraban, mi tía cayó al suelo de rodillas con el niño en brazos: —no, por Dios, no.

Yo no sé por qué se fue la Analía. Dicen que se la llevó un remolino del río, este río es engañoso por lo clarito de sus aguas de plata. Otros dicen que a lo mejor se quiso ir. Yo era muy chica, no recuerdo nada, pero a lo mejor quiso acarrear la Analía y en su jugueteo por la vida esta era una más de sus

travesuras, quizás se cansó de que la ataran y la quisieran tener, quizás la llamó doña Celinda esa mañana.

La encontraron a medianoche dos kilómetros más abajo rumbo al mar. Su cara, su pelo, su risa, toda la belleza de su cuerpo estaban plácidamente esperando en la ribera de un remanso. Toda ella era ahora, solo comparable con la Luna llena que iluminaba su rostro claro.

MENCIÓN HONROSA

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL COCHAYUYERO Y EL TUETUÉ

PATRICIA RIQUELME MUÑOZ
35 AÑOS
DUEÑA DE CASA
CARAHUE

Cuenta mi papá que en sus años hermosos, cuando él aún hacía historia en este mundo, uno de sus grandes amigos le había contado cómo él le había ganado al Tuetué; y este es su relato:

“En uno de esos tantos e inolvidables viajes que he hecho desde mi querida Heñalihuen, lugar ubicado al noreste de la comuna de Carahue, hasta la lejana capital regional que es Temuco donde se procede a vender el cochayuyo, preciado recurso marítimo del que dependemos en gran parte para subsistir; viajes en donde desde nuestra salida inicial bordeando el litoral nos en caminamos rumbo primero a tomar la carretera de la Costa, lo que antes se conocía como ruta del conquistador en memoria de la llegada de don Pedro de Valdivia y sus huestes a esta región, quien lo hizo por esta ruta, para luego acceder al Pueblo de Trovolhue, siguiendo desde ahí hasta Carahue para luego continuar hasta Temuco pasando siempre por la ciudad de Nueva Imperial.

Ahora bien el viaje en cuestión fue más que inolvidable, ya que salimos con muy buen tiempo y durante el primer día no hubo problema y avanzamos bastante; al llegar la noche, pernoctamos al lado de una casa, bajo un gran y frondoso ciprés. Como de costumbre aseguramos la estadía de nuestros bueyes y procedimos a preparar nuestra cena. Cuando estábamos disfrutando de nuestra merienda (pollito cocido, tortilla y uno que otro mate), pasó sobre nuestra cabeza y más cerca aún de la casa, un Tuetué que cantó durante algunos minutos revoloteando en el sector. Cuando dejó de

cantar se escuchó desde la casa una voz de mujer, seguramente la dueña de casa, quien dijo: –Eh, amigo, amiga, ven mañana temprano y te daré un queso. Mi padre al escuchar eso, dijo suavemente: –Yo voy a pedir el queso y haré huevo huero al Tuetué; dicho y hecho se levantó muy temprano, juntó los bueyes, enyugó y colgó la carreta y luego dirigiéndose a la casa gritó de manera que pudiera ser oído: –Vengo por la ofertita que me hizo anoche. La respuesta demoró un poco, pero luego salió la dueña de casa y afectuosamente le regaló un rico y gran queso de vaca. Mi padre no hizo más que recibir y dar las gracias y luego salió como alma que lleva el diablo rumbo a nosotros y a emprender el viaje hacia Trovolhue. Nunca supimos qué pasó con el Tuetué, si llegó a buscar el queso o no, porque es sabido que siempre vuelve a la casa donde se le ofrece algo. Lo que sí sé, es que esa vez vendimos todo y a mejor precio aún de lo que habíamos presupuestado, así es que como dijo antes, este viaje fue inolvidable, pero sobre todo porque al igual que Pedro Urdemales con el Diablo, nosotros hicimos lesa al Tuetué.

MENCIÓN HONROSA

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

VILU PICHICHE, EL NIÑO CULEBRA

DIDIER IGNACIO QUIAN ANTIVIL
38 AÑOS
PROFESOR DE EDUCACIÓN BÁSICA
CARAHUE

Mi abuelo me contó que hace mucho, pero muchísimos años, cerca de nuestra comuna de Carahue, en lo alrededor Hualacura, se casó una joven pareja. Ellos formaron un hogar cercano de un estero que nace en la montaña. Allí diariamente la joven niña va a buscar agua para el consumo.

Pasado el tiempo, tuvieron su primer hijo, que nació normal, como todo niño. Pero llegada de caminar, el muchachito no se levantaba pues, donde su madre lo dejaba ahí no más se quedaba.

Como sus padres tenían que trabajar la tierra para subsistir, dejaban al niño sentado en la cocina, distante del fuego y frente al niño colgaban una ollita con dos o tres litros de leche cocida, para consumir después que volvieran del trabajo.

Pero fue ocurriendo algo bastante raro, porque al llegar encontraban la olla vacía. Este matrimonio no tenía o no encontraba explicación para lo que estaba sucediendo y decidieron vigilar su hogar.

En una oportunidad la niña fue a buscar agua y a lavar la ropa, por lo que le dijo a su hijo, voy a demorar un poquito. Ella siguió el camino al agua, pero volvió a la mitad del camino y observó a su hijo por la ventanilla de su casa. Cuán grande sería su sorpresa al ver que su hijo se estiró y estiró y se elevó hacia la ollita, transformándose en culebra (vilu), para tomarse toda la leche y luego volver a su estado normal.

Los padres casi enloquecieron de dolor y la tristeza para ambos fue enorme; pensar que la joven niña crió a su hijo con leche materna y durmiendo a su costado... etc.

Pasado el tiempo, decidieron pedir consejo a los mayores del lugar con quienes concordaron en la idea de eliminar a ese hijo fenómeno. Por esto, en un día, desalojaron su casa, sacaron sus modestos enseres y rociaron con parafina todo en el entorno de su casa. Colocaron al niño sentado adentro, cerraron rápidamente la puerta y le prendieron fuego. Todo sucedió muy rápido, la casa se quemaba y el niño también; de pronto, se sintió un tremendo estruendo y se formó un fuerte remolino de humo espeso, que salió de la parte más alta de la casa, se fue por el aire y fue a caer justamente donde ellos sacaban agua cerca de la montaña.

Se cree que allí debe estar todavía porque el padre era de ahí, y es el dueño del agua de aquella vertiente. (Gen ko vilu)

MENCIÓN HONROSA

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA TÍA ANGELITA

HERMILA GARABITO ARTIGA
DOCENTE
CARAHUE

Era la primavera de 1889, Juan Manuel Aguilera con su familia vivían en la cercanía de Carahue, en un lugar llamado El Temo. El grupo familiar estaba formado por su esposa María Isabel, sus dos hijos varones y su hija, la hermosa Olga Margarita, y su hermana, la tía Angelita.

La vida en esos años era llena de trabajos pesados y llena de sobresaltos, porque la amenaza de un malón estaba siempre presente y se debían tomar todas las precauciones por si se escuchaba el griterío y chivateo de los mapuches que aparecían detrás de los cerros y arrasaban con todo lo que encontraban a su paso. Entonces había que escapar tan pronto como se pudiera y unirse a las otras familias para hacer frente a las tropas de mocetones mapuches que caían como bandada de choroyes sobre un campo recién sembrado. Dentro de los baúles debían estar todos los utensilios más necesarios y la ropa cuidadosamente doblada y entre ellas las joyas y las cosas de valor que orgullosamente guardaba cada familia.

La tía Angelita era muy querida, no sólo por su familia sino por todo el vecindario. Porque siempre se encontraba en ella la ayuda que se buscara.

Ese día de noviembre de 1889, la familia ya había almorzado, las niñas bordaban sábanas blancas y la tía Angelita junto a sus cuñadas lavaban la loza del almuerzo. Los hombres reparaban cercos con gruesas tranqueras de pellín. Todo estaba quieto, sólo se escuchaba las voces de las niñas contando algo divertido. De pronto la tranquilidad del campo fue rota por

los silbidos y gritos de un vecino que agitando los brazos comunicaba que venía un malón. Todo se revolucionó, corrían enyugando bueyes y cargando las carretas con los pesados baúles, alimentos, camas y todo lo que se pudiera porque lo más seguro era que si lograban escapa encontrarían su casa convertida en cenizas.

Todavía no se escuchaba el griterío, se juntaron todas las familias de los alrededores y en una caravana emprendieron la huida hacia Carahue, los hombres a caballo y armados con rifles marchaban encabezando y cerrando la caravana.

Se ve una polvareda y se escucha el griterío, se apuran los bueyes y los hombres se preparan para hacer frente a la horda que se acerca con gran velocidad, los niños lloran aterrados y las mujeres se unen formando un pelotón apretado. Rezan con desesperación pidiendo ayuda al cielo. Cierran los ojos para no ver la nube de tierra que las envuelve junto a los gritos, disparos y relinchos de caballos. Sienten que se les detiene el corazón. Ahí están. Los toldos de las carretas son arrancados y poderosos brazos agarran lo que pueden.

Ya pasó todo, se escuchan llantos, quejidos y unos gritos desgarradores. Cuando la nube de polvo se disipó, se dieron cuenta. La tía Angelita no estaba, había sido raptada. La pena y la rabia se apoderó de todos. Una de las niñas vio cuando un mocetón tomó a la tía Angelita por el pelo, la echó a su caballo y emprendió el galope perdiéndose entre los matorrales.

Lo que el mocetón que raptó a la tía Angelita no sabía era que ella a pesar de su apariencia frágil y delicado era una verdadera fiera cuando de defenderse se trataba.

La tía Angelita sintió que fue alzada de entre las mantas con que se ocultaba en una de las carretas y quedó atravesada sobre el cuello de un caballo sudado y una fuerza poderosa la aplastaba sin poder moverse, mientras el caballo galopaba desenfrenadamente. Ni ella sabe cómo logró extraer de entre sus cabellos una gruesa horquilla metálica y sin piedad la enterró una y otra vez en los muslos del hombre que la sujetaba, recibiendo a cambio una andanada de golpes. No se acobardó la tía Angelita, siguió luchando por su vida, horquilla en mano atacó de nuevo a su raptor, ahora trataba de rasgar

la carne del hombre. Seguramente el dolor que causó a su verdugo fue muy grande, porque el hombre la tomó del pelo y le pasó un afilado cuchillo por el cuello y la lanzó a un matorral para que se muriera desangrada seguramente. La tía Angelita con las dos manos sujetó su garganta y se arrastró hasta el fondo de la quebrada, tomó hierbas y las puso alrededor de la herida que tenía en el cuello y que felizmente no había alcanzado la yugular. Trató de tranquilizarse bebió unos sorbos de agua y se quedó quieta mucho rato, lo más probable es que cayó en un estado de inconciencia o se durmió.

Al día siguiente lavó su herida y volvió a cubrirla con hierbas frescas sacadas del agua. Para calmar su hambre, arrancó raíces de zarza y quilas, las mascaba y chupaba su savia. Le dolían las piernas porque estaba muy doblada y no podía moverse, no se escuchaba ningún indicio de vida a su alrededor. No recuerda cuántos días transcurrieron en esas condiciones. Le preocupaba mucho lo que le pudo ocurrir a su familia, especialmente a sus sobrinas. Ya no le dolía tanto la herida del cuello, había roto su vestido para vendarla y cubrirla con barro sacado del fondo de la quebrada. Pensó que deliraba cuando le pareció oír chirridos de carretas y voces de personas. Se arrastró como pudo sujetándose de las quilas y gritó con la poca fuerza que le quedaba.

Escucharon sus gritos y buscaron entre los matorrales hasta que dieron con la tía Angelita que se resistió a la muerte. Las personas que la rescataron eran conocidas y también habían llorado su muerte por lo que no podían creer que la tenían al frente y con vida, aunque muy débil. La noticia del hallazgo de Angelita llegó a oídos de su familia que presurosos llegaron a su lado proclamando a los cuatro vientos que la tía Angelita había escapado con vida porque era una santa y esta idea fue aceptada y apoyada por los vecinos, declarándola santa en vida. Diariamente llegaban hasta su casa madres con sus niños enfermos para que Angelita los santiguara o les hiciera remedios. La fama de esta joven se extendió por toda la zona.

PRIMER PREMIO REGIONAL X REGIÓN DE LOS LAGOS

DULCE MURTA DE “EL PESCADERO”

NANCY BEATRIZ CÁRDENAS GODOY
29 AÑOS
SECRETARIA
PUYEHUE

Mientras Rosaura escampaba la lluvia bajo un gran quilanto, tuvo tiempo de pensar muchas cosas.

Era un día viernes y terminaba su primera semana de trabajo en la casona del Fundo. Todo ello era nuevo para la joven. Admiraba la elegancia, la altura y la belleza de su patrona, además de su casi impronunciable nombre: Catherine Smithmoller.

Mientras por sus rosadas mejillas se deslizaban suaves un par de grandes goterones, recorría en su mente las grandes habitaciones de la casona y aquella biblioteca desde donde ella había tomado tímidamente uno de los tantos libros para echarle un vistazo.

No podía borrar de su mente las imágenes de aquel libro. Un hermoso príncipe casándose con una bella princesa de largos y brillantes ropajes. Sólo el repentino aleteo de un chucao sobre su cabeza esfumó las imágenes y la animó a seguir su camino hacia su casa.

Su padre, don Rupertino Millaquipai, era capataz del fundo y en su casa habían instalado una radio para comunicarse con el inquilino de la isla Cuicui, donde el patrón tenía unas tierras.

Ya se habían sentado a la mesa para cenar. Don Rupertino, la Sra. Albertina,

Rosaura y el “Tano”, que era el hijo menor de la familia y que estaba de visita, ya que se encontraba cumpliendo el servicio militar en el Regimiento Coraceros de Osorno.

Mientras cenaban alegremente, se escuchó: —Atento, pescadero, aquí Charle dos. Cambio.

—No se moleste pa, yo voy a atender la radio —sugiere, gentilmente, Rosaura.

Cuando subía las escaleras, se tomó las puntas de su vestido, emulando una imagen de la princesa que vio en aquel libro. Cuando llegó al cuarto de la radio, la comunicación se escuchaba entrecortada e interrumpida por otra voz que no lograba descifrar. Moviendo algunas perillas logró escuchar claramente:

—Aquí lobo solitario, buscando a su caperucita roja. Responde dulce capullo del bosque...

Rosaura no pudo contenerse la risa y después de titubear un poco, decide bajar antes de que se le enfríe la cena.

—¿Qué quería el compadre, hija? —preguntó su madre mientras cebaba el infaltable mate.

—No, no sé, hay mucha interferencia. Debe ser el temporal —respondió Rosaura, sin olvidar las cómicas palabras del desconocido.

Al día siguiente, Rosaura tenía día libre, así es que ayudó a su madre a escarmenar la lana de oveja para rellenar la cama del “Tano”. Por la tarde, aprovechó el amaine de la lluvia para tender la ropa lavada.

—Rosaura, vamos a ir un ratito a dejar al “Tano” al bus, y después vamos pasar donde doña Eliana a devolverle el molino porque mañana va a hacer muday.

—Vamos a volver temprano —le dijo doña Albertina a la joven.

Mas, Rosaura sabía que cuando iban donde doña Eliana, no podían volver

de inmediato, ya que apenas le llegaban visitas sacaba el mate y partía uno de sus quesitos, así es que se resignó a que volverían hasta después de la cena.

Don Rupertino, antes de salir, advirtió a la joven que anotara cualquier recado que le mandará el compadre desde la isla.

—Vayan, vayan con Dios, y pásenlo bien no más —contestó Rosaura, mirando desde el corredor de madera, con su gato Lucero en brazos.

Luego, mientras pelaba papas, escuchó las señales de la radio en el segundo piso. Casi inconscientemente, corrió para ver si volvería a hablar el tal lobo solitario. Esperó un momento, mientras se apretaba los sobresaltos del corazón con una papa en la mano.

—Lobo solitario busca a su caperucita, donde quiera que estés, contesta mi aullido de soledad. ¡Ahí estaba!... Sacando algo de coraje, Rosaura se animó a contestar y responderle a esta voz desconocida.

Casi tartamudeando dijo: —Aquí está tu caperucita...

—¿Es cierto lo que escucho?, ¿estás ahí, capullito de invierno?

—Sí, siempre he estado solitaria en este inmenso bosque. —¿Quién eres tú, un lobo feroz o un lobo bueno?... —pregunta Rosaura.

—Un lobo solo y triste que solamente busca una amistad sincera con quien compartir... —¿Dónde vive, caperucita?

—Yo, este, eh... en Puyehue... —contesta ella y antes de que acabe de responder escuchó voces abajo y el golpe de la puerta. Sus padres habían vuelto antes de lo pensado. Así es que cambió rápidamente la frecuencia y bajó como si nada había pasado, aunque por dentro, en su corazón de adolescente volaban ahora mil mariposas.

El día domingo se le hizo infinito, esperando el momento de poder comunicarse con su amigo incógnito y preguntarle de dónde era él y muchas cosas más.

Ya casi a las siete de la tarde, sus padres se preparaban para ir al culto en casa de los Andrade.

—Rosaura, ¿vas a ir hoy día al culto? —preguntó su madre al verla plácidamente recostada en el asiento detrás de la estufa.

—Hoy no, mamita. Te voy a ayudar a planchar la ropa y además tengo que arreglar mi vestido que me voy a poner mañana para ir al trabajo —responde la joven.

—Nos esperas con el fueguito bueno, y pone un brasero en el comedor, porque vamos a llegar entumidos con tu papá —salió diciendo, su anciana madre.

Rosaura, esta vez ya más osada, no dudó en subir presurosamente para intentar hacer contacto con su lobo.

Esta nueva y gran ilusión pintaba de colores su frío invierno en la cordillera de Puyehue. Pasó de carrera a buscar un chal y así, bien arrebozada, se dispuso nuevamente a buscar la anhelada frecuencia.

Después de intentar un poco, repitiendo: —¿Lobo estas por ahí?, cambio. Su lobo solitario le responde, evidentemente muy emocionado por esta acogida de su nueva amistad.

Fue así como esa noche, estos dos jóvenes pudieron hablar sin prisa, de ellos, de sus ilusiones, etc. Para sorpresa de ambos, los dos eran de cada extremo de Chile. Él era de Iquique; y Rosaura de un lugar de la cordillera de la Décima Región. Por esas cosas de la vida, sus caminos (o sus frecuencias radiales) se interceptaron y fueron formando así, con el correr de los meses, una hermosa amistad que fue creciendo y creciendo, transformándose luego en un cándido amor que comenzaba a reclamar poder concretarse.

De esta manera, una noche en que, por supuesto, Rosaura estaba sola, Lobo solitario insistió que se mandaran por correo sus respectivas fotos para poder conocerse mejor.

Y es aquí donde comienzan a gestarse de a poco los problemas para Rosaura y que luego serían los grandes infortunios de aquel lobo.

Él, sin pensarlo mucho, se sacó una foto con la mejor pinta que tenía para impresionar a su lejana amada. Rosaura debía ahora decirle su nombre

completo para que le envíe la carta.

Esta joven se autodiscriminaba, tanto por su nombre, como por su apellido de origen indígena. Pensó y tuvo vergüenza de decirle a su lobo –Joel Castillo– que ella era Rosaura del Transito Millaquipai Amolef. Luego de analizar su supuesto problema, se le ocurrió la brillante idea de ponerse el nombre de su patrona.

Se dijo a sí misma que no importaría, ya que él vivía tan lejos que jamás lo comprobaría, y ella quería seguir manteniendo esa bella ilusión. Así es que, tomando la hoja de su contrato de trabajo, comenzó a tratar de pronunciar correctamente: Catherine Mithmoller Braun, el que sería desde ahora su nombre.

El segundo problema era la bendita foto. Repasó su álbum y nuevamente se autodiscriminó físicamente. Morena, cabellos como bandada de torda, no más alta que la mata de mosqueta que cosechó de la huerta... Fue aquí donde cometió el mayor de sus errores.

Rosaura jamás en su vida había tomado nada ajeno. Sus padres le inculcaron desde pequeña que tomar hasta una tachuela de un patio ajeno era un robo y que Dios se enojaba mucho por esto. Pero ella no quería ahuyentar a su lobo. Nunca un hombre le había hablado cosas tan hermosas, ni le habían dicho lo bien que se sentía conversando con ella... Con él se sentía importante, querida, una princesa.

La patrona tenía en la casona como diez álbumes de fotos.

Cuándo va a ser tanto el pecado de tomar una fotito chica de mi patrona. Tantas que tiene, no creo que se dé cuenta. Además, va a ser solo por esta vez y no lo vuelvo a hacer jamás, Diosito, pensó nerviosa Rosaura, mientras despolvaba la biblioteca.

Miro hacia todos lados y con la mano temblorosa de miedo saco rápidamente una foto y la guardó entre su sostén.

Joel, al recibir la carta de su amada, quedó anonadado por tanta belleza. Su caperucita del bosque era una hermosa mujer rubia, de ojos celestes y con un casi impronunciable apellido.

Ahora fue él quien se sintió un poco autodiscriminado, ya que pensó que una gringa de tal porte no iba a querer una relación formal con él, que era tan bajito y moreno.

Pero esta relación ya había subido como levadura. Era casi un año lo que llevaba esta pareja conociéndose interiormente y tenían muchos pensamientos en común.

Joel no lo pensó mas, y sin decirle palabra alguna a su amada, decidió echar una muda de ropa y su mejor colonia a su bolso y partir rumbo al sur a conocerla: pensando que sea como Dios quiera. Como conocía sólo hasta Vallenaar, el sur le pareció como si entrara en otro mundo. Era el verde más intenso que jamás había visto. Estaba encantado.

Cuando llego a Osorno, alguien le indicó dónde debía tomar locomoción para llegar hasta Entre Lagos. Pues, así decía la carta de su amada. (Correo Entre Lagos).

Cuando llego al pueblo, pregunto a la gente si conocían a su Catherine Smithmoller. Nadie le dio dato alguno.

Algo decepcionado y evidentemente cansado pensó en dirigirse al Reten de Carabineros del pueblo para conseguir alguna posible información. Ingenuamente mostró a los guardias la foto de su “Polonia” y, contándoles brevemente su historia de amor, pidió algún tipo de información.

Para sorpresa de los guardias, Catherine era la distinguida esposa del dueño de uno de los Fundos de Puyehue. Y por supuesto que no dieron crédito a la versión del pobre Joel.

Algo no encajaba en todo esto, y supusieron que Joel era algún tipo enfermo o con rasgos de psicópata, de esos que se les da por perseguir mujeres de la alta sociedad.

—Joven, tenga la amabilidad de esperarnos un momento. Creemos saber a quién anda buscando —dijo uno de los señores de verde.

Al escuchar esto, le volvió el alma al cuerpo a Joel y se le pasó hasta el sueño y el hambre. Se dispuso a esperar las noticias.

Sin dudar, los paladines de la justicia llamaron al esposo de la dama en cuestión, contándoles de este hombre que decía ser el pololo de su honorable esposa y que viajó desde Iquique para conocerla en persona. Por supuesto que él pensó lo mismo que ellos, así que se dirigió hasta el Reten de Entre Lagos, para aclarar este embrollo, sin advertirle nada a su esposa. Por otro lado, los carabineros llamaban detectives para que Joel “soltara la pepa”.

(Que, por cierto, no podía soltar; ya que él no sabía de las mentiras de su caperucita).

A todo esto, ella ni se imaginaba del enredo que se había armado por su culpa, ni de lo cerca que estaba Joel de ella, y ella misma de ser descubierta.

En menos de una hora, al elegante enamorado lo tenían con el nudo de la corbata por las cuatro de la tarde y las mejillas más rojas que Heidi. Repitió siempre que no estaba mintiendo. Lo que no calzaba, era que en la casona del Fundo no había radio, por la ubicación geográfica. Llegando de esta forma a la conclusión que una de las dos radios del sector estaba en la casa de don Rutilio Millaquipai, el capataz del Fundo del confundido gringo (valga la redundancia).

Se podrá imaginar que partieron todos a casa de don Rutilio, para desenmarañar de una vez por todas el complicado asunto.

Llegando allá, dejaron a Joel en la entrada de la tranca, para escuchar la versión de los dueños de casa que, obviamente, no tenían idea de nada. Rosaura miraba desde una ventana del segundo piso, preguntándose qué hacía el patrón con los detectives. Luego pensó que era por el robo de ganado que había sufrido su patrón.

Hasta que... —¡¡¡Rosauraaaaa¡¡¡, preséntate inmediatamente acá abajo! —vociferó indignado don Rutilio.

¿Y ahora qué monos pinto yo?, no pensarán que le tengo escondidos los novillos al gringo... bajó diciendo ingenuamente, la joven.
El detective más alto y agrío, le pregunta: Srta. Rosaura Millaquipai, ¿verdad?

—Sí... yo soy... —responde sin saber el asunto.

—¿Usted, sustrajo, sin autorización alguna, una foto de la Sra. Catherine Smithmoller, a quien Ud., presta servicios?... —y antes de que acabe de hablar, Rosaura rompe en llanto.

—No quise hacerle daño a nadie. Perdóneme, por favor, patrón. Le juro por mi viejita que jamás he tomado nada más de su casa, fue sólo eso, y jamás lo vuelvo a hacer. ¡No quiero ir a la cárcel!... —y entre sollozos, corrió a esconderse al galpón.

El patrón, algo aliviado, no tomó ninguna represalia contra la familia; ya que de los cuarenta años que don Rutilio llevaba trabajando para él, jamás había tenido ningún problema y comprendió que lo que hizo Rosaura, no fue por maldad.

Ya aclarado el lío, don Rutilio pregunta por el joven para ofrecerle disculpas por el accionar de su hija, y después de presentarse y disculparse, y de paso decirle el verdadero nombre de su hija, le pide gentilmente que se quede esa noche con ellos a cenar y alojar, para compensar en parte el largo viaje y las molestias que debió pasar a causa de Rosaura.

Joel no dudó en aceptar la oferta, pues no conocía a nadie y dentro de él, igual seguía deseando poder conocerla.

Joel se bajó de la camioneta y después de saludar a doña Albertina, preguntó por Rosaura. Ellos, muy sinceros, le dijeron que estaba escondida en el galpón, muy avergonzada, y que no sabía que él estaba ahí.

—¿Me permiten hablar con ella?, mañana debo irme a primera hora —dijo tristemente Joel, ya que creía que Rosaura se había reído de sus sentimientos.

—Vaya, no más joven. Más que mal, ella le debe una explicación.

Pensativo y apesadumbrado se dirigió al viejo galpón. En su camino, una fragancia muy intensa le llamó profundamente su atención, sacándolo unos instantes de sus divagaciones. Miró a su alrededor y vio una pequeña mata de murtas que había crecido ahí fortuitamente. Tomó uno de sus granos, y su perfume le subió hasta la cabeza. Tímidamente le dio un mordisco y sintió que era lo más delicioso que jamás había probado. Tomó un puñado y echándose las al bolsillo, siguió su camino.

Cuando entró al galpón, no vio a nadie, pero escuchó un leve sollozo. Llamó fuerte: —¡Rosaura!... Nadie contestó, pero sí salió corriendo el gato sobre los fardos.

Volvió a llamar: —¡Caperucita!, tu lobo cruzó todo el desierto y la mitad de tus lagos por venir a verte. ¿No me vas a dar aunque sea un abrazo antes de irme?

Rosaura, al escuchar esto, sintió como si su corazón subía en un segundo hasta el cráter de Antillanca y quedara atrapado en su boca. Secándose rápidamente las lágrimas y sacudiendo su vestido, no podía creer lo que oía.

Sin mostrarse aún, se atreve a decir: —Joel, no sé si podrás perdonarme por haberte mentido. Yo no soy como esa foto que te mandé, tenía miedo de que dejaras de hablarme al conocer a alguien más linda que yo. Pero te juro que todo lo que te decía cuando hablábamos era lo más sincero de mi corazón.

Mientras Rosaura hablaba, Joel intuyó dónde estaba escondida, y comenzó a acercarse sigilosamente hasta ella hasta que se presentó frente a frente. Y tendiéndole su mano le dijo a los ojos:

—Yo también te juro que todo lo que te he dicho todos estos meses, de lo que siento por ti, es lo más sincero de mi corazón.

—¿Sabes?, eres como estos granitos que, sin querer, encontré en mi camino. Pequeña, rosadita y dulce; lo mejor que me ha pasado en la vida. Rosaura, no podría volver a Iquique sin ti...

Los etcéteras de esta parte de la historia sólo lo saben ellos. Pero lo que sí les puedo contar, es que ya llevan diez años de feliz matrimonio en el norte.

Y, ¡ojol!.. que no era ningún cuento.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL X REGIÓN DE LOS LAGOS

LAS ÚLTIMAS CARTAS DE PUNTA BLANCA

JORGE DANIEL GARCÍA FUENTEALBA
22 AÑOS
AGRICULTOR
ANCUD

Ahora estoy un poco más calmado para escribir. Pienso que redactar estas líneas me ayudará a conservar la tranquilidad. Seré breve, los ruidos que se empiezan a oír me preocupan y, sobre todo, me asustan.

Llevo cerca de cuatro meses en esta tierra maldita. Estoy cerca de Huillinco, a unos cincuenta kilómetros de Castro. Es un campo en el que alguna vez se produjo una cantidad de leche de vacuno récord para la isla de Chiloé. Con una buena cuatro por cuatro tardarían al menos una hora y media en llegar a estas latitudes desde la antedicha ciudad.

Mi labor es la de cuidador residente en el otrora exitoso fundo Punta Blanca; tarea prácticamente inútil, ya que, a excepción de la estructura misma y ciertos implementos maltratados por el implacable óxido corrosivo, en el fundo no hay nada de interés para un eventual ladrón.

Las provisiones necesarias para mi subsistencia me son proveídas por mi empleador, propietario del campo y tío directo, don Antonio (Anchoño) Kempke. Estos bienes, prácticamente mi única remuneración, completada con el auspicio de mi residencia en la única casucha miserable del lugar, me son personalmente entregados por don Anchoño cada cuarenta días.

Muchos podrán pensar que lo que relataré a continuación en estas breves líneas es producto de la locura que la ermitaña soledad del lugar me ha causado.

Nada más lejos de la verdad. Pese a que no soy buen amigo de las inclementes lluvias chilotas, amo la soledad que ofrece esta tierra más que a nada.

—Pero, Cristián, hijo... —trató de protestar mi madre después de conocer mi decisión de partir a Chiloé, a trabajar para el tío Anchoño.

—Yo sé que tú padre está molesto contigo por abandonar la universidad, pero eso no es motivo para que te castigues a ti, y a nosotros de esta manera...

—“Yo quiero... —prosiguió— ...tú padre y yo no deseamos que te vayas de Valdivia...

Como siempre, mi madre estaba equivocada. Quiero que quede claro que yo jamás pretendí castigar a nadie. Sólo quería soledad, tranquilidad; lejos de mi casa, mis amigos... de la gente.

La tarde en que llegué a Punta Blanca, acompañado de mi tío Anchoño, llovía como el demonio. La cabaña —más bien, choza— que pasaría ser mi hogar durante una larga temporada, aparecía ante mis ojos maltratada, solitaria y abandonada hacía mucho. El barrial rodeaba a la típica construcción chilota: rectangular, similar a un baúl antiguo, y con la techumbre en picada para desviar la lluvia. La derruida pintura (probablemente blanca, alguna vez) parecía estar sobre los muros exteriores con la especial intención de afejar la vivienda.

—Realmente pensé que se veía mejor hijo —se disculpó mi tío Anchoño, genuinamente acongojado.

—Hace mucho que no venía por estos lares.

Ah, pero eso a mí no me importaba. El lugar me parecía perfecto para la temporada tranquila y frugal que me proponía pasar.

El interior de la cabaña es igualmente pobre. Hay dos habitaciones: una que hace las veces de “salón principal” (sala de estar, cocina, comedor); y, la otra, el dormitorio, de iguales proporciones que la primera. No es difícil imaginar los olores que se acumulan aquí cada vez que se enciende la única estufa del lugar... Por cierto, el baño es inmenso: ochenta y cuatro hectáreas de verdes y suaves pastizales.

Antes de quedar a solas en mi “refugio”, fuimos a visitar la antigua y estéril planta lechera, ubicada a unos doscientos metros de la cabaña que sería mi hogar. Esta última instancia, que justificaba mi empleo fue, por cierto, depresiva. El olor a moho era el perfecto acompañante para una estructura de mañío y canaguas a punto de perder el equilibrio. Los ya seniles extractores mecánicos de la leche parecían recordar con nostalgia su incesante succión de “las mejores vaquillas del sur-e mi chico”, como decía don Jacinto Kempke, mi abuelo y padre de mi actual patrón.

No sin antes asegurar a mi tío que estaba encantado con el lugar y que “Sí. Estoy seguro que no voy a volver a estudiar agronomía tío”, me encontraba, por fin, solo en la inmensa soledad de ochenta y cuatro hectáreas de terrenos incultos y deshabitados; sin más compañía que un buen naipe español y un par de revistas.

Los primeros días fueron, en verdad, muy agradables. Me levantaba temprano, picaba un poco de leña y después de encender un buen fuego en la estufa, daba un paseo por los tupidos bosques del interior.

Sin duda, algunas mentes superficiales, acaso incultas, podrían suponer que realmente estaba perdiendo la chaveta. Pero la existencia relajada y austera que ahora llevaba, me hacía sentir verdadera paz y armonía; alejado de profesores amargados y novias ingratas.

Poco a poco fui prefiriendo quedarme en casa. Simplemente pensando, o contemplando desde la ventana el sobrecogedor paisaje iluminado de verdor que tanto despreciaban hasta los propios naturales de la zona. A decir verdad, podría decirse que no hacía nada de nada.

Casi sin darme cuenta, los primeros cuarenta días habían pasado tranquila y silenciosamente. Cumplida esta primera cuaresma, mi tío llegó puntualmente, a primera horas de la mañana, con el canasto de mercaderías. Se le veía muy animado, pero yo casi ni ofrecí conversación, limitándome a asentir, de vez en cuando, con una forzada sonrisa para aparentar normalidad.

No se me mal entienda. Yo sé, con certeza, que estoy más cuerdo que la mayoría de las personas que llegarán a leer el presente documento. Pero estoy seguro que para un chilote “a la antigua mi alma”, acostumbrado desde pequeño a lidiar con medio hostil, sería casi imposible no sospechar locura

en un joven de veinticuatro años que se dedicaba todo el día a no hacer nada.

Cuando por fin estuve solo de nuevo, me sentí gloriosamente libre.

Así, los días fueron avanzando con rapidez e indiferencia. Pronto abandoné toda obligación ritual, salvo picar unas buenos leños de coigüe de vez en cuando. Todo marchaba de perillas, ya no sentía el esclavizante remordimiento que mi deserción académica solía causarme. Sólo un ocasional “temporal” era capaz de romper mi silenciosa y, debo reconocer, casi inmóvil-tarea de cuidador.

El último, por no decir único, comentario que mi padre se había dignado a hacer antes de mi partida a tierras chilotas, llegaba a veces a mi mente en un eco fantasmagórico, casi legendario: – “Me rindo huevón, si quieres quédate en casa y no hagas nada nunca. Pero no te vayas a meter a al campo de Chiloé, al menos, no solo... Mira, no me interesa asustarte, pero ese lugar es malo... siempre han ocurrido cosas... cosas malas ahí...”.

Yo no contesté nada, me limité a salir de su casa para siempre. Yo sabía que él se refería a las leyendas de Traucos y Fiuras que dominaban el folklore de la región cuando él no era más que un niño asustadizo. Y ahora, renegaba de su pasado supersticioso –como muchos ex chilotes–, pero no podía ocultar su vergüenza ante el miedo lejano que aún lo embargaba.

¡Dios mío! Perdóname por no creerle; perdóname por mi soberbia.

Como decía, los días transcurrían lento, demasiado lento. Poco a poco, empecé a percatarme de que mi comportamiento era excesivamente quedo.

Siempre he sido una persona de naturaleza más bien contemplativa, casi letárgica; pero algo ajeno a mí parecía tenerme en un estado de embotamiento, por no mencionar sedado, en la reclusión de la cabaña.

Comencé a darme cuenta de que “algo” me mantenía en un estado pasivo. Parecía tener fuerzas para mantener el fuego de la estufa ardiendo, prepararme la comida, lavarme –aunque no con mucho esmero, debo confesar– cada mañana; pero cuando se trataba de realizar cualquier labor de celamiento, me embargaba una profunda sensación de pesadez y me quedaba en casa. Me había convertido en un sereno digno del menos

indemnizable de los despidos.

Traté de hacer un cálculo aproximado de los días que llevaba encerrado en la cabaña, pero me fue imposible. Quizás fuesen unos veinte, pero mayor precisión sería mentir.

Me propuse abandonar este comportamiento. Intenté, durante varios días y sin éxito, abandonar la casucha y hacer una ronda de reconocimiento, pero descubrí que ya no podía dejar el perímetro circundante a la choza sin sentir náuseas.

Pasaron de esta manera innumerables días de lucha interna, los mareos dieron paso a vómitos y estos a cuasi desmayos. Era una batalla sin cuartel contra un enemigo invisible, un enemigo que yo pensé provenía de mis propios temores. Pero no.

Finalmente, autoforzándome a gatear como el menos grácil de los lactantes, logré adentrarme en los terrenos de Punta Blanca.

Esto ocurrió recién entrada la noche... hace dos horas.

Sé que sonará esquizoide, pero el bosque parecía mirarme. ¡Demonios! No sólo parecía mirarme, sino también burlarse, reírse de mi insignificancia ante su gloria.

El viento comenzó a soplar, primero con amabilidad, después con furia, golpeándome con violencia.

Las náuseas parecían disminuir, dando paso a una creciente sensación de confusión. Caí en cuenta que estaba ya muy lejos de la casa. Miré hacia atrás y estuve seguro de dos cosas: la primera, había avanzado mucho para volver ahora y; la segunda, mis pasos me guiaban, inconscientemente, hacia la planta lechera. Mis ojos se centraron en el punto —aún distante— del viejo edificio de canchaguas y añejos tablones.

—¿Será posible? —creo que dije en voz alta.

¡Una furiosa nube de humo se erguía desde el mismísimo centro de la construcción en esos precisos momentos! Por fin, sentí que todas mis fuerzas

volvían a mí, y me permitían avanzar hacia el edificio.

Instintivamente, aún no sé por qué, agarré una pesada rama de coigüe y eché a correr.

Sólo un par de minutos después, logré vencer el viento que intentaba frenar mi paso y llegué, jadeante, a la entrada principal de la planta. Lo más curioso es que el lugar se veía en perfecto estado. Daba la impresión de que el causante del humo era un “fuego controlado”.

Mientras me acercaba a la aparatosa puerta, un gutural balido hizo ecos en la oscuridad.

Los largos hierbajos se estremecieron ante las pisadas que, agitadamente, avanzaban directo hacia mí. Una pequeña figura fue adquiriendo nitidez, a medida que se iba acercando.

Era una cabra muy flaca –o quizás un chivo, era mi segunda opción– que saltó a mitad de la entrada de la planta, cerrándome el paso. Tenía solo tres patas.

Traté de serenarme, pero tan elevado sentimiento me abandonó rápidamente cuando me fue posible examinar el rostro del animal: al principio, la tez del “caprino” estaba cubierta por una lacia y grasienta cabellera, casi gris. Una nueva ráfaga de viento sacudió las hierbas, despejando la frente de la esquelética bestia. Por un momento, creí sufrir una insuficiencia cardíaca.

¡Tenía rostro humano!, y parecía sonreírme tontamente. Pero se burlaba... Sí. Se reía de mi estupidez. Parecía ser –lo juro por mi madre– una mezcla entre risa y llanto al mismo tiempo.

Sin mediar grandes meditaciones, me propuse golpear al horrendo “ser” con la rama de coigüe que –¡Alabado sea el Señor!– aún conservaba en mi poder. Pero no bien hube alzado el “arma” en señal de amenaza, una mano potente y segura me asió el brazo desde atrás.

A pesar del viento, sentí la respiración de quien me detenía... eran suspiros frenéticos, cargados de ira.

Giré sobre mis talones y le vi. Era pequeño, casi enano, de facciones evidentemente indígenas. Vestía un gran poncho de lana negra. También alcancé a vislumbrar los pliegues de un chaleco hecho de piel sonrosada. Y me miraba. Sus ojos se posaban en mí con toda seguridad, como si no le importara mi altura, al menos veinte centímetros superior a la suya.

—¿Quería entrar el patroncito?— me preguntó, sin dejar de escudriñarme con una mirada llena de sorna.

Me parecía que el “enano” estaba a punto de largarse a reír. Quise gritar de horror, pero no pude.

Finalmente, logré asentir con inocencia, tal como lo haría un niño al que se le ofrece algo muy bueno y rico, pero prohibido.

Los ojos del “enano”, ahora parado junto al “cabrito”, se iluminaron alegremente.

—Ah, pero estas tierras ya no son de ustedes patroncito— aseguró, acariciando en la cabeza a su extraña mascota. —Ahora, estas son tierras de los brujos... y la cueva es nuestro refugio.

Terminó, alzando la mano en dirección a la “cueva”, que no era otra cosa que la planta lechera.

No me atreví a mover un músculo.

El brujo prosiguió:

—Si quiere entrar en la cueva, tiene que... —hizo una pausa para mirar al asqueroso ser sentado a sus pies, el que se llevaba una “mano” a la boca para reprimir un ataque de risa...

—Tiene que darle un besito —(chiquito, si quiere)— en el potito del Invunche.

Alargó los labios en dirección de la bestia de pelos grises. Acto seguido, estalló en una demencial carcajada a la que unió el Invunche; el cual reía, verdaderamente, como un chivo.

Muy pronto, risas de similar ánimo, procedentes del interior de la planta, llenaron la noche. Habían más, y eran muchos... pronto saldrían.

—Ah, ¿no quiere mostrarnos respeto, patroncito? —preguntó el brujo, probablemente en reacción a mi expresión de asco al mirar al animal.

—Mire que pensábamos que se iba a quedar en su casita pero si quiere salir, se va a tener que portar bien, eh. Esta es época de reuniones para nosotros.

Le dio un palmetazo al Invunche, el que de inmediato alzó el trasero, favoreciéndome con la visión y, pese al viento, el olor de su ano.

La situación se había tornado insoportable.

Rápidamente, apreté la rama con todas mis fuerzas y le asesté con ella un golpe al brujo en la coronilla. La rama se partió al instante, permitiéndome clavar una rama, ahora puntiaguda, directamente en el espinazo del ser de tres patas.

—¡Gueeeeeeeee!aulló— el pequeño intruso, al tiempo que se sobaba la cabeza. El Invunche parecía haber perdido el conocimiento.

Las risas en el interior del edificio se intensificaron, haciéndose cada vez más cercanas. El brujo imitó a sus compañeros, lanzando una espectral risotada.

El corazón me golpeaba el pecho con furia, ya era hora de salir de ahí. Corrí con locura, mientras las risas aún se hacían notar... Creo que mientras corría, yo mismo lanzaba eufóricos gritos de terror.

Ahora estoy en la cabaña, el fuego se ha extinguido y hace mucho frío. Acabo de oír risitas al otro lado de la puerta. Ignoro por qué no han entrado aún, quizás quieran jugar un poco conmigo antes del final; pero sé que pronto irrumpirán, no tengo forma de contenerlos, parecen ser muchos, muchísimos.

Ruego a quien encuentre esta carta, hacérsela llegar a mis padres.

Díganle a mis papás —aunque supongo que ellos mismos serán capaces de leerlo—, que los amo y siempre los he amado con todo mi corazón. Si

pudiese volver a la universidad, lo haría con todo gusto, por el sólo hecho de que sientan el orgullo que siempre he querido darles.

Todo lo que he escrito es absolutamente cierto, lamento si la redacción resulta un tanto incoherente. Bajo las circunstancias he hecho lo que más me ha sido posible.

No puedo seguir escribiendo, están golpeando la puerta, trataré de pelear.

Se despide,

Cristián Kempke L.

Hermano:

La carta que te adjunto, la encontré debajo de un tablón suelto en el que había recomendado a Cristiancito que guardara la plata. Traté de limpiarle la sangre, pero no pude sacársela toda. Trata de que mi cuñada no la vea en ese estado.

No sé cuánto hace que Cristiancito desapareció pero, por el estado en que estaba la comida en la cocina, parece que no hará más de dos días, contados desde en el que llegué con los víveres.

No he llamado a Carabineros todavía. Sigo guardando la esperanza de que tu hijo ande tonteando por ahí, pero no creo. Además, ya nadie cree en brujos ni Caleuches por acá por Chiloé... sólo los viejos como yo.

Dudo que estés de acuerdo conmigo, pero yo creo en todo lo que escribió Cristián. Sólo te pido que no olvides todo lo que pasaba por acá cuando éramos cabros. También te pido, aunque eso si será difícil, que reces... por tu hijo.

Ayer en la tarde, fui con dos empleados a buscarlo, pero tú sabes que lo mejor en estos casos es buscar de noche... y solo. Sé que cuando leas ésta, querrás venir personalmente a usar toda tu plata e influencias. Te aseguro que poco ganarás de esa forma.

Por eso es que esta noche me voy a adentrar solo, rifle en mano, por los

bosques de Punta Blanca.

Te pido disculpas, hermano, estoy consciente que soy el principal responsable de lo que pasa. Quisiera haberte hecho caso y no dejar que este chiquillo se venga a meter a esta tierra. Espero estar a tiempo de enmendarme, tú sabes que nunca me asustaron los brujos, pero siempre creí en ellos.

No sé qué más decirte, hermanito. Lo siento mucho.

Ojalá que todo salga bien, Anchoño Kempke.

TERCER PREMIO REGIONAL X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL PERRO CURIOSO

RENÉ ORLANDO NAUTO GAMÍN
48 AÑOS
PROFESORA DE EDUCACIÓN BÁSICA
QUINCHAO

Esta historia le ocurrió a mi perro Toqui cuando estaba tendido cerca de la puerta de la cocina, momento en que vio salir a todos los ayudadores, después del almuerzo para continuar con la faena de la siembra de papas.

Lo cierto es que en la cocina no quedó nadie, pero él escuchaba una conversación que precisamente salía de ahí, por cierto de inmediato empezó a picarle el bichito de la curiosidad y se fue acercando con mucha cautela, como cuando se quiere sorprender a alguien en forma infragante o mejor dicho con las manos en la masa. La verdad es que él tenía sospecha de uno de los trabajadores a quien le caía mal, porque éste le había pegado con una picana y más que nada por esto, no era santo de su devoción. Su sospecha se fundaba en que éste supuestamente habría vuelto para robarse carne de la oveja, que se había carneado para la minga.

Ya estaba frente a la puerta, ahora la disyuntiva es entrar o no entrar, por fin se decidió a hacerlo, parece que él conocía ese refrán que dice “no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy”, esta era la suya, atraparía al maldadoso y quedaría muy bien con sus amos.

La puerta estaba solo ajustada, ya que al empujarla con su hocico inmediatamente se abrió, la conversación se escuchaba con más claridad, éste no se me escapa, pensó entre sí, pero no vio a nadie en la cocina, buscó debajo de la mesa, detrás del aparador, debajo de la estufa, pero nada, no vio a nadie. A todo esto por un rato la conversación no se escuchó, pero luego

retomó su ritmo con las mejores ganas, esto sorprendió al curioso Toqui, pero estaba decidido averiguar lo que ocurría, buscó y buscó y escuchó con mucha atención, con mucha y más atención, hasta que descubrió que la conversación salía de una cajita negra. Ahora se escuchaba a dos personas, posteriormente música, si música con orquesta, cantantes y todo, pero... ¿cómo estas personas caben allí? o ¿cómo se hicieron tan chiquititos para entrar en esa cajita?, era lo que pensaba el atribulado Toqui.

Primero pensó en los brujos, pero era de día y él había escuchado a sus amos que solo andaban de noche o bien duendes o fantasmas que me había escuchado cuando payaseábamos con mis amigos. En fin pasaban bastantes cosas en su cabeza perruna.

Por fin quiso desengañarse y ver de una vez por todas cómo eran los habitantes de dicha cajita, y ¡paf! Se abalanzó sobre ella, que estaba en una repisa del aparador. La mordió con fuerza y rabia, con tanta fuerza que al azotarla se le soltó, volando por el aire y llegando a caer en la dura pata de la estufa, la radio se partió y paulatinamente se fue perdiendo la voz puesto que las pilas saltaron lejos, al tanto que Toqui seguía buscando a los pequeños seres, pero por más que buscó nunca los encontró.

Con el ruido que provocó la radio al caer al suelo, mi mamá llegó corriendo a la cocina, pues pensó que era Corbatín, mi gato, que había entrado a la cocina y se estaba pirateando la carne de oveja.

Pero grande fue la sorpresa de ella, cuando entró a la cocina, y ver a Toqui al medio de ella, mordiendo a lo que antes fue la radio, como si esta fuera su enemiga.

Pobre Toqui, mi mamá indignada lo agarró a palos y le dio una paliza, que no olvidará por mucho tiempo.

Desde ese día Toqui se ve lejos de la cocina, muy triste, más que eso, con bastante vergüenza. Mi mamá lamenta mucho la pérdida de su radio, ya que ella era su compañera diaria en todos sus quehaceres hogareños, la entretenía con su alegre música, y la informaba con las noticias y mensajes y al pensar que muy pronto tendrá que comprar una nueva radio, más rabia le da, iracunda sale al patio y corretea a palos y piedras al pobre Toqui, quien se va a refugiar bien lejos, allá por el papal.

MENCIÓN HONROSA

X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL RAPTO

MARÍA ANTONIETA GUARDA FAULBAUM
52 AÑOS
PROFESOR DE EDUCACIÓN BÁSICA
CALBUCO

A Segundo le gustaba ir todas las noches a contemplar el mar, pero, él no sabía que esta noche sería diferente. Sentado en la playa, medio escondido, detrás de una roca meditaba, cuando... sintió un extraño chapoteo que venía del mar. Se escondió rápidamente tras la piedra mirando con ojos deslumbrados cómo ella, la reina de los mares sureños, se acercaba a la playa para comenzar su danza sensual, que haría la felicidad de los pescadores, dándoles pescas abundantes, la miraba con embeleso. Era realmente bella, sus cabellos largos plateados por la luna, su piel marfileña, su cara llena de energía y ese baile... Allí quedó el pobre Segundo, sin poder creer lo que sus ojos veían. Luego, terminado el rito, la hermosa dama volvió a sus dominios, sin dejar en la arena una sola huella.

Segundo emprendió el camino a su casa con el cerebro totalmente embotado, la boca seca, el corazón acongojado ¡Si esa mujer fuera suya! ¿cómo hacerlo? Y mientras caminaba tomó la decisión: volver con la próxima luna nueva y preparar una trampa, una vez que cayera en ella ya la convencería de su amor.

Desde ese día, no trabajó más, todos los días se le veía por la playa juntando hilitos de pelillo, luego desaparecía a un lugar que nadie conocía.

Llegó el día esperado, Segundo trajo a la playa su fino trabajo y lo puso con delicadeza y esmero, mientras su corazón golpeaba y sus manos traspiraban; después lo observó de un lado y de otro para ver si se notaba ¡perfecto! Era un trabajo perfecto, su amor lo había inspirado.

Ya oscurecía y pronto saldría la Luna, roja, grande, como una aureola anunciando la llegada de su amada. Se escondió detrás de la roca y cansado se fue quedando medio dormido, de pronto despierta sobresaltado ¡Por Dios! Ella estaba ahí. Rápidamente tira la delicada red y esta se cierra sobre la bella Pincoya como un manto de delicados hilos.

Segundo se acerca la huele, la mira, el corazón le duele, pero ella lo mira con tristeza. Él con su felicidad nada nota y se la lleva a una caverna tal que a una gaviota, que volar no puede con las alas rotas, ya en la caverna quiere convencerla de su amor por ella, grande y hermoso como la red que para ella tejiera. Ella solo lo mira con tristeza.

Finalmente él decide salir de la cueva, donde llevan dos meses, para traer entremeses y dejándola atada, a la playa se encamina y ya no conoce el camino donde la muerte domina, los pescadores llorando, sus hijos hambreado y el mar negro y rojo todo apestando.

—¿Por Dios que pasa? —consulta Segundo a doña Elvira que está más flaca y seca que nunca.

—¡Ay! Gundo, dicen los brujos que alguien se robó a la Pincoya y que desde ese día el Pincoy no da más, llora y llora como él sabe llorar y con eso ha convertido el mar en un salar, así es que su penar a todos nos viene a alcanzar. Él llora su pena por perder a quien tanto llegara a amar y nosotros lloramos el hambre que nos provoca no tener los regalos del mar. ¡Tanta pena! ¿Quién lo iba a pensar?

Gundo cabizbajo se pone a pensar que él en su egoísmo revolucionó el mar y que si realmente la ama no la debe hacer llorar y caminando lentamente se devuelve para atrás, entrando en la cueva se pone a llorar y soltando a la Pincoya ¡a hablar!, que la amaba, que no le podía dejar, que lo perdonara, que la devolvería al mar, que la gente no tenía la culpa de que le gusta soñar, que la devolvería a su reino, que no la iba a olvidar.

Al anochecer, Gundo se acerca, sus manos a tomar y tirando de ella la dirige al mar, sus ojos con lágrimas que no puede evitar, la deja en la orilla le devuelve la libertad, ella se estira, sonrío, y vuelve a cantar. Su canto normaliza todo en su reino, el mar, entrando en el agua se va a marchar, de pronto se vuelve, a Segundo, a saludar, le da un casto beso y le explica al pasar que ella

no es humana y que pertenece al mar, que ama a su Píncoy y a nadie más, que en la playa ella ha visto mariscar a bellas mujeres que bien lo pueden amar “a la fuerza no es cariño, que no lo vaya a olvidar”.



MENTIÓN HONROSA

X REGIÓN DE LOS LAGOS

ANTONIO

MIGUEL ÁNGEL GUARDA ALARCÓN
92 AÑOS
AGRICULTOR
ANCUD

Conversando con amigos, todos igual de ancianos como el que escribe, con más de noventa años, comentábamos cualquier recuerdo del pasado a través de todos los años vividos.

Después en la noche, en la que lo único que se puede hacer es dormir al son del televisor, quise romper la monotonía recordando algunos momentos de mi vida que afloran en mi cerebro cada vez con mayor nitidez, así fue como recordé cuando tenía trece años en el campo de mi abuela, en un lugar llamado Las Vegas, a ocho kilómetros de Osorno donde normalmente pasaba todos los fines de semana en ese lugar. Era muy hermoso, con el río Rahue llamado antiguamente el río de las Canoas por un lado y por el otro un estero con abundante vegetación de avellanas y lumas, adornado por copihues rojos contrastados en el blanco de las flores de las lumas. Aquí jugábamos los primeros años sacando camarones y buscando coipos que en ese entonces eran abundantes. El campo terminaba en macizos de robles, laureles y lingues, en donde había una rica cacería de torcazas.

Cuando cumplí los trece años tenía que ayudar en las faenas del campo, fue así como conocí a Antonio Cárcamo. Como todos los años en esa época de noviembre a abril, había cantidad de trabajadores forasteros. Antonio llegó como todos ellos de Chiloé. Él venía en la cuadrilla de Montiel a trabajar con una cantidad de hombres en las cosechas de pasto, avena y trigo, en estas faenas conocí a Antonio, el único niño propiamente tal, era muy alegre, vivaracho, de ojos verdes, tenía otras virtudes amable, atento, colaborador,

todos sus compañeros lo querían. Mi abuela que era una mujer sagaz se dio cuenta de ello y lo regaloneaba.

Nos hicimos muy amigos y todos los días después de las faenas nos bañábamos en el río, mi amigo no sabía nadar, nos esforzamos por enseñarle pero no quería, le tenía miedo al agua con corriente.

Las cosechas habían terminado, era tiempo de volver al terruño, quería quedarse el amigo, mi abuelita lo había conquistado, pero el jefe Montiel no le dio permiso y tuvo que volver a Quinchao que era su tierra. Antes de irse nos dijo que volvería el año próximo y que allá se quedaría, regresaba muy contento porque llevaba todo su salario ahorrado.

Pasó un año, volvió mi amigo en el mismo grupo de Montiel, cuando llegamos de vacaciones con mis hermanos, nos encontramos con la sorpresa de Antonio trabajando, pero ahora en casa de doña Antonia, que contenta con sus ochenta años lo tenía para ayudarla en toda clase de trabajitos que a ella se le dificultaban por la edad. Nosotros otra vez nos entreteníamos después del trabajo cotidiano, nos contaba cuentos de Chiloé, nos hablaba del Caleuche con tanta vehemencia que cualquiera habría creído que anduvo de pasajero en el barco. Nos habló de la Pincoya, del Trauco, el Basilisco, la Viuda, después a dormir tiritando debajo de las cobijas. Me contó también su viaje desde Chiloé que salió de Quinchao a Achao y de ahí salieron a la Isla Grande donde se juntaron con el jefe Montiel, se vinieron a pie por la costa pasaron por San Juan y de ahí por Quemchi, Aucho, Linao, Chacao de donde cruzaron en bote a Astillero para llegar a Carelmapu y de allí seguir la huella a Maullín bote y otra vez la huella Muermos, Tegalda, Maipue, Crucero, Riachuelo terminando en las Vegas, mi amigo me asombraba con su hablar cantadito, su memoria y su vivir aventurado, casi me parecía que conocía todo el continente, como el año anterior gozamos mucho en nuestros ratos de ocio, un poco remando, o andando a caballo, comiendo frutas a granel en la gran arboleda, de distintas formas despedíamos nuestra niñez.

Antonio se quedó en el campo tres años más, quería juntar dinero para comprarse un pedazo de tierra allá en su Chiloé, nunca habló de familia, así parece lo crió un abuelo.

Pasaron los años, se vino a Osorno a trabajar en una panadería, yo solo venía en las vacaciones pues estudiaba en Santiago, poco veía a mi amigo,

pero cuando lo encontraba me contaba que seguía en su empeño de juntar dinero. Curiosamente siempre se palmeaba los bolsillos acariciando su plata y un arma para protegerla, nunca entendió la seguridad que le podría dar un banco y así nos pasó el tiempo, perdí su rumbo.

Pasaron un par de años más cuando en Santiago, mi hermano que estaba terminando medicina en la U salió con dos amigos a servirse unas cervezas, después payaseando se subieron a los árboles con tan mala suerte que les tocó la ronda y los llevaron al cuartel. Allí el teniente le dio una palmada a mi hermano quien devolvió el golpe al oficial. No llegó a la pensión nos preocupamos y finalmente nos soplaron que estaba en el juzgado. Allí lo habían llevado a pie y amarrado cuando de pronto alguien le preguntó:

—¿No es usted don Tito?

—Sí, le contestó, yo soy Antonio.

Cuál no sería su sorpresa el chilote también iba detenido. ¿Pero cómo lo llevan así? Tito le contó su historia y cual no sería su asombro cuando Antonio habla con los gendarmes y logra que le saquen las amarras y lo lleven como a los otros detenidos, fue así como volví a encontrar a mi amigo otra vez, me contó que estaba detenido porque había disparado contra un delincuente en un negocio que tenía en la calle Salas al que no pudo volver porque estaba sentenciado.

Pasó algo de tiempo y nos encontramos en la Plaza de Armas frente a la Catedral. Me contó que se había instalado en Recoleta, fuimos a conocer el negocio comimos y recordamos viejos tiempos. Tarde por la noche me fue a dejar recomendándome que no fuera tarde por allí, el barrio era muy peligroso. Fui a visitarlo dos veces más y a la tercera fui como a las doce para invitarlo a almorzar, pero no lo encontré. Le pregunté a una mujer que estaba en la casa por él, me dijo que hacía un mes que lo habían asesinado defendiendo su caja.

Su sueño de volver a su tierra, su imagen sonriente me vuelven a la memoria una y otra vez. Las ironías de la vida, el chilote que amaba su tierra fue a morir lejos de aquí y yo que jamás imaginé estoy escribiendo esta historia aquí en mi casa en la tierra y el mar de Antonio, en Chiloé.

MENCIÓN HONROSA

X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL CAMPESINO

SANDRA EDITH LATORRE ARAYA
33 AÑOS
DUEÑA DE CASA
PUERTO VARAS

El día que me deja para irse en ese largo viaje, cruel viaje, me abrazó, en ese valle claro, que nos parecía inmenso. Me alzó en brazos y sentí que esa despedida era eterna.

Pensaba ¿quién sabe si regresaría? Era un viaje en busca de un mejor futuro. Como muchos buscan y se alejan de sus seres queridos, pues la pobreza hiere hasta el amor más profundo.

Ese día me regaló una rosa, que abierta estaba en el patio de mi casa. Allí me prometió que regresaría para el invierno.

Han pasado algunos meses y el trinar de las aves me hizo despertar temprano. Entonces nuevamente me acordé de él: de cuando se marchó. Y la tristeza fue la única compañía que tuve en todos esos meses.

¿Cuántas mujeres más en el campo vivían lo mismo que yo? Recordaba su figura; sus ojos color avellana, su fuerte figura, hecha a puro trabajo de obrero de campo, sus cabellos oscuros, sólo su recuerdo me queda.

Por la mañana caminé hasta el río, donde un sauce parece tan triste como yo y las lágrimas volvieron a mis ojos.

Pronto llegaría el invierno y esperaba volver a ver a mi pobre viajero, cansado de un viaje duro y destino incierto. Volvería para alegrar mi vida.

Una tarde, mientras caminaba por el camino hecho a huellas de caballos, divisé su figura. Este lugar Potrero del Norte, se llenó de su presencia. Me parecía un lugar inmenso. No importaba el paisaje agreste ni barroso, todo era hermoso.

Corrí a sus brazos y cumplida su promesa de regresar, creí que sería la mujer más feliz del mundo. Nada nos volvería a separar, acaricié su cabello, su rostro, lo besé largamente.

Pero la alegría duró poco, él partiría nuevamente. Aquí no tenía el futuro que él quería para nosotros, y volvió a partir.

Después de unas semanas, nos enteramos que unos bandidos asaltaban viajeros por el solitario camino que conduce a la ciudad de Maullín.

De mi viajero ninguna noticia. Prometió volver pronto, pero no daba señales de vida.

Pasaron los meses, mi alma entera se acongojaba. Comprendí que no podía estar con vida. Él viajaba con la cantidad de dinero que si bien no era mucho, justificaba que él la defendiera.

Habría vuelto de estar con vida. Mi corazón enfermó de dolor, no podía perdonarle haberme dejado. Fueron días interminables y ni la lluvia, ni el viento que arrecia estos lugares lograron despertarme.

Un día ese corazón que lo había amado tanto ya no dio más. Caminando por el campo no entendía que estuviera sola.

Yo lo seguía esperando, pero mi corazón ya no quería seguir y enfermé gravemente. Mi padre angustiado buscó un médico, amigo del patrón, él me examinó y su diagnóstico era una anomalía en el corazón. Mi padre cabizbajo decidió evitarme cualquier sobresalto.

Ya estábamos casi a fin de año y como siempre me internaba en el bosque a pensar en mi viajero.

Una mañana caminando por la orilla del río acompañada de la majestuosi-

dad del sauce llorón, sentí un fuerte dolor y caí al suelo. Cuando desperté estaba en casa de mi padre. Mi cuerpo se resistía a seguir viviendo, ya no había nada que hacer.

Después de unos días, pedí a mi padre que me llevará al río. Quería respirar ese aire puro del campo, donde nos quisimos. Creo que me pareció escuchar su voz. Y fui feliz, aunque fuese un momento.

Ese día el sol brillaba como nunca, allí el aroma de las flores era intenso, más que otras veces. Algo hacía presagiar lo inesperado ¡De pronto! A lo lejos, me pareció ver un caminante, y mi corazón latió con fuerza se acercaba lentamente, y pude ver con alegría que era mi campesino. Me desvanecí en el encuentro, él gritaba que si algo me pasaba, prefería morir también. Nuestra historia de amor, aunque parecía común, era única para nosotros.

Mientras me recuperaba, él jamás se separó de mí, aunque despertara unos segundos al día. Contra todo lo esperado, fui mejorando y volví a reír de nuevo.

Por un milagro, el destino nos había separado y vuelto a unir para siempre, creo que seguiremos juntos en otra vida y nos profesaremos amor eterno.

Disfruto de su compañía, en ese valle que nos vio amarnos. Decidimos ser felices y comenzar toda nuestra vida junta.

Ahora estaba lejos preparando su lugar de amor para nosotros, lo esperaré hasta que esté listo, aunque mi pecho grita a viva voz que lo amo, que le necesito, que sin él no soy nada, ni nadie.

Al cabo de unos días regresó a mi lado, yo como siempre salí a su encuentro y como era costumbre él me alzó en brazos y yo lo abracé fuertemente; esta vez se quedaba a mi lado.

Había demostrado a su familia y a la mía que era digno de merecerme, había forjado una empresa en Puerto Montt, con otros socios y ahora todo marchaba como era esperado, tenía su propia fortuna personal y estaba dispuesto a compartir su vida de trabajo conmigo.

Fue entonces que me pidió que fuese suya, previa aprobación de mi padre, mi corazón sintió una gran conmoción, el cual a viva voz gritaba ¡quiero pertenecerte! ¡Oh! ¡Qué felicidad la mía!

El día que unimos nuestras vidas para siempre, todos los lugareños dueños de grandes campos fueron a nuestro matrimonio, feliz fue ese día, luego el viaje, todos en el valle decían que lo nuestro era eterno, más allá de nuestras vidas, algo jamás imaginado; en verdad seremos felices.

Ahora somos viejos, nuestros hijos y nuestros nietos fueron en busca del precio de esta vida, el trabajo y el estudio como tesoro principal, como lo hizo su abuelo y su padre alguna vez. Esta historia, esta antigua historia se repetía nuevamente.

Ahora disfrutábamos viendo crecer a nuestros nietos, nuestra tarea estaba terminada, estábamos en paz disfrutando nuestra vejez. En ese valle claro, ese hermoso valle, vio a nuestros hijos y nietos crecer y vio todo lo bello que disfrutamos nosotros.

Ahora podemos descansar en las entrañas de la tierra, y digo menos mal que no lo hice en mi juventud porque esta historia no estaría terminada. Aquel campesino que todos decían que no lo lograría, pudo vencer al final y yo vencí al final con él porque nuestro amor lo hizo así también.

PRIMER PREMIO REGIONAL

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

ACEITE EL GALLO (INDUSTRIA ARGENTINA)

ROSA GÓMEZ MIRANDA
57 AÑOS
PROFESORA DE EDUCACIÓN BÁSICA
COCHRANE

Cuando finalmente pude volver al lugar de mis orígenes, mucho agua había pasado bajo el puente, según el dicho que siempre solía decir mi tío Eugenio, con quien viví mi infancia y parte de mi adolescencia.

Atrás habían quedado las calles llenas de pedruscos y de chapeles, por donde muchas veces perseguí güergüetas a piedrazo limpio, las mismas que comí asadas junto a mis primos, el Ricardo, Pepe y hasta el Manolo, que era bastante mayor que nosotros y había estudiado en un liceo en Punta Arenas.

Ya no quedaban vestigios de los palenques, esos dos palos rústicos verticales, que sujetaban estoicamente una vara larga y delgada sobre sus dos horcones y que se ubicaban entre las veredas y las calles donde los campesinos amarraban sus caballos cuando llegaban al pueblo, esos mismos palos a los cuales confiamos nuestros primeros amores, escribiendo con lápiz de carbón el nombre de quien nos hacía suspirar dentro de unos corazones asimétricos.

¡Mi pueblo! ¡Qué poco queda de él! Más que pueblo, era una aldea que albergaba apenas unos 50 habitantes en forma estable, el resto vivía normalmente en los campos aledaños y sólo se reunían para las fiestas de aniversario del pueblo, 17 de marzo y para el 18 de septiembre, fechas en que se jugaba a la taba, perdiendo grandes cantidades de animales y dinero; cuando en las ramadas se bailaban cuecas con vestimenta argentina y corazón de chileno o chamamés y rancheras que daban paso a los amores que luego terminaban

en matrimonios celebrados con regios asados y fiestas de dos a tres días.

En una de esas festividades, no recuerdo si para el aniversario del pueblo o para un 18 de septiembre, tuve ocasión de ver una muestra de “visteo”, allí lució su maestría don Cloro Mendoza, que al decir de muchos fue el mejor visteador del Baker.

Tenía entre sus grandes y ágiles manos una alpargata, con la cual se defendía con destreza de los golpes que quería darle su adversario, que un tanto ofuscado por el vino ingerido quería sin conseguirlo golpear su rostro con una funda de cuchillo, para demostrar a los mirones, entre los cuales estaba yo, que él era el mejor visteador.

Los hombres lucían amplias bombachas y todo ese atuendo tan característico en las zonas rurales argentinas; es que en aquel entonces había mucha influencia de ese país, producto en gran medida de la cercanía geográfica que hacía que todas las compras se hiciesen en la república hermana.

Mi tío Eugenio solía ir periódicamente hasta el “boliche” argentino más cercano de nuestro pueblo, que de todos modos estaba a dos días de distancia a caballo, y de allí traía los víveres, entre lo que no podían faltar la yerba mate, el tabaco Caporal, la harina y el aceite marca Gallo.

Nosotros los chiquillos esperábamos las latas de 5 kilos de caramelos, con que nos regaloneaba cada cierto tiempo, las calugas Cremalín y el Toddy, que era similar al actual Milo y que al decir de mi tío nos haría crecer fuertes y sanos, con “tabas” firmes para subir por los cerros y encaramarnos al infaltable palo ensebado para las fiestas.

Recuerdo de pronto, mientras recorro la antigua calle San Lorenzo, hoy Teniente Merino, el lugar donde estaba la estación de la Fach ¡Cómo no recordarla si era el único medio de comunicación que teníamos!

Era una casa de adobe y fue durante bastante tiempo la casa símbolo del pueblo, pues fue construida para ser ocupada por Correos, y posteriormente cedida a la Fach. Con su inauguración se da comienzo también a la fundación del pueblo, que deja de llamarse Pueblo Nuevo, para “vestir de pantalón largo” con el nombre Cochrane.

Allí vivió el compadre de mi tío, era el jefe de la Radio estación. Su señora hacía los pollos asados más ricos que he tenido ocasión de comer, era una señora venida del centro del país, que no se ajustaba mucho a nuestras costumbres pueblerinas, que se asustaba cuando veía a los hombres luciendo un facón bajo esa faja roja que sujetaba sus pantalones y le protegía los riñones, que usaba tacos altos, aunque las piedras de las calles no tardaban en hacerle pedazos las tapillas.

Ella fue la gran amiga de mi tía, tal vez porque juntas podían por momentos sustraerse a este tan cotidiano vivir y soñar con algunos actores famosos, o escuchar en la radio a pilas a un Peter Rock, jovencito entonces, y suspirar como quinceañeras con la revista Ritmo que mostraba a una Héctor Noquera, ídolo de la época.

Un día se rompió el equipo de radio con que el compadre de mi tío transmitía a Coyhaique y Balmaceda. De todas las grandes calamidades que recuerde, esa era una de las mayores, quedamos desconectados del mundo exterior, mi tía y su comadre no podían aceptar ese aislamiento, al fin y al cabo era el único vínculo que tenían con la ciudad ¿y si se enferman?.. ¿y si uno de los niños sufría un accidente?.. ¿cómo llamarían un avión?

Nunca había visto a mi tía tan asustada. Durante ese día la vi junto a la señora, como le decíamos (en aquel entonces el título de tía sólo se daba a nuestros verdaderos parientes) encerrarse y conservar despacito buscando soluciones, yo creo que fueron ellas quienes finalmente convencieron al compadre de mi tío para que el Manolo intentara arreglar el tan necesario equipo.

Con mis primos Ricardo y Pepe intuíamos que la situación era grave, por eso no salimos enseguida a perseguir güergüetas por los chapeles y nos turnábamos para escuchar detrás de las puertas las conversaciones de los adultos.

El jefe de la Fach no se atrevía a dejar que el Manolo arreglara el equipo, al parecer eso era un “delito”, palabra que avivó más nuestra imaginación, escuchamos decir “el servicio me tiene prohibido hacerlo” y luego una voz (al parecer de su señora) que replica ¿cómo lo van a saber? ¿Acaso tú no piensas en lo que ocurriría si alguno de los niños se enfermara? Esto último no nos gustó mucho, porque nosotros no pensábamos enfermarnos, menos ahora que habíamos encontrado un lugar en que había una greda muy buena

para hacer bochitas, con las cuales luego jugaríamos en el patio del colegio.

El poder femenino finalmente venció, el Manolo llegó con algunas herramientas, de las cuales sólo conocíamos el alicate y un desatornillador. Nos colamos hasta la despensa, desde donde observamos cómo el Manolo desarmaba el equipo y sobre unos platos de color blanco colocaba tornillos y tuercas; luego le escuchamos pedir un pedazo de lata y vi a mi tío Eugenio salir apresurado para regresar con una lata vacía de aceite El Gallo, desde donde el Manolo cortó un pequeño círculo que adicionó al equipo, luego de decir que duraría algún tiempo, pues la lata no era la adecuada y se iba a desgastar.

Lo demás dejó de interesarnos, Manolo empezó a armar el equipo y eso demoraría un tiempo demasiado largo para que lo desperdiciáramos, así es que tan silenciosamente como habíamos entrado a la despensa nos retiramos a nuestros juegos y cuando volvimos, el famoso equipo ya estaba funcionando de nuevo, mientras la señora y tía para celebrarlo cocinaban unos pollos para la cena.

Aún recordaba ese hecho cuando fui a visitar a Manolo, ahora ya padre de familia y abuelo orgulloso de dos nietos, le comenté la historia y sólo ahora, después de tantos años, pude saber el final de la historia.

Efectivamente los equipos, de procedencia norteamericana, venían sellados, bajo garantía y existía una estricta prohibición de destaparlos, esta misión sólo le correspondía al mecánico de la institución, que cada cierto tiempo visitaba junto a algún jefe las bases aéreas de la región.

Ahora bien, pasado algún tiempo llegó a la localidad el mecánico junto a un jefe de Santiago, que al proceder a examinar el equipo preguntó si “alguien lo había destapado”, a lo que muy serio y seguro el jefe respondió con un rotundo ¡No!

De entre las piezas aceitadas salió de pronto un pequeño pedazo de lata carcomida por el uso, el mecánico se la pasó al jefe santiaguino, quien luego de observarla detenidamente se dirigió a su subalterno preguntando seriamente ¿Qué es esto?

Volvió a negar el jefe haber destapado el equipo (¿qué más podía hacer?) y tanto el jefe de Santiago como el mecánico, moviendo la cabeza y escondiendo un sonrisa de complicidad guardaron, quizás como recuerdo el famoso pedazo de lata que aún ostentaba con mucha claridad las letras “El Gallo”, debajo de las cuales con letras más pequeñas se podía distinguir claramente “industria argentina”.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL

CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

¡LA PERNADA!

JOSÉ DESIDERIO VARGAS VEGA
59 AÑOS
PROFESOR DE EDUCACIÓN BÁSICA
COYHAIQUE

Se estiraba la tarde de otoño, el camino recto, pedregoso y polvoriento, mezcla de polvo seco con hojas amarillentas de álamos viejos, ya casi desnudos a la espera del próximo invierno, se movían somnolientos como implorando un poco más de sol, para verdear de nuevo y engalanar el camino vecinal del fundo. “El Rosario”, en el valle central de esta larga geografía.

En un alarde de energías una bandada de “chicuelos”, alborotaban la tarde, corrían de regresos a la casa donde las tareas campesinas esperaban.

El día había resultado casi aburridor, la Srta. María ese lunes no llegó de la ciudad, por tanto don José María, debió cargar con la doble misión de trabajar con los casi 90 alumnos de 1° a 6° básico, de la Escuela de Pilocoyán.

Habían sido pocas las exigencias nuevas, revisar las tareas de la semana anterior y lo más entretenido resultaba ser que el docente y también Director de la Escuela, no pudo exigir el aprendizaje de las matemáticas porque, entre las raciones que llegaron ese día, además un par de reclamos de apoderados, por los últimos azotes que habían recibido 2 alumnos, en los cuales la evidencia estaba, en un caso, aún con muestras de sangre y en el otro la cicatriz enrojecida delataba la fuerza de la reprimenda, por alguna “chiquillada” urdida en el patio de la vieja escuela. Con todo eso el “maestro” Huilcamán, más unos boletines por despachar, no tuvo otra alternativa que estar un par de horas en las 2 salas entre bancos bipersonales, crujientes en

la mayoría de los casos con ausencia de alguna “pata” o con muestras de tinta azul o negra derramada en alguna jugarreta del compañero sentado adelante, y casi una buena parte de la tarde, en el patio, al frente de la capilla, en unas “torpeaduras-duras”, en el que, el jinete menos diestro había rodado con un amigo más fiel que actuaba como cabalgadura, y al caer el resto de “jinetes” y “caballos” hicieron el más sonoro “cerro verde”, entre lamentos, quejidos y garabatos. El nudo de muchachitos se enderezaba y seguía el juego; las de delantal blanco siempre tan delicaditas, miraban y en algún caso sacaban o paraban al “jinete y cabalgadura” más efectado por este juego de niños de antaño.

Largo había resultado el lunes; por eso corrían en el callejón con alameda; el “Piden” y el “Ceniza” los más grandes del grupo perseguían al “Condorito” y al “Burro” que sobre unas moras con restos de sus frutos teñían las manos de los que queriendo vengarse de los compañeros las apretaban en los delantales blancos de la Rosa, la Miriam, la “Juana Gallo” y la “Chincola”, todas de 5° y 6° las más grandecitas de la Escuela. El “Pasmado” por su tamaño corporal y su modo ladino, miraba con una sonrisa cómplice a un costado del callejón polvoriento.

Llamaba la atención, por los gritos y risas juveniles, por las bolsas de género ceñidas al costado izquierdo, con un tirante cruzado por el pecho y la espalda dejando la mano derecha libre para el movimiento de la “honda” que cada vez que disparaba una piedra causaba blanco seguro en una “diuca” o un “urco”, los más abundantes de esos lugares de espinos, moras, álamos y sauces llorones; jugueteaban alegres sin apremios ni apuros, ausentes del mundo lejano; disfrutando el tiempo escolar en una tarde campesina de otoño; días de reciente término de cosechas, el arroz ya guardado, dejaba con los maizales ya recogidos, solo restos de parajes húmedos y de olor tan especial de la caña de arroz triturada por la máquina estacionada en la esquina del potrero “las vacas” o el “llamo”, lugar seco en el que solo crecían espinos y perales en el que tencas y zorzales hacían alarde de cantos prolongados en el atardecer.

Unas “lloicas”, con su pecho sangrante aún saltaban entre el poleo, la menta y unos espinillos que junto a los “ojetillos” eran lanzado como saetas en la chomba de lana cruda tejida por las abuelas a los niños que tenían la misión, la obligación y suerte de ir a la escuela, los otros hermanos ya molían terrones y hacían “pretiles” para que el agua se escurriera sin crear vagas que desmejorarán la tierra para la próxima siembra de arroz, ellos ya eran

parte del acuerdo que entre el “patrón” dueño del fundo habían hecho sus padres, consiguiendo con ese compromiso tener trabajo seguro durante todo el año en el fundo, con un lugar para vivir, una vieja casa de adobes con tejas grandes (barro cocido) cuando eran de una mayor categoría, mayordomo y/o capataz, además de una hectárea de “goce” para sus siembras particulares de papas, porotos, maíz y trigo, 4 talajes para 2 caballos y 2 vacas; los obreros, o inquilinos, recibían menos sueldo, menos talajes y solo un cuarto de hectárea, la vivencia con suerte a veces era una casa sola en un potrero con mucho agua y un buen sitio y en la mayoría de los casos se hacinaban en unos galpones, entre sacos de arroz, porotos y maíz, fardos de pasto y una parte usada como pesebreras para guardar, cerdos y otros animales, tal vez el máspreciado por el “jutre” el POTRO NEGRO, animal de pelaje tan brillante, que denunciaban sus ancas lisas y su cola de crines cepilladas, la atención especial que brindaba don “YAYO” el capataz, cuya dedicación la gritoneaba; de no ocurrir así el patrón, siempre atento a que el piso de cemento, en el que corría agua limpia y cristalina con un lugar para el forraje de trébol enfardado estuviera dispuesto para una buena y limpia alimentación del semental del fundo.

A unos metros, muralla por medio, estaba lo que se le decía “vivienda” de Doña Marina, con su esposo lisiado por un reumatismo, cumpliendo ella el trabajo de cocinera del fundo, teniendo la posibilidad por este hecho ser obrero con derecho a casa, sueldo, el que fijaba el patrón y algo de “talaje”, para una yegua y 2 vacas que de vez en cuando, ordeñaban para hacer queso muy a lo lejos usado en el alimento de la familia. Allí bajo unos frondosos eucaliptos de añosos troncos, allí al lado del “potrero” del fundo, en un extremo del galpón de murallas roídas por ratones que apretujaban la entrada de sus guaridas, con las corontas secas de los choclos desgranados en pacientes y alegres comilonas nocturnas, eran tantos que los gatos cansados de correr tras alguno que rápidamente entraba en alguna cueva de las viejas murallas, terminaban agotados buscando una comida más frugal, pero ofrecida con más cariño y menos esfuerzo, por Doña Marina; en ese galpón.

Más desprovistos que el semental, una familia, despertaba al alba, para entregar su trabajo al dueño del predio, crecía, jugaba, sufría y también soñaba, con tiempos mejores.

Al término del callejón de amarillentos álamos, estaban las casas del dundo, estas “viviendas” y el semental.

El juego de los escolares ya casi al término del camino y de la tarde estaba terminando, solo faltaba recoger unos membrillos que al ser bajados a palos se enredaron en las espinas atentas de las zarzamoras polvorientas siempre al borde de estos callejones vecinales en los campos de la zona central.

En eso estaba los escolares, cuando el “Ceniza” alertó, venía, raudo, lanzando polvo, hojas y cascajos, el “osmobile” verde, parecía un acorazado, era el auto del patrón; un gran de y viejo auto americano, el único en esos campos; regresaban del pueblo y su presencia era motivo de temor para estos niños que por tener poca edad, todavía tenían la excusa de no estar trabajando en alguna activada del fundo, puesto que todavía quedaba día, el sol no había entrado, entonces era hora y tiempo de trabajo.

El primer impulso juvenil, fue de arrancar, unos lo hicieron, alcanzando entre las moras y sauces negros a esconderse, mientras el “osmobile” pasaba.

Las niñas quedaron allí, paralogizadas, la “chincola” gritó, ¿por qué arrancan tontos?

El “Piden” con el “Lechuga”, también respaldaron tal afirmación. A un costado la “Miriam”, rubia de ojos intensamente verdes, por ser mayor destacaba más, se veía más, sonrojada, solo comentó... ¡ya pasó chiquillos y vamos a llegar tarde a las casas!!!

Las risas se agotaron, retomaron el andar ahora, había que llegar a casa para ir al potrero del bajo o la isla a buscar unos terneros en tiempo de amamantar, para encerrarlos y tener leche al otro día; las mujeres sabían que les esperaba la tarea de entrar los pavos y gansos a la pieza que les servía de “chiquero” y a su vez de resguardo de unos “coipos” cebados que entre los canales, moras, champas y barros por la noche salían raudos a la caza segura de aves de corral.

En otros casos la ropa que tendida en el alambre del sitio de la casa, cual banderolas teñían de colores la tarde otoñal en el campo, esperaban las manos femeninas para recogerlas, puesto que la madre atareada a esa hora

terminaba de barrer con una escoba “romerillo” el horno para coser el pan para la familia.

El encuentro circunstancial del patrón, tendría un desenlace no previsto por los juegos de los niños escolares.

Detenido el auto en las casa patronales, corrieron los dos jardineros, el “Negro” y el “Ratón”, sirvientes antiguos y de confianza, por eso entre las podas de los “rosales”, la colocación de “madreselvas” y “besitos” en el jardín de entradas de las misteriosas casas solo habitadas por las familias del patrón en los veranos, podían abrir y cerrar puertas y deambular por interiores y en el huerto circundante, ellos tuvieron que responder a la pregunta del “jutre”, ¿quiénes son esos niños que vienen por el callejón?

Bueno patrón –dijo el “Negro”- don hijos del Raúl y del Héctor que vuelven de la Escuela.

¿Y la niña rubia de blanco más grande del grupo? –insistió el patrón.

Esa rucia es la hija de José, es la Miriam –aclaró el interpelado-, lleva ya hartos años en la Escuela!!

¿;Díganle que mañana la manden aquí, a las casas!!! –ordenó el dueño del fundo. Fue toda la instrucción entregada.

El tiempo escolar se inició al otro día, de modo normal.

La Srta. María, vuelta del pueblo retomó sus cursos, de los más pequeños; Don José María, lo hizo con los grandes de 4° a 6° año.

La campanilla anunció el primer recreo y el segundo y el resto no hubo nada más que un ensayo de la banda de scouts preparándose ya para el desfile de mayo.

Al tercer o cuarto día ya alguien comentó la ausencia de la “Rucia Miriam”, la compañera del banco, la “Chincola”, hizo saber a sus más cercanas, el “patrón”, habría ordenado la mandaran para las casas.

Los comentarios fueron en aumento y “el Piden”, recogió el rumos de las chiquillas y lo transmitió a su modo: “..¡¡La Miriam, saben “cauros”, la

pidió el jutre!!!-

Ah!!!... fue el coro de los que escuchaban... y cómo?, ¿se la llevó pal pueblo al servio de algún familiar?

¡No, lesos!, se la mandaron a las casas!!!

Hubo un largo silencio, el “Ceniza” apuró al grupo que al borde de la cancha comentaban mientras el grueso de compañeros ya celebraban la primer conquista con la pelota de cuero desinflada, con un casco sobresaliente donde se amarraba el corrión que permitía mantener la goma inflada que le daba una forma extraña a la esfera –guateada de cuero mojada y embarrada-. La pichanga se animó, todos corrieron y de la “Miriam” no se habló más, por esa tarde.

Los días pasaron. Y el otoño se adentraba en los potreros de rastrojos de arroz, con muelles de pajas molidas en las trillas recientes.

Los graneros recibían día a día la cosecha de las chacras del verano.

Los días morían más temprano, con nubarrones enrojecidos por él son otoñal, bandadas de catas y choroyes regresaban de la cordillera de la costa en interminables comboyes y graznidos infinitos, unas garzas estiraban sus largos cuellos en las vegas casi secas, obteniendo su alimento de renacuajos y sapos que buscaban amparo en pequeños charcos. Ya vendría el invierno a llenar de agua los esteros y el croar de las ranas, silenciarían la tarde.

El quehacer campesino, iba y venía sin mayores variaciones.

El maestro –director- activista social del lugar trajo una mañana el recuerdo de la muchachita ausente, encendida perorata hizo saber su enojo y nos enrostró la indolencia juvenil... ¿A quién de ustedes le importó la ausencia de la “rucia”?, ¿A quién le llamó la atención que ese banco hoy no esté ocupado por una compañera?, ¿no será que ustedes y sus familias están de acuerdo en las cosas que aquí pasan? – Sus preguntas cargadas de amenaza, nos hicieron sacar la voz solo en el recreo.

Las alumnas mujeres como era su costumbre se arremolinaron en comentarios silenciosos con risas nerviosas y miradas cómplices.

Los hombres suspendieron los juegos ese recreo y comentaban conversaciones que en las casas habían escuchado; los comentarios eran diversos, unos que a la “Miriam” la habían visto muy contenta y que ya no regresaría más a la escuela; otros hacían saber su tristeza pero el más apenado, el más grande del 6° año Raúl con un apodo muy feo que pocos se atrevían a decírselo puesto que tenía que ver con un feo animal, el “Chingue” siempre con un olor a “pichí” que así también le decía siempre que pudieran arrancar con rapidez puesto que Raúl no aceptaba de buen modo este “sobrenombre”, de verdad se veía muy alicaído.

Estaba muy enamorado de la “Miriam, era un cariño sano, de joven campesino, no contaminado por novelas ni poemas estructurados, él decía que su cariño era “gueno” ¡¡lo juro por Dios!!, agregaba ¡yo la quería pa bien..!

De pronto los comentarios se suspendieron porque allí casi al frente de los alumnos en recreo, apareció “la rucía”... Se veía más tierna, más rubia, su cabellera, sus grandes ojos verdes brillaban, haciendo juego con su carita blanca, su cuerpo joven arropado por un rosado vestido de seda, la hacía ver más hermosa, más grande, más voluminosa; regaló sus sonrisas de niña campesina resignada de su suerte, dio abrazos sin mayores comentarios y se alejó por el mismo callejón polvoriento de otoño, entre álamos y rastrojos, entre zarzamoras y rosas mosquetas con sus rojos frutos maduros, solo quedó la pena de Raúl y el comentario de los compañeros que tragaban su rabia haciendo chistes con poca gracia, el momento no era reírse, tal vez con los años se entendería que este hecho como otros se iban acumulando en los jóvenes escolares campesinos, testigos de un hecho casi doméstico, que formaba parte del compromiso de un obrero que en búsqueda de trabajo, aceptaba para tenerlo por el año, trabajar de sol a sol, de lunes a lunes en invierno y verano, para tener una vivienda, “goce” y algunas regalías como talaje para 2 vacas y 2 caballares, comprometían como obligación su trabajo y el de sus hijos mayores de 15 años para atender las exigencias del patrón, no tendrían por tanto más tiempo para la escuela y en el caso de que fueran mujeres, y a en esa misma edad deberían ponerse a disposición de “las casas” y del patrón.

Grande fue la pena para el grupo de muchachos escolares del campo, pero en realidad era esa... la “rucía”, la compañera alegre y tan bonita, había sido requerida porque su padre obligado en el fundo entendía debía cumplir con sus compromisos, para tener vivencias, goce y talaje.

Fue larga la ausencia y más larga la pena.

En fin, años jóvenes curan esas tristezas de infantes, por eso no extrañó al correr de algún tiempo ver a Raúl el “Chingue” dirigiendo el sindicato del fundo que ahora recién por efecto de una novedosa revolución en libertad que se pregonaba en el pueblo, había llegado al campo y permitía reclamar un jornal digno, 8 horas de trabajo y no más “pernada”, ni obligación hiriente, que dejaría a hijos de campesinos sin derecho a la escuela, para ganar el “goce” y el “talaje”.

Algo pasó entre los rastrojos y los espinos, algo ocurrió en los cerros, en las vegas preñadas de camarones, florecieron las esperanzas y las topeaduras duras tuvieron más vigor, alimentadas con el moreno trigo, sembradas por manos callosas, dueñas ahora de potreros sin alambradas, para volar entre bandadas de choroyes y loros verdes como los bosques.



TERCER PREMIO REGIONAL

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

MELANIA

HUGO AGUILANTE BAIGORRÍA
49 AÑOS
ALAMBRADOR
COYHAIQUE

- ¡Déjenme salir!
- ¡Me quiero ir con Melania!
- ¡Por favor..., déjenme salir!

Los desesperados gritos despertaron a toda la celda. Enojados por la brusca interrupción de los sueños, que es la única felicidad de la cárcel, maldijeron contra el flaco.

—¡Anda a hacer pesadilla al infierno, flaco del carajo!

Pesadillas, eso era lo que ocurría. Sentado en la cama se pasaba las horas con la cara entre las manos, con la cabeza hecha un remolino de recuerdos e imágenes de la tragedia que había vivido...

Hacía dos años que su mujer, que esperaba un hijo, había desaparecido en el lago, tratando de pescar un salmón para la cena. Ella era una reina de la alegría, su risa cantarina inundaba el puesto y le acompañaba en todas las andanzas.

Fue cosa de segundos, que el furioso viento se levantó y en poco rato era una tormenta. Su pelo negro como las plumas de un cuervo fue lo último que desapareció entre los remolinos.

Cuando Fernando volvió, todo estaba en calma. Llamó su atención el bote dado vuelta y ese presentimiento trágico en el pecho.

Llamó y llamó.

—¡Melania!

Toda la noche, hasta el día siguiente, en que vinieron los vecinos. Sólo el eco de los cerros respondía, como un lamento siniestro. Todo fue inútil, el lago no la devolvió.

Pasó todos los días a la orilla, al atardecer no tenía ningún interés en volver a su rancho. Las lágrimas lo inundan pensando en la felicidad perdida.

Pero esa noche vio algo.

—Debo estar loco, pensó.

Oyó su nombre:

—¡Fernaandooooo! ¡Fernaandooooo!

Sin duda, era la voz dulce y querida de su compañera.

—¡Estoy aquí, Melania! —gritó esperanzado.

De pronto apareció ella, chorreando agua como una musa cristalina, más hermosa que nunca, dejando atrás la tragedia.

Más atrás venía el niño como transportado por las olas de la orilla

—¿Qué es esto? —se dijo Fernando

—¿Cómo es posible esta felicidad que inunda todo mi ser?

Avanzó incrédulo hasta ella y la tomó entre sus brazos, vio que era la Melania de su vida y entre ambos pudieron abrazar al pequeño niño que se allegaba. Ella reía.

El asombro no terminaba para Fernando y pensó que sólo un milagro de Dios podía haber sucedido. Vio en el horizonte su futuro de felicidad junto a la mujer que amaba.

Un grito profundo trizó otra vez la noche. El guardia blandió su garrote, decidió poner orden en la celda. Los presos profirieron sus gruesos argumentos en el momento en que destapaban al flaco que con una sonrisa en los labios, que le inundaba los ojos, ya no veía. Porque yacía muerto.

MENCIÓN HONROSA

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

ISLA DE LOS GANSOS

M. GLADYS ESCOBAR SANHUEZA
COMERCIANTE
COCHRANE

Existe un lugar donde hay un lago de aguas cristalinas, las aves pueden anidar, criar a sus polluelos, nadar y volar en libertad.

Fue allí donde conocí a los Gansos salvajes, blancos como la nieve de las montañas cercanas, con los ojos tan azules como el cielo de aquel lugar.

Entre los juncos, como una ciudad diminuta con sus casitas, cada una conducida por estrechas callecitas, se encuentran los nidos de las ruidosas Gaviotas y cerca de ahí, las casas flotantes de las bellas Taguas Negras.

Me senté cuidadosamente sobre una roca y quedé observando tanta maravilla de la naturaleza.

De pronto me percaté de la presencia de los Gansos, venían nadando en ordenada fila. El que venía a la cabeza era diferente a los demás, tenía algunas plumas negras.

Me puse de pie; este al darse cuenta de mi presencia, azotó las alas con fuerza sobre el agua, dando aviso a los demás.

Todos emprendieron el vuelo, en gran estruendo poco a poco se fueron alejando. Los vi perderse de vista, como nubes que se disipan o desvanecen.

Me quedé allí con la mirada fija, con la esperanza de que volvieran, me sentí triste y culpable de haberlos asustado.

Era una tarde agradable; la arena aún tibia por el sol, acariciaba mis pies desnudos, me tendí de espaldas con los ojos fijos al cielo, rato después sentí como que flotaba, mi cuerpo no pesaba.

De pronto miro a mi alrededor, y puedo ver las nubes, como motas de algodón, allí de súbito aparecieron las blancas aves, hicieron un círculo a mi lado; luego iba ya junto a la bandada muy de prisa, sentí ahogarme con el viento; luego sentí una paz indescriptible y pude ver una isla en medio de las nubes, verde de un verde casi irreal.

Las aves comenzaron a posarse una a una sobre la hierba; mis pies ya sentían la suave hierba; de pronto todas las aves al unísono dieron un fuerte graznido, y de un salto desperté.

Ahí estaba el anciano Eleodoro, animándome a que despertara

Él era un viejecito que por muchos años había vivido en esos hermosos parajes; ya casi tenía 100 años.

Me dijo —gracias a Dios hija, que llegué a tiempo. —¿Por qué, abuelo? —le pregunté —¿Por qué me dice eso?

Pero el anciano era de pocas palabras: —cuando seas mayor, te contaré me dijo.

Los días pasaban rápidamente; terminó el verano. Me fui a otro lugar por un largo tiempo.

Un día recibí una carta del viejecito, donde me pedía que viniera a visitarlo.

No sé por qué supe en ese momento que el abuelo pronto partiría.

Volví. Al llegar a la humilde casita del anciano, lo encontré tendido en su cama. Me pidió que me sentara a su lado.

—Te contaré el secreto del que te hablé, hace ya mucho tiempo —me dijo.

—Te hablaré de los Gansos Salvajes.

—En estas hermosas tierras han vivido muchas personas, ya no están físicamente, pero sus almas se quedaron para siempre.

—Esa gran bandada blanca que tú vistes, son esas personas de alma transparente, como tú —me dijo.

—No, abuelo, eso me queda grande —respondí.

Luego de guardar largo silencio, continuó.

—Mi hijo ha sido el último en marcharse de esa extraña manera. Yo lo escuchaba en absoluto silencio.

— Te hubiera sucedido lo mismo, de no haber sido que llegué a tiempo a despertarte.

—Allí mismo donde tú dormías esa tarde de verano, sobre esa misma arena cerca de la gran roca; solo que mi hijo no volvió a despertar.

—Ahora solo espero reunirme pronto con él. Quedé helada, desconcertada; luego sentí una gran tristeza y le dije:

—A mí también me hubiese gustado volar en libertad junto a los Gansos salvajes.

Ya soy mayor y el viejo yo no está junto a nosotros.

Vuelvo cada verano al mismo lugar.

Me tiendo en la arena tibia y miro al cielo, con los ojos fijos y puedo verlos, que vuelan entre las nubes, confundándose con ellas. Allí está el Lago de aguas ya no tan cristalinas, y los juncos se doblan de tristeza. El lago está rodeado de silencio y soledad.

MENTIÓN HONROSA

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LAS MUÑECAS NEGRAS

FELIX ELÍAS PÉREZ
72 AÑOS
PUBLICIDAD Y PINTURA
COYHAIQUE

Es se día del mes de abril de 1936 había amanecido bastante frío, un frío húmedo acentuado por esa porfiada neblina matinal que siempre se “pega al espinazo” del río Cochrane, lo que no impidió que don Julio Rocha Arias ensillara temprano su caballo y luego de tomarse unos mates y “churrasquear” una paleta de capón, montara su caballo para dirigirse al trote largo hacia la veranada del campo de don Marcelino Márquez y ver si en esta oportunidad tenía la suerte de dar con el paradero de unas vaquillas lideradas por un toruno Manero y mal agestado, acostumbrado a esconderse.

Aunque su patrón, don Juan Elorriaga, le había dicho que no se preocupara de “campearlas” para reunir las a la tropa de “baguayes” que tenía preparada para arrearla a Puerto Aisén, pudo más su orgullo herido por la astucia del animal y recorrió minuciosamente los fachinales del valle del río Tranquilo, para luego trepar hasta los escoriales de la veranada.

Después de mucho buscar detuvo su caballo en el borde de lo que parecía ser un cráter de no más de cincuenta metros de diámetro y desmontó para darle un respiro al animal.

Lió un cigarrillo de tabaco Caporal y cuando se iba a sentar en una piedra para fumarlo tranquilamente, percibió un ruido allá abajo, entre unos ñires aparragados. Descendió unos metros y sorpresivamente el toruno mal agestado y tres vaquillas salieron disparados cuesta arriba, desmoronando parte de las paredes del cráter.

Feliz por el éxito de la búsqueda, subió tras las huellas de los animales, tropezando con una piedra de intenso color azabache, que le llamó la atención. Se agachó a recogerla y cuál no sería su sorpresa al comprobar que esa piedra de no más de veinte centímetros de largo pesaba a lo menos cinco kilos.

Intrigado, la llevó hasta donde había dejado el caballo y recién entonces se sentó a fumar su cigarro aprovechando de limpiar el barro de la piedra, que poco a poco fue mostrando su forma.

¡No lo podía creer! Ante sus ojos apareció la figura de una muñeca. En la cabeza, perfectamente redonda, se insinuaban las orejas, el arco ciliar y la boca. En el cuerpo, ovalado y pulido como vidrio, aparecían los muñones de los brazos.

¿De qué material tan duro y más pesado que el plomo habrían hecho esa muñeca?, y, lo más extraño, ¿de dónde procedería?

Verdaderamente intrigado se olvidó momentáneamente de los animales y volvió a bajar al fondo del cráter. Con un palo estuvo escarbando un buen rato hasta que encontró varias muñecas de distinto tamaño. Pero todas semejantes y proporcionales a la primera. Las había de 10, 20, 30 centímetros y hasta un metro, todas pesadísimas para su tamaño.

Eligió tres muñecas chicas, las puso en sus alforjas junto a la primera, montó a caballo, ubicó los animales y los arreó casi al galope emprendiendo el regreso y comprometiéndose llevárselas de regalo a Isabel y Mercedes Quintana, hijas de su pariente y amigo Enrique Quintana Burgos, que vivía casi en la confluencia del arroyo Tamango con el río Cochrane.

Al llegar a casa de don Juan Elorriaga encerró el toruno y las tres vaquillas en un corral de “palos a pique” para marcarlos al día siguiente e incorporarlos a la tropa.

Puso la “pava” con agua a calentarse para el mate, dedicándose en el intertanto a lavar pacientemente las extrañas muñecas.

Don Enrique Quintana no había dormido bien esa noche: el mal de Parkinson que lo aquejaba desde hacía un largo tiempo, avanzaba rápidamente anticipándose un final triste y doloroso.

Madrugó más que de costumbre y mientras tomaba mate con la mirada perdida en el paisaje bucólico de su alrededor y preñada de recuerdo de su querida tierra natal de Chillán, empezó a girar lentamente el carrete de sus vivencias, ilusiones y sueños truncados.

En ese momento, el ladrido del perro guardián le anunció la llegada de alguien, interrumpiendo su ensoñación.

Con el mate en la mano abrió la hoja superior de la puerta de la cocina y vio a Julio Rocha que amarraba su caballo en el “varón” que para tal efecto había colocado entre dos horquetas de palo frente a la casa.

Con el ruido de las rodajas de las espuelas arrastrándose por el limpio piso de tierra, Julio Rocha hizo su entrada al rancho saludando efusivamente a su pariente y amigo quien, con la más auténtica expresión de la hospitalidad patagónica, le ofreció mates y le invitó a compartir el tradicional asado del desayuno campesino, que ya estaba “chirriando” en el horno de la cocina.

Al cabo de algún rato aparecieron recién peinabas y envueltas en un halo de perfume de lavanda, doña Amelia del Carmen Elorriaga y sus dos hijas, Isabel y Mercedes, saludando cariñosamente a la visita.

Conversaron de todo un poco con la alegría de quienes pocas veces, en esos tiempos, tenían la oportunidad de alternar con otra gente que no fueran los miembros de la familia.

Recordando el regalo que traía, don José Rocha fue hasta el “varón” donde estaba amarrado su caballo y sacando las tres muñecas de las alforjas, regresó hasta la cocina.

—¡Adivinen qué les traigo, chiquillas!

Ninguna pudo acertar con la adivinanza, de manera que Rocha desenvolvió las muñecas y con picardía se las entregó a las chicas que, al tomarlas en sus manos, se las escaparon cayendo al suelo.

—¡Qué pesadas son, tío! ¿de qué están hechas?

—No lo sé m’hijitas. Yo estoy intrigado como ustedes.

—Pero, ¿dónde las compró?

—No me van a creer ustedes... las encontré en un inmenso hoyo, allá en la veranada de don Márquez, mientras “campeaba” unos animales baguales. Hay un montón de muñecas, unas más grandes que otras, pero todas igualitas. No sé quién diablos pudo haberlas hecho, de dónde proceden ni quién las abandonó en ese hoyo.

—¡Qué raro!, terció don Enrique. Parecen hechas en una fábrica porque son todas exactamente iguales, aunque unas más grandes que otras. Pero lo que me llama la atención es la densidad, el peso de este material, aparte de ser raro y pesado, debe tener un inmenso valor. ¿Quién quita, Julio, que la suerte haya tocado a tu puerta?

—...a mi puerta y a la tuya, Enrique. Yo he estado pensando que en cuanto pase el invierno debiéramos ir los dos a buscar todas esas piedras y como tú tienes buenos contactos en Santiago, hacerlas analizar. Si la cosa es buena y vale la pena, nos “vamos a medias la pluma”. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien. ¡Trato hecho! Las piedras parecen caídas del cielo... y eso no debe ser mentira: seguramente fue algún aerolito que habrá caído quizá qué “porrada” de años...

—Puede ser eso... pero ¿cómo explicas que todas tengan una forma de muñecas tan iguales unas a otras?

—Bueno... un aerolito se funde con la fricción del aire al atravesar la atmósfera y al caer a tierra se fracciona en mil pedazos. A lo mejor, la forma de esos trozos es una especie de cristalización del material fundido; pero ese informe debieran darlo los técnicos que los analicen.

Las chiquillas se convencieron que no podrían jugar con las muñecas y decidieron ponerlas como adorno en una repisa de la cocina.

El asunto de las muñecas fue motivo de conversación por largo tiempo y de admiración de los vecinos y amigos de la familia Quintana.

Doña Rosa, la comadre medio bruja de doña Amelia del Carmen, insistió en que esas debían ser las “Muñecas del Diablo” de las que tanto hablaban

“los antiguos”. Que eran maléficas y siempre traían desgracias... sería muy conveniente que la comadre se deshiciera de ellas a la brevedad posible, porque debían tener el mismo poder que aquellas plantas de adorno que son causas de males y pesares para los dueños de casa.

Naturalmente, don Enrique, su señora y las hijas no le hicieron caso a estas premoniciones surgidas de la imaginación o la ignorancia de la buena comadre Rosa y allí quedaron las muñecas, instaladas en el lugar más vistoso de la cocina.

El mal de Parkinson había avanzado tanto, que ya la voluntad de vivir de don Enrique flaqueaba, llegando al final de su resistencia. La pobreza batía sus alas sobre el rancho de la familia y el horizonte se estrechaba cada vez más debido a su incapacidad física de trabajar.

Ya al límite de sus fuerzas, escribió una carta dirigida a sus hijos pidiéndoles perdón por la decisión que iba a adoptar y rogándoles que enfrentaran la vida con coraje y responsabilidad. Luego, conteniendo las lágrimas, se descerrajó un tiro en la sien derecha...

La noticia del suicidio de don Enrique se desparramó “como aceite caliente”. Llegaron los vecinos y los amigos a consolar a la familia y a ofrecerle su apoyo en esa circunstancia tan desgraciada.

En la cocina de fogón se comentaba la tragedia de don Enrique, su valentía para terminar con el peso de sus dolores cortando el hilo de su vida... pero allí estaba la comadre Rosa escuchando los comentarios...

—Hasta ahí no más se puede hablar de valentía. La muerte de don Enrique ya estaba decretada desde que trajeron esas malditas “muñecas del diablo” y las pusieron como adorno en la cocina. ¡Cuántas veces le dije a la comadre Amelia que se deshiciera de ellas cuanto antes!, pero no me hizo caso... y ¡claro!, ahí están las consecuencias...

La familia asumió con entereza la muerte del dueño de casa, pero en su fuero interno rondaba la pregunta si no tendría razón la comadre Rosa.

Para romper definitivamente lo que podría ser un maleficio, decidieron regalar a quien las quisiera esas muñecas del diablo las que, a la postre,

desaparecieron en algún lugar recóndito del Baker sin que se supiera nada más sobre ellas.

Julio Rocha tampoco podía consolarse de la muerte de su amigo y, cada vez más convencido, culpó también a las muñecas de esa tragedia y a sí mismo por habérselas regalados a sus hijas.

Pasaron algunos años y lentamente las famosas muñecas negras pasaron al olvido.

A principios de mayo de 1942, el hijo de don Julio, Rodolfo Rocha, viajó con su esposa a Puerto Guadal donde había solicitado el permiso de la Junta Asesora Municipal para instalar una ramada durante las festividades del 21 de mayo.

La fiesta congregó a gran cantidad de pobladores y como Rodolfo era un eximio acordeonista, su ramada era la más concurrida. Su señora colaboraba en la cocinería y amenizaba el baile entusiastamente.

Al tercer día de la fiesta, Rocha advirtió una sospechosa conducta en su mujer que, desinhibidamente, aceptaba los requiebros de un gaucho de la zona. Llegó un momento en que la situación se le hizo intolerable y loco de celos, tiró el acordeón sobre la tarima donde tocaba una ranchera y acercándose furioso a su mujer, le descerrajó un balazo en la nuca.

La fiesta terminó ahí mismo. Rodolfo Rocha fue detenido por carabineros y las mujeres se hicieron cargo del cadáver para velarlo. Luego de amortajar a la mujer, reunieron sus pertenencias entre las que había una muñeca negra de una piedra pesadísima que le había regalado su suegro y fuera regalona de la “finadita”, colocándola junto al cadáver en el modesto ataúd de madera.

Rodolfo Rocha fue encarcelado en Puerto Aisén, desapareciendo para siempre del escenario de la zona, mientras su mujer descansa en paz en una tumba anónima junto a su regalona “muñeca negra”.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces...

Toda la zona del Baker ha cambiado. Ya no son hoy los mismos paisajes de

antes ni la gente es igual a esa estirpe de hombres machos que colonizaron la Región de Aisén. La modernidad ha ido borrando los cuadros de costumbres, los mitos, las leyendas. La historia escrita por los pioneros con tinta de sudor y lágrimas duerme en el olvido o, sencillamente, llega deteriorada al conocimiento de la gente de hoy, por ese prurito de los recopiladores de adornarla con hechos que no se compadecen con la realidad.

Doña Isabel Quintana Elorriaga, que vive actualmente en la ciudad de Coyhaique, me proporcionó gentilmente los datos de esta historia de la que fue una de sus protagonistas y que, si bien es cierto tiene visos de una novela de ciencia-ficción, no menos cierto es que esas muñecas existieron o existen y que el lugar donde se encontraron gran cantidad de ellas, es un misterio que se fue a la tumba junto a Julio Rocha sepultando quizá para siempre el maleficio de las “muñecas negras”.

PRIMER PREMIO REGIONAL REGIÓN METROPOLITANA

“DE LA CIUDAD AL CAMPO”

MARÍA HELGA LARRAVIDE VILLAGRÁN
50 AÑOS
INGENIERA METALÚRGICA
LAS CONDES

Al término de la reunión de apoderados del segundo medio de un prestigioso colegio de Santiago, el matrimonio Peralta-Sucre retornaba silente al lugar donde estacionaba su Opel de importación directa, alemán puro, del cual estaban demasiado orgullosos.

—¿Y? ¿Qué opinas? Le preguntó Juan Ignacio Peralta a su esposa, haciendo partir el vehículo.

—¿Yo? ¿Y qué tengo yo que opinar? respondió Violeta Sucre. Es tu hijo ¿no? Quedó muy claro que hace un par de años, cuando tú elegiste el colegio, que la educación de Ricardo Andrés tu serías el responsable, yo quería otro tipo de colegio, uno menos elitista, menos impersonal, más artístico...

—Ya, ya mujer. Tú bien sabes que lo hice por el bien del niño, para que no le costara tanto como a mí abrirse paso en la vida. Las amistades de la escuela sirven de mucho para un buen futuro. Eso era todo. En estos momentos da lo mismo. Lo importante es qué se va a hacer ahora. Que repita de curso es lo de menos. Lo que me preocupa es la marihuana, el tequila, el pisco, las mentiras y esa indiferencia a los sermones y castigos. Además, no es un buen ejemplo para la Renata ni para Eduardito.

Violeta Sucre guardó silencio. No era fácil dialogar con su marido, pero era cierto que habría que tomar serias medidas para que el niño se “enrieara” de una vez por todas, como decía la nana campesina que por varios años

servía a la familia. Y esta vez, como madre, tendría que jugar un papel más activo que no tenía claro cuál era.

Ricardo Andrés era un joven alto para sus 15 años, pecoso, muy bien parecido y de gran corazón, un “debilucho sentimental” como le decían sus compañeros de curso. Con un padre que ostentaba del liderazgo que había ejercido en sus años de estudiante secundario y luego en la universidad, y que se preocupaba casi de manera obsesiva por mostrar una imagen de hombre triunfador, con una familia perfecta, grandes comodidades y autos exclusivos; Ricardo Andrés reconocía abiertamente que lo había dotado de todo lo material que un niño podría soñar. Sin embargo, Ricardo Andrés nunca le manifestó al autor de sus días cuánto le hubiera gustado saber de su niñez, de cómo los abuelos le habían enseñado a enfrentarse a los problemas cotidianos, si tenía pieza solo o compartida, de cómo eran las entretenciones si no tenían tele en el pueblo, etc. Siempre añoró haber podido conocer a sus abuelos paternos, pero éstos habían fallecido cuando él era muy pequeño. En el fondo de su ser, el niño sospechaba que su padre se avergonzaba de ser pueblerino.

Violeta Sucre era una hermosa mujer, fina y delicada, que había estudiado en el Santiago College, y que había incursionado en la universidad en la carrera de Bellas Artes, pero en segundo año, conoció en una fiesta a Juan Ignacio que cursaba el último año de Ingeniería y al año siguiente se casaron, olvidando ella sus deseos de ser artista. Tal vez por eso quiso que su hijo mayor aprendiera un instrumento, siendo elegida la guitarra clásica, que al final terminó en clases de guitarra electrónica y su hijo tocando metal pesado. Siendo la menor de tres hermanas, Violeta fue la más consentida y cuando murió su padre, un acaudalado empresario, se apegó más aún a las faldas de tu madre, una señora muy locuaz, sociable y divertida que vivía en el mundo del bridge y conciertos del Municipal y que odiaba ser llamada abuela, por lo que sus nietos le decían Nany.

La vida del matrimonio Peralta-Sucre transcurría sin mayores hitos y dentro del marco tradiciones de familias de clase media, con el normal grado de arrivismo y consumismo característico de la época y que dejaban de lado automáticamente cualquier posible práctica de acciones de generosidad, solidaridad, sacrificio, entre otros, que a Ricardo Andrés le hubieran servido como ejemplos neutralizadores del materialismo que observaba a su alrededor.

El matrimonio Peralta-Sucre llegó a su casa sin haber intercambiado alguna otra palabra, cada cual ensimismado en la búsqueda de la solución para encauzar el hijo mayor

—Buenas noches Rosa, ¿alguna novedad? preguntó Violeta.

—Sí señora, llamó su mamá diciendo que se va a Viña mañana y regresa la próxima semana, que por favor, no olvide sacar a pasear a los perros, y al señor, lo llamó don Pancho, para que fueran a esquiar el fin de semana.

—Gracias Rosa ¿los niños?

—Viendo tele, no quisieran comer legumbres y pidieron pizzas, yo les dije que Ud. se iba a enojar, pero, ya sabe como son.

—Bien Rosa, tráiganos un café a don Ignacio y a mí por favor, y dígale a Ricardito Andrés que baje.

—Sí señora, enseguida.

—Creo Juan Ignacio, que tendremos que ser muy firmes con este niño, y por favor, no me contradigas cuando doy mis opiniones, eso es nefasto dijo la profesora, acuérdate, señaló a su marido Violeta Sucre.

—Bueno, sí son opiniones cuerdas, si no...

—¿Me llamaban, papá?

La voz de Ricardo Andrés tenía un tinte de susto más que de curiosidad, sabía que sus padres venían del colegio y que seguro que la profesora jefe les había dicho más de algo en su contra.

—Sí, Ricardo. Tu madre y yo estamos muy desilusionados por tu comportamiento. Sabemos de que faltas al colegio a tu antojo, de la falsificación de mi firma, de que duermes en clases, de tus grados de alcohol excesivo en fiestas de tus compañero, de tu displicencia con los profesores, para qué decir de las notas, seguro que repites. Además de contestador y desobediente en casa, ya Rosa nos reclamó.

—No vas a tomar en cuenta lo que esa huasteca diga, papá.

—¡Cuidado, Ricardo! Eso sí que no te lo vamos a permitir. Más respeto. Rosa es una excelente persona ¿no es cierto Juan Ignacio?

—Tu madre tiene razón, ya es hora que aprendas modales, además esta vez no habrán profesores particulares, simplemente repetirás de curso y listo, a ver si así aprendes a valorar lo que tu padre paga por tenerte en un buen colegio y que te codees con lo mejor de Santiago.

Juan Ignacio Peralta calló y encendió nervioso un cigarrillo. Le costaba enfrentar a ese hijo que no estaba siendo como él deseaba. Luego prosiguió con una idea que con el pasar de los años se convenció que había sido obra de sus padres desde el más allá.

—Ya no es necesario que sigan yendo a clases, tienes perdido el año. Pero tampoco te quedarán en Santiago. Te voy a enviar al campo, allá en Peralillo, donde vive la familia de Rosa y donde vivieron mis padres, tus abuelos.

—¡Quéeee!, ¿Estás loco, papá? Jamás, prefiero estar en una clínica psiquiátrica, no se, cualquier cosa, o mándame a Miami con la tía Nora, allá me puedo ganar la vida lavando autos...

—Tu madre y yo lo decidimos, ¿verdad?

La madre, incrédula y sorprendida por esta impredecible solución sólo atinó asentir con la cabeza.

—Pues bien, no se hable más, el fin de semana te irás con Rosa a Calleque.

Ricardo Andrés se dio cuenta de que sus padres no iban a cambiar de idea. No podía creer lo que le estaba pasando, qué dirían sus amigos, no esto era un horror, y se fue a dormir angustiado. Después de todo, lo que él hacía era lo mismo que hacían todos sus compañeros, y los padres no se daban ni por enterados, y no entendía ni él por qué sus padres estaban siendo tan drásticos con él, ni qué esperaban logran enviándolo a un pueblo enano y más encima a un campo a 20 kilómetros del pueblo con unos campesinos que nada tenían en común con él.

Rosa Pérez había sido criada desde siempre en un campo de Calleuque, un hermoso lugar que sus papás administraban y al que ella extrañaba. Sus hermanos menores asistían al Liceo de Peralillo en las tardes y en las mañanas ayudaban a sus padres en las faenas campesinas.

Cuando Juan Ignacio Peralta le conversó sobre la posibilidad de que Ricardito Andrés pasara los meses de diciembre, enero y febrero en Calleuque, Rosa pensó para sus adentros qué iban a hacer sus papás con ese chiquillo atrevido, grosero y de malas costumbre. Pero también pensó en que don Juan le ofreció buen dinero por la estada del chico y que ese dinero servía para que su madre se arreglara los dientes y para reparar la carreta

A Ricardo Andrés se le hizo interminable el viaje en bus con Rosa a su lado que no pronunció palabra alguna en todo el trayecto. Apenas había podido despedirse de sus amigos inventando un viaje maravilloso al sur para “vencer el estrés” del colegio. Cada ciudad le parecía más fea que la anterior, San Fernando, Santa Cruz, horribles. Y finalmente la tierra de su padre: Peralillo, enana, tal como la imaginara, dijo para sus adentros. Con la iglesia frente a la plaza, una calle principal y un calor agobiante. Y de ahí en taxi hasta Calleuque, a una casa de adobe con la cocina en un cuarto aparte, lejos del resto de la casa y una cocina negra, de fierro, con leña y carbón. Y con gallinas, pollos y gansos por todas partes entrando y saliendo de la casa.

Los padres de Rosa, la señora Gemita y don Mauro se mostraban contentísimos de ver a su hija y todo el fin de semana desfilaron parientes y amigos a visitarla. Mataron un cordero y se tomó chicha, y todo parecía un cuento de felicidad que asombró a Ricardo Andrés. Parecía que el cariño de esas gentes era más grande, más demostrativo, más intenso que lo que él conocía. Además, Ricardo Andrés suponía que por ser el hijo del patrón de Rosa, se le iba a dar un trato preferencial, e incluso llegó a pensar que los campesinos se sentirían incómodos con su presencia, su vestimenta de marcas de renombre, su pelo rubio. Pero no, nadie parecía notar en forma especial su existencia. Ni siquiera las primas, niñas de su edad, mostraron interés por él.

—Don Ricardito, venga a comer asado, está sin grasa, y calientito, y estas son lechugas de acá mismo. Le llamó la señora Gemita y lo tomó del brazo para que se acercara al fuego.

Sin poderse lo explicar, Ricardo Andrés sintió algo extraño, como si de pronto toda su soledad se esfumara con el contacto del brazo de la señora Gemita.

Al día siguiente Rosa se devolvía a Santiago y el almuerzo fue la película, una olla gigante llena de cazuela de ave, el pan recién horneado en un horno de barro que estaba afuera, y unas empanadas muy jugosas y todo un familión despidieron a Rosa.

Por primera vez desde que Rosa trabajaba en su casa y de eso hacía a cinco años, Ricardo Andrés se preguntó qué sentiría Rosa al llegar a la frialdad de Santiago después de tanta expresión de amor y de tanta compañía y la vio con otros ojos, más niña, más indefensa. Después de todo, sólo tenía veintitrés años.

Ricardo Andrés fue asignado a dormir con Bastián y Segundo, los hermanos varones de Rosa, de doce y catorce años, respectivamente. No habían muchas piezas en la casa. Un dormitorio de los padres, y el otro de los hijos, y en una pequeña pieza por el lado de afuera acomodaron a Keka y Lía, las hermanas de Rosa, de dieciséis años la primera y de diecisiete, la segunda.

La primera noche en Calleuque pasó casi desapercibida para el joven capitulino, por el ajeteo del día y cansancio del viaje. Ya en la segunda, empezó a echar de menos la televisión y vino a tomar conciencia de que no había luz y que sólo para las grandes ocasiones se empleaba una batería, ir al único baño con una vela no le hacía mayor gracia, pero luego se acostumbró a “echar la corta” directamente al campo como hacían Bastián y Segundo antes de acostarse, y la señora Gemita siempre les tenía agua hervida para lavarse los dientes y evitar el agua de pozo directamente.

El primer lunes en Calleuque, Ricardo Andrés durmió hasta tarde. Despertó cuando la voz cálida de la señora Gemita le avisó que había pan caliente, huevos de campo y leche fresca en el comedor. Eran las 11 de la mañana y en la cocina ya se iniciaban los preparativos del almuerzo. Don Mauro y los chicos habían partido temprano a dar agua a los animales, marcar ovejas, y perseguían a dos caballos salvajes para domar. Las niñas ayudaban a pelar las papas, los tomates y temprano habían recorrido los gallineros recopilando los huevos que luego vendían en el pueblo.

En la tarde, todos los jóvenes se dirigían al colegio y don Mauro los llevó

en su carreta.

—Don Ricardito, ¿quiere acompañarnos? le preguntó don Mauro.

—Gracias, don Mauro, prefiero ordenar mis cosas, —respondió Ricardo Andrés, pensando en que ni muerto se subiría en esa carreta y menos para ir al pueblo.

Cuando don Mauro volvió, Ricardo Andrés estaba muy aburrido. No era igual estar con los chiquillos que estar con los viejos. No sabía de qué hablarles. Pero la señora Gemita era tan conversadora y le fue contando de cómo había conocido a don Mauro, de las fiestas que se hacían en las localidades cercanas y en el Parque de Peralillo, de las orquestas, de los corrales y cuecas que bailaban, de los rodeos en la medialuna, de los churros que se vendían en la plaza en las noches, del cura del pueblo, y tantas cosas más, que no supo cómo llegó la noche nuevamente.

Al día siguiente se despertó más temprano y acompañó a los hombres a dar agua a los caballos, las vacas y ovejas. Caminó toda la mañana e incluso observó cómo se hacía carbón en un horno muy grande, de esos redondos, como el barro.

Esa noche los jóvenes se sentaron en una especie de terraza de cemento a mirar las estrellas. Ricardo Andrés no recordaba haber visto tal cantidad de estrellas desde un verano en el Valle del Elqui, y se hicieron apuestas sobre quién veía primero caer una estrella para pedir un deseo.

Fueron pasando así los días y sin darse cuenta fue espaciando sus llamadas de la Central Telefónica a sus amigos y familia en Santiago. Echaba de menos su guitarra eléctrica, pero si no había luz, igual no hubiera podido tocarla.

Cuando se acercaba la navidad, sintió la nostalgia de su hogar y añoró compartir con sus padres y hermanos, pero su padre fue riguroso. Diciembre, enero y febrero jovencito, le había dicho terminantemente.

—Oiga, señora Gemita, ¿Y cuándo se coloca el arbolito de navidad?
—preguntó Ricardo Andrés.

—¿Arbolito?, si eso es de otros lares don Ricardito, de por allá donde hay nieve, imagínese por acá un Pascuero con botas con estas calores. Eso sí

hacemos el pesebre, y dos semanas antes del nacimiento, nos esforzamos en ser mejores, para que cuando nazca el Niño no llegue a un mundo muy feo. Contestó la señora Gemita.

—¿Mejores? ¿De qué manera? No entiendo, dijo Ricardo Andrés.

—Mejores, claro. La Nochebuena es la noche en que se celebra el nacimiento de un Hombre Bueno, que nos quiso enseñar a ser generosos, bondadosos, a perdonar, en fin, está todo en la Biblia, lo que pasa es que se nos ha olvidado y de lo único que los niños se acuerdan es de recibir regalos. Entonces, nosotros tratamos de ser buenos, como Jesús lo enseñó, perdonar lo malo que alguien pueda habernos dicho o deseado, llevamos huevos, pollos y pan a los ancianos del asilo, al Hospital, y a los que son más pobres que nosotros, los niños se perdonan las cosas feas que se han dicho en peleas, son más obedientes y no dicen garabatos.

—¿En serio? Las palabras de la señora Gemita parecían salidas de un libro para Ricardo Andrés. Y pensó en qué podía él hacer para ser también mejor. Lo único que se ocurrió fue regalar su radio personal, sus zapatillas importadas y hasta sacrificar unos pitos de marihuana que aún tenía y que no había tenido ocasión de fumar. Le ofreció todo a Segundo, que era con quien más compartía.

—¿Estás loco? —le dijo Segundo. No me sirven estas zapatillas, me daría pena embarrarlas, además a mi mamá no le gustaría, y esos pitos, una vez que uno empieza, nunca termina bien. No necesito ser volado acá, ¿No ves que no podría ayudar a mi taita?

—Perdona, tienes razón, fue muy estúpido de mi parte. No sé, es que no se me ocurre cómo ser mejor.

—Prometiendo ser buen hijo, buen alumno, no sé pus gallo, dejar ese vicio, ¡Qué sé yo! —replicó Segundo.

Sí, eso podría ser, se dijo a sí mismo Ricardo Andrés. Aquí es fácil, mis amigos no está y nadie me dice el “debilucho sentimental”, pero en Santiago... la cosa es diferente. No hay nada en que me distinga.

La Navidad fue algo que Ricardo Andrés recordaría toda su vida, la Misa

de Gallo en la Iglesia de Peralillo fue hermosa, la plaza engalanada, igual había un árbol de Pascua, pero el pesebre era lo más importante y él se sintió mejor y más niño que nunca.

En enero había que esquila a las ovejas y Ricardo Andrés participó como vellonero, además de que también participaba en todas las demás faenas. Estaba más macizo y su piel lucía más lozana. Seguía echan de menos su guitarra, pero los chicos lo iban a contacta con los muchachos de la orquesta que amenizaría el próximo Rodeo.

Un día de mediados de enero, murió la hijita de unos campesinos en la vecindad de Parrones y la familia completa se dispuso a asistir al velorio y funeral.

Se fueron al caer la tarde y aunque le dijeron que podía quedarse en la casa con la comadre Matilde que estaba de veraneo, Ricardo Andrés prefirió ir con ellos. Y lo hizo en la carreta. Cruzaron a campo abierto hasta llegar a la casa del velorio y la carreta fue realmente digna de comentarios.

En la casa del velorio estaba la urna blanca de la pequeña y unas señoras todas de negro que no paraban de llorar.

—¿Quiénes son ellas? ¿Sus parientes? —preguntó Ricardo Andrés a Segundo.

—No hombre, son las lloronas, se les paga para que lloren —respondió Segundo.

—Ah, ya —fue todo lo que Ricardo Andrés pudo decir.

Ricardo Andrés nunca había presenciado algo similar. El velorio que duró varios días, las lloronas, el licor fuerte, las comilonas, el desfile de personas despidiendo a la niña, y lo más impresionante para él, el “canto al angelito”, que luego le explicaron es lo que en las tradiciones campesinas se conoce como “Canto a lo Humano”.

El Rodeo en la medialuna de Peralillo fue también inolvidable. Ricardo Andrés había estado en otros rodeos anteriormente, pero esta vez, todo le parecía distinto, tal vez porque estaba “dentro” y ya no presenciaba las cosas desde afuera como turista en su propia tierra.

El Conjunto Folklórico del pueblo cantaba tonadas, corrió y cuecas, había chicha, empanadas, humitas. Y de pronto el sonido de las guitarras de unas “cantoras” le llamó mucho la atención. Él se consideraba un buen guitarrista pero esas guitarras sonaban raro, si bien no podía decir que no eran armónicas.

Se acercó al escenario improvisado con de el dúo de señoras cantaba y observó que las posturas de las guitarras no eran las que él conocía.

Cuando las señoras se retiraban del escenario para dar paso a un payador, Ricardo Andrés se les acercó.

—Hola, estee, yo me llamo Ricardo, y soy guitarrista, claro que toco otro tipo de música, pero igual sé. Y ustedes tocan súper raro, tocan con las cuerdas al aire y luego un dedo aprieta una sola cuerda, me gustaría tocar su guitarra, si no es molestia.

—Claro que ni mi niño, póngale no más —dijo la señora pasándole su guitarra.

—Uyuyuy, pero está totalmente desafinada, no suenan correctamente las posturas.

—La guitarra está lista, sin apretar ninguna cuerda niño, porque la guitarra está traspuesta.

—¿Traspuesta? Y ¿qué es eso?

—Que en el campo nosotros afinamos así al oído no más, no le sabemos música, ni leer notas ni nada, mire, escuche lo que le voy a decir:

Cuarenta dicen que son
 Afinaciones traspuesta
 Hay que tenerlo en cuenta
 Pa'entonar esta canción
 Lo decía con razón
 Mi abuela en su cantar
 Las cuarenta no tocar
 Pongan ojo a lo que hablo

Idei se los lleva el diablo
¡Y al infierno a disfrutar!

—No me diga, ¿Y usted sabe las cuarenta afinaciones, así como para que me las enseñe? Preguntó Ricardo Andrés entusiasmado como nunca.

—Chitas que sí, pero no las cuarenta, no ve que entonces aparece el Mandinga, pero por algo son cantora, y de tradición y le punteo y le trino con la guitarra. Lo aprendí de mi abuela, que sabía como doce afinaciones distintas. Esta que usted está tocando se llama “por la orilla” y la de ella está en “tercera alta” y se toca con otras posturas.

Ricardo Andrés se había encontrado con sus raíces finalmente. El descubrimiento de afinaciones diferentes a la manera universal de tocar la guitarra era un tema tan interesante queja más pensó hallar en el pueblo “enano”. Ahora sabía algo más que sus compañeros, y que su profesor de música.

El resto del mes y febrero se lo pasó guitarreando las diferentes afinaciones campesinas con una guitarra que le prestó uno de los muchachos que tocaba en la misa del Domingo, y además se convirtió en un “cantor”, se aprendió las tonadas de las señoras, los corrios, las cuecas y en las noches mientras esperaban ver caer una estrella, rasgueaba la guitarra en distintas afinaciones e improvisaba melodías y letras. Hasta a las anécdotas de terror que se contaban en las noches, de cuando se aparecía el diablo convertido en perro con los ojos rojos, aparición que había tenido Bastián una noche en bicicleta y que lo hizo dejar botada la bicicleta en el camino; hasta a esas historias o realidades, les ponía guitarras traspuesta.

Sí, es probable que sus abuelos plantearan desde el Más Allá salvar a su nieto.

Ricardo Andrés visitó la tumba de sus abuelos, y retornó a Santiago con otros valores, con otras vivencias, con nuevos conocimientos, y aunque no volvió a Calleuque hasta muchos años después, con su esposa e hijos, nunca olvidó a la familia de Rosa que lo acogió como un hijo más ni a las cantoras campesinas de quienes aprendió toquíos que difícilmente el mejor concertista de guitarra clásica podría haberle enseñado.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL REGIÓN METROPOLITANA

LA HIGUERA ENCANTADA

MARÍA TERESA HERRERA GALÁN
ACTIVIDADES CULTURALES
PROVIDENCIA

Juanita y Queno Aristía jugaban tranquilamente debajo de la enorme y frondosa higuera que orillaba al canal, en el potrero del lado cercano a su casa. Queno le recordó a Juanita, su hermanita menor, que era hora de colocar la tetera con agua al fuego ya que luego llegaría su padre Jerónimo del trabajo. Acostumbrada a tomar un tazón de té bien caliente a su regreso por las tardes. Era peón de la Hacienda “Los Naranjos”, ubicaba en las cercanías de Los Andes. La niña corrió alegremente, pues adoraba a su padre, le encantaba atenderlo, mientras su madre se encargaba de labores domésticas. Normalmente Queno se quedaba jugando solo por un rato que aprovechaba de subir a la higuera, lo que estaba prohibido por su padre. Observaba el hermoso paisaje que sus ojos veían, desde lo alto. Ese día escuchó un raro ruido entre las hojas secas, curioso se acercó para ver de qué se trataba. Pensó que habría algún animal atrapado. Grande fue su sorpresa al ver a un precioso bebé recostado entre las hojas secas; de larga cabellera rubia, vestido con ropas muy finas, enormes ojos azules color de mar le sonreía. Se acercó para tomarlo en sus brazos y llevarlo a su casa. El bebé dando un brinco entremezclóse en el follaje. Un fuerte viento huracanado, fortísimo revolvió violentamente las hojas. La tierra se abrió y el bebé cayó de cabeza en medio del hoyo, éste se cerró tan rápido como se abrió, tragándose al bebé. Inmediatamente cesó el furioso viento huracanado. Queno quedó petrificado por algunos segundos, recordó las terribles historias y cuentos narrados por los campesinos y la familia. Huyó velozmente sin fijarse por dónde pasaba, hacia su casa. Al saltar la cerca de alambres de púas, se rasguñó profundamente, la ropita se rasgó, las heridas

comenzaron a sangrar. Fue tan grande el susto que no se atrevía a mirar hacia atrás por temor de encontrarse con el mismísimo Satanás. Llegando a su casa entró como un bólido por la cocina donde la familia se reunía para merendar. Todos quedaron perplejos, parecía un animal herido sangrando por todas partes. Su rostro infantil reflejaba una expresión indescriptible de terror. Mientras la madre curaba las heridas, preguntaba lloriqueando, el padre trataba de consolarlo. Entre lágrimas la madre decía: “Virgencita Santa ¿qué te fue a pasar hijo mío?, ¿cómo pasó? ¿qué le hicieron a mi niño? Diosito mío, ayúdanos por favor no nos abandones”. Sospechaban que algo muy malo había acontecido. La madre no cesaba de rezar lamentándose, preguntaba cómo y quién le había hecho eso, a su pobre niño que era tan bueno. Queno trataba de hablar diciendo incoherencias ininteligibles, nadie entendía lo que intentaba decir. Lentamente se fue tranquilizando y con su voccecita entrecortada, narró lo sucedido en la higuera. Jerónimo, su padre, dijo: “no es la primera vez que se ven cosas raras en la higuera”. Habló con temor, él también sentía un escalofriante miedo de la higuera. Dijo: “Ninguno de mis hijos volverá a jugar allí, no se acercarán a ella, por ningún motivo”. Nadie se atrevía a transitar por allí, ni el más valiente hombre de la Hacienda. Se murmura que estaba embrujada. Se decía que la gente se quedaba pegada debajo de ella para siempre. No hablo más. Al paso del tiempo quedó en el olvido. La triste pesadilla de Queno, vivida debajo de la Higuera, había quedado en la nada. Nadie se acercaba a ese lugar embrujado por algún hechizo, la tranquilidad reinaba en la Hacienda.

De todos modos nadie se atrevía acercarse a ella, los monstruos, enanos de horribles rostros salían e invitaban a las personas que se acercaran, para conversar. Con la intención de apoderarse de sus espíritus dejándolos pegados en la higuera, entonces ellos quedarían libres, motivo por lo que las personas evitaban transitar por ese lugar. Se decían muchas cosas horribles de la higuera, de los monstruos que la habitaban. Algunos campesinos decían haber visto al mismísimo Demonio. Don Nicolás, dueño de la Hacienda “Los Naranjos”, ordenó a Jerónimo indicase al Nortino recién contratado los deberes de su quehacer campesino. Llegó con su mujer y siete pequeños hijos. Los hombres no tardaron en hacerse amigos. Las mujeres con los niños también.

Al poco tiempo el Nortino preguntó bastante preocupado a Jerónimo: ¿cuál era el misterio de la higuera?, debido al horror que expresaban los campesinos de solo nombrarla. Dando diversas opiniones, algunos decían: haber visto

bebés, otros enanos, monstruos; no faltó el que había visto al Diablo en persona, vestido de rojo, con cachos y una enorme capa que los cubría. La situación era que todos los campesinos estaban aterrorizados colectivamente. Jamás había visto tanto pavor en personas tan increíblemente cándidas. A lo que Jerónimo respondió: “no se acerque a la higuera”, allí suceden cosas terribles, como apariciones de personas, inimaginables y tétricos fantasmas. La fatalidad ronda por estos lados sentenciosamente, dijo Jerónimo. Todavía no han ocurrido atroces calamidades, nadie está seguro, ¿qué sucederá, ni cuándo?, que pasará algo inesperado, estamos ciertos que los malvados espíritus vagan por la Higuera, a la espera que algún mortal caiga en su trampa. Lo dijo: como augurando tremebundos pesares. El Nortino replicó: “No temo a nada ni a nadie. No creo en esas fábulas mentirosas que cuentan los compañeros y usted. Tienen una fértil imaginación para inventar cuentos e historias de muertos, enanos, bebés que desaparecen, todas son engaños, fábulas. Dijo: “vigilaré la Higuera”, veremos qué habrá en ella. A Jerónimo se le heló la sangre en las venas de sólo pensar lo que podría originar la introducción del Nortino quien se veía muy interesado en averiguar la oculta verdad de la higuera. Los hombres no volvieron a hablar más del asunto. Un día en el transcurso de la noche, el Nortino caminó en dirección de la higuera, con el fin de cumplir su propósito. Sigilosamente, armado con una pala y sacos para atrapar lo que fuese, salió de su humilde casa, presentía que algo grande encontraría esa noche, estaba dispuesto a todo. Nadie vigilaba. Tenía el presentimiento que durante la noche lo descubriría.

Dominando el pánico inspirado por la gente, llegó al lugar donde decían aparecían los fantasmas y demases.

Examinó el terreno y se fijó que en un costado había un montón de hojas secas. Se animó, lentamente comenzó a sacarlas, al principio con cierto temor, al cabo de un rato sus temores se esfumaron, en la seguridad que había un misterio. Comenzó a cavar frenéticamente, haciendo un profundo hoyo hasta que la pala chocó con algo duro. Lleno de ansiedad escarbó con las manos y lo encontró. Se trataba de una vasija, la sacó con mucho cuidado, limpió la tierra que la cubría, con cierto temor la abrió. Se quedó perplejo, dentro todo brillaba, oro puro era, se quedó un rato pensativo sin saber ¿qué hacer! Pensó, capaz que haya más oro, esta idea le dio ánimo para continuar cavando, con frenesí. Al poco rato volvió a tocar con la pala algo duro. Como él lo sospechaba, jamás creyó en los cuentos de los campesinos, intuía que allí había “un entierro muy grande”. Relumbraba

el oro en sus ojos, iluminado con una lámpara a carburo, ¡cómo brillaba aquello! Parecía un sueño. Su corazón palpitaba vertiginosamente, las manos le temblaban. Había monedas de brillante oro. Se sentía turbado, pensó en un momento, decidió dejar todo ahí tapado con las hojas. Nadie iría por esos lados, pensó él dirigiéndose a su casa. Amanecía cuando regresó. Ni a su mujer le contó su secreto.

Debía pensar muy bien lo que haría con el oro.

No serían más miserables, no más hambrunas, finalizarían los sufrimientos de su familia, educaría a sus hijos. Unos torbellinos de cosas le pasaban por la cabeza. El corazón se le había acelerado de tal modo que ya no podía pensar, no dejaba de palpar desde que encontró las vasijas, ¿cuánto dinero habría allí? se preguntaba, no durmió esa noche. ¿A quién le podría contar éste tremendo secreto?, finalmente decidió esperar un poco. Los peones del fundo le decían que estaba algo raro, no se comportaba como cuando llegó, era amistoso, buen compañero, ahora en cambio se había puesto taciturno, no hablaba, comía poco su alegría del primer tiempo se había esfumado, ¿qué le ocurría? se preguntaban sus amigos. Transcurrió una semana entonces le comunicó muy en secreto a su familia que se irían de allí ésa misma noche. Su mujer arregló las pilchas en silencio, ella pensaba en la mala suerte, otra vez cesante y ahora huyendo de noche.

El Nortino había colocado los cántaros en sacos, muy bien envueltos para que no se fuesen a romper, eran de greda muy antigua. Silenciosamente salieron de la casa. Caminando se fueron sin hacer ruido. Dirigiéndose a la carretera que va al norte y se perdieron en la oscuridad de la noche.

Al día siguiente los peones quedaron sorprendidos ya que toda la familia había desaparecido durante la noche. Fueron buscados por toda la región, interrogando a la gente para saber si alguien los habría visto. Se hicieron humo desapareciendo como por encanto. Transcurrió algún tiempo, Jerónimo se atrevió a pedir a sus amigos ir de día la Higuera para saber algo acerca del Nortino y su familia. Tenía la vaga idea que ahí estaba la causa de la desaparición. Algunos amigos aceptaron, pero antes tomaron unos buenos tragos, para darse valor. Sacando las hojas secas amontonadas, encontraron un hoyo. Fijándose más, vieron las huellas de los cántaros, algunas monedas de oro dispersas por el suelo. Todos estaban arrepentidos, de cobardes no habían hurgado en la higuera. Algunos envidiosos se preguntaban, ¿dónde

se encontraría ahora el Nortino y su familia?, tal vez haciendo vida de ricos, ellos en cambio serían pobres siempre.

Al poco tiempo la higuera cobró vida nuevamente: comenzaron a escucharse ruidos raros, llantos, gritos, aullidos y lamentos por las noches. El temor otra vez se apoderó de los peones. Olvidado el asunto del Nortino, Jerónimo nuevamente rogó a sus amigos para ir de noche a la Higuera a ver que sucedía realmente allí. Los hombres envalentonados volvieron a tomar sus tragos para animarse. Llegaron a varios metros de la Higuera y con estupor y horror descubrieron al nortino con su familia sentados bajo la higuera, todos vestidos de negro, solicitando los salvase. Estaban atrapados allí.

Los campesinos huyeron despavoridos, en la oscuridad, caían se levantaban, corriendo a campo traviesa, sin saber por dónde iban, volvían a caer, estaban ebrios, tratándose de llegar a sus casas lo más pronto posible, se habían dispersado, corrían y tanto miedo tenían que atravesaban los canales de un salto.

Al día siguiente, don Nicolás dijo: –Hay que echar abajo la higuera para terminar con éste asunto de una vez. Con ese fin convocó a todos los trabajadores de la Hacienda, comunicándoles; que debían botar la higuera.

Los peones respondieron: –Ni muertos la tocaremos, no nos acercaremos a ella, dijeron con firmeza. No queremos que nos ocurra lo del Nortino y su familia. Estaban espantados. don Nicolás tuvo que traer gente afuerina para derribarla, quemando hasta las raíces. Nada quedó del árbol. Dicen que el entierro se corrió, nadie nunca lo encontró. El Nortino y su familia jamás apareció. En el lugar de la Higuera, don Nicolás ordenó hacer una chacra, la que dio excelentes resultados. Don Nicolás pensó que con esa medida los campesinos apaciguarían sus temores volviendo a la calma. Estaba inmensamente equivocado. Los peones reacios se negaban a trabajar en la chacra. Ese trabajo lo tuvieron que hacer los afuerinos. Los inquilinos al pasar cerca de la chacra, lo hacían santiguándose. El miedo no lo perdieron, estaban enfermos de terror, pero los fantasmas no habían desaparecido.

Algunas noches se sentían lamentos, aullidos, raros gritos que no cesaron jamás.

Nota: Este cuento fue narrado por un campesino de la zona, uno de los que vivió esta historia, creyendo hasta la fecha que sucedieron así los hechos.



TERCER PREMIO REGIONAL REGIÓN METROPOLITANA

LOS AMARILLOS

ÓSCAR ALEJANDRO OLAVARRÍA SANHUEZA
72 AÑOS
LAMPA

Era un hombre de edad mediana. Él sabía que frisaba los treinta años, pero ignoraba la fecha exacta de su nacimiento.

Había sido criado por unos abuelos cuando su madre lo abandonó para viajar a Santiago en busca de trabajo. Nunca más se supo de ella.

Su nombre era Nicomedes Pantoja Pantoja, pero era más conocido como “Nico el Minero”.

El abuelo, un antiguo cateador de minas, llenaba la cabeza del muchacho con cuentos sobre yacimientos fabulosamente ricos; “corrimientos” (cuando las vetas ubicadas en un sector se pierden por malas artes), pactos maléficos para ubicar un placer, etc.

Estas y otras historias relatadas por los amigos del viejo minero habían calado hondo en el muchacho, causándole un fuerte impacto; y había contado a quien le quisiera oír, que cuando fuera “grande”, sería cateador y descubriría la mina de oro más rica de la historia.

Los años fueron pasando y Nico dio término a sus estudios básicos, transformándose en un hombre sano y robusto, que trabajaba de peón en los fundos de los alrededores, pero sin perder sus ansias y sueños de cateador, recorriendo los cerros de la zona en busca de su quimera.

Los días de descanso salía a caminar por las montañas; Había aprendido a calificar las rocas bajo la sabia dirección del abuelo. Sabía cuándo un canto rodado, que a un inexperto nada decía, guardaba alguna posibilidad metalífera.

La zona de Lampa, donde él había nacido, tenía fama de ser un sector con muchas posibilidades en yacimientos auríferos. Tanto es así, que se habían descubierto, en piques antiguos, minerales de oro de 24 quilates, con un promedio de 10 a 12 gramos por tonelada.

Pero eso a Nico no le interesaba; él quería descubrir “El Dorado”, sueño de todo cateador –donde el oro se arrancará en colpas de la veta madre. Había recorrido casi todos los cerros del sector Lampa - Til-Til.

Incluso había subido a “Los Amarillos”, vieja mina incásica que contaba con un antiguo sistema para precipitar y purificar el metal fundido, construido en unas rocas cercanas a la boca de la mina, a una altura superior a los mil quinientos metros.

Si bien trabajaban pirquineros en los relaves de la mina, y obtenían pequeñas cantidades del dorado metal, a la mina propiamente tal no podían ingresar, por estar inundada.

Una vez más, guiado por un hado invisible, Nico ascendió hasta “Los Amarillos”, la fabulosa mina inca.

Recorrió sus alrededores sin saber a ciencia cierta qué buscaba. Luego, al atardecer, totalmente agotado, preparó su campamento.

En las alturas las noches son frías y a veces cae nieve, pero él ya tenía experiencia en esos cambios de clima. Ubicó el norte y buscó la protección de una gran roca, extendiendo una lona para cubrirse. Encendió un buen fuego, con ramas de espino, para que dieran brasas y así mantener el calor.

Agotado como estaba, comió unos trozos de charqui (carne secada al humo de las hogueras) y un poco de pan. Había tenido la precaución de llenar su cantimplora con agua fresca y bebió ávidamente. Luego se arropó bajo la lona y se quedó profundamente dormido.

¿Cuántas horas pasaron....? Despertó aterido, pero lo que había soñado era tan real que estimaba que no era producto de su imaginación ni de su cerebro agotado por el cansancio.

El caso es que vio, como veía su mano, a la aparición. Trató de tocarla, ya que era tan real, pero no lo logró. Era una hermosa mujer india, con atuendos incásicos que le indicó que prestara mucha atención a lo que le iba a comunicar:

“Un día, hace muchos años, llegó hasta nuestra mina una patrulla de soldados españoles al mando del capitán don Pedro Sánchez y Godoy, a tomar posesión de “Los Amarillos” en nombre de su Rey”.

“Nuestra gente no aceptó tal imposición y empezó una batalla que duró más de dos días”.

“Los nuevos vencieron ya que los yanaconas (al revés de lo que pensaban los españoles) nos apoyaron derrotando a los soldados. Es del caso decir que los yanaconas eran indios prisioneros, transformados en esclavos que trabajaban en la extracción del mineral.

“El oficial rodó por la pendiente con una flecha clavada en el costado, en la juntura de su coraza. Fue el único que no murió”.

“Permaneció oculto entre los arbustos de la quebrada por espacio de dos días. Yo, al ir a traer agua, lo encontré desvanecido al lado del arroyuelo”.

“Lo llevé a mi choza y lo oculté. Sabía que si lo encontraban lo matarían en el acto. Necesitaba con urgencia auxilio: había perdido mucha sangre y se encontraba en una debilidad extrema”.

“Las chozas y rucas donde vivíamos las mujeres encargadas de preparar el alimento a los trabajadores, estaba cerca de tres leguas de la explotación. Teníamos prohibición absoluta de acercarnos a la mina, ya que nuestra presencia acarrearía las más terribles catástrofes al laboreo. Nos limitábamos a dejar los alimentos a cierta distancia y los yanaconas los retiraban”.

“Los hombres a su vez, estaban impedidos de acercarse al tolderío de las

mujeres, bajo pena de muerte, y sólo podían hacerlo una vez al mes, cuando se suspendían los trabajos en la mina”.

“Yo, como toda mujer india, conocía el uso de las hierbas medicinales, y lo traté hasta que sanó”.

“Debió permanecer encerrado mientras se recuperaba y sólo salía en las noches, con mucho sigilo, a caminar un poco”.

“Pero su partida demoró demasiado. Fue sorprendido y apresado. A mí también me enjuiciaron por haber auxiliado a un enemigo y fuimos sentenciados a muerte por el curaca”.

“A él, como sabían que los conquistadores tenían una inmensa sed de oro, le hicieron beber el dorado metal derretido, en un suplicio horrible; y a mí, por ser de los de su raza, me dieron muerte ceremonial, en el altar de los sacrificios”.

“Nos enterramos en la misma sepultura, en la cima del cerro, a los pies de la roca partida, donde primero alumbraba el sol. Sus rayos se deslizan por la abertura indicando el lugar exacto de nuestra tumba”.

“Lo que ignoraban ellos, es que al pie de esta roca, al costado de nuestra sepultura, en la parte alta, nace otra veta de la misma mina; más rica y firme que la de “Los Amarillos”.

“Te doy la riqueza, pero tú liberarás nuestras almas quitando el puñal ceremonial de entre mis huesos, y a él, el oro de su garganta”.

“Te pido nos sepultes en el regazo de la madre tierra, donde nuestros huesos pasen a formar parte del todo, sacándonos del nicho de roca en el que hasta hoy estamos retenidos, sin poder ingresar a la eternidad”.

Nico despertó de su modorra. El frío viento del norte, que en esos instantes empezó a soplar con furia, lo despabiló. La lluvia no tardó en llegar, y hubo de buscar protección en una especie de alero rocoso, bajo la peña partida que daba paso a una pequeña caverna de espacio limitado.

Parecía como si la roca plana que servía de techo, hubiera sido colocada ex profeso por una mano gigantesca. Las murallas del improvisado refugio estaban decoradas con petroglifos, que para el cateador nada significaban. El piso era plano y al separar la tierra que lo cubría, encontró una tumba cubierta con una lápida de roca. Hubo de buscar una estaca para hacer palanca y desplazarla.

El nicho, tal como lo describiera en su sueño la mujer india, había sido esculpido en la piedra. En su interior había dos esqueletos; uno más pequeño que el otro, con restos de traje ceremonial de cuero curtido, tal como se lo había comunicado su visión, con un puñal de oro oxidado, con incrustaciones de jade, entre los huesos de sus costillas, donde está ubicado el corazón.

Las otras osamentas eran de mayor tamaño. Se apreciaba que eran de un hombre; de un soldado. Los huesos del tórax estaban cubiertos por una coraza de hierro, herrumbosa, pero a pesar de ello, se notaba que estaba decorada con un águila, distintivo de los oficiales españoles.

El cráneo estaba tocado con un casco de hierro y al costado yacía una espada quebrada.

Conforme al rito incásico, la muerte –paso a una mejor existencia–, era muy respetada por esta cultura, y los muertos, honrados en sus tumbas, sepultándolos con sus pertenencias.

Examinó con curiosidad las osamentas del soldado español. En la parte correspondiente a la boca, garganta y faringe se apreciaba una masa de oro que había adoptado la forma de estas cavidades, como si hubiese sido vaciada en un molde.

Le demoró bastante separar los huesos destruidos de la masa áurea. El sufrimiento que debió experimentar ese desgraciado ser debió ser terrible; sus órganos consumidos por el calor y los huesos calcinados por el oro derretido que se le obligó a ingerir así lo demostraban.

Cavó una tumba en la tierra al pie de un pequeño bosque de pimientos. Reunió los huesos con sumo cuidado, uno a uno, preocupándose de que no quedase alguno olvidado, y los depositó, con delicadeza, en su lugar de-

finitivo. Quedaron sepultados juntos en la tierra suave y generosa. Y, cosa curiosa. Cuando Nico terminó su labor, sintió una descarga eléctrica recorrer su cuerpo, otorgándole una sensación de conformidad muy agradable.

Bien, pensó. Había cumplido con la acción señalada en su extraño sueño. Todo había salido como lo indicara la aparición.

Sólo faltaba cavar, conforme a las instrucciones recibidas en su sueño, al costado donde estaba ubicada la sepultura.

Lo hizo al lado sur, durante dos días, pero no encontró nada. Desalentado Nicomedes pensó pasar la última noche en la montaña, ya que se le habían agotado las provisiones.

Le restaba un poco de charqui. El agua no era problema, ya que a consecuencias de las lluvias corrían varios arroyuelos.

Esa noche durmió inquieto. Él había cumplido con la “aparición”. ¿En qué había fallado...?

Amaneció un hermoso día. El sol de la mañana irrumpió por los picachos de la cordillera.

El cateador contempló el espectáculo subyugado. El astro rey iluminó el pequeño valle, y en esos instantes, penetró por entre la roca partida y su rayo destacó, por unos breves instantes, el hacinamiento de rocas situado al norte del nicho, dejando ver una pequeña cueva en lo alto, imposible de captar sin que fuese alumbrada.

Su intuición de minero le dijo que debía buscar allí.

Trepó con ansias hacia la pequeña oquedad. La entrada estaba semioculta por los derrumbes y tuvo que tenderse para poder ingresar.

Ya en su interior, la cueva se agrandaba y pudo erguirse. Buscó en sus bolsillos las cerillas y encendió el trozo de vela que siempre portaba.

Se internó en la galería. Tuvo que separar las telas de araña que impedían el paso. Con curiosidad observó los dibujos estampados en las paredes:

representación de manos y animales en colores ocre y negro.

Pero lo que más le llamó la atención fueron las vetas de cuarzo que, al ser golpeadas con su pequeña azada, revelaban la riqueza del mineral que escondía en sus entrañas.

Contempló las colpas que brillaban en sus manos. Se había realizado el sueño de su vida.

Había encontrado un mineral tan rico, que sólo podía compararse con el mítico “El Dorado”.

Avanzó hacia el interior de la cueva. Encontró herramientas, trozos dispersos de mineral, maderas destrozadas y huesos de seres humanos.

A medida que avanzaba era más evidente que la mina había sufrido una catástrofe inimaginable. Su experiencia le decía que la explosión que había destruido a esos seres había sido horrible. Así lo indicaban los cuerpos estampados en las paredes de la caverna.

Lo que había impedido el derrumbe total de la galería había sido que estaba labrada en la roca viva.

Seguramente los rústicos mineros toparon con un bolsón de gas, que explotó debido a alguna chispa producida con las herramientas de cobre al golpear el cuarzo.

El pique se ramificaba en varias galerías, todas cruzadas por vetas de cuarzo –cama del oro–, lo que certificaba la riqueza del mineral.

En un recodo de las galerías encontró un cuarto. Esta no había sufrido mucho los efectos de la explosión. Su recia puerta había resistido, aunque algo quemada. En su interior encontró una osamenta aplastada por una inmensa roca que se había desprendido del techo.

Una mesa rota y restos de un banquillo indicaban que esa era la oficina o pieza del jefe. Así lo certificaba el cintillo con signos que aún permanecía en su cráneo.

Le quedaba muy poca vela. Recogió un atado de varillas y las encendió. Era una excelente antorcha.

Revisó la habitación. En las paredes existía una especie de nichos, cubiertos con tapas de madera. Al abrirlas encontró grandes cantidades del riquísimo material en bruto.

Ese debía ser el sector destinado al “curaca”, amo y señor de la explotación.

La explosión de la mina debió matar a todos. Luego, quizás por superstición, o por ignorar ese pique, los indios no lo explotaron más, trasladando sus faenas al costado sur, al sector de “Los Amarillos”.

Nico comprendió que, aún sin explotar la mina, únicamente con el mineral de oro depositado en los nichos, en la pieza del “Curaca” tenía de sobra para toda su vida.

La curiosidad por conocer toda la mina casi le cuesta la vida.

Avanzaba por un oscuro pique, donde su antorcha apenas alumbraba, cuando sintió que sus pies perdían apoyo y cayó. Perdió la antorcha y el aliento con el impacto. Se quedó quieto en la oscuridad esperando recuperarse del golpe.

No se atrevía a moverse, ya que su tacto le había indicado que se encontraba en una cornisa sobre un abismo insondable.

Debió caer unos cinco metros, y aunque el golpe fue duro, no estaba lastimado.

Se irguió pegado a la roca, tanteando la pared. Comprendía que si fallaba su intuición, caería al vacío.

Un ruido sordo se dejaba oír, y cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, divisó una tenue claridad que emergía de ese pozo sin fondo.

Las paredes eran húmedas y resbaladizas. No había posibilidad de escalarlas. Con desesperación recorrió con sus manos la roca. Después de un momento ubicó un escalón, luego otro y otro. Estaban muy gastados por el uso y

llevaban al piso del pique.

Buscó la antorcha y alumbró el abismo. El pozo abarcaba todo el ancho de la caverna. Como minero comprendió su utilidad. Era un socavón destinado a eliminar el excedente de tierra y piedras, una vez separado del mineral.

Los yanaconas bajaban por la escalera labrada en la roca hasta la cornisa que había detenido la caída de Nico.

Allí vaciaban los cestos de mimbre con piedras y tierra.

Se asomó al abismo. Dio gracias a Dios por haberlo salvado, ya que, de no haber caído sobre la saliente, habría ido a dar al fondo del pozo, cuyas características indicaban con claridad, que daba a un río subterráneo.

Para iniciar el trabajo era necesario contar con capital. En absoluto silencio volvió al pueblo. Consiguió una pareja de mulas “para arar” y cargó en ellas los sacos vacíos que había reunido.

No podía denunciar la pertenencia hasta no contar con algunos recursos y tener inscrito el yacimiento.

Subió al anochecer hasta el pique cuidando de no ser seguido. Cargó varios sacos con el mineral obtenido de la pieza del curaca y regresó al día siguiente, en la noche, con su precioso flete.

Hubo de hacer diez viajes para acarrear todo el mineral, escondiéndolo en el pajar.

Especial cuidado tuvo de que el abuelo (que ya chocheaba), no se impusiera de su hallazgo.

Podía, en su senectud, divulgar su secreto.

Contrató un flete en un pequeño camión y cargó algunos sacos de mineral con destino a la fundición.

Vendió el mineral a muy buen precio, ya que su ley era muy alta.

Viajó directamente a la capital a inscribir su pertenencia. Y estuvo muy bien que así lo hiciera. El abuelo había encontrado los sacos restantes y, al conocer la riqueza del mineral, no pudo resistir la tentación de mostrarlo a sus amigos.

La casa estaba llena y todos querían saber dónde lo había encontrado. Pero el abuelo no lo sabía.

Cuando llegó a su casa, con los títulos de inscripción en la mano, prácticamente lo asaltaron.

Todos querían saber dónde había encontrado “El Dorado” y Nico no tuvo inconvenientes en relatarles su aventura, toda vez que la mina les daría trabajo a todos ellos.

La bautizó con el nombre de “Buenaventura”. No estimó propio, como había pensado en principio, llamarla “El Dorado”, pues habría trochado las ilusiones de todos aquellos cateadores que sueñan con encontrar su “dorado”.

Construyó las oficinas de la mina junto al bosque de pimientos. Colocó sendas lápidas con el nombre del capitán español, e inventó un nombre para la mujer india: Princesa Esperanza.

Para él lo había sido, y su gratitud la demostró destacando ambas tumbas con hermosos jardines.

Hoy, “Nico El Minero” es uno de los hombres más ricos de la zona. Con grandes yacimientos, ya que ha comprado pertenencias y se ha asociado con pequeños mineros con el fin de ayudarlos.

Pero nunca ha olvidado sus orígenes, y financia una Escuela de Minería, con internado, destinada a los niños pobres de la región.

PRIMER PREMIO NACIONAL

EL ZORRO Y EL QUIRQUINCHO

YHOVANI CASTRO GÓMEZ

12 AÑOS

COLCHANE

Había una vez un quirquincho y un zorro que eran amigos. Cierta día el zorro desafió a su amigo a quién era capaz de casarse primero con una hermosa niña. Se fueron caminando por la orilla de un bofedal y encontraron a una chiquilla tejiendo una linda faja mientras sus llamas pastaban en el bofedal

El zorro le preguntó ¿quieres casarte conmigo? y la misma pregunta le hizo el quirquincho.

La chiquilla a su vez les dijo ¿cuál de los dos es el más capaz y más valiente?

El zorro madrugando al quirquincho dijo ¡yo! Yo soy más valiente que este pobre quirquincho y el quirquincho se quedó en silencio. Entonces la chiquilla les dijo a los dos que el que le trajera carne rica y fresca sería su marido.

El zorro contento aceptó la condición y salió en busca de la carne. El quirquincho hizo lo mismo, pero como el zorro tiene más experiencia en cazar animales le dijo:

—Tú, pobre quirquincho, ¡qué vas a poder cazar! y el quirquincho otras vez se quedó en silencio.

Los dos partieron, el zorro para un lado y el quirquincho para el otro. El

zorro buscaba apresurado algún animal para devorarlo pero no encontraba nada, de pronto ve un burro muerto al que apenas le quedaban las costillas porque las aves de rapiña le habían comido las mejores partes (pierna, lomo, etc.) y el zorro se dijo “aquí está la presa que le llevaré a mi futura esposa” y cogió las costillas para llevárselas. Ella estaba esperando quién llegaba primero y al ver las costillas le dice: -pero estas costillas tienen un color medio verde y un olor a algo podrido, parece que están medio pasaditas ¿no cree usted joven zorro?

El zorro queda desmoralizado esperando al quirquincho. Mientras éste humillado por lo que le había dicho el zorro empezó a confeccionar una soga que le serviría para tender una trampa a la orilla de un riachuelo donde las vicuñas bajan a beber agua. Después de una ardua tarea puso la trampa y se escondió detrás de unos arbustos esperando a las vicuñas.

Cuando aparecieron, el quirquincho que estaba muy atento esperando su logro de tener la mejor carne movió la trampa y cayó una vicuña. Sacó entonces el mejor trozo y se lo llevó a la chiquilla.

Ella se puso muy contenta y dijo ¡me caso con el quirquincho! pero el zorro que no podía creer que el quirquincho fuera más capaz que él pidió otra prueba.

La chiquilla dijo entonces que el que sembrara y cosechara más trigo sería su marido.

El zorro se puso a trabajar sembrando rápidamente, cortando las ramas con sus dientes mientras el quirquincho hizo un pacto con el saltanejo solicitándole su ayuda. Fue así como el quirquincho cosechó más que el zorro. La chiquilla estaba dispuesta a casarse con él, pero el zorro pidió otra prueba diciendo que la tercera era la vencida.

Esta prueba consistía en ir a pelear con un enemigo y el que lo derrotara y volviera vivo sería su marido.

El zorro partió llevándose una honda y el quirquincho una cajita de fósforos. Pronto vieron al enemigo que eran dos militares, el zorro hondeó primero pero uno de los militares le disparó matándolo, en cambio el quirquincho le dijo:

—Por favor no disparen que quiero ser su amigo.

Les dijo entonces que fueran a acampar porque ya era tarde y que él haría una casita de paja.

Cuando estuvo lista les pidió que ellos durmieran al rincón y él se quedó en la puerta, entonces esperó que se quedaran dormidos y salió prendió fuego a la casa con los enemigos adentro y entonces se fue muy contento a casarse con la chiquilla que lo estaba esperando.

Se casaron y vivieron muy felices hasta hoy día.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL

JUAN DE LA PETACA

GONZALO ESTEBAN PARRA PARRA

11 AÑOS

ESTUDIANTE

PUTAENDO

Había una vez un hombre muy pobre que vivía en un pueblito. En esos tiempos Dios venía a la tierra, y cuando pasaba por la casa de Juan la señora le decía que le pidiera plata, él salía y conversaba con Dios pero no le pedía plata, le pedía unas virtudes que el que se sentara en el mortero quedara pegado, que el que se sentara en la piedra de moler quedara pegado, que el que se subiera a la higuera quedara pegado y que donde él se sentara nadie lo sacara. Todo eso le pidió y Dios se lo concedió. Fue y habló con el diablo que le pasara mucha plata, el diablo se la pasó pero le dijo que a cambio se llevaría su alma en el momento de morir y le dio plazo para cumplir su promesa. A todo esto, Juan trabajaba en una fragua, pasó el tiempo y llegó el día estipulado para cumplir el pacto. Esa mañana muy temprano llegó el diablo a buscar a Juan y le dijo: “Juan vengo a buscarte”. “ya estoy listo”, dijo Juan, pero primero tengo que despedirme de mi esposa. Espéreme, siéntese en el mortero. Esperó que se sentara y sacó un cacho de buey y le pegó hasta que el diablo le dijo “no me pegues más, no te voy a llevar”. y no se lo llevó. Llegó el diablo al infierno todo machucado y le dijo la diabla ¿qué te pasó? “Juan me pegó con un cacho de buey y no me lo pude traer”. “Ya -dijo la diabla- voy a ir yo mañana; conmigo se las va a ver”. “Pero no te vayas a sentar en el mortero”, le dijo el diablo. Llegó la diabla al día siguiente y le dijo: “Así que tú fuiste el que le pegó a mi marido, a ver si conmigo se las va a ir”. “Sí, me iré contigo dijo Juan, pero no he tomado desayuno, voy a ir a tomar de una carrerita, espéreme sentadita en la piedra de moler”. Apenas la diabla se había sentado, llegó Juan con una tenaza de las que tenía para tomar los fierros calientes en la fragua y le pescó la nariz y se la tiraba y tiraba, meneándosela para todos lados. La diabla gritaba y le decía “no me tires más y yo no te llevaré”.

Llegó la diabla al Infierno con la nariz bien larga y dijo que no pudo traerse a Juan. “No es posible que un hombre se las gane”, le dijo el hijo del diablo. yo voy a ir mañana a ver si conmigo va a poder”. “Pero, hijo, no te sientes en el mortero ni en la piedra de moler”. “Yo no me voy a sentar”, dijo el diablillo. Al otro día llegó el diablo hijo a casa de Juan muy enojado, parecía que echaba chispas por la boca. “Hiciste lesa a mis padres, conmigo te las verás, te voy a llevar ahora mismo”. “Bueno, dijo Juan, pero ando muy sucio tengo que cambiarme de ropa, espéreme un poco, coma higos mientras tanto”. El diablo se tentó con los hermosos higos y se subió a la higuera y se puso a comer higos”. En eso aparece Juan con una penca y le dio de pencazos al diablo hasta que éste imploró que no le pegara más que no se lo llevaría. Fue así como Juan se salvó de morir quemado en el Infierno.

TERCER PREMIO NACIONAL

LA CHULA

JUANA ANDREA DONOSO SILVA

11 AÑOS

ESTUDIANTE

LITUECHE

Durante mucho tiempo, hasta el día de hoy, mi abuelo “Filo” miraba con temor y desconfianza el rebaño de ovejas que apaciblemente pastoreaba en los alrededores de la casa. Jamás se comía alguna, solo las tenía para ayudarse económicamente y alimentar a su larga familia.

Cuando lo invitaban a algún asado, lo primero que preguntaba ¿es de vacuno o cordero? Y si era de cordero no iba. Eso nos extrañaba mucho a mis hermanos y yo. A medida que iba creciendo, aumentaba en mí la curiosidad por saber la razón de ese rechazo a la carne de cordero, y un día me decidí y le pregunté. Mi abuelo solo me contestó con evasivas...
—que le caía mal... que estaba enfermo, o cualquier otra cosa.

Pregunté después a mi padre si sabía algo, pero nada sabía o no quiso contarme.

Un día, que estábamos solos, mi abuelo y yo, me llamó a un lado y me dijo:

—Juan, te va a contar el secreto del porqué no como carne de cordero...
“Sucedió un día en que estábamos de farra en casa de mi compadre Juan — que siempre se veía solo durante el día— y después de tomarnos varios tragos decidimos pillar una oveja para comerla, y yo que me las di de más gallo, logré agarrar una de mediana edad a la que mi compadre llamaba cariñosamente la chula. Al manearla para matarla mi compadre la reconoció y me

gritó: —¡Alto! ¡No la mate, compadre!... ¡A la Chula, no!... — Le doy un cordero más nuevo... —Pero si la tenemos pillá —le contesté.

—¡No porfíe, compadre... ya le dije que se la voy a cambiar! —rezongó ya enojado.

—Bueno —le dije— pero para que no se nos confunda le cortaré una oreja y ¡pum! lo hice. Mi compadre se enojó mucho y me lanzó una serie de garabatos, pero aún así continuamos nuestro asado y tomatera.

Bien entrada la tarde, casi oscureciéndose, apareció en el portón, mi comadre Úrsula, traía su cabeza amarrada con un paño en el que aún se notaban algunas gotas de sangre.

Al verla, le pregunté qué le había sucedido... —Solo me duele la cabeza —me respondió... y entró a la casa, quedándose allí sin salir.

Mi preocupación y extrañeza fueron mayores cuando mi compadre se puso a llorar como un niño chico... Trataré de calmarlo, sin saber qué sucedía, hasta que después de llorar por un rato, me cuenta que la Chula, a la que yo le había cortado la oreja, era su mujer... la que por un extraño hechizo un brujo que se había enamorado de ella, y al no ser correspondido su amor, la convirtió en oveja, la cual durante el día se confundía entre el rebaño, durante la noche retornaba nuevamente a su hogar como su mujer y esposa...

Una vez terminada su historia, llama a su mujer, y le pide que se saque el paño de la cabeza.

Mi asombro no se detenía, al verle la herida fresca aún y su mirada de rabia y odio por haberle cortado su oreja...

Me sentía culpable de lo hecho y casi muerto de susto me vine pa' mi casa y desde ese día no he vuelto a probar cordero"...

Al terminar de oír el relato de mi abuelo, me quedé con la tremenda curiosidad de saber qué pasó con su comadre Ursula o la oveja Chula, lo que le preguntaré otro día.

PRIMER PREMIO REGIONAL

I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL LARI Y LA GUALLATA

ALEXANDER ANDRÉS MORALES GUTIÉRREZ

9 AÑOS

ESTUDIANTE ESCUELA G-38, PAYACHATAS DE CAQUENA
PUTRE

Mi abuelita que vive en la localidad de PARINACOTA, me contó que hace muchos años, los animales silvestres eran personas. Un día la guallata tuvo muchos polluelos en un nido construido en un lago. El lari que era muy astuto y entrometido le preguntó a la guallata: ¿por qué tienes unos hijos tan bonitos? La guallata le dijo al lari: “para que tú tengas unos hijitos tan bonitos como los míos, una vez que nazcan, tienes que meterlos en un horno bien caliente, contar hasta tres y ¡zaz!, tendrás unos hijos preciosos”. El lari se fue, y siguió el consejo de la guallata, echó a sus cachorros al horno bien caliente, contó hasta tres y nada pasaba, cual fue su sorpresa, que al abrir el horno, sus cachorros estaban todos dorados, pero peor aún, estaban todos muertos.

Muy enojado y triste, el zorro se fue a buscar a la guallata, la cual estaba en el medio del lago tejiendo una frazada, a lo que el zorro le dijo: “Sale un ratito, guallata, quiero conversar contigo”, a lo que la guallata le contestaba: “Espera un ratito, ya voy”. Pero cada cinco minutos, le decía lo mismo. En ese instante, el zorro se dio cuenta que la guallata lo había engañado.

Pensando cómo vengarse, el zorro comenzó a tomarse toda el agua del lago y le decía a la guallata: “Voy a secar el lago y te voy a atrapar, me la tienes que pagar”. Empezó a tomar a tomar agua sin descansar, hasta que se hinchó hasta parecer un globo. Ya se hacía tarde y no daba más de lo gordo que estaba, por más que secaba el lago, no podía atrapar a la guallata.

Como se hizo tarde, se marchó con la gaata llena de agua. Mientras caminaba, le conversaba a las pajas: “cuidado con pincharme la guatita”. Al terminar de decir esas palabras, ¡bumm! el zorro se reventó, saltó agua a todos lados.

Hasta el día de hoy el sector es conocido como “COTACOTANI” que significa “LUGAR DE LAGUNAS” y también hasta el día de hoy el zorro es de color dorado, ya que quedó de ese color al ser echados en el horno.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL I REGIÓN DE TARAPACÁ

UNA MOSCA INTELIGENTE LLEGA A SIBAYA

FRANCISCA ANDREA PALAPE ZÚÑIGA

12 AÑOS

HUARA

Érase una vez una localidad muy hermosa que tenía por nombre Sibaya, donde vivía una comunidad muy unida, en la que compartir y colaborar para realizar la tarea diaria era muy importante. Los abuelos dicen que las familias de la comunidad deben ayudarse, porque es algo que nos enseña la naturaleza desde antes de nacer. La madre tierra ayuda a las plantas a crecer y las plantas ayudan a los animales a hacerse grandes y fuertes.

Un día llegó a vivir al pueblo una forastera muy especial, una mosca negra, chica y muy inteligente, que se regocijaba molestando a la gente y nunca se dejaba atrapar.

Un día, aprovechando una ventana que estaba abierta, la mosca inteligente se metió en la casa de una familia. La hija más pequeña de la familia, que se llamaba María, la alcanzó a ver y gritó: ¡mamáaaaaaaaaa, entró una mosca a la casa!, la mamá rápidamente fue a buscar un atado de hierbas para espantar y sacar de la casa a tan molesto visitante.

Pero como la mosca era inteligente y muy hábil, escapó y aprovechó de salir por una ventana, que el hermano de María, que se llamaba Manuel, había dejado abierta anteriormente, porque su mamá se lo había pedido para refrescar la casa, ya que hacía mucho calor.

En la noche, cuando abrieron la puerta, la mosca volvió a entrar a la casa, pero cuando entró, nadie la sintió ni la vio.

La mosca se introdujo al dormitorio de Manuel y lo estuvo rondando y molestando toda la noche. En una de esas Manuel se despertó, porque la mosca no dejaba de pararse en él, entonces el niño llamó al papá pidiendo ayuda, pero la mosca, que era muy hábil, se escondió. Cuando el papá de Manuel entró en la habitación le dijo: ¿para qué me llamabas?, él niño le respondió: ¡hay una mosca, y no quiere dejar de pararse en mi cara! Entonces el papá le dijo: ¡parece que es tu imaginación, porque yo no veo ni una mosca aquí! El niño le respondió: ¡yo vi a una mosca, parece que era la misma que estaba molestando a mi mamá y a mi hermana en la mañana!, ¡te acuerdas!, dijo el papá ¡sí, lo recuerdo, pero ahora no veo ni una mosca!, entonces.

Manuel dándose cuenta que no le creían, pensó que esa mosca era muy inteligente. ¡Ya sé, dijo Manuel: ¡la puedo atrapar para llevarla a la escuela, porque tengo una tarea de insectos, y como es muy inteligente la voy a llevar para mostrarla, ojalá que me saque un siete!

Manuel estuvo atento por un largo rato, haciéndose el dormido para poder atraparla, hasta que por fin la atrapó dejándola media aturdida con un suave golpe, luego la echó en un frasco y lo cerró con una tapa que tenía pequeños agujeros, para que pudiera respirar. Cuando la mosca inteligente despertó, Manuel le dijo: ¿te propongo formar parte de esta familia, para que puedas habitar en esta casa!, la mosca inteligente pidió a Manuel que le explicara, como podía formar parte de la familia, entonces Manuel le dijo: ¡primero debes aprender lo que es el “ayni” y practicarlo, tal como nuestros abuelos nos enseñan. La mosca inteligente se sintió muy interesada y le pidió a Manuel que le enseñara, Manuel le explicó que el “ayni” consiste en ayudarse mutuamente, si alguien necesita ayuda, tú le ayudas, y cuando tú necesites ayuda puedes estar segura que no estarás sola, porque siempre existirá alguien que podrá ayudarte, y así las cosas se lograrán mejor y más fácil

La mosca inteligente, que no tenía un pelo de tonta, entendió la interesante lección, y le dijo: ¡Bien, Manuel, pero en qué podría ayudarte una mosca como yo! Manuel le explicó a la mosca inteligente que él necesitaba hacer una tarea en la que, contar con su colaboración, sería muy importante, entonces la mosca, que estuvo de acuerdo, dijo a Manuel; ¡estaré muy feliz

de poder ayudarte, y cuando necesite protegerme del frío y quiera jugar sabré que puedo contar contigo!

A la mañana siguiente, Manuel fue a la escuela con la mosca en el frasquito. Cuando llegó la hora de entregar la tarea, la profesora les dijo: ¡niños, saquen su tarea sobre el insecto! Cuando le tocó a Manuel mostrar su tarea del insecto y hablar de él, salió muy seguro y empezó a hablar y relatar acerca de la mosca. Cuando terminó de hablar le pusieron un siete y después llegó bien contento a la casa con la nota que había obtenido gracias a la mosca inteligente.

Esta vez, según el niño, la habilidad de su especial amiga había sucumbido ante su propia habilidad e inteligencia, ya que al igual que él, había aprendido que el trabajo compartiendo es mejor, y que es más sabio y feliz el que ayuda, que quien disfruta molestando a los demás.



TERCER PREMIO REGIONAL I REGIÓN DE TARAPACÁ

LA MOMIA DE LA CABELLERA RUBIA

MACARENA ALEJANDRA ARAYA ALFARO
PICA

Siendo muy niño, en el seno de mi familia escuché la historia de una momia de mujer con cabellera rubia sacada del cementerio incaico. En el morro de la banda, llamado El Gentilar, expresión judía aplicada a los que no practicaban su religión. Después de trabajar 20 años en las salitreras Cecilia, Victoria, regresé a Pica en 1956.

Un día de junio de 1961 aprovechando una tupida camanchaca, salí a recorrer la pampa entre la comunidad y Chintaguy. Caminando, me topé con las antiguas canteras de tiza, material usado para la construcción de casas. Me recordé entonces que junto a ella hay un cementerio primitivo, según los entendidos.

Este encuentro me hizo recordar que en la banda había otro cementerio de origen incaico que guardaba la momia de la mujer con cabellera rubia.

Entonces decidí regresar a la banda para buscar la momia señalada ya en el lugar. Me acerque a la casa del señor Palape, residente antiguo en el sector al cual le pedí prestada una lampa y barretilla delgada para aflorar el terreno. ¿Qué va a buscar?, me preguntó. Le conté mi inquietud que tenía. No pierda el tiempo, me dijo. Le mostraré dónde está. Cuando llegamos al altar de la cruz de mayo me indico el lugar donde estaba la momia, que justamente estaba al pie del altar, y se fue.

Hice el hoyo hasta llegar al paquete funerario, así le llaman.

El cuerpo estaba envuelto en un poncho de lana de vicuña, al cual le corté las amarras para que exudara el mal olor. Ocurrió todo lo contrario, di algo fragantes a yerbas muy agradables pero igual me senté mirando a la momia. Justamente a las 11 horas me dormí. Vi que de su cuerpo salía una especie de vapor de color amarillento oro que se fue formando en el cuerpo de una mujer de unos 35 años vestida con una bata del mismo color en cuyo pecho tenía bordado un sol con hilos azules, diadema con plumas de colores, brazaletes, un collar de turquesas y una cabellera rubia que le llegaba más debajo de la cintura. Su mano descansaba sobre la cabeza de un niño como de unos ocho años con ojos azules igual que los de su madre. Tenía un cintillo multicolor de lanas y aretes de oro con colgantes de guairuros. La hermosa fisonomía de ambos mostraban sangre extranjera.

“¿Te sorprende encontrar el cuerpo de una mujer blanca entre tumbas de indios incaicos, verdad? Te contaré mi historia para que la describas y la des a conocer a la gente de tu tiempo”.

Vivíamos en un puerto del mar Báltico donde mi padre tenía una compañía naviera. De regreso de unos de sus largos viajes, llegó con la entusiasta novedad que había encontrado en una parte del mar una piragua con un salvaje casi desfalleciente que después de haberlo recuperado en su dialecto le dio a entender que una tempestad lo alejó de la tierra de los incas y con mímicas y mostrándoles algunos alimentos que en su patria habían muchos y también oro mostrando el medallón que mi padre tenía sobre su pecho, también le mostró las estrellas para que se guiara y pudiera llegar a la tierra de los incas. Cuando el salvaje recuperó su salud fue integrado a la tripulación del velero.

Continuamente les recalaba: “Inca hijo tata inti el inca es hijo del sol”. Mi padre quedó tan impresionado de esa leyenda que tomó la decisión de vender su flota comercial, dejándose la más poderosa y la hizo llenar de alimentos, herramientas y algunos animales domésticos: subió a toda mi familia y la de algunos marineros.

Zarpamos de mi tierra una tarde de frío invierno, fecha en que yo tenía 15 años de edad. El tiempo que navegamos no lo recuerdo, soportando durante ese tiempo que navegamos, no lo recuerdo, cuantas tempestades vivimos. El salvaje que mi padre bautizó con el nombre de Trongen fue la brújula que nos condujo a cruzar un canal que con mucha dificultad cruzamos. Rumbo

al norte ordenó mi padre y comenzamos a navegar por un mar tranquilo. Un día durante la medianoche el barco empezó a zarandearse peligrosamente a tal extremo que mi padre ordenó estado de emergencia, consiste en amarrar a las mujeres y niños a barriles de madera que según él eran más seguros que los botes. Todo ocurrió en pocos minutos. “Sálvese quien pueda, les doy mi bendición”, gritó mi padre se tumbó el barco y todos comenzamos a dar tumbos en las crestas de las olas. Desde ese momento no los vi nunca más, no sé cuánto tiempo pasó desde ese momento. Empujada por una ola, me botó en una playa arenosa. El día estaba tan nublado que no me permitieron ver qué altura tenían los cerros que estaban frente a mí. A piedrazos desarmé el barril y formando un atado me dirigí a los cerros en busca de algún refugio, encontrando una grieta entre las rocas. Como me quedaban pocas horas de luz, bajé a la playa a buscar basuras secas, teniendo la suerte de encontrar cerros de árboles del mar. Friccionando dos piedras logré encender la basura y sequé mi ropa interior, no así la capa que la colgué en un cactus para que la secara el viento. Hasta ese momento el creador me había escuchado mis ruegos. Esa, y dos noches más, las tablas fueron mi techo pero no sentí mucho frío porque de día amontoné muchos árboles del mar que por gran cantidad están diseminados en la playa. El hambre la saciaba con mariscos y la sed con el agua de los troncos de cactus. El segundo, día bajo un sol radiante, subí a un montículo para observar las playas norte y sur, llevándome la sorpresa de ver que a cierta distancia de la playa habían cinco pescadores en unas piraguas muy pequeñas. Entonces corrí hasta mi refugio y avivé el fuego y comencé a producir humo para llamar la atención de los pescadores. Vi que suspendieron la faena y se reunieron a conversar mirando el humo que producía. Luego se dirigieron a la playa y yo bajé corriendo hacia ellos pero cuando me vieron se asustaron y se subieron en sus piraguas, alejándose. Los llamé desesperadamente, arrodillándome en la arena. Entonces reaccionaron y vinieron a mí. Con movimientos de monos les explique lo mejor que pude mi llegada al lugar. El pescador más anciano le ordenó a dos mozos que por tierra me llevaran a su pueblo distante del lugar y a tres horas más o menos llegamos a una caleta formada por unas 20 carpas fabricadas con cueros de ballenas montadas en costillas, teniendo por asiento las vértebras de esos grandes mamíferos. El grupo familiar era numeroso y todos me miraban como si vieran en persona al diablo o a un ángel. De una carpa salieron los tres pescadores que regresaron por mar, acompañados de un anciano con una capa cubierta de plumas, un gorro caucásico con plumas de colores y en su mano izquierda un bastón de huesos con un cóndor y en la derecha un canasto con pescado cocido con papas. Luego

me arrodille ante él y le besé las manos. Él se conmovió, como así también las mujeres que me miraban desde sus carpas. El anciano cacique entró a su carpa y luego salió acompañado de una india muy fea. Él, mirándome, dijo golpeándose el pecho: “chañabaya... chañabaya...”. y señalando a su mujer dijo “chañabayito, chañabayito”. Con un movimiento de cabeza entendí que me preguntaba mi nombre, le dije Brojni.. Brojni y todos repitieron mi nombre en coro. Pasaron varios días, durante los cuales le pregunté a las mujeres si habían encontrado gente como yo. Muchas lunas atrás, muchas, en Loa habían salido del mar cuatro hombre de mi color que habían sido llevados a Pica y allá por orden de otro cacique los habían sacrificado en homenaje al padre Inti (dios sol de los incas). Un día llegó el chasqui trayendo la orden del cacique Quisma que me condujeran a su presencia. Una tropilla con ocho machorras, dos indios y dos pastores formaron la caravana que partiría a Pica. Cuatro descansos en tambos hicimos para llegar a esa nueva comunidad de indios. Niños y niñas se alborotaban al verme llegar. Entre los viejos no hubo sorpresas porque ya conocían a las blancos, que fueron los cuatro ajusticiados con cuya sangre pintaron los troncos de chañares. Luego me bañaron en la vertiente de las locas y me dieron una bata blanca llamada acso, me peinaron sorprendidos de mi larga cabellera y la prendieron con dos peinetas de oro, aros, brazaletes y un collar, me convirtieron en la princesa de la comunidad. Este trato me despertó un presentimiento. Me estaban preparando para que fuera la esposa de Pukilo, hijo mayor de Quisma, con unos 21 años o Huanta con 19 años de edad. Me preguntaba ¿cuál ira ser? Luego me dieron a entender que el cacique me recibiría y me llevaron a una ramada adornada con tapices con hermosas alegorías. En el fondo estaba sentado un anciano de mucha edad que se puso ágilmente de pie al verme llegar hasta su trono. Me miró con mucha atención, igualmente la anciana que lo acompañaba, golpeándose en el pecho me dijo: “Quisma tupacc (poderosos) Quisma tupacc” y señalando a su esposa dijo: “Urpila (paloma) Urpila”. Luego ordenó que los profesores de la tribu me enseñaron todo lo relacionado con el movimiento diario y costumbres incluyendo la historia y geografía del imperio y lo que estaba más allá de sus fronteras. Entonces recordé al salvaje que mi padre rescató del océano, pues había llegado a un nuevo continente, desconocido en los reinos nórdicos. Pasada la temporada de lluvia Quisma me citó a la ramada. Lo encontré acompañado del consejo de ancianos, siete en total, y ante ellos me comunicó que en la próxima fiesta del tata inti, el 2 de junio, me tenía que casar con su hijo Huanta, capitán zonal de la guarnición de inca Atahualpa en Pica. Enseguida hizo tocar el pífano, un instrumento de viento hecho de un largo tronco de árbol, en su

forma parecido a un clarinete. Reunida la comunidad de indios quechuas, en sencillo ceremonial, Quisma, tomando la mano de Huanta y Urpila la mía, sellaron el compromiso del próximo matrimonio el día del tata inti. El tiempo disponible hasta el día de la boda lo ocupamos en recorrer casi todos los pueblos del cacicado. En este tiempo Huanta tenía 19 años y yo 18. En la ceremonia de la boda éste pasó a segundo plano ya que lo principal era el festejo al tata inti. Doce años más tarde mi hijo mayor Yaro fue acogido y con otros fue enviado al Cuzco a la escuela militar del Inca Atahualpa. Tres años habían pasado desde la partida de mi hijo Yaro cuando llegó el Chasque desde el Cuzco con la noticia de que el Inca Atahualpa había sido tomado prisionero por un ejército de hombres blancos en la fortaleza de Saccsaguamam. La orden era que debería reunirse todo el oro que se pudiera para pagar el rescate. Estábamos todos en esa tarea cuando llegó otro chasque anunciando que los blancos habían matado a Atahualpa. Dos órdenes impartió el cacique Quisma: ocultar el oro en la laguna del Huasco y cavar 20 tumbas para que los principales del cacicado ofrenden sus vidas para servir al Inca en el otro mundo.

Huanta y Pukilo partieron al norte a reforzar el ejército del Inca. El día indicado por Quisma los 20 voluntarios nos reunimos en la ramada para beber el mata-chocta líquido que mata sin dolor contrayendo el cuerpo y secándolo sin descomponerlo. Sepultados con las ceremonias de rigor este cementerio pasó a llamarse el Gentilar.

—Como puedes darte cuenta, esta es mi historia, ahora tú puedes narrarla a tus hijos, y ellos a sus hijos así no desaparecerá jamás y podré vivir entre ustedes por siempre.

MENCIÓN HONROSA

I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL PASTOR POBRE

YEANET MAMANI VILLEA
11 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA G-57, MANQUE
COLCHANE

Hace mucho tiempo había un pastor muy pobre que había decidido ser el alférez del próximo año. Se ofrecería a Santo Tomás, protector de su pueblo.

El pobre hombre trabaja durante todo el año para juntar el dinero que necesitará en esta ocasión.

Como era tan pobre, las ganancias eran muy pocas, y no tenía más que cuatro llamitos.

Una mañana fue a pastear a sus cuatro llamitos, pero al llegar al corral se puso muy triste al encontrar a sus cuatro animalitos muertos, un puma los había cazado durante la noche. El pastor se puso a llorar cuando un cóndor llegó hasta su lado y le dijo: ¿por qué lloras, hijo? El pastor le contestó: porque un puma se comió mis llamitos, y no sé cómo pasar la fiesta de Santo Tomás, y si no la paso la gente me despreciará; no tengo dinero, soy muy pobre.

Y el cóndor dijo: ¿no llores, hijo? Te prometo que pasarás la fiesta más hermosa de tu vida. Toma te voy a prestar mi collarcito blanco, y cuando desees cualquier cosa lo moverás tres veces así, tilín, tilín.

El pastor agarró el collar y le dijo: pero me lo tienes que devolver cuando termine la fiesta. Si tatai cóndor, seguro te lo devolveré -y así el pastor se fue a su casa muy contento. Le contó a su mujer que el puma le había comido

los cuatro llamitos y que el cóndor le había prestado el collarcito que al solo moverlo tres veces aparecía cualquier cosa o deseos que necesitara para la fiesta de Santo Tomás.

Después de realizar la fiesta con toda la gente, y orquesta, vino, comida, baile. Al día siguiente tenía que ir donde el cóndor a devolver el collar, pero su mujer no le dejó devolver porque con ese collar tenían toda la riqueza.

Pasaron los días, pero al mover el collar ya no aparecían las cosas que necesitaban. Y así el cóndor lo castigó por ambicioso: Y así el cóndor los castigó en la pobreza que tenían antes.

Así termina el cuento del pastor pobre.

Espero que les guste mi cuento aymarará.

Muchas gracias.

PRIMER PREMIO REGIONAL

II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL HOMBRE MISTERIOSO

LUIS FERNANDO CARDEMIL PARRA
11 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA LUCILA GODOY ALCAYAGA
MEJILLONES

Mi abuelito cuando era minero trabajaba en una mina subterránea y era quien estaba a cargo de dinamitar para soltar el cobre. En una oportunidad preparó el explosivo e instaló la mecha, se alejó del lugar para hacer la descarga y sorprendido vio que ésta no funcionó. Regresó al lugar donde había puesto el explosivo y se encontró con la mecha cortada. Reparó el inconveniente y se volvió a retirar para hacer la detonación. Nuevamente ésta no resultó. Al llegar, otra vez, al sitio donde estaba la descarga, sorprendió a un hombre misterioso, que no tenía ropa de minero y que estaba soltando la mecha. Mi abuelito lo sorprendió en el hecho y le dijo:

—¡Oiga, usted! ¿Qué está haciendo? ¿Por qué cortó la mecha? -El hombre, con un rostro impenetrable y de traje que no encajaba al ambiente, lo miró profundamente. Mi abuelo reconoció al hombre. Se trata de su bisabuelo que había muerto hacía muchos años y le respondió:

—No quiero que hagas funcionar esta descarga. Con ella un compañero tuyo morirá. -Después que dijo eso, desapareció.

Mi abuelo, terrible de porfiado, ejecutó la explosión justo cuando un compañero fue a buscar unas herramientas y murió. Hasta el día de hoy se siente culpable de la muerte de su compañero y amigo.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL CANDADO

TERESA MARGARITA ASTUDILLO MATURANA
11 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA LUCILA GODOY ALCAYAGA
MEJILLONES

Al lado del poblado de Michilla se encuentra un antiguo cementerio que ya no se usa porque los difuntos ahora se sepultan en el cementerio de Mejillones. En una oportunidad, unos niños del pueblo se fueron a meter a ese cementerio y se robaron de ahí un candado que estaba abierto. Al otro día lo llevaron a la escuela y en el recreo contaron de dónde lo habían sacado. Cuando terminó el día de clases se le quedó el candado en la sala, debajo de un banco. Al día siguiente, la profe que vive en la casa que está dentro de la escuela le contó a la profe, delante de todos nosotros, que no había podido dormir durante toda la noche porque los ruidos de alumnos en las dos salas eran enormes. En cada oportunidad que salió a revisar no encontró nada. Mientras contaba le temblaba la voz y se veía el miedo reflejado en su rostro.

Cuando salimos al recreo, entre todos le dijimos a Diego que fuera a devolver el candado. Él se rió y no hizo caso. Al día siguiente la profe contó la misma historia pero ahora sí que estaba aterrada. Le pidió a la otra profe si podía ir a dormir a su casa esa noche. Que no pasaba una noche más sola, en la escuela.

Volvimos a insistir con Diego para que devolviera el candado al cementerio. Esta vez hizo caso y varios lo acompañamos a dejarlo.

Desde ese entonces nunca más se sintieron ruidos de sillas, mesas, voces de niños, etc. en las noches dentro de la escuela.

TERCER PREMIO REGIONAL II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA MUJER DE NEGRO

CLAUDIA ALEJANDRA GUZMÁN REYES
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA LUCILA GODOY ALCAYAGA
MEJILLONES

Mi abuelito Carlos me cuenta que en el poblado de Michilla se pasea por las noches una mujer de negro con su rostro semitapado. Dice que él no creía en esa aparición que contaban los pobladores. Hasta que un día, cuando venía de regreso de la mina, a las doce de la noche, en la huella divisó a lo lejos la silueta de una mujer vestida de negro, que venía a su encuentro. Mientras se acercaba la figura, se iba apoderando de él el miedo. Repentinamente se metió en una casa abandonada, como medida de seguridad, que había en el camino. Por una hendija observaba el camino atentamente hasta que la vio aparecer. Seguía ella por la huella, en línea recta. Para la sorpresa de mi abuelito Carlos, la mujer no caminaba: flotaba a ras del pavimento.

Aterrado llegó a la casa y se lo contó a mi abuelita. Ella le dijo que eso le había servido para no ser tan incrédulo. Que existían cosas que la mente y la inteligencia no podían comprender o explicarse. Que simplemente había que dejar margen para la duda.

PRIMER PREMIO REGIONAL IV REGIÓN DE COQUIMBO

LOS ARRIEROS Y EL DIABLO

JIMENA FRANCISCA COFRÉ SEGOVIA
10 AÑOS
ESTUDIANTE
COMBARBALÁ

Don Félix cuenta que en el año 1975 fue a la cordillera española en el puesto “Las Quebraítas”, acompañado de un hermano mayor y un amigo ya que don Félix era un niño de 14 años y allí encontraron a otro amigo llamado Juan, quien era de la majada llamada “El Respiratorio”, a quien le gustaba mucho jugar al dominó, las cartas y otro juego que se juega con dados llamado “Crash, el cachito”; jugaban todos los días para entretenerse.

Pasado más o menos una semana que llevaban jugando cuando un buen día, como a las 8 de la noche, estaban los 4 jugando a las cartas a la orilla del fuego, cuando de pronto don Félix sintió que alguien le tocó la espalda y él le echó la culpa a su hermano que lo estaba molestando porque él estaba sentado al lado de él; cuando de pronto otro compañero sintió lo mismo, que le tocaban la espalda, y así sucesivamente lo sintieron los cuatro, lo mismo don Félix.

Cuenta que después les empezaron a tirar puñados de tierra al cajón que tenían de mesa para jugar. De pronto ellos no sentían miedo y se culpaban unos a otros pero ellos en ese momento dejaron de jugar y se fueron a comer y cuando estaban comiendo les llenaron los platos con tierra. No los dejaron comer y se fueron hacer la cama a la ruca donde dormían. Cuando estaban haciendo la cama alguien empezó a saltar arriba de la ruca hecha de pedazo de vega que ellos tenían y donde la vega estaba seca quedaron tapados con

tierra y salieron para hacer la cama afuera, cuando de pronto sintieron caer algo en una pila de leña y se fueron a buscarlo. Cambiaron toda la leña de un lado para otro y no encontraron nada, decidieron acostarse los cuatro juntos y se taparon hasta la cabeza cuando de pronto alguien les tiro toda las frazadas para los pies y los dejó totalmente destapado pero con gorros pasamontaña para cubrirse del frío. También nació algo de una pirca quien les tiraba los gorros y se los tiraba a otro lado y ahí empezaron a sentir miedo y nuevamente se taparon la cabeza y alguien empezó a rasguñar la carpa que ponían sobre las frazadas y ellos para ver quién se sentaron los cuatro en la cama. Cuando estaban sentados mirando y escuchando sintieron llorar una guagua como a unos 10 metros de donde estaban. Ellos se fueron a buscarla, pero no la encontraron y cuando estaban en el lugar donde había llorado la guagua sintieron llorar, ahora una mujer en el aire quien iba llorando y se iba alejando. Don Félix dice que al otro día se vinieron sus 3 compañeros, quienes lo dejaron solo en la cordillera y él siguió sintiendo lo mismo que sentía los días anteriores como a los 5 días llegó un huaso a caballo vestido de negro a quien le brillaban los dientes y las espuelas. Don Félix dice que él se las veía brillar con la oscuridad de la noche. El huaso le pregunto dónde se encontraban sus compañeros y él le dio la dirección cambiada al diablo; se vino a buscarlos y si no los encontraba, a los 3 días volvería nuevamente para allá. Don Félix encarga a quien lea esta historia, que le sirve al Diablo no le diga que él vive en Litipampa, porque él ahora no sabe realmente dónde se encuentran sus compañeros.

Esto fue una historia real ocurrida en la cordillera españolina de la comuna Combarbalá, Río Cogotí.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL IV REGIÓN DE COQUIMBO

RELATO DE MIS ANTEPASADOS

DAVID ALEXIS CORTÉS ARAYA
10 AÑOS
ESTUDIANTE
MONTE PATRIA

Relato: El trabajo de mis antepasados. Al final de la década de los 50, los señores Bauzá compraron para sí tres fundos denominados Varillar, Hacienda Los Molles y Hacienda Valdivia.

En el fundo Varillar se creó la Industria Pisquera, denominada Pisco Bauzá, donde almacenaban los mostos de todos los fundos.

En la hacienda Los Molles se construyeron grandes silos para almacenar cantidades de forraje.

En el fundo Valdivia se construyó una planta lechera para extraer mantequilla ya que contaban con una gran lechería que trabajan de la siguiente manera:

El finado Lucho, hombre de pelo blanco, largos bigotes y sombrero de paja; comenzaba su faena a las 3:00 de la mañana rodeando las vacas desde los potreros hasta los corrales de pirca del sector “El Palomo”.

A las 4:00 de la mañana llegaban 2 ruidosos tractores, arrastrando grandes colosos, llenos de cantarillas y mujeres para comenzar la faena. Había dos tractores: el Mollino era un tractor viejo a parafina donde a las 02:00 de la madrugada el finado Cantina comenzaba a hacer un fuego debajo del tractor para echarlo a andar e iniciar su tarea diaria. Desde Los Molles trasladaba alrededor de 27 mujeres de las cuales, recuerdo, a la señora Chagua, doña Rosaura o la Juana Astudillo, quienes junto a las cantarillas las trasladaban

hacia El Paloma.

Este tractor con sus grandes ruedas de fierro despertaba a cuanto había a su paso en el polvoriento camino, mientras que el doble R.R. Tractor verde y oxidado que corría a petróleo con su flamante chofer don Juan Manuel, comenzaba su carrera desde Valdivia. Trasladaba 22 mujeres y ellas trasladaban entre su equipaje dos cordeles, uno largo y otro corto, y una correa de cuero de vaca desgastada por el gran uso diario. Cada una conocía sus vacas que obedecían al nombre que ellas mismas la colocaban como la chata, la guatona, la pájara.

Con el cordel grande las tomaban sobre los cachos, las tiraban a un rincón del corral donde había un poste asignado para cada una de ellas y comenzaba la tarea que se denominaba embramar.

Por la otra punta de este cordel les daban dos vueltas al cogote amarrándolos al poste, se tomaba la correa de cuero y se daban dos vueltas en forma de 8 en las patas. Después tomaban la gamela con un poco de agua que sacaban de la sequía que pasaba por el costado del corral; lavaban las ubres de las vacas y empezaban a sacar la leche.

Se sacaba la primera llena, tomaban el cordel corto y llevaban hasta el chiquero laceando el ternero de seta vaca que también se conocían con un nombre. Cuando salía del chiquero, el ternero corría velozmente hasta llegar donde su madre y ella corría tras él. Después con la mano iba cambiando el hocico del ternero de una ubre a la otra. Una vez que la vaca soltaba la leche, la tiraba del cordel. La amarraba del poste y seguía sacando la leche. Alrededor de las 07:00 am., hacían un pequeño descanso, donde cada una de las mujeres hacía hervir agua en un tacho que llevaban colgado en la cintura, en el gran fuego que don Lucho Escriba les tenía preparado a la entrada del corral. Tomaban desayuno y seguían sus tareas que terminaban a las 09:00 AM, llevando las 70 y tantas cantarillas de 50 litros cada una que eran trasladadas a la lechería de Valdivia donde se hacía la más rica mantequilla de la zona.

TERCER PREMIO REGIONAL IV REGIÓN DE COQUIMBO

DE POR QUÉ LA HIGUERA DA DOS FRUTOS AL AÑO

DANIELA MAGDALENA MORENO PLAZA
11 AÑOS
ESTUDIANTE
CANELA

Siempre se cuentan historias sobre el diablo, pero yo deseo contar les una distinta.

Me contó mi abuelito Cayetano, que en los años en que Jesús andaba con sus doce discípulos predicando la palabra de Dios, aquí en la tierra, en una oportunidad en que él estaba cansado de caminar, se sentó a descansar justo afuera de una cantina, que era el lugar en donde los caballeros se juntaban a tomar unos cuantos vasos de vino.

En esos precisos instantes, dentro de ella, habían varios hombres bebiendo. En una de estas mesas estaban 4 hombres compartiendo un vinito y uno de ellos dijo:

—Mira, ahí está al que le llaman Maestro.

—Otro agregó:

—Oye, por qué no le damos un traguito de vino al Maestro.

—No, no, a lo mejor se puede enojar -dijo otro.

—Démosle no más, no ves cómo viene todo sudoroso y llena de polvo su túnica, sus sandalias y sus pies.

Uno de ellos se levantó con un vaso lleno de vino en sus manos y se lo llevó y pasó a Jesús que estaba conversando con sus discípulos, diciéndole:

—Maestro, sírvete, te veo agotado y con sed -agregó el hombre. Este volvió con sus amigos a la mesa en que continuaron bebiendo.

Jesús mirando el contenido del vaso, y sintiendo la frescura del mismo en sus manos, comenzó a beberlo placenteramente, sin detenerse y hasta terminar la última gota, sin darse cuenta de que los discípulos estaban sorprendidos por la manera en que él se había tomado aquel líquido. Entonces el Señor se paró y fue a la mesa donde estaba aquel hombre y le preguntó:

—¿Me podéis decir de qué árbol se obtiene el fruto que da tan rico jugo? Los hombres se miraron sombrados entre sí y uno de ellos dijo en un susurro:

—Oye, no será que le gustó el vino.

—A lo mejor, con sus poderes, puede hacer desaparecer las parras -agregó otro.

—Sí, sí por qué no le decimos el nombre de otro árbol -acotó un siguiente.

—¿Pero cuál? -se preguntaron.

—Ya sé -dijo uno y respondió finalmente, a Jesús:

—Maestro, pues el fruto del cual se obtiene tan rico jugo, es el fruto que da la higuera.

Entonces Jesús dijo:

—¡Bendita que sea la higuera, que dé dos frutos al año! Y nuestro Señor se marchó a predicar la Buena Nueva a otros lugares.

MENTIÓN HONROSA

IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL NEGRO ABEL

CARMEN GLORIA TAPIA OSSANDÓN

11 AÑOS

ESTUDIANTE

LA HIGUERA

Sentada yo en un sillón, en la casa de mi abuelo, en la ciudad de La Serena, ¡miro a mi abuelo! y me pregunto: ¿Cuántas historias tendrá en su ya agitado cuerpo? Con su vida un poco cómoda como cualquier persona de clase media se pasea tranquilamente recordando sus vivencias del pasado. Su historia comienza en el año 1924 cuando nace en un sector llamado “La Chepiquilla”, cercano al pueblo de Los Choros. Hijo de padre desconocido, su vida fue muy dura. Su madre, llamada Rosa, vivía del ganado caprino por lo tanto a muy temprana edad tenía ya que manejar muy bien todos los quehaceres de la majada. A los 6 años le compraron su primer par de zapatos y él muy contento le agradeció a Dios por eso que tenía en sus pies que se llamaban zapatos y ya no tenía que andar atrás del ganado elevándose en sus pequeños pies, ya que en ese terreno, que yo lo conozco, hay muchísimos quiscos y piedras. Todas las personas que vivían en esa pequeña majada lo llamaban Rubén, Rubén Campuzano. Los años fueron pasando y cuando cumplió los 13 años decidió marcharse y hacer una vida más libre y no tener que soportar más atropellos y penurias. Cogió lo poco que tenía, y se dirigió a un sector llamado “La 18” (campamento minero cercano al pueblo de Los Choros donde se dedicaban a la extracción de minerales). Pues allá llegó mi abuelo pidiendo trabajo y los jefes que estaban a cargo del campamento se pusieron a reír. No comprendían cómo un niño podría querer un contrato de trabajo. Pero después de rogar y llorar, mi abuelo consiguió que dijeran ¡vamos a estudiar tu caso!, ya que tenían que mentir en la edad de mi abuelo porque la edad mínima, en esos

años para un contrato de trabajo eran 16 años. Fue entonces donde mi abuelo se dirigió a “La Higuera”, ya que en este pueblo se hacen los trámites civiles. Lo principal que necesitaba era el papel de nacimiento, pero tan grande fue su sorpresa que su nombre no era Rubén Campuzano, sin que Abel Tapia. Él no se explicaba por qué tenía ese apellido y la respuesta la supo muchísimos años más tarde que su verdadero padre había pasado a inscribirlo a La Higuera, y eso ni siquiera mi bisabuela lo sabía. El 16 de enero 1937 al negro Abel le hicieron el primer contrato de trabajo y así comienza su vida de obrero. Cuando escucho esta historia no puedo dejar admirar a mi abuelo, su gallardía, su temple para sobreponerse al destino. Es por ese motivo que ahora yo valoro más las cosas, como la ropa, mis alimentos, el cariño de mis padres, etc. El verano pasado llegué hasta el lugar donde nació mi abuelo, me senté en una roca y recordé toda su vida, no me di cuenta cuando me quedé dormida.



MENCIÓN HONROSA IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL PÁJARO ENAMORADO

FRANCO TRUJILLO CORTÉS
11 AÑOS
ESTUDIANTE
LA HIGUERA

Esta es una historia de la vida real que sucedió en Los Choros. Cuenta mi abuelita que por los años 1960-1961 llegó a la escuela de Los Choros una profesora muy jovencita, recién egresada de la Escuela Normal de La Serena.

Esta señorita era muy linda y era muy buena con sus alumnos. Ella estaba de novia con un joven que vivía en La Serena, que la venía a buscarla todos los viernes.

Los Choros se ha caracterizado toda la vida por su escasez de vehículo y sus caminos muy malos, más bien en esos años donde los automóviles eran sumamente escasos y sólo uno o dos camiones iban una vez en la semana o cada 15 días a La Serena.

Pero para nuestro joven enamorado eso no era problema, ya que su novio tenía una avioneta la que aparecía ruidosamente por el lado sur de Los Choros, daba un par de vueltas por el pueblo y aterrizaba en el lado norte del pueblo.

Allá a las 5 de la tarde en punto la esperaba su enamorada junto a sus alumnos los que íbamos a la novedad de ver de cerca un avión. Subía al avión la profesora y carreteaba por la pista de tierra levantando una gran polvadera hasta cuando el pájaro de fierro se elevaba por los aires.

El día lunes temprano volvía el pájaro enamorado a dejar a nuestra linda profesora. Esto duró 2 años hasta que se casaron. Ella pidió el traslado y se acabó este lindo avión que venía Los Choros dos veces a la semana.

Fue la última vez que en nuestra cancha de avión llegaron aviones y nunca más vimos a la linda profesora que aquí nos enseñó.



MENCIÓN HONROSA IV REGIÓN DE COQUIMBO

CUANDO LLEGUÉ A LOS CHOROS

ALEJANDRO SALINAS FUENTES
9 AÑOS
ESTUDIANTE
LA HIGUERA

Hace casi 4 años, mi mamá, mi papá y yo vivimos en Santiago. A mí no me gustaba tanto porque todas las noches sonaban muy fuerte los autos y en las mañanas el vecino ponía la música con todo el volumen, entonces mi papá encontró en el diario algo que decía “busco cuidador de parcelas”. Entonces mi papá, mi mamá y yo nos fuimos a Los Choros, en la Cuarta Región, comuna La Higuera.

Cuando llegamos, lo encontramos muy desierto, pero después nos acostumbramos y a mí me pusieron en la Escuela Los Choros. Ahora voy en 4° año básico y la pasamos muy bien, ya nos acostumbramos y a Santiago, cerca del esmog y ruidos, ya no volveremos más.

MENCIÓN HONROSA

IV REGIÓN DE COQUIMBO

LA CORDILLERA

YARITZA IVONNE GONZÁLEZ JULIO

10 AÑOS

ESTUDIANTE

SALAMANCA

Les voy a contar lo que pasó en un lugar lejano, cerca del cielo. Ya era tiempo en que mi abuelo debía llevar su ganado a la cordillera para que pastaran y así las cabras dieran mucha leche, hacer queso y poder venderlos para pagar sus deudas. Mi abuelo y su gente, quienes estuvieron toda la temporada de pastación de animales en la cordillera de la provincia del Choapa, lograron hacer una buena cantidad de queso, con la llegada de las primeras lluvias tuvieron que prepararse para iniciar el largo y sacrificado regreso, cargaron los burros y mulares con todos los quesos que habían logrado juntar durante los meses que estuvieron por entre los lejanos cerros.

Cuando venían bajando por una pequeña y angosta cuesta sucedió que los animales desbarrancaron cuesta abajo perdiendo tanto a los animales como los quesos que habían hecho con tanto sacrificio. Mi abuelo continuó el recorrido de regreso muy triste y se tuvo que conformar con tener que trabajar muy duro para juntar el dinero que necesitaba para pagar sus deudas. Mi abuelito recordó esto por mucho tiempo hasta que esta historia se perdió por entre las castañas.

PRIMER PREMIO REGIONAL V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL DIABLO Y EL CAMPESINO

BERNARDO ENRIQUE TAPIA CARTAGENA
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA ESTER SILVA SOMARRIVA
CABILDO

Había una vez un campesino que andaba buscando trabajo. Un día, cuando iba caminando, se le presentó el diablo. El hombre muy asustado le preguntó quién era. Y él le contestó: –yo soy el más famoso, y el campesino se dijo a sí mismo: el diablo. El diablo le preguntó al campesino ¿qué andas haciendo? El hombre le respondió: –ando buscando trabajo. El diablo le dijo –tengo un terrenito, si quieres sembrarlo, luego veremos cómo nos repartiremos la cosecha. El hombre, muy contento le dijo –encantado de sembrar junto a usted. El diablo le dijo –la primera cosecha, tú te quedas con lo que está debajo de la tierra, y yo con lo de arriba. El hombre, muy inteligente, sembró papas.

Cuando llegó la cosecha, el campesino se quedó con las papas y el muy tonto del diablo se quedó sólo con las matas. El diablo muy enojado le dijo –en la otra cosecha tú te quedas con lo de arriba y yo con lo de abajo, y el hombre muy astuto no sembró papas sino que trigo.

Cuando estuvo presente la cosecha, el hombre se quedó con el trigo y el diablo con las raíces. El diablo muy enojado le dijo –ahora sí que no me vay a ser tonto, yo me quedo con lo de abajo y con lo de arriba y tú con lo del medio. El hombre muy atento sembró maíz y el diablo se quedó con las cañas y las raíces. Así el diablo supo que no era el único habiloso del mundo.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL DIABLO Y LAS CRUCES

JOAQUÍN ALONSO TORRES CISTERNAS
9 AÑOS
ESTUDIANTE
PUCHUNCAVÍ

En este pueblo llamado El Rincón, antiguamente pasaban muchas cosas y una de ellas era que veían y escuchaban pasar el demonio.

Mi bisabuela Juana le contó a mi abuelito (era su hijo) que en el camino que hoy va hacia la medialuna, al lado de él se vieron obligados a colocar una cruz y la otra como la gente lo pedía, la tendrían que colocar en el camino de bajada hacia Puchuncaví.

¿Cuál era la verdadera razón de todo esto?

Del cerro de La Canela bajaba una carretela tirada por dos caballos negros, con herraduras que brillaban como de plata, acompañados de un jinete que hace sonar sus espuelas, cruzando el pueblo en una loca y desenfrenada carrera, haciendo que las ruedas de la carretela sacara chispas de las piedras al chocar con ellas. Luego todo esto desaparecía en dirección al camino que conduce a Puchuncaví.

Contaba mi bisabuela que al ocurrir esto la gente se encerraba en sus casas, rezaban, retumbaba por doquier el aullido triste y espeluznante de los perros.

Mediante oraciones y cruces que mi bisabuela colocó, se terminó el suceder y sentir cosas extrañas.

TERCER PREMIO REGIONAL V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA PIEDRA MALDITA

MARICEL REYES

13 AÑOS

ESTUDIANTE ESCUELA ESTER SILVA SOMARRIVA
CABILDO

En un pueblito muy cercano llamado Cabildo, a orilla del puente La Sirena, rodeado de árboles y muchas piedras muy grandes, en tiempo de verano muy visitado, por mucha gente del alrededor, mi abuelito me contó que a la orilla del río jugaban muchos niños junto a una piedra, que parecía ser muy suave, como un montón de arena.

Los niños con sus travesuras se subían arriba de la piedra, pero nunca nadie más los veía. Sus padres los buscaban por el río, y jamás se encontraban. Así, muchos niños se los tragaba la piedra. Pero mi abuelito decía que era la piedra del diablo.

Un día unos campesinos muy curiosos fueron con herramientas a tratar de mover o romper la piedra. Solamente le sacaron un pedazo. De adentro salía fuego y humo olor a azufre. Y una voz que decía: “maldito el que me mueva o me destroce. Jamás nunca podrá hablar...”. Pero los campesinos no le dieron importancia, solamente un poco de pena al oír llantos de niños, y lamentos muy tristes.

Y así los campesinos que contaban que les había sucedido quedaban mudos para siempre. Así mucha gente antigua que vive cerca del puente La Sirena escucha lamentos tristes.

MENCIÓN HONROSA

V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA VIEJA COPUCHENTA

ESTEFANI NICOL SALINAS JIMÉNEZ

11 AÑOS

ESTUDIANTE

PUTAENDO

Esta historia que yo les voy a contar sucedió hace muchos, pero muchos años en un pequeño pueblito, donde había una viejita que era muy copuchenta. La gente que pasaba por la calle tenía que saber quién era, para dónde iba, qué llevaba y qué traía. Fue así como transcurrió el tiempo y a esta ancianita no se le quitaba la costumbre de estar pegada a la ventana mirando quién iba y quién venía, muchos la conocían por esta mala costumbre que tenía y le pusieron la “vieja copuchenta”, cansados de verla siempre detrás de las puertas escuchando lo que conversaban los demás, curioseando el ir y venir de los habitantes de ese pequeño poblado.

Una noche sintió unos pasos y voces de personas que murmuraban, rápidamente se levantó y se asomó por la ventana para ver quiénes eran esas personas que pasaban a esas horas de la noche por la calle y por dónde iban, sin saber que la clase de gente esa vez no era común. Todo estaba preparado para darle una buena lección a la vieja copuchenta, cuando abrió la puerta para ver bien quiénes pasaban se le acercó un grupo de señoras que le pidieron les guardara un paquete hasta el otro día, que a la misma hora pasarían a buscarlo, pero que por favor no lo abriera porque era muy delicado lo que contenía, luego se alejaron conversando calle arriba. Apenas se perdieron en la oscuridad, la vieja entró a su casa y sin aguantar la curiosidad de saber lo que contenía ese misterioso paquete, lo desenvolvió para enterarse de lo que llevaba dentro, grande fue su sorpresa al ver que era un montón de huesos de muertos.

Muy asustada los envolvió nuevamente, sin saber qué hacer con ellos. Antes de que amaneciera se levantó muy preocupada y partió a contarle al cura del pueblo lo que le había sucedido y a consultarle qué podía hacer. El cura le dijo que tenía que buscar una guagua recién nacida y al momento que llegaran a buscar el paquete ella debía hacer llorar la guagua. Consiguió un recién nacido y lo llevó a su casa, cuando pasaron las señoras a buscar el encargo ella salió muy asustada a entregarlo, la guagua no quería llorar, ella tuvo que darle un fuerte pellizcón para que lo hiciera. En ese momento las señoras se enojaron mucho y le dijeron que gracias a la guagua que era un angelito ella se había salvado de que se la llevaran porque ellas eran animitas que salían en las noches a recorrer el poblado y conocían de la mala costumbre que tenía de andar copuchenteando y que eso no se debía hacer.

Desde ese día la viejita nunca más salió a mirar por la ventana, ni se preocupó de quién iba o venía, el susto que se llevó fue el mejor remedio para su mal.

PRIMER PREMIO REGIONAL

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

“LA CARIDAD DEL MAR”

NOELIA UBERLINDA SÁNCHEZ FLORES

13 AÑOS

ESTUDIANTE

LITUECHE

Sentado a orillas del fogón, mi abuelo y yo, en nuestra humilde morada, que ha soportado los embates de tantas inclemencias del tiempo, aquí en donde la naturaleza se yergue como diciendo presente en cada día, en cada segundo, en cada instante, y ahora más que nunca es cuando se percibe la fragancia del remanso natural. Sí, porque si en verano el cielo se junta con el mar en una ronda de amor, de bonanza, de pasividad; ahora, en invierno, el encanto del paisaje no está ausente y aunque la risa no se enciende tan briosa al compás del sol, hoy en una fiesta plomiza, se luce el paisaje invernal de una manera más tenue si se compara como era antes. Antaño, decía mi abuelo, el viento no hacía las caricias que ahora, no tocaba la tierna canción que toca ahora. En aquellos días los inviernos eran temidos, duros y hasta crueles. En uno de esos momentos en que me encontraba regaloneando con mi tata, éste me contó de su vida, de cuando llegó a este lugar costero.

—Mire, Tomás, ¿quiere que le cuente un cuento de cuando yo llegué a este lugar?

—¿Tú vida es un cuento? —le dije yo. Con una mirada triste, lejana, asintió con un lento movimiento de cabeza y me relató sus andanzas.

—Fue una vez, en una fría mañana de marzo, cuando el fulgor de la arena y los espejos del agua ya no daban su reflejo, pues el brioso verano ya se

estaba marchando en el tren marrón del otoño y la sombra del silencio desolado se acercaba a grandes zancadas como gigante hambriento, buscando a quien devorar.

El mal tiempo, con su manto oscuro, venía cubriendo las aguas del mar, de muy lejos, desde allá, en el horizonte y amenazaba con un fuerte temporal, tempestad precoz, sorpresiva, embravecida, iracunda. La tempestad era inminente, ya venía entrando, sin ni siquiera golpear la puerta. En unos pocos minutos el intrépido viento costero arremetió súbitamente, se acercó a la orilla y se inclinó con una reverencia poco amistosa, más bien en un tono altanero, osado, desafiante. La llovizna había llegado presta, sin demora, como el canto sigue al preludio de la música. Pero esta vez era un canto traicionero y funesto.

Sin pronunciar palabra alguna, Tiberio Silva se acercó a la primera vivienda que encontró de cara a la playa y con un gesto de desesperada paciencia golpeó la rústica puerta de la casa, que más parecía posada ¡Abuelo! ¡Tiberio eres tú! ¡Sí, cuéntame más! –lo interrumpí, ansioso. Una mujer, continuó el abuelo, entreabrió celosamente la puerta y con una voz de brisa enamorada, preguntó: –¿Qué se le ofrece, caballero? Tiberio, impulsado por la fatiga y dejándose llevar por el buen semblante de la dama, sus gruesos labios, tímida y temblorosamente, murmuraron algo para comer y dormir. Pero antes que terminara de decir estas palabras, el dueño de casa, con un grito de acero interrumpió – y cierra esa puerta, mujer – seguido de un portazo que sepultó toda esperanza. No obstante las negativas de los moradores, siguió buscando. Golpeó distintas puertas, una, otra y otra vez más, hasta que al final ya rendido, abatido, entregado a su infausta suerte, cual niño abandonado por su madre, a tierna edad, se fue a pernoctar a orilla de la playa. Tendido en la arena, bajo la roca grande que era bañada bruscamente por el mar. Y allí durmió.

Los vecinos de la playa, siempre se caracterizaron por ser personas bondadosas, hospitalarias, generosas. Pero el aspecto horripilante, de pordiosero loco y además de desconocido viajero, hicieron desconfiar al vecindario. Tiberio Silva, este andrajoso viajero, vestía un pantalón roto en varias partes, sus zapatos resecos, agrietados, una vieja manta rasgada a los costados, como si hubiera tenido una batalla contra mil furiosos gatos. Su cabello tieso, opaco y desordenado por el viento, una larga barba encanecida parcialmente como mezcla de nieve y greda oscura que acusaban sus 50 años de vida,

de sufrimiento; un sombrero, de paja, antiguo. Todas estas características, sumadas a su metro ochenta de estatura, asustaban a cualquiera.

Una gruesa voz lo despertó amablemente, le decía que daría refugio y lo más sorprendente era, que se trataba del mar que a través de sus brascas olas, le hablaba. ¿Qué pasa? ¿Quién es?; y el mar le respondió soy yo, El Mar, que te quiero ayudar, le dijeron las aguas que se sacara los zapatos y dijera tres veces “Mar”. El viajero Tiberio hizo caso tal como dijo la voz y en un dos por tres se encontró en el fondo de las aguas. Todo era tan hermoso: algas, mariscos, peces que parecían diamantes; especies tan diferentes a la vida terrestre, era un lugar incomparable.

De repente centelleó una luz en derredor de Tiberio, como nunca había sido vista por él. Se trataba de la vida del mar, de su alma, que estaba ahí presente. Tiberio, sorprendido, pregunto por qué lo habían trasladado hasta ahí. El alma del mar le contestó que su esencia había sido destinada desde mucho tiempo a la caridad y a la hospitalidad. Más allá de generar riquezas, recursos bienestar de las personas. Pero la humanidad lo contaminaba, lo trataba mal, lo atosigaba con basuras y químicos.

Es por eso, dijo el mar, que estoy enemistado con la gente y si no cambia no dejaré que me exploten, seré implacable, ¿qué puedo hacer yo – dijo el viajero? Debes ser el nexo entre los hombres y yo. Diles que deben cambiar y cuidarme y les daré los productos que necesitan –respondió.

Tiberio recorrió al día siguiente toda la ciudad, hizo carteles, habló con los vecinos. Tratando de convencerlos acerca del daño que estaban causando a las aguas y la vida marina. Y que si no cambiaban, todos sufrirían las consecuencias, porque no tendrían los alimentos del mar. Ni tampoco se podrían bañar en su playa.

Estuvo varios días con una gran campaña ecológica. Hasta que por fin la gente comenzó a entender y cuidar la playa y las aguas del mar. A partir de entonces la playa de Pichilemu lució impecable, limpia que con la luz mansa del día rebozada de alegría.

El mar dio riquezas, belleza clama y tranquilidad. Tiberio, por su parte, se convirtió en un gran trabajador de esa ciudad, sacaba productos del mar para proveer a todos y al mismo tiempo fue querido, respetado por todos los vecinos de la playa quienes, arrepentidos, nunca más le negaron la entrada

a ninguna casa. De vez en cuando Tiberio iba solo a la playa conversaba con el mar y le llevaba mensajes de agradecimiento de los vecinos. Y este, a su vez le respondía con hechos, y a su voz no le contestaba, porque no era necesario, ya descansaba su alma feliz. Las aguas puras, los peces, los mariscos, el frescor, la belleza del panorama, daban muestra de la respuesta del mar, su caridad se hacía notar.

¡Qué grande eres abuelo! pero ya no me escuchaba, apenas terminó el relato, irrumpió en un profundo sueño, como un niño.

Su vida, sus costumbres, en fin su pasado todo, me lo había brindado en un dos por tres, mientras soñábamos, al calor del hogar.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL ORO DEL RÍO CACHAPOAL

ANA CAMILA CARVAJAL OSSES

11 AÑOS

ESTUDIANTE COLEGIO ALCALDE PEDRO URBINA

PEUMO

Esta historia que voy a contar me la dijo mi papá un día cuando le pregunté por qué en Peumo las arenas del río Cachapoal brillaban como oro en los días de sol. Estoy segura que él cuando era un niño se la contó uno de mis bisabuelos, Ángel o Ernesto, que están en el cielo mucho antes que yo naciera, ya que estos hechos no aparecen en ningún libro ni a ninguna otra persona se la he escuchado.

Todo comenzó hace muchísimo tiempo, cuando el imperio de los incas llegaba hasta la zona central de Chile, y la parte que está entre el río Cachapoal y el Tinguiririca era el único rincón del reino. Allí había carreteras o caminos del Inca, Pucará o fortalezas militares, Tambos o casas para los Chasquis o mensajeros, Huacas o lugares sagrado, y pueblos formado con gente traída del Perú como Cuzcuz, Apalta y Doñihue. A todo esto se le llamaba el Curacazgo de Copequén porque las autoridades enviadas por el Inca para mandar en estas tierras y a su ente vivían en un lugar que lleva ese nombre. Aunque pasaban la mayor parte en un balneario que tenía a orillas de la antigua laguna de Tagua Tagua en San Vicente, porque les recordaba su patria pues allí habían grandes chivines o islas flotantes parecidas a las que siempre ha habido en el lago Titicaca. Además, en el cerro La Muralla que deslindaba con la laguna había un pucará o fortaleza que albergaba un gran regimiento inca.

Un día, los Chasquis trajeron la noticia que al Perú habían llegado unos hombres blancos y barbudos que decían llamarse españoles, con armaduras

relucientes como la plata y montados en unas extrañas bestias llamadas caballos; pero no hubo aquí gran preocupación porque el Inca Atahualpa, el hijo del sol, seguía gobernando a su pueblo. No mucho tiempo después los Chasquis trajeron la triste noticia que decía que en Cajamarca, ciudad cercana al Cuzco, los hombres extranjeros blancos habían hecho prisionero al gran Inca Atahualpa y exigían que se les entregara una pieza llena de oro para liberarlo. Los Chasquis traían también órdenes del mismo Atahualpa para que se enviara con urgencia, desde los diferentes puntos del reino, todo el oro posible que se lograra reunir. Las autoridades del Curacazgo de Copequén entonces empezaron rápidamente a juntar ese metal precioso en el Pucará del cerro La Muralla, a orillas de la laguna de Tagua Tagua. Desde distintas partes se traía oro aunque sólo en polvo. Cuando reunieron una cantidad muy grande decidieron mandarla a Cajamarca, usando treinta llamas y un grupo de guardias para su seguridad.

La caravana salió antes al amanecer desde el pucará un día del mes de abril, cuando caía sobre la región la primera lluvia de invierno. Tomaron el camino de la costa que iba por Peumo directo a Melipilla y de allí al Perú. Al llegar al río Cachapoal, entre El Niche y Peumo, la caravana se detuvo porque el cauce de las aguas había subido considerablemente y el puente de cimbras que tenían allí estaba destruido. Por un momento dudaron continuar el viaje; pero como se debían cumplir las órdenes de su rey, el Inca Atahualpa, y así salvar su vida, se decidió cruzar el río sin pérdida de tiempo. Cuando la luz del día recién se percibía y la lluvia caía cada vez con mayor fuerza dejando poca visibilidad, los hombres y sus animales de carga se internaron en el río... desde ese instante, de ellos nunca más se tuvo noticia alguna.

Miles de recuas cargadas de oro llegaron a Cajamarca para pagar el fabuloso rescate del Inca; pero la caravana del Curacazgo de Copequén no apareció, no pasó por Peumo, jamás cruzó el río Cachapoal. Allí, según se cree, todos murieron ahogados ese lluvioso día de abril. Eso es lo que se supone porque mucho tiempo después, cuando los españoles ya no cumplieron su promesa de liberar a Atahualpa y le dieron una cruel muerte, cuando los incas de Copequén se preparaban para regresar al Cuzco, en el mismo lugar del Cachapoal donde desapareció la caravana, en ambas riberas del río abajo, los arenales empezaron a brillar con el sol como si fueran espejos. Al ser examinada la arena, se determinó que lo que brillaba era polvo de oro, del mismo oro que llevaba la desaparecida caravana. Muchos quisieron

recuperarlo pero resultó imposible porque el oro se escurría entre los dedos o se lo llevaba el viento. Por esta razón ese oro fue quedando en el olvido al igual que su historia. Y esa es la razón también de por qué los arenales del río Cachapoal, desde Peumo hasta la comuna de las cabras, brillen más que en otras partes.



TERCER PREMIO REGIONAL VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LOS TRES NARANJITOS

FERNANDO PATRICIO BRAVO MARTÍNEZ
9 AÑOS
ESTUDIANTE
LOLOL

Me contó mi abuelito que en cierto lugar, había una campesina que tenía tres hijos, uno se llamaba Pedro, el otro José y el último Manuel, y cada uno de ellos tenía un naranjito.

Cierto día le dijo Pedro a su madre, que él iba a salir a trabajar, que le prepare una gallina hecho fiambre. Al día siguiente, salió de madrugada y al despedirse de su madre, le dijo: –mamá si me va bien, el naranjito permanecerá verde y dará muchos frutos, y si me va mal o me muero se secará el naranjito. Cuando Pedro había caminado muy lejos, llegó a la sombra de un árbol, que por ahí pasaba un agua cristalina, se sentó, sacó su fiambre y se puso a comer. En esos instantes arriba del árbol se paró un pajarito, que le dijo a Pedro: –¿Hay para mí? –contestándole Pedro– ¡es poco para mí y va haber para ti! y no le dio, sin embargo lo insultó y siguió caminando. Después de mucho caminar llegó al palacio de un rey. Pedro le pidió trabajo.

El rey al ver al joven tan apuesto, interesado, le propuso un trato, que si él adivinaba ¿cuántos pares de zapatos se cambiaba su hija en la noche?, le regalaría la mitad de la hacienda y su hija, y al contrario le sacaría una tira de cuero de arriba hacia abajo y se lo echaría a los leones para que lo comieran.

Al otro día el rey se dirigió a preguntarle a Pedro si había averiguado cuántos zapatos se cambiaría su hija. Pedro le contestó, mi rey me quedé dormido y no supe cuántos zapatos se cambió su hija. El rey enojado lo mandó a matar, Pedro no volvió, secándose el naranjito.

Como no regresaba Pedro, José, el segundo hijo, le dice a su madre que va hacer lo mismo, el cual se encontró con el mismo pajarito, y se repite la historia porque le pide de comer. José se niega a darle y se molesta. Llega al palacio del rey, el cual le propuso el mismo trato, quedándose José también dormido corriendo la misma suerte de su hermano. El rey lo manda a matar y para tristeza de su madre, secándose el segundo naranjito.

Manuel al ver triste a su madre, le pide que le mate el gallo padre y se lo haga fiambre porque él está dispuesto a salir a trabajar y tratar de ver qué pasa con sus hermanos. Al despedirse de su madre, le promete que si le va bien él volverá a buscarla para siempre. Sale él de madrugada y una vez más se encuentra sentado igual que sus hermanos debajo del árbol y con el mismo pajarito, el cual le pide comida ¡hay para mí! sí le contestó Manuel, hay para mí y para usted y muchos más, al contestarle así el pajarito se dio cuenta que Manuel tenía un buen corazón, advirtiéndole que se encontraba con un rey el cual le iba a proponer un trato el mismo que le había propuesto a sus hermanos, le ofrecerían un café el cual no se tomará, los engañará echándoselo por la espalda para que no lo pillaran y no fuera a quedarse dormido. Manuel escuchó bien el consejo que le dio el pajarito sin perder ningún detalle, así fue como él caminó hasta que se encontró con el rey, el cual le propuso el mismo trato de sus hermanos, tendría que adivinar cuántos pares de zapatos se ponía su hija en la noche y así daría la mitad de su hacienda y su bella hija. Manuel ya sabía los detalles, el pajarito se lo había advertido. Al otro día el rey ansioso de saber qué le contestaría, le pregunta a Manuel.

—¿Manuel cuántos pares de zapatos se puso mi hija anoche? Manuel contestó: —¡Mi rey, su hija se puso siete pares de zapatos anoche! El rey, con mucha sorpresa, tuvo que darle su hija y la mitad de su hacienda. Así fue como el naranjito floreció y dio frutos, Manuel se casó, llevó a su madre a vivir al palacio y fueron muy felices.

Me contó mi abuelito, que él estaba seguro que el pajarito era Dios.

MENCIÓN HONROSA

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL CHANCHO PARLANTE

STEPHANIE KARINA TAMARÍN SILVA

9 AÑOS

ESTUDIANTE

RANCAGUA

Había una vez un campesino que se llamaba don Manuel y le decían “Picarón”. Era rico, malo y muy gordo. Tenía muchos animales hambrientos que encerraba todo el día en sus corrales hechos por palos. Picarón tenía caballos, vacas, conejos, gallinas y un perrito que cuidaba que los animales no se escaparan.

Un día llegó al rancho una linda campesina llamada Aurelia; se había perdido y como no había otra casa cercana, Aurelia tuvo que golpear allí. El campesino Manuel abrió la puerta enojado y mirando el rostro de Aurelia se puso muy contento, reconoció que aquella niña estaba ante sus ojos era su hermosa hija que él un día había abandonado; la niña también reconoció a su padre y sin rencor lo abrazó con fuerzas.

Al otro día Aurelia sintió tanta bulla en los corrales que se acercó a su padre a preguntarle si realmente él cuidaba a sus animales. El campesino respondió que sí, pero en ese momento se arrancó un chanco del corral pidiendo desesperadamente en nombre de todos los animales que les dieran algo de comer. Aurelia y Picarón quedaron sorprendidos al ver que un chanco hablaba; por lo cual decidieron por orden de Aurelia llevarlo inmediatamente al veterinario.

Al revisar él chanco se dieron cuenta que algo duro tenía en el estómago; y era que de tanta hambre que tenía el pobrecito, se había tragado la radio de don Manuel quien la había perdido hace un par de días.

Don Manuel al recuperar su radio favorita y al darse cuenta del error que había cometido con los animales prometió nunca más ser tan egoísta. Al regresar al campo, las cosas cambiaron y todo fueron muy felices para siempre.



PRIMER PREMIO REGIONAL VII REGIÓN DEL MAULE

"LA PIEDRA DEL MULATO"

ALFREDO LEOPOLDO DÍAZ GONZÁLEZ

11 AÑOS

RÍO CLARO

Mientras caminaba por las calles de Temuco pensaba en que lo único que sabía de su padre era que había sido un gran cacique mapuche y que siempre había luchado por mejorar la calidad de vida de su pueblo, pero él no luchaba precisamente con lanzas ni flechas sino que lo hacía con las armas de la palabra y la educación de sus hijos ya que con conocimientos y sabiduría y se puede logra la armonía de convivir y progresar sin dañar la flora y fauna que los rodea.

Cuidar el medio ambiente era prioritario para él. Para no agotar los recursos naturales que le ofrece la madre tierra a su gente. Sólo se enteró de esos datos por una casualidad...

Una tarde que regresaba de la universidad se encontró con un anciano que caminaba lentamente por el mercado de Temuco y le ofreció una manta de lana con eternos colores. "Es muy bonita y abrigadora" dijo el anciano a lo que José respondió, "es verdad señor que es muy bonita y calentita al parecer" pero lo cierto es que no la necesito, pero el viejito insistió en que se la llevara ya que el precio es muy conveniente y le puede servir para que se la regale a su papá.

Fue ahí cuando José le respondió con mucha pena que él no tenía papá, o más bien no lo conocía a su padre. El dato más claro era el que había proporcionado "Guacolda", su vieja y querida nana, ya que prácticamente ella (su nana) lo había criado debido a que su madre por su profesión (era matrona) por su trabajo de directora de la maternidad del hospital de Temuco no le permitía estar mucho tiempo con él.

Una vez Guacolda le había contado que su padre era un mozo mapuche que vivía en el campo de los padres de su mamá ya que se enamoró de su madre siendo ella aún muy joven y muy hermosa que había entrado recién a la universidad.

Entonces el papá de esta joven se enteró de lo ocurrido y la mandó a estudiar a Santiago para separarla de él, lo que su padre no sabía era que ella ya estaba embarazada.

El anciano le preguntó si sabía cómo se llamaba su padre, José le contestó que lo único que sabía era que había sido un gran cacique y le decían el “Mulato”. El anciano lo miró con los ojos llorosos y le dijo: “El cacique o el mulato es mi hijo por lo tanto tú eres mi nieto, gracias a Dios por haberte encontrado ya que tu padre no pudo superar la gran pena de que le habían arrebatado el amor de su vida y huyó a la montaña a llorar su pena, en una gran piedra, y nunca más se supo de él, es por eso que ahora cuentan los lugareños que en las noches de luna se oye el llanto de un hombre desconsolado, sentado sobre la piedra a la que llamaban desde entonces.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL VII REGIÓN DEL MAULE

ERA PILLO POR AMOR

JORGE EDUARDO GONZÁLEZ CAMPO
7 AÑOS
SAN RAFAEL

Esta es una historia traspasada de generación en generación. A mi mamá se la contó mi abuelito y ella ahora me la cuenta a mí. En una tarde de invierno, el abuelo de mi mamá caminaba por las calles de Pangué, con mucho frío, atravesando una neblina muy espesa la que no lo dejaba ni verse las manos.

Cuenta que a lo lejos pudo divisar a un bulto y a medida que él avanzaba fue dándose cuenta que era una mujer que llevaba un niño en sus brazos. Lo más curioso es que ésta comenzó a salir de una especie de molino, y no solamente él la veía sino varias personas que caminaban solos en las noches. Todos los panguinos pensaban que era un alma en pena la cual había dejado algo que le impedía descansar en paz.

Como esto sucedía todas las noches, los panguinos se pusieron de acuerdo para atrapar a esta alma en pena. Con palos y herramientas fueron a pillarla, cuando estaban frente a frente con este ser misterioso alguien muy asustado salió de este disfraz de mujer que sólo llevaba una muñeca en brazos. Resultó que era un vecino del sector que estaba más vivo que todos los que estaban allí reunidos, el cual nos dijo más asustado y con voz muy temblorosa que ese disfraz se lo colocaba para poder encontrarse con su enamorada ya que no tenía el consentimiento de sus padres.

Así esta alma en pena no asustó más a ningún habitante de Pangué Abajo.

TERCER PREMIO REGIONAL VII REGIÓN DEL MAULE

EL CHANCHO EXTRAÑO

ÁNGELA DIANA BUSTAMANTE BUSTAMANTE

11 AÑOS

ESTUDIANTE ESCUELA G-283, SAN JORGE DE ROMERAL
MOLINA

Hace muchos años, mi abuelito le contó a mi papá que él venía de un partido, como a las once de la noche por el camino de Buena Paz, cuando de repente se le apareció un chanco blanco distinto a los normales que medía más o menos un metro y medio de largo. Al lado del chanco había una mata de maitén y mi abuelo se impresionó mucho cuando vio que el chanco se metió en una pirca hasta la mitad y le meneaba la colita y él no sabía qué hacer. Como la noche estaba clarita, se veía clarito cómo meneaba la colita. Siguió caminando y cuando llegó a su casa le contó a su padre y él le dijo: “hombre, por qué no le tiraste la cola, posiblemente era un tesoro que te mandaron”.

Al día volvió a ver y la pirca estaba parejita, estaba todo normal.

MENCIÓN HONROSA

VII REGIÓN DEL MAULE

LA BARRANCA DE LA CHANCHA

CAROLINA STEFANY TRONCOSO ESPINOZA

11 AÑOS
ESTUDIANTE
LONGAVÍ

Cuenta mi abuelito Servando que hace muchos años, en el sector de Rincón de Achibueno, ubicado en la ribera sur del Río Achibueno, comuna de Longaví, sucedió la siguiente historia y que dio al nombre hasta hoy día a ese lugar como la “Barranca de la Chancha”.

La historia es la siguiente: Dicen que por aquellos años (100 años atrás más o menos) se aparecía una chancha la que se calentaba al sol en la barranca que hay en el Río Achibueno, al percatarse de la presencia de alguna persona, rápidamente se lanzaba al agua y no salía mientras hubiera alguien cerca de ahí.

Como en esos años, en las casas no tenían agua, la gente acudía a los canales o ríos a lavar la ropa.

Un día cualquiera la Sra. Inés fue al río a lavar la ropa de su familia y como no encontró con quién dejar a su guagua de sólo seis meses de edad, tuvo que llevarla con ella, cuando llegó a orillas del río, vio que al borde del agua había un cuero tendido en el suelo, sorprendida ante tal situación miro a su alrededor para descubrir al dueño de tan bello cuero, pero al no ver a nadie pensó que lo más seguro era que se le habría quedado a alguna vecina, por lo que decidió acostar ahí a su pequeño bebe, hecho esto se fue rápidamente al agua a realizar su lavado.

Una vez finalizado su trabajo volvió por su hijo, pero cuál sería su asombro al

no encontrar ni guagua ni cuero por ninguna parte. Desesperada y angustiada buscó por todos lados pero su búsqueda fue inútil, corrió desesperada a su hogar y contó a su esposo entre llantos y sollozos lo que le había sucedido, su esposo convidó a sus vecinos y gente que encontraron de camino y fueron al lugar a buscar a su hijo. A pesar de que recorrieron rincón por rincón, piedra por piedra, la búsqueda fue inútil, no encontrando a su hijo.

Ante esto, todos regresaron a casa de Inés, haciendo grandes esfuerzos por consolar al desdichado matrimonio.

Después de este lamentable suceso nunca más se vio a la chancha salir a calentarse al sol, por lo que en esos años se creyó fehacientemente que el cuero donde la Sra. Inés acostó a su guagua era un “Cuero vivo” dueño del Raudal.



PRIMER PREMIO REGIONAL VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA PIEDRA CRUZ

VALERIA DEL PILAR MEDINA SAAVEDRA
15 AÑOS
CONTULMO

Hace mucho tiempo, cuando llegaron los españoles a la conquista de las tierras araucanas, causa grandes historias como la Batalla desarrollada que podemos encontrar en muchos libros. Pero las historias de amor es difícil encontrarlas, no porque no hubieran si no que transformarían la historia en algo más hermoso y de no tanto rencor entre estas dos razas...

Cuentan que cuando se aproximaron a la provincia de Arauco, específicamente a las orillas del Lago Lanalhue, llegó una tropa de soldados para retener que se organizaran los mapuches del sector de Elicura. Es ahí donde comienzan a desarrollarse unas crudas luchas, pero también ocurre lo que Dios deja en el mundo, el amor.

Los soldados debieron salir a realizar patrullas a los lugares cercanos de las aldeas mapuches, fue así como uno de ellos divisó entre las mujeres mapuches a una que él encontró que sobresalía la hermosura del resto. Al principio pensó que solo era una ilusión, por haber pasado tanto tiempo en no tener una verdadera mujer a su lado. Pasaron los días cuando estando a orillas del río Calebu, lavando su ropa y cepillando su cabello escuchó unas risas y de inmediato trató de ocultarse pensando que podían ser soldados mapuches, pero su gran sorpresa fue aquella joven mapuche, a la cual él había encontrado tan hermosa la joven estaba junto a tres mapuchitas no más de seis años cada una, pero la sorpresa no fue tan solo verla si no realmente contemplar la verdadera hermosura de la joven mapuche, fue ahí donde escuchó el

nombre de ella, Rayén. Trató de salir del lugar donde él estaba oculto, pero sin poder explicárselo, no se podía mover. Sólo escuchaba el palpitante de su corazón a pesar del ruido de las aguas. Observaba cada detalle, cómo Rayén lavaba el pelo de las niñas, pero cuando ya creyó estar en el cielo y ya no sentir su corazón fue cuando Rayén se quitó su vestido y comenzó a entrarse en las aguas desnuda. Pasó luego este día y él no podía olvidarla ni siquiera dormir sin la presencia de Rayén, fue así como él quiso sorprender a Rayén. Iba todos los días al lugar exacto donde había encontrado por primera vez a Rayén, en el río. Pero por decepción no la encontraba, un día trató de esperarla, él se quitó la ropa y se metió a las cristalinas aguas, comenzó a sentirse observado, miraba para todos lados sin ver nada. Pero Rayén todos los días se escondía en un tronco hueco y veía a este pálido hombre. Ella creía que los espíritus le habían quitado la sangre. No veía otra explicación para el color de Paco, pero a igual que Paco ella no se podía borrar la imagen de este pálido hombre blanco. Un día creyendo Rayén que había llegado más temprano que Paco, se metió a las aguas igual que otras veces desnuda. Fue ahí donde ella en el fondo del río buscaba piedras de color y no se dio cuenta cuando llegó Paco, él igual se introdujo al río sin darse cuenta de la presencia de Rayén. Cuando salió Rayén del fondo del río se encontró tan cerca de Paco y además desnudo, trató de gritar pero no le salió la voz. Fue ahí donde Paco se acercó donde esta hermosa joven mapuche para que no gritara, y al verse junto a ella trató de besarla para saber si todo era real y no era un sueño. Rayén no pudo resistir y los dos se entregaron al amor de sus corazones, posterior a esto se separaron sin decir ninguna palabra, se pusieron de acuerdo de encontrarse todos los días antes que el sol saliera.

Transcurrieron los días y ellos sin darse cuenta podían conversar y entenderse. Ella era hija del cacique de Elicura y él hijo menor del Jefe de la patrulla de los soldados. Cada día se expresaban al amor de diferentes maneras. Fue así como un día ella empapó todo el cuerpo de greda y lo vistió como a uno de su raza y lo llevó a una ceremonia de su pueblo por sorpresa de ambos nadie notó su presencia, se encontraron con el padre de Rayén, y al otro día él la vistió de soldado y la llevó a su campamento pero ella no se atrevió a ir y ahí fue donde salió pillada del encuentro con este soldado español, porque al volverse se encontró con un grupo de mapuches que comenzaron a lanzar sus flechas y ella gritaba ¡soy Rayén! ¡soy Rayén! Detuvieron las flechas y la atraparon y le pedían que explicara por qué estaba vestida de esa forma. Ella creyó que por ser la hija del Cacique si decía la verdad no iba a pasar nada. Se reunió el consejo de los mapuches y decidieron que

debía ser quemada junto a la ropa del soldado y el árbol sagrado (canelo). Paco fue avisado por una de las niñas mapuches. Paco se desesperó y fue donde se empapó nuevamente con greda y entró al campamento mapuche y robó a Rayén. Pero dentro de la desesperación de ambos no sabían dónde ir. Rayén dijo que fueran donde la Machi anciana para que les dijera algo sobre su futuro. La machi ya los estaba esperando y les dijo que el futuro de ellos era que debían entrar al río y encontrar una piedra marcada en rojo y partirla por la mitad y ahí encontrarían la señal de su futuro. Pero ellos al partir la piedra se encontraron con una cruz, por lo cual ellos creyeron que no tenían otro desenlace que la muerte, y por eso juntos decidieron quitarse la vida en donde ellos tuvieron los momentos más felices. Buscaron dos cuchillos y se quitaron ambos sus vidas en las aguas y sus sangres se escurrieron y se mezclaron igual que el amor que se tenían y la machi al ver los cuerpos flotando como pudo los sacó y los tapó con piedras. Al pasar el tiempo las aguas cumplieron en borrar las huellas pero por sorpresa de todos, la machi al dejar las piedras realizó una oración para que la historia se recordara. Y tras pasar el tiempo, es así como hoy en día si tú buscas en el río de Calebu encontrarás unas pequeñas piedras marcadas con una cruz en memoria de estos dos enamorados.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

EL NIÑO Y LOS PÁJAROS

RODRIGO SAAVEDRA ULLOA

11 AÑOS

ESTUDIANTE COLEGIO JOSÉ MARIANO CÁMPOS MENCHACA
LOS ÁLAMOS

Había una vez un niño que estaba muy aburrido, decidió salir a caminar por una pradera que estaba cerca de su casa, no había avanzado mucho, cuando sintió un ruido extraño, se detuvo y observó detenidamente el lugar, pero el silencio, nuevamente invadió el lugar, sin embargo, el miedo se apoderó de Manuel.

De pronto una bandada de pájaros emprendió el vuelo, ya que estaban comiendo semillas de maíz, entonces él lo encontró nada más entretenido.

Desde ese día, Manuel decidió ir a ese lugar a tirarle semillas a los pájaros y así pasar el aburrimiento. Pasaron varios días, y ya no era solo un amigo de los pajaritos sino de varios animalitos que empezaron a rodear a Manuel cada vez que él llegaba al lugar.

Cuando este no podía ir por algún motivo, se sentía el piar de las avcillas como llamándole o llorando su ausencia.

Un día Manuel tuvo que ir al pueblo, mandado por sus padres, a él no le gustó mucho la idea, pero como era muy obediente su deber era hacerlo. Antes de irse fue a buscar semillas a la bodega y luego se fue a su lugar favorito, les dejó muchos granos de maíz a sus amigos y les prometió volver lo antes posible.

Se fue al pueblo, realizó todos los encargos que le habían hechos sus padres,

y como andaba súper apurado y preocupado por sus amigos los pájaros, al cruzar una calle, no se dio cuenta de el gran camión que venía en esa dirección, siendo arrollado por éste.

Se juntó mucha gente, luego fue llevado al hospital, mientras los médicos trataban de salvarle la vida, él pedía que no dejaran de llevarle semillas a sus amigos.

Mientras tanto allá en el campo los pajaritos empezaron a caer muertos uno a unos sin explicarse el porqué de estas muertes, todo esto sucedió en el mismo lugar donde se encontraban con Manuel.

Pasaron dos días y Manuel falleció. Desde ese día se sienten piar incansablemente los pajarillos en ese lugar.

Pero jamás se ha visto a uno.

TERCER PREMIO REGIONAL VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA NIÑEZ DE MI PADRE

MAURICIO MOISÉS SEPÚLVEDA VENEGAS
12 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA 27 DE ABRIL
CHILLÁN

Un día papá empezó a contarme parte de la historia de su vida. Él nació en el campo a 20 km. de Chillán, en un lugar llamado Huechupín. Su madre lo tuvo en la casa, al igual que a todos sus hermanos.

En ese tiempo no había locomoción y la única forma de llegar a Chillán era en carreta o a caballo.

Para empezar, él no tuvo una infancia como todo niño. Desde muy corta edad ya le imponían responsabilidades, cuidar animales, traer agua, leña, etc.

Como a los 8 años fue al colegio encontrándose con una profesora alta, delgada, pelo blanco y que tenía cara de mañosa. Su papá para ir al colegio le compró unos zuecos, a él no le gustaban y antes de llegar a la escuela los escondía entre los árboles prefería ir descalzo, una vez se los robaron y le dieron una zumba.

A muy corta edad, unos 10 años, acompañaba a su padre, o sea a mi abuelito; muchas veces iban a vender las cosechas de trigo, porotos, lentejas y uvas. Preparaban la carreta como a las 6 de la tarde, luego se iban a dormir y mi abuela los despertaba a las doce de la noche, comían algo, alistaban los bueyes y partían a la una de la madrugada para llegar a Chillán a las 7 de la mañana y así vender los productos más rápido y a mejor precio ya que más tarde llegaba mucha gente con más productos.

Con la plata compraban jabón, azúcar, sal, harina, yerba mate. Volvían al atardecer.

En cuarto básico tuvo que abandonar la escuela por ayudar a mi abuelo en el campo con la siembra, apenas se podía el arado; a vigilar los animales como; ovejas, caballos y vacunos generalmente tenían que evitar que estos entraran en las siembras y los destruyeran aunque algunas veces se descuidaban y los animales entraban comiéndose todo lo que pillaban a su paso, esto le produjo retos y también golpes.

Cuando estaban en la escuela, una vez un compañero andaba trayendo un chaquetón de castilla. La profesora era la muy mañosa y por no saber la lección le golpeó con un palo en la espalda saliendo mucho polvo y todos se reían con discreción.

La profesora les pegaba con un puntero en la espalda, cabeza y manos, era muy doloroso decía él. Esto pasaba cuando no traían las tareas, la lectura preparada o no se sabía las tablas de multiplicar.

Cuando dejó de estudiar tenía que hacer todo lo de una persona grande como arar, dar de comer a los animales, esto lo realizaban a las 5 de la mañana, consistía en una ración de paja al buey, caballo y vaca además cuando éstas tenían crías debían sacarles la leche que les servía de alimento en los desayunos o la abuela lo convertía en queso, igual para consumirlo.

Cuando terminó de contarme, me di cuenta que casi no pudo ser niño y que su niñez fue muy distinta a la mía.

Desde ese día subí mis notas y trato de aprovechar todo los beneficios que tengo gracias al esfuerzo de mi padre.

MENCIÓN HONROSA

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

EL SOMBRERO INVISIBLE

JORGE ANDRÉS BELTRÁN JARA
9 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA G-1094, CASAS DE PILE
MULCHÉN

Había una vez un matrimonio que tenía tres hijos: Pedro, Juan y Manuel. Llegó a ese lugar una enfermedad contagiosa y fallecieron los padres, quedando los niños huérfanos. Pasó el tiempo y se les empezó a terminar los alimentos que habían quedado en el hogar. Entonces decidieron los dos mayores ir en busca de trabajo pero no querían llevar a su hermano menor porque lo consideraban un estorbo y decidieron irse dejando solo al más pequeño, pero éste al darse cuenta que sus hermanos se iban, los siguió un largo trecho, pero los hermanos se dieron cuenta que el niño los seguía, lo esperaron, el pequeño se alegró al ver que sus hermanos, pero grande fue su sorpresa, cuando llegó junto a ellos y estos lo reprendieron y lo hicieron volver. El niño estaba muy triste, pero igual los siguió puesto que no quería quedarse solo, caminó muy lejos de ellos, hasta que se cansó y pasó a tomar agua a un arroyo y al mirar hacia un lado vio un sombrero, lo tomó y se lo puso y se miró en el agua y se dio cuenta que se había hecho invisible, con este poder pudo seguir a sus hermanos sin que ellos se dieran cuenta.

Los hermanos llegaron a una casa donde vivía una anciana y le pidieron alojamiento, el niño al ver esto se sacó su sombrero y lo escondió y se acercó a ellos, los cuales estaban sorprendidos al verlo ahí, los hermanos por respeto a la anciana tuvieron que dejarlo con ellos. Al otro día la anciana que era de buen corazón les dio desayuno y al despedirse les dijo cuiden mucho a este pequeño, porque ella vio en el rostro del niño algo especial.

Todos siguieron camino hasta muy lejos, hasta llegar a una hacienda, ahí hablaron con el mayordomo y le pidieron trabajo, él les contestó que sí, que había que rozar la zarza y que el trabajo era con alojamiento pero ellos tenían que cocinarse, el niño les dijo “yo les preparó la comida”. Después de cocinar el niño les ayudaba en el roce. Un día pasó el patrón y se dio cuenta que el niño era muy atento y trabajador y pidió a los hermanos que se lo pasaran para llevarlo a trabajar a la casa, fue así como el patrón se fue encariñando con el niño y salía con él a pasear caballo.

A los hermanos les entró una gran envidia e idearon un plan para poner mal al niño, como sabían que una vieja bruja le había robado al patrón un caballo, el mejor que tenía, y que esta bruja lo tenía en su casa y que un negro estaba siempre montado en él para cuidarlo, los hermanos inventaron de que Manuel había dicho que era capaz de quitarle el caballo a la bruja, el patrón por las ganas de recuperar su caballo le encomendó a Manuel recupera su caballo, el niño se sintió mal, pero se consoló.

La bruja tenía un loro adivino, que le avisaba cuando alguien quería quitarle el caballo, pero Manuelito era inteligente y sabía que en el pueblo había un mueblista y le mandó a hacer un caballo igual al que tenía la bruja. Llevó aguardiente porque sabía que a los loros les gustaba mucho, se puso su sombrero y abrió un forado en el techo, bajó por un lazo y empezó a darle aguardiente hasta que lo curó y como era de noche el negro estaba durmiendo y con gran disimulo puso al negro en el caballo de palo. Después de irse el niño despertó el loro y gritó te robaron tu caballo, vieja, la anciana le gritó al negro despierta este se cayó al suelo y con el susto se le cayó el caballo encima.

Al llegar al fundo Manuelito le entregó el caballo al patrón éste estaba feliz, sus hermanos se pusieron más envidiosos y le volvieron a decir al patrón una mentira, que Manuelito podía traer a la bruja para que el patrón la castigara. Este mandó a Manuelito a hacerlo, el niño como sabía que a la bruja le gustaba coleccionar toda clase de santos y estampas religiosas, se vistió de cura y se fue a la casa de la bruja a venderle, la bruja al verlo se interesó y le pidió ver todo lo que llevaba, Manuelito le dijo que en la carreta tenía más y al entrar la bruja la dejó encerrada y se la llevó al patrón. Con esto Manuelito logró el mayor aprecio del patrón y este lo puso como administrador y los hermanos por su maldad debieron estar a las órdenes de su hermano por siempre.

PRIMER PREMIO REGIONAL

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LAS DOS MÁCHIS

DIEGO OPAZO RIQUELME
12 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA G-180, MANZANAR
LUMACO

Al pie de dos cerros entre los ríos BioBío y Toltén, cerca de los lagos, detrás de los bosques llenos de avellanos, murtillas y otras fragantes frutas silvestres plagadas de pájaros cantores e insectos chirriadores, vivían dos machis con sus familias y cada una tenía su ruca al lado de un estero de aguas cantarinas, una chacra de papas, otra de maíz y de porotos y un cultivo de frutillas.

Venía mucha gente a verlas, para que les dieran remedios.

Al lado de su ruca cada una tenía dos árboles medicinales con el que curaban casi todo los males y los cuidaban mucho, y un día una machi le dijo a la otra: mis árboles durarán más que los tuyos porque los el Anchimallen.

—Sí, respondió la otra machi

—Los míos durarán más porque los cuida el piwuchen.

Entonces alegaban y alegaban y todos los días se levantaba una y le iba a decir algo a la otra, y vivían alegando y discutiendo. Tanto discutían que empezaron a molestar a los vecinos y a los seres del medio ambiente; el aire empezó a enrarecerse.

El bosque empezó a disminuir su producción de fruta. Los pájaros empezaron a alejarse, y los insectos a retirarse.

Todo fue quedando silencioso y los arroyos disminuyeron su cauce, pero ellas seguían discutiendo, diciéndose cosas cada vez más feas.

Hasta que un día el Anchimallen y el Piwuchen se aburrieron de cuidar los árboles y las casas, al verlas peleando tanto y decidieron no cuidarlos más y los dejaron que se secaran.

De repente un día ellas se dieron cuenta que sus árboles medicinales se habían secado y no tendrían con qué curar a los enfermos. Se asustaron mucho y no hallaron qué pensar, entonces decidieron ir a ver al espíritu de la montaña. Cuando iban se dieron cuenta que todas las plantas se estaban poniendo amarillentas, todo estaba silencioso, el camino antes mullido y perfumado, estaba ahora agreste y seco.

Cuando llegaron al pie de la montaña imploraron: ¡Espíritu de la montaña! ¡Dinos qué hacer, nuestros árboles medicinales se han secado! ¿Qué haremos para mejorar a los enfermos?

Se sintió un estruendo y de la montaña una voz que decía: ¡Impuras! Ustedes han contaminado el entorno y ensuciado el ambiente con su comportamiento, el aire está lleno de palabras feas y sucias que ustedes se han dicho; si quieren que todo vuelva a mejorar tienen que: Hacer siempre el bien, pensar en el bien. Portarse bien, tratando bien a las personas, plantas y animales y para purificarse una irá a bañarse dos veces durante el crepúsculo al lago Lley Lley y la otra, dos veces al amanecer al lago Lanalhue.

Ellas tenían mucho miedo y prometieron hacer lo que se les ordenaba y bajaron rápidamente de la montaña, contaron lo sucedido a su familia, prepararon roquín y se encaminaron cada una a un lago.

La primera llegó al atardecer al lago Lley-Lley, estaba bellísimo, era un espejo en el que se reflejaban los últimos rayos del sol, las nubes y los montes. Se sumergió en sus tibias aguas por un tiempo, era tan grato bañarse en aguas de oro.

De repente el espíritu del lago se dio cuenta que algo impuro lo había tocado, sopló un viento, se encrespó el agua volviéndose verdosa y una ola la empujó hacia fuera, ella se asustó mucho, pero debía sumergirse de nuevo. Esperó un tiempo a que el lago se calmara y se metió de nuevo. El agua se arremolinó

y la empujó hacia la playa con fuerza y junto a ella a dos pequeñas plantas.

El espíritu del lago le dice: -sé a qué has venido, sé que estás arrepentida de tu mal comportamiento, por eso te voy a dar estas dos plantas, para que te ayuden en tus medicinas, plántalas a la orilla del estero.

La machi agradeció el regalo y se fue contenta para su ruca.

La otra machi llegó al amanecer al lago Lanalhue, aún se reflejan en él las últimas estrellas y la luna.

Se sumergió en él. El agua estaba muy tibia y disfrutó de ella por un tiempo. De repente, el lago se agitó y una ola espumosa la empujó hacia fuera; el lago se hinchó de espuma saliendo hasta la playa alcanzándola. Ella se alejó asustada pero debía sumergirse de nuevo. Esperó un rato y se sumergió en la espuma tibia y de nuevo fue empujada en una gran ola blanca, tiñendo toda la playa de blanco y junto a ella empujó a dos pequeñas plantas.

El espíritu del lago le dice: -Sé que estás arrepentida de tu mal comportamiento, por eso te voy a dar dos plantas, para que las plantes a la orilla del estero y te sirvan en tus medicinas.

Ella agradeció el regalo. Se fue liviana y contenta para su ruca, cuando iba cerca se encontró con su vecina, se miraron y vieron que las dos iban con las mismas plantas y dijeron: Vamos a reunir a todos los vecinos y vamos a realizar una fiesta, para celebrar nuestra amistad y estas plantas serán nuestros árboles sagrados, regalos de los sagrados espíritus, y su nombre será Canelo, y así lo hicieron, en todas ceremonias el canelo está presente. De ahí en adelante las machis fueron las mejores curanderas que hubo, y todos vivieron en paz y los bosques volvieron a llenarse de frutos y cantos.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL MACHITÚN

FELIPE ANDRÉS ARANCIBIA MENDOZA

14 AÑOS

ESTUDIANTE ESCUELA G-27, COLONIA MANUEL RODRÍGUEZ
ANGOL

Mi hermano Pedro se encontraba enfermo, tenía fuerte contracciones y dolores musculares, que a veces le duraba varios días. Mis padres angustiados decidieron llevarlo donde la Machi, quien es el chamán de este pueblo mapuche, persona de la comunidad Requiem Lemun Bajo, que se comunica con el Ngünechen, máxima figura espiritual del pueblo Mapuche, y que se comunica con los espíritus que le permite sanar a los enfermos, alejando sus males.

Aquella mañana salimos bien temprano de casa, la distancia era enorme, nos acompañaron mis hermanos, mi tío Samuel y su señora.

Me levanté temprano a enyugar los bueyes con mi padre; aún no amanecía, el camino es largo decía mi padre.

Al poco andar se puso a llover. Primero era una garúa débil, pero a medida que avanzábamos, más tupía la lluvia, nos mojamos bastante. Al llegar a un claro en el camino, mi padre paró y decidió encender un fuego bajo unos árboles para calentar agua y tomar un mate con tortilla, que mi madre había preparado para el viaje.

Mi pobre hermano se quejaba, falta poco hijo decía mi padre, ten calma.

Al cabo de media hora retomamos el camino. Ya no llovía, pero se estaba poniendo helado.

Al llegar a la casa de la Machi, se encontraba el Rehue, mi padre llamó a la Machi y se preparaba para contarle el motivo de nuestra visita, pero ella lo hizo callar y ordenó ubicar al enfermo bajo el Rehue, luego los acompañantes debían ubicarse alrededor de éste y esperar. La Machi trajo el kultrung y por medio de toques y oraciones que cantó a su ritmo, la machi, en la ceremonia, entra en trance y se comunica con los espíritus y con Ngünechen, en un lenguaje ancestral del pueblo mapuche. Mi tío Samuel empezó a traducir sus palabras, así nos sorprendimos al enterarnos que le habían hecho un mal, por envidia ante su buena suerte en los negocios que él llevaba de mi padre. Luego de largo rato, la machi volvió a la normalidad, y nos dijo que podía sanarlo, pero debía un familiar cercano ir al bosque y traer una rama de canelo joven y una pata del peuco, para realizar machitun para liberarlo del mal.

Mi padre me miró y me dijo: “Felipe, ve al bosque y trae lo que piden”. Yo pensé, pero si soy tan joven, pero mi padre confiaba en mí, y partí. Ya oscurecía, y el bosque estaba lejos, pero tomé mi chamanto y caminé hacia el bosque.

Luego de dos horas de caminar, llegué a la parte donde todos íbamos a recoger canelo, no fue difícil dar con él, pero encontrar al peuco, ave de rapiña muy escurridiza, era complicado pero busqué un avecilla que se sirviera de carnada, la dejé atada de una pata en un claro del bosque y esperé a que sus gemidos atrajeran al peuco.

Ya amanecía, y el peuco apareció, voló un buen rato alrededor, hasta que se posó en un árbol cercano. Lo esperé impaciente, hasta que se acercó volando y cuando quiso atraparlo para llevárselo, con mi honda lo derribé, lo tomé rápidamente y le torcí el cuello, ya muerto, le cercené la pata y regresé a la casa de la machi con lo que había pedido.

Mi padre me abrazó y me dijo: “Hijo, no esperaba menos de usted”.

La machi tomó las cosas y se preparó para realizar la contra a mi hermano, estuvo largo rato en trance y suplicando al Ngünechen y a los espíritus en Mapudungun, lengua mapuche, hasta que nos dice que el enfermo se ha sanado.

Feliz mi padre, mandó a mi tío Samuel a sacrificar una oveja, para festejar y agradecer a la machi por su intervención entre los espíritus.

Luego vino la fiesta, hubo comida, muday y bailes para celebrar que mi hermano había regresado a ser como era antes de su mal.

Yo estaba feliz, pues ya no era el hermano chico, era un hombre ante los ojos de mi padre, era un guerrero mapuche.

TERCER PREMIO REGIONAL IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LOS TRES CONSEJOS

DANIELA IGOR
14 AÑOS
ESTUDIANTE LICEO POLITÉCNICO
QUEULE

Este era el matrimonio de Ernesto Sandoval y Angélica Corrales, una joven pareja que tenía un hijo pequeño. En ese pueblo no había trabajo por lo que Ernesto decidió irse con un amigo a un pueblo lejano para juntar dinero y poder mantener a su familia.

—Angélica, le dijo Ernesto a su mujer, voy a ir a buscar trabajo a otro pueblo porque aquí la situación está muy mala.

—Anda, e dijo ella, pero prométeme que volverás.

—Te lo prometo, no te preocupes.

Al día siguiente se fue Ernesto con su amigo, cuando iban ya lejos en el camino había un caballero que vendía consejo y Ernesto dijo:

—Compremos unos consejos, amigo.

—Ja ja, se burló su compañero, pero él dijo:

—No importa, voy a comprar tres igual no más.

—¿A cuánto los consejos, amigo?

—A 100 pesos cada uno.

—Déme tres.

—Bueno, el primero dice así: “Nunca desprecies lo viejo por lo nuevo”.

“Nunca preguntes lo que no te importa y nunca te dejes llevar por lo primero que te digan”.

Cuando habían avanzado más se encontraron con dos caminos uno nuevo y uno viejo, entonces el amigo dijo:

—Yo me voy a ir por el camino nuevo —pero Ernesto se acordó de su primer consejo y dijo:

—Yo me voy a ir por el viejo y allá en el pueblo nos juntamos.

A los días Ernesto se enteró que a su amigo lo habían matado unos asaltantes en el camino nuevo y no le quedó otra que trabajar solo. Pasaron los años y él seguía trabajando pero no podía juntar el suficiente dinero para regresar. Pasaron como veinte años y se fue a su casa, cuando ya anochecía vio una casa y se dirigió a ella, cuando llegó tocó y salió un caballero a atenderlo.

—Buenas noches, dijo, me puede dar alojamiento por favor.

—Claro, respondió el caballero, pase y siéntese, ya voy a servir la cena.

—Bueno, gracias.

Cuando estaba dentro vio una mesa muy grande con hartos asientos y el caballero empezó a servir a todos los puestos. De repente empezaron a aparecer puras calaveras, esqueletos deformados y todo, pero él recordó su segundo consejo y no preguntó nada. Al día siguiente despertó y se encontró acostado en el piso en una casa vieja alrededor de un montón de esqueletos, se paró y se fue cuando salió de la casa se encontró con el caballero que lo había atendido y este le dijo.

—Solo por no haber preguntado te salvaste, todos los demás lo hicieron y ya viste cómo estaban.

Ernesto se fue sin decir una palabra y cuando iba cerca de su casa le pidió alojamiento a una vecina y le preguntó.

—Qué se cuenta por el pueblo —y la señora le dijo:

—Nada, solo que a la vecina del lado todas las tardes la visita un curita.

Y él al día siguiente se fue a su casa pero no le dijo a su esposa quién era, solo le dijo si le podía dar alojamiento pero ésta le dijo que ella desde que su esposo se había ido no le daba alojamiento a nadie pero él le dijo:

—Yo le traigo noticias de su esposo.

—Bueno, si es así pase.

Ella le iba a servir la cena y en la mesa colocó tres platos. Le dijo que el otro plato era para su hijo que venía a cenar con ella todas las tardes. Su hijo estudió en un seminario y ahora era cura. Él recordó su tercer consejo: “No te dejes llevar por lo primero que te digan”.

En un rato después llegó su hijo, él se presentó y fueron muy felices por siempre tratando de borrar los 20 años que pasaron separados.



MENTIÓN HONROSA

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA PIEDRA BRUJA

RAYÉN UTRERAS BENAVENTE

8 AÑOS

ESTUDIANTE ESCUELA G-693, SAN JOSÉ
TOLTÉN

Esta historia nace de una curiosidad que daba vueltas en mi cabeza hacía bastante tiempo. Todos los niños que vivimos en el campo en la comuna de Toltén, Novena Región de la Araucanía, algunos viajan el día domingo o el lunes muy temprano a diferentes escuelas con internado, regresando el día viernes a sus hogares. Cada vez que realizaba estos viajes siempre en un lugar determinado unas personas de origen mapuche que siempre van a Queule o a Toltén le decían al chofer “¡Toñito me deja en la Piedra Bruja!”. Esto se repetía una y otra vez, yo siempre miraba hacia el río y ahí se encontraba la famosa piedra, entremedio de unos conquillos y totoras.

Fue tanta mi curiosidad que le pregunté a mi mamá por qué se llamaba así esa piedra, ella me respondió que no tenía idea. Después de llegar un día viernes de la escuela fui corriendo donde mi abuelito Delfín y le pregunté por qué le decían Piedra Bruja a una piedra que estaba a la orilla del río Boldo antes de llegar a Queule, mi tata me miró, se sonrió y me cuenta lo siguiente.

“Le dicen Piedra Bruja porque allí hace mucho tiempo se juntaban los kalku (brujos) a realizar un dawün (ceremonia) para reunir fuerzas entre todos y realizar un kalkutun (brujería) para provocar enfermedades a personas buenas e inocentes, algunas veces provocándole hasta la muerte. Pero un día la gente buena se cansó de los brujos y le enunciaron la guerra, unieron todas sus fuerzas para que estos no hagan más daño. Estuvieron pidiéndole

a Dios durante una semana, día y noche para que estos brujos nunca más vuelvan aparecer. Tanto fue el poder de las personas que según lo que cuenta mi abuelito, se fueron muriendo de a poco quedando hoy día solamente el nombre de Piedra Bruja donde estos se reunían en el pasado.

Es así como salí de esta duda que ya nunca más dará vueltas en mi cabeza.



PRIMER PREMIO REGIONAL X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL CUERNO DEL HUAGUAL

GERARDO CLODOMIRO LÓPEZ VALDERRAMA
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA SANTA ANA, DOLLINCO
SAN PABLO

Mi madre es profesora de una pequeña escuela de la comuna de San Pablo, provincia de Osorno. tiene un pequeño Museo de antigüedades, colección de monedas e insectos con todo tipo de bichos de Chile y otros países.

Bueno, seguiré contando mi pequeño relato, entre todas las curiosidades hay un cuerno grande que es de un toro llamado Huagual según dicen.

Pregunté a papá sobre su origen y él me relató lo siguiente: hace muchos años cuando el papá de mi padre era joven, y no existían tantos adelantos como hoy, no se explotaban los bosques, y los campos eran el sustento de las familias, toda la gente para poder vivir sembraba, criaba animales, aves y eran muy pobres, ya que para ir a la ciudad iban en carreta por lo cual demoraban días o semanas.

En esos años en un monte cercano existía un toro salvaje el cual todos temían pasar cerca de ese lugar ni menos de noche ya que decían que este animal era grande y muy hermoso con unos preciosos cuernos que brillaban. El solo bramido de este animal se escuchaba a gran distancia.

Cuando el toro salía del bosque, solo en las noches de luna llena, se acercaba a los corrales y cubría a las vacas que se encontraban en celo y se escondía nuevamente en el monte.

Después de varios meses cuando el animal tenía su cría y esta salía defectuosa se daban cuenta que este precioso torito había estado en los corrales. Las crías que nacían solo vivían un par de horas y luego morían ya que salían con defectos como ser con un ojo, tres patas, dos cabezas y otros defectos que los dejo a la imaginación de los que lean esta historia.

Cansados los lugareños del sector por este caso decidieron darle caza, por lo cual decidieron reunir a todas las hembras en celo en un solo corral ya que por el olor el torito llegaría. Fueron varias noches que estos lugareños esperaron, pero la quinta noche sintieron un bramido espantoso. Ellos eran como veinte personas con escopetas hechas, palos, lazos y todo lo que podrían usar para deshacerse de este animal ya que ellos le tenían miedo. Los hombres agazapados en la espesura del monte esperaron silenciosamente, las manos sudorosas, su respiración agitada, las piernas como que se negaban a hacer algún movimiento, sentían hasta frío al ver aquel animal salvaje pero bello a la vez, este se dirigió a los corrales y al estar dentro de este salieron de su escondite y se abalanzaron sobre el animal el cual cayó herido en medio de un gran charco de sangre, no sabían cuántos disparos hicieron para acabarlo, cuántos golpes le dieron con palos pero descargaron su furia sobre el animal. Una vez al aclarar el día decidieron repartir su carne, mi bisabuelo se quedó con uno de sus cuernos que hoy día luce en el pequeño museo de esta escuela.

Por ello muchas personas de Sector Costa de mi comuna hablan del Hual como si lo conocieran y yo que tengo uno de sus cuernos me siento orgulloso ya que también tengo sangre de mi bravo bisabuelo que capturó al bello torito.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL X REGIÓN DE LOS LAGOS

LA PRINCESA ENCANTADA

BÁRBARA S. MILLAHUANQUI ABELLO
ESTUDIANTE ESCUELA RURAL LOS RISCOS
PURRANQUE

Contaba mi abuelito que hace mucho, en un lugar llamado Piedras Negras de la provincia de Osorno, vivía una bella y hermosa niña junto a su padre, pero ambos quedaron atrapados en el centro de una isla del Lago Rupanco, luego de la explosión del volcán Osorno.

Por la explosión de este hermoso volcán se formó un lago de ardiente lava, hoy conocido como Lago Rupanco. Quedando en el centro atrapados la joven niña junto a su anciano padre, el cual antes de morir pidió al Dios del Sol que salvara y cuidara a su hija a cosa de cualquier sacrificio. Desde entonces la joven se transforma en una víbora para poder sobrevivir en la selva virgen de la isla.

Muchos lugareños cuenta que por las noches de luna llena ven bañarse en el lago a una mujer tan linda como el sol, que desaparece en el fondo del lago. Un joven de honorable familia gustaba de ir a bañarse por las tardes al lago cuando de pronto ve aparecer tan irresistible mujer, se acercó a ella, acarició sus cabellos, besó sus manos y le confesó su amor, pidiéndole volver a verse aquí todas las tardes.

En un atardecer de primavera, cuando la luz de la luna dibujaba sus cuerpos en la arena húmeda de la playa, el joven se encontraba enlazado por las gratas caricias de la niña de pronto él le dice: “mi vida, no sé cómo decirte pero tengo que dejarte por un tiempo; tengo que cumplir con mi servicio

militar”. A la joven se le nublaron los ojos de lágrimas y le responde: “¡Si me dejas te mato!”. Y comenzó a apretarlo hasta estrangularlo y morir junto a su amado.

Al tiempo después fue encontrado el cuerpo del mozo junto al de la víbora. En el cuello de la víbora colgaba un collar con la imagen del Dios del Sol, en el mismo lugar fue construida una gruta y los habitantes del lugar iban a rendirles sus mandas en busca de un milagro de la Princesa Encantada.



TERCER PREMIO REGIONAL X REGIÓN DE LOS LAGOS

SUSTOS DE INVIERNO

SEBASTIÁN ANDRÉS CISTERNAS VALDERAS
8 AÑOS
CALBUCO

Me contó mi abuelita que en una noche de luna llena, el perro guardián de la casa ladraba con mucha fuerza. Mi abuelo Erasmo salió al portón de la pampa y vio una casa grande de color blanco que subía y bajaba.

El perro negro muy asustado, con ojos negros inmensos que le brillaban en la oscuridad corría de un lado a otro.

El viento azotaba el rostro arrugado y el gorro chilote con muchos hoyos de mi abuelito. Mi abuelita Oritia miraba asustada desde la ventana de la vieja casa de tejuelas.

El viejo se fue acercando lentamente a esa cosa blanca y cuando abrió bien los ojos se dio cuenta que era un nylon que se movía y crujía, al verla se echó a reír y le dijo al “Que te hace” ¡es una bolsa plástica!, volvamos a la casa. Mi abuelita Oritia preguntaba desde la ventana ¿qué pasa, Erasmo?

—La muerte te anda buscando vieja, ja, ja, ja.

“Tilín, tilón
colita de ratón
este cuento
es pura imaginación”.

MENCIÓN HONROSA

X REGIÓN DE LOS LAGOS

LA LANCHA “DANZAMAR”

KAREN DANIELA MANSILLA AGÜERO
12 AÑOS
CALBUCO

Yo estudio en “El Sembrador de Chope”, estoy interna es una escuelita ubicada en el centro de la Isla Puluqui, y en la lancha “Danzamar”, salgo cada quince días para llegar hasta la casa de mis abuelos.

Algunos niños vienen de Tabón, Chidhuapi, Queullín, San Ramón, Máchil, Llaicha y Pergue a cumplir con sus estudios.

La “Danzamar” es blanca como la nieve y rápida como un relámpago, la veo desde mi sala cuando llega a la rampa y nos espera con los brazos abierto para llevarnos hasta nuestros hogares, que echamos mucho de menos.

Yo me llamo Karen y vivo con mis abuelos en Quenu, una islita pequeña que conforma el archipiélago de Calbuco. Ellos me quieren harto y cada vez que vengo se emocionan y a mí también me da pena porque se quedan solos, aún así con mi corazón bien apretado me voy al internado.

Cuando era más pequeña conversábamos en las largas noches de invierno, yo les tocaba la guitarra y les cantaba cuecas y rancheras para que ellos se pusieran felices, luego les decía que quería seguir mis estudios, para comprarle, cuando trabaje, una hermosa casita en la ciudad y ellos descansen. Me iré interna, a ellos se le empañaban los ojitos, apagábamos la vela y nos íbamos a dormir.

Al otro día, tomaba mi mochila y caminaba hasta la escuela a aprender con

muchas ganas lo que mi profesora me enseñaba, siempre pensando que debía seguir adelante y cumplir mi promesa con mis tatitas. Conozco muchas personas que se quedaron sin estudios y hoy se lamentan, mis abuelitos Pedro y Chalía son un caso. Cuando les pregunto mis tareas me dicen:

- Karen, si eso yo no lo sé.
- Karen, si yo llegué hasta tercero no más.
- Karen, si la mente ya está débil.

Mi abuela Chalía me sienta en sus rodillas y me confiesa que ella no pudo seguir estudiando porque su papá no la dejó, ya que tenía que cuidar una chorrera de hermanos chicos, tenía como diez.

Mi abuelo escucha muy callado, y entre dientes me dice con mucha nostalgia;

—Nietecita, yo no sé nada, lo que me ha enseñado la vida no más. Por culpa de tu abuelo que no encontró nada mejor, que yo me quedé en la casa y salir a la pesca pa tener dinero y alimentar a toda la parvía de hermanos que tuve...

—Hijita, hazle empeño, la vida es difícil, si vos no estudiáis serís igual a nosotros.

Mi alma sufre al escucharlos, y pienso: Si ellos hubiesen tenido la oportunidad de contar con los adelantos que hoy yo tengo, habría sido algo distinto porque se las han ingeniado para cuidar y alimentar a mí y el Reinaldo.

Cuando ven que la “Danzamar” va llegando a la playa, corren a encontrarme, me esperan con sopaipillas o milcaos, si parece que ya siento el olorcito.

El cariño que me brindan y el gran apoyo que me entregan son el motivo más inmenso de mi vida. Voy a ponerle todo mi empeño y demostrarle que soy capaz y que se puede.

La “Danzamar” es importante, gracias a ella yo me puedo trasladarme y cumplir mis sueños de llegar a ser una gran profesional.

Perdón allá viene llegando, buscaré mi mochila para ir a ver a los que más amo. Hace más de un mes que no los veo, porque el tiempo ha estado

muy, pero muy malo.

¡Adiós chicos, nos vemos el domingo si Dios quiere!

¡Apúrense los internos, que la “Danzamar” está por salir!



MENTIÓN HONROSA

X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL MISTERIO DEL SECTOR LAS CARPAS

JORGE PEÑA NILIAN
ESTUDIANTE ESCUELA RURAL EL PUMA
RÍO NEGRO

Les voy a contar una historia que me contó mi padre. Una noche de otoño él cuenta que en 1972 cuando estaba trabajando con una cuadrilla de tejueleros en el sector llamado Las Carpas, ubicado camino al mar de Caleta Huellélhue, una noche escuchó llegar una carreta con bueyes. Contento, despertó a uno de sus compañeros, pero todos se levantaron y salieron a mirar porque pensaron que alguien pasaba a pedir alojamiento a su rancho, pero la sorpresa fue que al alumbrar con un chonchón (farol) no había nadie por ninguna parte. Asustados, volvieron a dormir a sobresaltos. Al día siguiente comentaron lo sucedido a los demás compañeros, quienes quedaron muy sorprendidos. Entre todos buscaron alguna evidencia, pero no encontraron ninguna huella. La gente antigua dice que esos ruidos extraños pueden ser viajeros que nunca llegaron a su destino o almas que penan, pero nadie sabe con certeza lo que esconde esta cordillera.

MENCIÓN HONROSA

X REGIÓN DE LOS LAGOS

LOS DUENDES DEL PINAL

YOSELIN A. BARRÍA AGÜERO
ESTUDIANTE ESCUELA RURAL LOS RISCOS
PURRANQUE

Contaba mi abuelita, según ella fue realidad, que esto sucedió en el campo cerca de donde ella vivía. La familia que vivió esta anécdota eran sus vecinos. Era una familia de 7 personas, don Pedro su mujer y 5 hijos más. El dueño de la casa trabajaba en un fundo. La señora hacía los quehaceres del hogar. Cerca de allí estaba el pinal y allí estaba el pozo donde la señora Juana tenía que ir 3 a 4 veces al día ir a buscar el agua con dos grandes baldes. Sus hijos eran todos chicos y no le ayudaban.

Una tarde llegó don Pedro y los niños estaban solos. La señora Juana no había vuelto del pozo en todo el día. Enseguida don Pedro fue a verla muy preocupado y la encontró botada, toda azul, su cuerpo machucado y ella semiinconsciente. La llevó como pudo a su casa y la dejó en cama. Luego fue a ver a una médica que sacaba la mala suerte viendo los orines de la enferma. A todo esto la señora Juana estaba hinchada y adolorida, la médica la vino a ver para poder hacerle algún remedio contra el duende del pinal porque ella lo reconoció que eran un duende o varios de estos bicharracos que vivían en ese pinal.

Poco a poco la señora Juana empezó a recuperarse con los remedios y los secretos con la contra para atacar a los duendes. Tenían que cuidarla toda la noche, pero al pasar los días ya casi recuperada la señora ¡vinieron a su misma cama! a golpearla y le cortaron el pelo y nadie los sentía. Ella no podía ni hablar, estaba traumatizada, tenía mucho miedo. En la noche la cuidaban sus familiares pero el mismo duende los dormía a todos los que

cuidaban a la señora. Cuando llegaban a la pieza de la enferma la golpeaban, la orinaban, le ensuciaban con tierra y guano su cama, era algo increíble como amanecía la pobre señora Juana. La médica ya no se le ocurría nada más qué podía hacerle a los duendes para atacarlos. Entonces pidió a la familia 7 días para mejorar a la señora.

La médica salió camino a la costa y a los 2 días estaba de vuelta. Mientras ella estaba ausente tenían que tener a la enferma envuelta en sábanas rojas, en una urna velada viva con flores y velas, con gente día y noche como cualquier velorio, incluso los familiares tenían que llorar.

En esas 2 noches se escuchaban ruidos y cantos de pájaros muy raros, la médica les había dejado dicho para que no se durmieran los que cuidaban a la enferma que todos tenían que llevar una piedra en el bolsillo izquierdo. Cuando llegó la médica, pidió a don Pedro buscar cuatro hombres grandes, fuertes y valientes, como sea, pagándole dinero si es que era necesario. Los cuatro hombres tenían que tener un hacha y una manta negra y tenían que tomar posición a las 12 de la noche, uno cada esquina de la casa, con su hacha, su manta, una cruz y con una pizca de sal en la boca.

Los cuatro hombres hicieron su trabajo la señora Juana se mejoró de sus males y jamás los hombres dijeron nada porque era parte del secreto. Todo esto ocurrió en el sector de Los Riscos, comuna Purranque, X Región.

PRIMER PREMIO REGIONAL

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LOS CAMPESINOS DEL NORTE

CAROLINA ANDREA AVENDAÑO CATALÁN
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA E-23, VALLE SIMPSON
COYHAIQUE

Había una vez una familia que venía del norte buscando un futuro mejor para sus hijos. Don Manuel y su señora Esilda traían tres hijos: Tioli, Ana y Sara. Un día tomaron rumbo a la región de Aisén saliendo de Valdivia con sus carros de bueyes cargados con cosas más importantes, también traían caballos pilcheros con vicios (alimentos).

En este viaje tuvieron que pasar por distintos lugares y también por la Argentina ya que era la única forma de llegar por tierra a estos lugares, el viaje demoró tres meses durmiendo a puro campo y su comida era carne y tortas fritas. Después de haber andado estos tres meses llegaron a esta región la cual era puro montes matorrales y los caminos eran tan malos que le llamaban picados don Manuel con su hacha y machete tenía que cortar ramas y árboles para poder pasar con sus carros.

Don Manuel al llegar a un lugar que le gustaba mucho le dijo a su señora: “patrona aquí nos queda; este lugar es muy lindo”. La señora que también le había gustado el lugar, le dijo: “Sí, viejo, aquí vamos a formar nuestro hogar junto a nuestros hijos”. Y empezaron a pasar los días, meses y años en los cuales nacieron más hijos que se llamaban: Tito, Juan, Flora, Leti, Sabino, Coqui, Antonio y Lila, así como fueron pasando los años y don Manuel y la Sra. Esilda y sus hijos más grandes trabajando para hacer el campo útil para criar animales los que vendían para comprar alimentos que tenían que ir a buscar a la Argentina porque acá no habían y allá eran más baratos y para ir don Manuel tomaba sus caballos y pilcheros y salía. Él tardaba un mes para

ir y volver. En ese tiempo la Sra. Esilda se hacía cargo del campo y animales junto a sus hijos más grandes y así era su vida diaria entre trabajo viajes para poder surgir. Al correr de los años fueron llegando más pobladores al lugar que le llamaron: Ensenada, por estar rodeado de ríos.

Don Manuel y Sra. tenían la preocupación que sus hijos no podía ir a una escuela para que supieran leer y escribir, pero esa preocupación duró hasta que un día supieron que en casa de un poblador de Valle Simpson había una escuela. Entonces hablaron con el dueño de la casa que era don Delfín Jara y les confirmó que era verdad y así empezaron a mandarlos a estudiar a dos de sus hijos para que se acompañen porque tenían que venir de la casa de a caballo y traer su comida que consistía en pan, carne, cocido y leche de vaca.

Esta escuela donde don Manuel y Esilda tuvieron a sus hijos cambió de lugar y se oficializa con el nombre de Escuela Mixta N° 9 Valle Simpson y tenía como directora a la Sra. Emilia Jaño Guillet que era la única educadora para todo los niños que venían a la escuela, que no eran muchos, unos 15 más o menos entre estos niños estaban los otros hijos de don Manuel.

En esos años Valle Simpson era puro campo lleno de vegetación donde los caminos eran para andar de a caballo a lo más con carro de bueyes las cosas eran muy pocas cerca de la escuela y las demás casas quedaban a dos o tres horas para que los niños estudiaran.

Don Manuel cuenta que los niños después que salían de la escuela se ponían a hacer carreras de a caballos y apostaban su comida y el que perdía quedaba sin comer, después que se divertían cada uno se iba para su casa llegando a ella en la noche con mucho frío.

Al pasar los años a esta misma escuela comenzaron a estudiar los nietos de don Manuel los cuales se iban internos por la semana junto con otros porque la población comenzó a crecer y el colegio tuvo más profesores la educación fue mejorando como también la movilización; se hicieron caminos, andaban vehículos los campos fueron más limpios más casas alrededor de las escuelas y así fue avanzando la civilización hasta llegar a este hermoso colegio con internado con un importante grupo de profesionales que están educando a los nietos y bisnietos de don Manuel y Sra. Esilda la que ellas nunca ni sus hijos soñarían que esto iba a ser una realidad después de haber disfrutado tanto en los años 1920 hoy en el 2003 este Valle Simpson se haya convertido

en un pueblo y tenga una escuela llena de comodidades y buses para los niños y avances de la tecnología como es la computación.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

EL VIAJE A ENTRADA BAKER

MARCOS ANDRÉS SANDOVAL MORALES
ESTUDIANTE ESCUELA E-23, VALLE SIMPSON
COYHAIQUE

Había una vez un tropero llamado Luis Cárdenas que arreaba animales de Murta a entrada Baker. Un día cuando Luis arrea-ba yeguas a entrada Baker, ensilló su caballo tobiano y sus dos pilcheros negros y así emprendió su viaje hacia Entrada Baker.

Luis en el camino tuvo varios problemas. El primero fue cuando iba por llegar a Río Tranquilo y empezaron a caer grandes copos de nieve y Luis tuvo que acampar antes de llegar a Río Tranquilo, pero la nieve no se detenía y pasaron dos semanas nevando día y noche. Luis ya estaba quedando sin alimento y decidió seguir avanzando con la tropa de yeguas, pero la nieve seguía sin parar hasta que nevió un metro de nieve y Luis mira el cielo y ve que las nubes se empiezan a separar y se empieza a notar el cielo azul. Luis se alegró mucho y compró más alimento y se dirigió a río León.

Río León era un poblado pero sin negocios y Luis tenía que hacer durar su alimento hasta llegar a Guadal.

Luis antes de llegar tuvo otro inconveniente. Se le cruzaron dos zorros hambrientos y el perro ahí estaba para defenderlo, pero eran dos contra uno, Luis sacó su revolver y tiró dos tiros al aire y los zorros se ahuyentaron y él pudo seguir con su viaje.

Luis pasó por río León y siguió su camino hacia Guadal. En el camino se

encontró con un viajero que también iba a entrada Baker por el camino se fueron haciendo amigos. El viajero le ayudó a arrear y conversando pasaron Guadal y así continuó con su viaje compartiendo su comida y acordándose de su niñez.

Pero de repente llegaron a un mallín que se había formado con la nieve y la lluvia que había caído dentro de todo ese tiempo que llevaba viajando.

Al entrar el mallín una yegua se empantanó y Luis tuvo que bajarse para sacar la yegua empantanada, el viajero también tuvo que hacer lo mismo para ayudarle a su nuevo amigo. Después de un largo rato forcejando a la yegua, al viajero se le ocurrió una idea. La idea fue de tirar a la yegua con sus caballos y de repente salió la yegua como si la hubiesen tirado mil caballos.

La yegua se paró un poco débil y Luis con el viajero tuvieron que esperar un rato para seguir su camino. Cuando ellos descansaban la yegua se puso de pie y se unió a la tropilla, ellos quedaron sorprendidos al ver su rápida recuperación. Ellos ensillaban sus caballos y continuaron su viaje junto a la tropilla.

Cuando iban llegando a Entrada Baker, Luis vio que se le habían extraviado dos yeguas y lo malo era que a él no le tenía que faltar ninguna yegua, entonces tuvo que regresar a buscarlos y para no volver con la tropilla se las dejó encargada al viajero.

Luis dio la media vuelta y se devolvió por el camino, Luis se fue fijando muy cuidadosamente por el camino, cuando llegó al mallín, al entrar escuchó varios relinchos, Luis se dirigió hacia el ruido y vio que las yeguas estaban pastando y relinchando, él las enlazó y las llevó de tiro hacia donde estaba la tropilla.

Al llegar, su amigo lo estaba esperando con las yeguas y continuaron su viaje.

Cuando llegaron a entrada Baker, Luis entregó la tropa al dueño de las yeguas, quien le pagó muy bien y Luis se repartió con el viajero y así Luis siguió arriando animales de Murta a Entrada Baker.

Luis cuando viaja, siempre se acuerda de esa vez junto al viajero porque el viajero le gustó arrear animales y se puso a trabajar con su nuevo amigo Luis.

TERCER PREMIO REGIONAL

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LA ESTRELLA FUGAZ

ANA GABRIEL PERALTA CIFUENTES
10 AÑOS
ESTUDIANTE
LAGO VERDE

Un día vi una estrella fugaz y fui a avisarle a la Camila, que es mi hermana y no me creía, pero no sabía qué hacer porque no me creía y nunca había visto una estrella fugaz y pasó otra estrella fugaz y le fui de nuevo a avisar a mi hermana Camila y ahí me creyó porque la vio por la ventana y pedimos un deseo y ella pidió tres.

Y uno de esos deseos era que cuando grande quiere ser cantante y el segundo era vivir en una casa grande y el tercero era tener un computador.

Y el mío era el más importante, y era que no hubiera tantos problemas en el mundo, que no hubiera guerras, ni peleas, ni problemas, ya que después de que pedí el deseo fui corriendo a la casa, me puse a jugar con mi hermana Camila y después en la noche vi la televisión y justo en las noticias dijeron que habría terminado una guerra en Irak.

Y entonces creí en las estrellas y cada vez que salía a jugar en la noche miraba las estrellas para pedir un deseo nuevo.

MENCIÓN HONROSA

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

EL CABALLO DE MI ABUELO

ALEJANDRA MACKARENA SANHUEZA MONTECINOS
10 AÑOS
ESTUDIANTE
COCHRANE

Durante el mes de septiembre, donde el cielo es más azul, donde los volantines surcan el viento, nació mi potrillito de pelaje fino de color café, débil por un rato.

Se ve muy inteligente ya que de un golpe se paró. Mi abuelo está a mi lado, sus ojos están alerta por si mi potrillo necesita alguna ayuda.

Mi abuelo me cuenta que no es la primera vez que ve nacer un potrillito que cuando era niño en su casa había una yegua la cual era bien chúcara, nadie la podía montar, solo su papá. Ella lo obedecía y lo llevaba muy temprano al campo a cuidar las ovejas, vacas y sembradíos. En una oportunidad sus padres fueron al pueblo a más de un día de viaje a realizar unas compras antes que llegara el invierno que según algunos decían que iba a estar de lo más lluvioso su madre le horneó un rico pan y cocinó una rica sopa de pollo. Para esos días no era la primera vez que me dejaban solo. Yo sabía lo que tenía que hacer, eso sí, le pregunte a mi padre que si la yegua estaba por parir y él dijo con voz grave: “le falta; ella sabe que debe esperarme para su parición”. Entonces los vi alejarse en la carreta.

Así se fue el día. Rápido, con tanto trajín, me acosté cansado pensando en las labores del otro día cuando a lo lejos escuché el ladrido de los perros. Mi corazón latió más rápido. Sin pensarlo me levanté, prendí las velas y salí a ver qué pasaba. Me asomé por las ventanas y no divisaba nada, entonces salí al corral porque algo presagiaba. Al correr, sentí un gemido. Era la yegua

de mi padre que estaba botada. Me acerque tembloroso y supuse que ya venía. ¡Sí, mi potrillo nacería, ah!

Mi padre me había dicho que a mí me lo regalaría por mi trabajo de esos días, pero no sabía qué hacer. Siempre era mi padre quien todo lo sabía, así que me acerque a la yegua le dije que yo la ayudaría. Me miró con sus ojos de agonía y tiré con mis fuerzas de las patas del potrillo y así nació “Napoleón” lo bauticé no sé por qué, pero a él le agradó.

Al otro día mis padres regresaron y salí a su encuentro y les narré todo lo sucedido. Mis padres estaban orgullosos y felices corrimos a ver el nuevo potrillo”.

Qué linda historia, abuelo. Para hacerte feliz, también llamaré a mi potrillo “Napoleón II” en recuerdo de ese tu primer potrillo que trajiste al mundo. Mi abuelo se conmovió y un fuerte abrazo me dio.

MENCIÓN HONROSA

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

HISTORIA REAL

CARDENIO HIPÓLITO ALARCÓN BUSTOS
14 AÑOS
ESTUDIANTE
RÍO IBÁÑEZ

Esta historia comienza en el año 1991, cuando por causa de la explosión del volcán Hudson, mi padre emigra hacia Villa O'Higgins. Él, con mucho sacrificio, llegó a esos sectores con sus caballos, vacas y chivos, los cuales los arrearon desde Cochrane. En esos lugares los caminos son muy malos, con muchos pantanos y ríos, por lo cual se demoraba mucho en llegar al lugar antes señalado.

Un verano, estando con mi madre en una huerta, escuchamos que en la casa ladraban los perros y que alguien silbaba, ella me dijo: “no te asustes, solo Dios sabe qué tiene en la tierra preparado para nosotros”.

En algunas ocasiones se escuchan ruidos de motos, como el de la gente que trabaja en la montaña. Mis padres no tienen miedo, ya que a ellos les han pasado muchas de estas cosas, no sólo aquí, también en otro sector de Villa O'Higgins llamado río Mayor cerca de la frontera con Argentina han escuchado muchas veces que al frente de la casa a medianoche bajan las ovejas corriendo y los caballos detrás, los perros los corren hasta llegar a una playa y luego todo queda en silencio, cuando sale a ver nunca se ve nada.

También a mi hermano le han ocurrido cosas extrañas, él trabaja en un sector llamado La Vega, dentro de la misma comuna. En ese lugar se cuidan vacas y es así que en el mes de abril, juntando los animales para bajar a la invernada,

él iba con dos hombres más, tuvieron que separarse, él quedó con uno y el otro se fue solo con una punta de animales y ellos la otra. Fueron arreando rápido para alcanzar a su compañero que estaba con muchas vacas, pero al mirarlo se dieron cuenta que no estaba solo, alguien lo estaba ayudando, pensaron que era un vecino que había venido ayudarlo, pero al acercarse a la planicie se dieron cuenta que estaba sin compañía y le preguntaron: ¿Quién era la persona que te acompañaba? Él los miró con sorpresa, y les dijo que siempre había estado solo, “yo he arreado sin ayuda esta parte del ganado”. Se miraron los tres, algo extraño había sucedido... y recordaba la historia del jinete negro el cual por muchos años se ha visto en este sector.

Terminó de contarles historias reales de mi familia, ojalá que hayan sido de su agrado.

MENCIÓN HONROSA

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

EL HOMBRE DE NEGRO

LEONOR ESTRELLA GALLARDO ALMONACID
13 AÑOS
RÍO IBÁÑEZ

Mi abuelo Genaro siempre nos contaba la historia del Hombre de Negro, cada vez que tenía la oportunidad, era seguro que contaba su historia, en una hora señalada, en un velatorio, etc. Siempre la relataba con el mismo entusiasmo y sin cambiar nada, por eso al referirme a un recuerdo de mi abuelo, se me viene a la mente esta historia.

Era un hombre que viajó de la isla de Chiloé, hasta un pequeño pueblo llamado Puerto Río Tranquilo, en el cual tomó posición de un campo. En esos tiempos si había un terreno desocupado era normal apropiarse de él, sin ningún trámite, muy lejos en la cordillera.

Después de la llegada de este hombre al pueblo empezaron a ocurrir sucesos muy extraños, como ejemplo: se escuchaban gritos de hombres desesperados, pidiendo ayuda.

Y el otro suceso era un hombre que se aparecía entero de negro el cual era señal de mala suerte.

Una vez lo siguieron tres hombres a caballo los cuales aparecieron muertos como a los tres días, cerca del pueblo con marcas de azotes, golpes y moreteado por todos lados; y además cortes de cuchillos pero no profundos y sin demostración de pelea ni sangre.

Después de este suceso pasó un largo tiempo sin aparecer el mentado jinete negro.

Como a los tres meses, un día viernes por la tarde apareció el jinete negro galopando y cruzó el pueblo.

Por lo cual un grupo de señoras hizo un gran escándalo y nuevamente dos valientes caballeros siguieron con los mejores caballos de la zona, los cuales tuvieron el mismo destino de los otros tres anteriores; pero hubo un tercer hombre el cual lo siguió escondido y descubrió que al llegar a una cierta parte, llamada la Piedra Escrita, desaparecía aquel jinete y apareció un hombre pobremente vestido y al acercarse muy cuidadosamente y mirarlo por entre los matorrales descubrió que era Alberto, el hombre que venía de Chiloé.

Muy confundido volvió al pueblo y se reunió con la gente y les explicó lo que había visto y disidieron ir hacerle una visita a aquel hombre.

Al llegar a la casa de aquel hombre se encontraron con una sorpresa, en la mesa habían libros de magia negra, fotos de animales desconocidos pegados en la pared y en esa casa solo habían rastros de que ahí solo vivían animales. Cuando decidieron volver al pueblo se encontraron con la sorpresa que aquel hombre venía del campo con una tropa de animales, ellos al verlo arrancaron al pueblo, al llegar al pueblo ellos entraron a una cantina y ahí estaba junto a dos hombres desconocidos, fue una sorpresa encontrarlo; después de un rato fueron, después se escucharon gritos de una mujer que gritaba- volvió el jinete negro con dos hombres-. Estos dos hombres que lo acompañaban se vestían igual que él, la única diferencia que tenían con el jinete negro era sus caballos, uno tenía una mancha blanca en el frente y el otro tenía una pata blanca, los hombres salieron de esa cantina armados dispuestos a matarlos a los jinetes, lo que no dio resultado, ya que, los acompañantes junto al jinete lograron arrancar, en realidad los le tiraron unos balazos y al parecer no les hizo nada. De aquel mentado jinete negro nunca se supo nada.

Una semana después los hombres del pueblo decidieron ir a la casa de Alberto, en el campo y se encontraron con la sorpresa que lo única que había era una yegua colorada con un potrillo completamente negro, era el caballo más hermoso que los hombres habían visto jamás, aparte de aquel caballo que usaba el jinete negro.

Esta historia es verdadera, mi abuelo y muchas personas cuentan lo que ocurrió en este pueblo llamado Pto. Río Tranquilo.

PRIMER PREMIO REGIONAL

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

CORAZÓN DE ESCARCHA

CARLA PAZ WITTO BELLO
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA DIEGO PORTALES
LAGUNA BLANCA

Hace muchísimo tiempo, en las frías y olvidadas tierras de la región de Magallanes, ocurrió una bella historia de amor, que por desgracia no tuvo un buen final.

Fue en la lejana provincia de Tierra del Fuego, una isla que está frente a la ciudad de Punta Arenas y cuyas costas son bañadas por el océano Pacífico, el mar de Drake y sobre todo el estrecho que lleva el nombre de mi región, “Magallanes”.

Mi abuelito me contó que Perla era la hija de un estanciero muy adinerado. Cuando llegó la esperada época de esquila, contrataron a muchos peones, quienes ayudaban y trabajaban solo por esa temporada. Entre estos trabajadores había un joven, muy apuesto de cabellos rubios como el oro y ojos claros como el color del cielo y el mar, él era Juan Aravena.

La joven Perla tenía un corazón de oro, era una joven muy hermosa y de sentimientos puros. Su cabello era negro, en él se reflejaba el tibio sol del verano. Sus ojos eran tan cristalinos que parecía que se podía ver su interior.

Ella era muy inquieta, por lo que en esta época disfrutaba mucho, pues conocía gente nueva, aunque su padre no estaba de acuerdo con esto, ya que su madre había fallecido hacía algunos años y él protegía demasiado a su única hija y compañera.

Juan era un amante de la lectura. Un día cuando caminaba descalzo por la fría arena de la playa, cercana a la estancia, leyendo un libro de poesías, se encontró con perla que estaba sentada sobre una roca escribiendo su diario de vida.

Así se conocieron la acaudalada joven y Juan, quienes se sintieron muy atraídos inmediatamente, incluso parecía que se conocían de toda la vida. Comenzaron a conversar sin darse cuenta del paso de las horas. Antes de regresar a la casa de los trabajadores, Juan le robó un beso y así se inició este idilio.

Lamentablemente faltaba alrededor de una semana para que la temporada de esquila terminara. Para pasar más tiempo juntos, Juan y Perla escaparon al campo, a un espeso, pero hermoso bosque de lenga. A las orillas de una laguna, sentado en una roca se juraron amor eterno, y se prometieron que no permitirían que nada ni nadie los separara, luego de esto sellaron la promesa con un apasionado beso.

Escondido tras un arbusto, estaba el padre de la joven, quien los siguió y al ver este beso se dijo a sí mismo; “prefiero ver a mi hija muerta que con ese joven que no la merece. “Qué diría la gente de nuestra sociedad si la vieran besándose con un peón de campo”. Muy enojado corrió hasta la ruca de la última descendiente indígena de la zona. Junto con ella planearon envenenar al joven el día de la fiesta de finalización de esquila.

Llegó el esperado día para el padre de la joven y el día fatal para el amor de estos dos muchachos. Había vino y carnes en cantidades. Juan tenía una copa en la mano. Siempre miraba de reojo a su eterna enamorada.

La hechicera indígena con mucha habilidad y sin que nadie se diera cuenta introdujo un líquido dentro del vaso de vino. Esperando resultados satisfactorios se fue. Al poco rato, Juan cayó al suelo, trataron de ayudarlo, pero no pudieron salvarlo y murió allí ante los ojos estupefactos de la gente.

Perla lloraba a mares, estaba destrozada. Su padre la tomó del brazo y la encerró en su dormitorio. La joven estaba desesperada, sentía un dolor inmenso, lloró hasta que se quedó dormida.

Al otro día llovía mucho, como si el cielo estuviese llorando la muerte

del joven que murió solamente por haberse enamorado y no renunciar a ese amor.

Pasaron los días, la joven no salía de su habitación.

Ya se aproximaba la llegada del invierno y la muchacha se sentía cada día peor. No encontraba consuelo. Dejó una carta en la que explicaba la decisión tomada a su padre y se fue al atardecer sin que nadie la viera.

Corrió sin dirección, raramente sus pies la llevaron a la laguna, donde vivió sus más hermosos momentos. Se sentó en la roca donde fue besada por primera vez.

Comenzó a nevar muy espeso, se escarchó todo a su entorno y junto con el paisaje escarchó su corazón. Murió con su cuerpo tibio como si estuviese en los brazos de Juan que la cuidaba y le entregaba calor, pero su corazón quedó como una piedra, pensando en ese gran amor que le dio tanta dicha y tanto dolor a la vez.

Tal vez, por esta razón en esta, la región más austral del mundo, cada cierto tiempo, temprano nieva con un tibio sol y mucho viento, y en la tarde escarcha fuertemente como el día en que se escarchó el corazón de la joven hija del estanciero.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

BELARMINO Y SUS OVEJAS

DANILO ALEJANDRO VILLEGAS VALDERRAMA
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA DIEGO PORTALES
LAGUNA BLANCA

Hace algún tiempo me encontraba junto a mi abuelo Manuel sentado al lado de la chimenea de nuestro hogar, conversamos de muchas cosas, pero lo que más recuerdo es una historia que le ocurrió a su hermano Belarmino.

Lo que me contó fue lo siguiente:

Corría el mes de agosto del año 1995, año en el que se produjo una gran nevazón, la que todos conocemos como el “Terremoto Blanco”.

El fuerte viento reinante arrastró la nieve, dejando lugares impenetrables para todo tipo de vehículos terrestres, se cerraron caminos y quedaron aisladas muchas personas que vivían en puestos y estancias. Una de ellas fue Belarmino, el hermano de mi abuelo que en aquella oportunidad había salido en su caballo camino a la ruta 9 norte, para dirigirse a Punta Arenas e ir a visitarlo, como ya era tradición entre ellos.

Sin embargo, la nieve la tenía preparada una inesperada y gran aventura. Dividió en la gran extensión blanca del campo unos montículos que se movían con gran dificultad. Se acercó como pudo a ellos y con gran sorpresa se encontró con su piño de ovejas, los pobres animales prácticamente no podían caminar por la gran cantidad de nieve que se había acumulado. Al verlas tan desvalidas pensó en salvarlas, tratando de llevarlas al puesto que rato atrás había dejado, sin pensar en su hermano que lo esperaba.

Su lucha con el viento y la nieve fue muy intensa, avanzó la mayor cantidad de metros que pudo, pero las inclemencias hicieron que su gran esfuerzo fuese nulo, ya que las ovejas no podían caminar y su caballo cada vez acortaba más los trancos y las patas se le debilitaban. Las fuerzas ya querían abandonarlo, el frío era insoportable, las ovejas ya no avanzaban y lo peor de todo era que el puesto no se divisaba por ningún lado, en el blanco paisaje que se veía.

De pronto a Belarmino se le vino a la mente el recuerdo de su hermano y se acordó que Manuel lo estaría esperando en Punta Arenas. Titubeó por un momento, ¿qué hacer? No tenía cómo avisarle que se encontraban perdido en medio de la nada e intentaba salvar a su piño; tarea que ya veía imposible de realizar.

En ese momento se percató de que solo tenía una cosa por hacer: salvar su propia vida, pero hasta eso le pareció muy difícil de lograr, pues el panorama era desolador. Aturdido ya por el frío y el cansancio, sin darse cuenta, cayó de su caballo y perdió el conocimiento.

No sabe cuánto tiempo transcurrió, pero un ruido ensordecedor y las voces de unos hombres lo despabilaron. Era una patrulla de anfibios de la Armada de Chile, que lo había encontrado gracias al aviso de Manuel (mi abuelo), quien al enterarse de las malas condiciones climáticas, supuso que a Belarmino le había sucedido algo, al no llegar el día en que lo esperaba.

Lo que nadie se explicaba era cómo había logrado sobrevivir bajo esas condiciones, por tanto tiempo: aquellos humildes animales a los cuales él había tratado de salvar con tanto empeño, fueron los que en definitiva le salvaron la vida, pues le dieron abrigo.

Con estas palabras y los ojos llenos de lágrimas, mi abuelo concluyó la historia de su hermano Belarmino; un hombre de campo que sobrevivió al Terremoto Blanco, gracias a su piño, al que desde aquella vez cuida con mucho más amor.

TERCER PREMIO REGIONAL XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

PERDIDO EN LA NIEVE

YINETT SOLEDAD RIQUELME VALDEBENITO
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA DIEGO PORTALES
LAGUNA BLANCA

En la localidad de Villa Tehuelches vive un joven llamado Gabriel que cuenta una historia sobre una experiencia pasada:
“Yo vivía en una estancia llamada “El Jardín”, en realidad, en verano lo parecía, los campos cerca de nuestras casas eran como unos bellos arcoiris, llenos de flores, llenos de vida.

Mi padre Alberto Fuentes era feliz en su hogar, trabajando de capataz en aquel hermoso lugar y mi madre Lucila Rodríguez cocinaba para los esquiladores. Mi hermano Juan, de solamente nueve años y yo jugábamos y andábamos a caballo.

En invierno, cuando Magallanes se cubría con su blanca manta de nieve, todo era mejor aún. Cuando en las tardes mis padres no trabajaban, todos participábamos en crear y hacer figuras con la nieve. En esos momentos nos olvidábamos de las rosas sobre la mesa, las manzanas verdes y los chapuzones en el río, cerca de casa.

Mi hermano Juan me decía: Gabriel, espero con ansias que llegue la tarde para jugar con mamá y papá, yo deseaba lo mismo y corría a ver la hora. Cuando veíamos aparecer a mamá íbamos corriendo a abrazarla.

Un día estábamos jugando, el papá nos contó que a veces cuando salía a recorrer los campos no encontraba los senderos para regresar porque se perdían en la espesa nieve, cuando escuchamos eso nos asustamos mucho porque él siempre allá salía aunque estuviera muy malo el tiempo.

Una semana después, había atardecido y mi hermano y yo estábamos pegados a la ventana esperando a nuestro papá que no aparecía por ningún lado y ya tendría que haber llegado.

Los minutos y las horas pasaban, mi mamá y nosotros nos poníamos cada vez más nerviosos.

Nuestra madre no podía más y decidió salir a buscarlo a caballo. Quise acompañarla, pero ella se opuso enérgicamente, pues me dijo que tenía que quedarme con mi hermano ya que él no podía quedarse solo.

Mamá avanzó sólo un kilómetro y vio a mi padre que venía arrastrándose en la nieve. Ella lo ayudó a llegar a la casa y cuando estuvo con nosotros nos abrazó muy fuerte y con lágrimas en los ojos nos contó que se había perdido por la densa neblina y la espesa nieve. Su caballo Trueno resbaló, se asustó mucho y lo botó sobre unas matas de calafate, pero el pobre animal no pudo evitar caer a un profundo barranco que debido a la gran cantidad de nieve que cubría el lugar no se veía claramente. –“Gracias a Dios estoy vivo hijitos”- nos dijo muy emocionado.

Desde ese trágico día, mi padre nunca más salió a recorrer los campos solo en invierno.

Yo, cuando cumplí catorce años, comencé a acompañarlo para cuidarnos mutuamente”.

MENCIÓN HONROSA

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL TERREMOTO BLANCO

PATRICIO JAVIER VERA PAREDES
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA DIEGO PORTALES
LAGUNA BLANCA

Era una tarde cualquiera, estaba lloviendo muy fuerte y yo estaba en mi pieza súper aburrido, cuando de repente mi abuelito me llamó desde la cocina para contarme un cuento de un amigo que él tuvo. Me dijo que un día en una casa ubicada en la montaña, vivía un joven de 20 años que se llamaba Jorge, vivía junto a su mamá que se llamaba Doris. Lamentablemente Doris tenía problemas para respirar.

Un día en que Jorge salió a caminar por la pampa ocurrió algo inesperado, empezó a nevar muy fuerte y tuvo que volver a su casa. Durante varias horas nevó intensamente. La señora Doris le dijo a Jorge que hacía mucho frío y que trajera más leña antes que se moje.

Ya habían transcurrido varias horas y todavía seguía nevando, la nieve ya estaba que alcanzaba las ventanas de la casa. Jorge y Doris no podían creerlo, creían que la nieve iba a tapar la casa.

Nevó durante dos días, fue una verdadera catástrofe. Jorge estaba muy asustado, porque se le podía acabar la leña y la comida.

A la mañana siguiente Jorge se levantó muy temprano para prender fuego, para que la casa quedara calentita cuando se levantara su mamá.

Cuando el niño estaba tomando desayuno, escuchó un grito de su madre que estaba en la pieza y fue inmediatamente a verla. Cuando llegó a la habitación

vio que su mamá no podía respirar, se asustó, no sabía qué hacer, y abrió la ventana para que entrara aire. Doris se quedó un poco más tranquila, y se sintió mejor, mientras tanto Jorge salió para ver si se veía alguien porque temía que su mamá volviera a sentirse mal.

En el cielo se veían aviones que pasaban muy alto y a Jorge se le ocurrió una idea. Fue al campo a buscar leña, que apenas pudo traer por la alta nieve, que casi le impedía caminar, ésta le llegaba hasta la cintura. Por el camino vio a varios animalitos muertos a causa de la nieve. Realizó como cinco viajes, estaba muy cansado, cuando ya tenía todos los palos, Jorge los ubicó formando la palabra auxilio para que los aviones la vieran.

Al llegar la noche, la mamá de Jorge nuevamente comenzó a presentar problemas para respirar, el medicamento que tomaba se le había terminado, el niño lloraba de la impotencia y el temor.

Esa noche pudo dormir, pero con dificultad.

El niño pasó la noche en vela y se le ocurrió hacer una fogata inmensa para que pueda ser vista desde el aire.

Al otro día, en la mañana llegó un helicóptero de Carabineros de Chile, el que trasladó a la madre y a su valiente hijo a la ciudad de Punta Arenas.

La madre se recuperó y se sintió orgullosa de tener un hijo que a pesar de su corta edad pudo protegerla como lo hubiese hecho el más valiente de los seres cuando peligró la vida del ser que más ama.

PRIMER PREMIO REGIONAL

REGIÓN METROPOLITANA

LA PIEDRA DEL INDIO

CARLOS ALFONSO POBLETE ANCALUÁN
13 AÑOS
ESTUDIANTE COLEGIO G-498, SANTA ROSA
SAN PEDRO

Hace unas décadas, un hombre indio venía arrancando de los carabineros desde muy lejos con un botín de monedas de oro y billetes que decidió enterrar bajo una gran piedra que levantó con ayuda de unos troncos. Al hacer esto escapó lo más rápido que pudo, pero ya habían informado a todos los pueblos cercanos, por lo que su captura no fue difícil.

El indio nunca dijo dónde había ocultado el tesoro y a pesar de que se realizaron muchas búsquedas en diferentes lugares después de un tiempo la búsqueda fue cancelada.

En una ocasión tres campesinos andaban en un cerro cuando uno de ellos se alejó del grupo en compañía de su perro. Este hombre sintió que la tierra empezaba a temblar saliendo de ella un culebrón que sin darle tiempo de nada lo mató y le comió el dedo pulgar del pie derecho. Otro culebrón se comió al perro. Los otros dos hombres sintieron los ladridos del perro antes de ser comido y se acercaron al lugar para ver qué pasaba siendo devorados de la misma forma.

Los culebrones eran los guardianes de la piedra en donde se encontraba oculto el tesoro enterrado por el indio.

Pasaron algunos años y un hombre al que le contaron lo ocurrido fue al lugar dispuesto a dar la pelea a los culebrones incluso pudo herir a uno de ellos, pero lamentablemente corrió la misma suerte que los anteriores por lo que nadie de ahí en adelante se atrevió a ir a ese lugar.

Cuentan los lugareños que el tesoro se encuentra bajo una piedra con forma de ataúd con tres hoyos en la parte superior que muestra el lugar por donde salían estos animales que se comían los pulgares de la gente puesto que al indio le faltaba el pulgar de su pie derecho. Esta piedra se puede encontrar en el Peumo Alto, bajo un lugar lleno de boldos a la espera del próximo



SEGUNDO PREMIO REGIONAL REGIÓN METROPOLITANA

LEYENDA DE GUANAY

MARYORI FERNANDA MUÑOZ CUETO
13 AÑOS
MELIPILLA

Desde los orígenes de la entonces renaciente Villa Nueva Bilbao, por los años 1810, en los inicios de nuestra independencia como república al sur del río Maule, esta pequeña villa de veraneo de algunos señores de la aristocracia, que me señalaba mi padre según su recuerdo, conforme el legado de mi abuelo don Miguel Ángel Muñoz Rojas, quien desde el año 1944, llegó a la entonces ya constituida ciudad de Constitución, en honor a la carta fundamental de la Constitución Política de Chile, a ejercer su trabajo como constructor naval, ordenado por su señor padre don Juan Muñoz Ortega, quien mantenía sus astilleros en los actuales astilleros de la Armada Asmar de Valparaíso en la 5ª Región.

Bueno, mi abuelo Ángel desde sus inicios trabajó con muchos obreros, entre los que se contaba uno muy especial y a quien siempre nombró como a sus niños, especialmente a éste le decía maestro “Choche”, quien comenzó desde muy joven ganándose su confianza, según cuenta mi padre quien desde muy pequeño jugaba entre grandes vigas del famoso roble apellinado, escuchando las historias de los maestros referente a los “Guanay”, cuando estos diestros labradores con su herramienta llamada anzuela, con gran destreza formaban las cuadernas, quillas, rodas, ligazones, codaste, berduguetes, para dar formas a los monstruos de color negro por su gran tamaño llamados “faluchos maulinos”, antigua construcción conocidos desde muchos años atrás, tanto en los puertos de Lima, Perú; y el puerto de Ica, por su gran tonelaje, para trasladar tanto el guano, salitre, harina de pescado y últimamente el cobre chileno, ese elemento en los puertos de Chile como Chañaral, Antofagasta,

Arica y Tal Tal. Los que mandaban a construir la Empresa Minera Soquimich.

En el año 1957, en enero, mi abuelo ganó la concesión para la construcción de varios faluchos, para el Perú, los cuales ya una vez que estos fueron terminados uno a uno en un total de doce de estas cáscaras negras con manta blanca, cuenta mi padre que según la leyenda solamente estas embarcaciones toleraban a los marinos llamados los “Guanays” (gente de mar) en lengua india. Señalado por algunos escritores nacionales y criollos, estos marinos, gente sencilla muy trabajadora y temeraria, buenos cocineros guiaban estos gigantes solo por un compás, instrumento magnético, siempre observando las pajaradas, grupos de aves gaviotas, o simplemente por los cardúmenes de anchovetas, pescadas o los infaltables delfines o los perritos del mar, como estos marinos los llamaban por su jugarretas, saltos acrobáticos, y que generalmente estos eran la única compañía que mantenían por largos treinta y cinco a cuarenta días la navegación, a una distancia de la costa de 15 millas náuticas de la costa, aprovechando las corrientes marinas. Me cuenta mi padre, que cuando era estudiante del colegio de los Hermanos Maristas, cierto día, y debe haber sido un día sábado o domingo del mes de octubre de 1969, cuando llegaba de regreso un falucho a la desembocadura del Río Maule, que había quedado a la gira en la cuadra de Constitución, en esa oportunidad esta embarcación era remolcada por un pesquero, tripulado por cuatro marinos. Uno de ellos, el capitán Mogao, sobrenombre por su piel oscura piel dorada por el aire marino y el constante trabajar bajo los rayos del sol, de una sonrisa y gesto amable, buen padre de familia, amaba a sus hijos, pero valiente como lobo marino, nunca hubo otro marino o “Guanay”. Bueno cuando él practicó les daba señales con sus banderitas de colores, como niño que saluda y da la bienvenida a un ser querido, mi padre sin saber que de esas señales depende la vida de estos hombres y que este código solo lo saben estos grandes hombres que luchan día a día por la bravura del mar. Bueno, una vez que este señor dio la señal convenida, el pesquero que remolcaba al falucho arremetió en contra de las grandes olas dándose cuenta mi padre, por la gran bocanada de humo negro que este pesquero arrojó por su chimenea, como un toro bravío y furioso por la demora del práctico, que daba las señales para que regresara a puerto seguro y poder carenar y reparar toda sus maniobras, cuando de pronto como un castigo por la insolencia de los tripulantes del pesquero, por querer pasar a llevar la voluntad del dios del mar “Neptuno”, molesto por desafiar sus mandatos, que según cuenta la historia de la Villa, pesquero que sale de los astilleros maulinos jamás vuelve a entrar, el Capitán Mogao, en un intento de arrojo

y valentía y decidido a separar ambas embarcaciones, tomando una azacha, herramienta de doble filo, al tratar de cortar el cabo cable o denominada en el término marino como “espía”, ésta se tensó justo cuando este marino trató de separarlas con un certero golpe de hacha rebotó sobre la espía, golpeándole su cabeza, acto que lo llevó al fondo del mar siguiéndolos casi la totalidad de los siete marinos dejando solo unos con vida. Nunca comprendimos el porqué no era posible que ninguno saliera con vida de la famosa barra del río Maule, la que se indignaba con sus hijos quienes sabiendo de la maldición que existe, no hicieron caso de legado, como bien lo saben estos famosos marinos llamados “Los Guanays”, (gente de mar).

Su amada esposa junto a sus dos hijos, mi padre y muchas personas que por muchas semanas esperaron a la orilla del mar rogando al Todopoderoso que entregase a este marino, que se lo llevó a su reino, para nunca entregarlo, ya que él mismo decía que el día que se fuera de este mundo su deseo era ser entregado al mar. Cumpliendo con su gran anhelo, el mar se lo llevó.

TERCER PREMIO REGIONAL REGIÓN METROPOLITANA

LA TORTUGUITA HERIDA

VANESA MONSERRAT ÁLVAREZ MOR
ESTUDIANTE ESCUELA G-130, EL PRADO
SAN PEDRO

Y había una vez una niña muy humilde y muy pobre. Un día ella encontró unas semillitas botadas, pero ella no sabía que las semillas daban frutos. Ella no iba a la escuela ya que los padres ni siquiera tenían dinero para comida y no podían llevarla a la escuela. Los padres trabajaban mucho pero no les lucía el dinero, era la gente del pueblo muy mala y discriminaban a los pobres pero ellos no se amargaban a pesar de todo, eran felices. Pero a la hija le gustaban mucho los animales, pero los padres no tenían dinero para comprar un animal de mascota. Un día la niña encontró una tortuguita herida en el campo, la niña la tomó y encontró una tira. La rajó y la usó de venda. La llevó a un lugar seguro, le puso hojas para tatarla y la dejó en una cueva. Todos los días venía a verla la pobre tortuga. La niña veía bichos y los atacaba y se los llevaba a la tortuga, pero a la tortuga no le gustaban los bichos y decía la niña eres muy mañosa aprovecha la comida ya que está muy rica. La niña llegaba muy tarde a la casa y los padres se preocupaban por la niña. Al otro día la niña encontró muchas monedas de oro en el campo y la niña se había vuelto millonaria y se llevó todas las monedas de oro a la casa y a la tortuguita herida y había pasado un año y las semillas dieron muchos frutos y así tenían comida para todo el año y así la niña la llevaron al colegio.

Y fueron felices para siempre.

MENCIÓN HONROSA

REGIÓN METROPOLITANA

LAS AVENTURAS DE “DON RAFA”

MARÍA FRANCISCA ARAOS ÁLVAREZ
14 AÑOS
ESTUDIANTE COLEGIO MELIPILLA
MELIPILLA

En una de nuestras tertulias familiares, mi tío “Dago” comenzó a recordar lo que a continuación voy a relatar:

Uno de los hijos del patrón del fundo San Juan de Popeta, llamado Rafael Morandé, quien ejerció como Gobernador y posteriormente como Alcalde de Melipilla, era reconocido por los campesinos por su simpatía y audacia. Desde muy joven le gustó hacer diabluras y picardías a los campesinos del sector.

En ocasiones, piloteaba una avioneta que arrendaba en el Club Aéreo de Melipilla. Esta era de tamaño pequeño y su estructura forrada con una tela similar a la de las carpas. Para hacerla partir, un campesino tenía que hacer girar la hélice que se ubicaba en la parte frontal del aparato. La avioneta era la novedad de la época, ya que por el sector en donde él vivía jamás se veía pasar este tipo de medio de transportar.

A los campesinos les gustaba presenciar los aterrizajes de don Rafa en pistas que improvisaban en dos potreros, uno se llamaba “5, Los Hornos”, y el otro se llamaba “Potrero del I”.

Tanto hombres como mujeres se agolpaban para recibir a este novedoso aparato.

En ocasiones, don Rafa aterrizaba de noche y los campesinos encendían señuelos de paja para orientarlo al momento de descender.

Esta osadía, le llamaba la atención a todos los lugareños, quienes deseaban vivir la experiencia.

En una oportunidad, don Rafa invitó a un capataz del fundo llamado Cesario Mallea a vivir la añorada experiencia. Don Cesario, acostumbrado a las experiencias fuertes, se atrevió y sin pensarlo dos veces se subió a la avioneta.

Don Rafa tenía la mala costumbre de asustar a las personas que viajaban con él, haciendo piruetas en el aire, apagando el motor en pleno vuelo, con lo cual dejaba a los campesinos con el corazón en la mano.

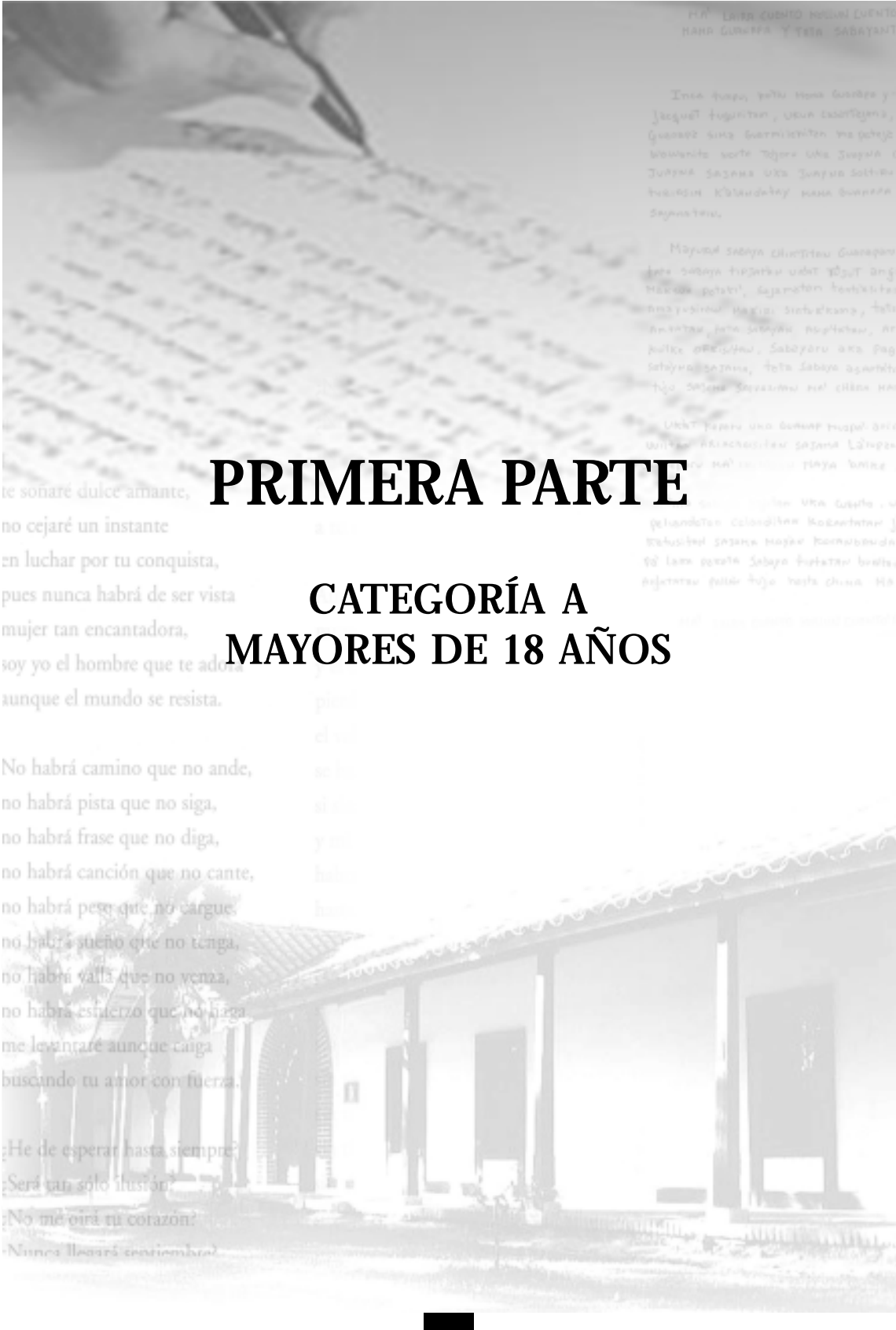
Don Cesario, según mi tío Dago, iba muy asustado, más aún cuando don Rafa le dice: “Afírmate, hombre, porque nos vamos a matar” y de repente apaga el motor en el aire y se puso a hacer piruetas que según mi tío, hicieron perder el habla a don Cesario, el cual nunca más pudo hablar normalmente porque su voz no le salía, parecía que hablaba con la garganta.

Esta historia la recuerdan mis 2 tíos que son oriundos de esta tierra y que siempre recuerdan las aventuras de “don Rafa”.

(Escrito en memoria póstuma de don Rafael Morandé Fernández, fallecido en el año 2002).







1911 LA RAZA CUBANA HUBO QUE EN
HABA GUERRA Y TERA SABATANT

Inca fupen, withi nona Guadalupe y
Jacquet fugintan, una sabatantana,
Guasos una Guernichtan me potoyo
mouante vorte Doyra una Juana y
Jurema sagana una Junyia Sotteru
tuandin K'laudatay nana Guernich
Sagantana.

Mayord sabaya clumrtan Guernich
Jera sabaya fupenku udit yout ang
MAYOR potati, sagantana fupenku
mayor-sinua Mayra, Sotteru, fupen
mouante una sabaya fupenku, ar
pulle m'p'istana, Sabayaru una pag
Sotteru-santana, fupen sabaya agantana
fupen Sabaya Sagantana na' ch'laa na'

Udit fupen una Guernich fupen' d'na
Sotteru fupenku-sar sagana L'ngan
fupen na' ch'laa fupenku fupenku

Inca fupen, withi nona Guadalupe y
Jacquet fugintan, una sabatantana,
Guasos una Guernichtan me potoyo
mouante vorte Doyra una Juana y
Jurema sagana una Junyia Sotteru
tuandin K'laudatay nana Guernich
Sagantana.

Udit fupen una Guernich fupen' d'na
Sotteru fupenku-sar sagana L'ngan
fupen na' ch'laa fupenku fupenku

PRIMERA PARTE

CATEGORÍA A MAYORES DE 18 AÑOS

te sonaré dulce amante,

no cejaré un instante

en luchar por tu conquista,

pues nunca habrá de ser vista

mujer tan encantadora,

soy yo el hombre que te adora

aunque el mundo se resista.

No habrá camino que no ande,

no habrá pista que no siga,

no habrá frase que no diga,

no habrá canción que no cante,

no habrá peso que no cargue,

no habrá sueño que no tenga,

no habrá valla que no venza,

no habrá esfuerzo que no haga

me levantaré aunque caiga

buscando tu amor con fuerza.

He de esperar hasta siempre?

¿Será tan sólo ilusión?

¿No me girá tu corazón?

¿Nunca llegaré a tu corazón?



PRIMER PREMIO NACIONAL

FLORENTINA DEL CAMPO

LAURA NIVIA JAQUE ZÚÑIGA
53 AÑOS
COMERCIANTE
CUNCO

Señores y señoritas,
yo me quiero presentar
con mi modesto cantar
y mi humilde poesía;
perdónenme la osadía,
disculpen mi atrevimiento,
pero heredé los talentos
de mi taita y de mi mamá,
y aunque no busco la fama
quiero expresar lo que siento.

Soy Florentina del Campo,
un «retazo» del folclor,
hija de un gran payador
y una excelente poetisa;
mi taita causaba risa
cuando se ponía a cantar,
mi mamá hacía llorar
con su solemne poesía,
que sólo ella sabía
como nadie interpretar.

Después de presentarme
les contaré brevemente
que estuve veinte años ausente
de mi Novena Región,
llevando en el corazón,
con mucho amor, a mi gente,
añorando especialmente
la de mi querido Cunco
y también la de Temuco,
donde estudié unos semestres.

Sin embargo al regresar
no hubo lugar para mí,
un gran portazo recibí
incluso de mis parientes;
un antiguo pretendiente
me ha declarado la guerra,
¡todos la puerta me cierran
y no comprendo por qué,
si en todas partes dejé
bien puesto el nombre e' mi
tierra!

He tenido que vivir
en cien hogares distintos,
huyendo de mil conflictos,
por todita la región;
¡casi me comió el león
allá en la casa del Nano,
una noche de verano
que al baño me levanté!,
y del susto que pasé
me fui donde un primo hermano.

Ya me despido cantando
y rindiéndole homenaje
a estos agrestes paisajes
donde yo busco la paz;
la luna su claridad
derrama sobre mi canto,
cubriéndome con su manto
de estrellas, diáfano y puro,
y Adonai, les aseguro,
me bendice desde lo alto.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL

¡NUNCA MÁS!

HERIBERTO MAXWELL AGUIRRE
64 AÑOS
ADMINISTRADOR EDUCACIONAL
LA SERENA

I

Nunca más... Frase actual
muy repetida.
Memoria frágil,
que mucho olvida.
¿Qué dirán desde su tumba,
profunda herida
mis campesinos muertos,
en crueldad tan fratricida?
Treinta años no son pocos
en la vida de esos hijos,
que recuerdan hoy a un padre
que luchó por ideales,
con el gran pecado a cuestas
de querer ser fraternales.

II

“Reconciliación”... se dice,
“que desaparezca el odio”...
se escucha.
Y debajo de yerta costra
que despojos humanos tapa
ya no hay eco que responda
al quejido de sus almas.
Y de mi alma adormecida

con recuerdo retumbante
entre cerros y quebradas
del querido Norte Chico
surge el ser adolescente,
con recuerdos de la amada
en la tarde refulgente.

III

Minas viejas, piques hondos;
donde alguna vez fumando
con hermanos fusilados,
vislumbramos el Futuro
como cinta tricolor,
deshilachada y al viento
en preámbulo de furor.
Subterráneas vetas de oro
con el ronco trepidar
de temblores y añoranzas
de ese fruto del chañar.
Y de calles polvorientas
con acequias cristalinas
que ese niño vio pasar.

IV

Ni coronas de papel,
ni claveles de hojalata
estarán en esas tumbas
ignoradas y remotas.
Sólo ingrato recordar
en las hojas enterradas
de un pasquín amarillento
que nos cuenta de violencias
de ideales y protestas.
Cómo el Hoy parece Ayer
cuando escucho nuevamente
cómo hijos ya sin padre
claman hoy por una ausencia
y una vida como apuesta.

V

Y la Ley pregunta a coro
¿Es la Ausencia la que impulsa
tu desdén y tu indecoro?
¡No!... dice el niño rencoroso
más que ausencia es lo que siento.
Ausencia de Amor, en las palabras
Ausencia de temor en los arrojados
Ausencia de dolor, en las miradas.
Ausencia de luz, en mis recuerdos...
que se borran lentamente
cuando añoro adolescencia,
pizarrones blanquinegros,
y ese pan con mantequilla
del recreo candoroso.

VI

¿Qué será de los ya muertos
por infames manos verdes
que traicionan a las rosas
y a los rojos cardenales
en las cruces que no han puesto?
¿Qué será del compañero

que con chistes oportunos
tejió un sol en mis recuerdos?
¿Será tu tumba, amigo ausente,
conocida en algún día?
Cuando hijos de mis hijos
de la historia subyacente
sólo conozcan el apodo
del malvado presidente.

VII

Mucha agua ya ha pasado,
como dicen, bajo el río.
¡Nunca más! dice la gente,
Olvidando como siempre
al que yace bajo tierra
descansando eternamente.
¡Nunca más! Hermano mío,
hoy se escucha nuevamente.
¡Nunca más! Mi Pueblo sufre
¡Nunca más! Tu mala suerte
¡Nunca más! A lenta muerte
condenados hoy tus hijos,
por saber de un padre ausente.
¡Nunca más!...

TERCER PREMIO NACIONAL

MANOS DE CAMPESINO

JEANNETTE ESCUDERO LEÓN
38 AÑOS
CATEMU

Manos de campesino
agrietas por el esfuerzo
de empuñar tanto la pala
bajo el calor intenso.

Cada mañana despiertas
con el cantar de la vida
y a pesar del cansancio
trabajas con alegría.

Con tus manos también llevas
el arado, que permite
que rasgues la tierra suave
cuantas veces lo necesites.

Luego de arar y mergar,
la tierra ya está preparada
y un nuevo ciclo comienza
cuando la semilla es echada.

En el nido diseñado
comienza a nacer la vida
y una plantita débil
aparece con los días.

Es el comienzo otra vez
de una nueva temporada
y el campesino ya sabe
que se alarga la jornada.

Trabajaré de sol a sol
y pondrá todo su esfuerzo
para mantener el sembrado
que es su único sustento.

Soy hija de campesino
nacida y criada en el campo
y he trabajado la tierra
con mis manos y sin descanso.

Orgullosa yo me siento
de ser una campesina
y a esta tierra que amo
le he dado toda mi vida.

Mis ojos no se cansan
de admirar tanta belleza
de esta tierra campesina
dueña de tanta riqueza.

Manos de campesino
Agrietadas por el sol
manos de campesino
siempre colmadas de amor.



MENCIÓN HONROSA

EL CAMPESINO

LUIS ALFONSO CASTRO PASTÉN

45 AÑOS

OBrero AGRÍCOLA

QUILLOTA

I

Cada día me levanto
con la gracia de mi Dios
le agradezco con mi voz
y lo alabo con mi canto
que proteja con su manto
todos estos terrenos,
que los cultivos sean buenos
para alimentar la sociedad
y llevar hasta la ciudad
estos alimentos plenos.

II

En la faena ya estoy
sembrando el lomaje
lindo se ve este paisaje
cada día como hoy
si campesino yo soy
no hay duda ninguna
tan clara como la luna
son mis manos tan puras
puestas al trabajo son duras
cuando escribo hago cultura.

III

Se alegra el campesino
con el canto de las aves
que es hermoso y suave
ese melodioso trino.
El aroma de los pinos
refresca el alma
siente alivio y calma
cuando la tierra da fruto
goza de lo absoluto
cuando ya amanece el alba.

IV

Se remonta en la serranía
ese astro mayor
dando luz y calor
alumbrando bien el día
empieza con armonía
la cotidiana labor
con empuje y tesón
en trabajar él se afana
el pan bien se lo gana
labrando de sol a sol.

V

Por las quebradas baja
el agua al arroyuelo
para regar este suelo
salpicando en la laja
y a lo largo de esta faja
el campesino siempre está
llevando su verdad
como hombre honesto
el nombre bien puesto
siempre él lo dejará.

MENCIÓN HONROSA

CANTO A MI TIERRA

GLORIA DORE TIRADO SOLÍS
PROFESORA
SALAMANCA

Bajando de la montaña
Y atravesando los valles
El río baña los campos
Haciendo feliz a las aves.

Son las aguas del río Choapa
Que bajan por la campiña
Se confunden con el vino
Que nos regalan las viñas

Se anticipan a la cosecha
Los tordos y los gorriones
Que los campesinos recogen
Y se alegran sus corazones.

En mi jardín tengo flores
Que riego con mucha pasión
Con agua cristalina y pura
Libre de contaminación

Las aguas del río Choapa
Acompañan al campesino
Con ella riega las siembras
Y se divierten los niños

Somos niños muy felices
Amantes de la belleza
Salvamos a los animales
Y a la madre naturaleza

Con esta nos despedimos
muy contentos los dos
Cuidemos el medio ambiente
Que es un regalo de Dios.

MENCIÓN HONROSA

LA SUERTE

GLORIA YUDITH DUNKLER VALENCIA
25 AÑOS
PROFESORA
VILLARRICA

El año nuevo amanecemos en la Barra Grande
el abuelo nos saluda desde los sauces
Y su acordeón canta
A orillas de la muerte,
Mientras padre e hijo
Preparan las carnadas
Que atraparan el misterio:
Lombrices, huevos y tábanos.
Entonces el bote rompe
Rompe escama
Rompe al padre
Rompe al niño
En la línea colorada del oleaje
Bailan caimanes azules
Las cañas se tensan
Y a lo lejos se burlan los salmones.



Inca tupa, yaku noma Guirza y
Jacquet fugurten, uela casitajena,
Guaroz sinta Guarmienten ma putay
vamente vorte tojora uha Juyana
Juyana saszana uha Juyana Gollima
huarain K'atandakay nasa Guarafa
Sagurata,

Mayma sabaya churpeta Guarafa
Jey sabaya fupirku ubat tojot ang
Mawra putati, sajamaten bawakata
amajurimu hagra, sintakana, tola
Anatay jeta sabaya huqitay, ar
puka p'urayay, Sabayaru ana pag
sabayadapayna, tola Sabaya agurmit
toja sinta Sabayaru xal ch'eta ma

Uhat fuparu ana Guarafa hujat ana
uhat hachachitay sapa L'atay
Guararu ma ch'eta juyana hujag

toja uha Guarafa y
toja uha Guarafa y
toja uha Guarafa y
toja uha Guarafa y
toja uha Guarafa y

te sonaré dulce amante,
no cejaré un instante
en luchar por tu conquista,
pues nunca habrá de ser vista
mujer tan encantadora,
soy yo el hombre que te adora
aunque el mundo

SEGUNDA PARTE

CATEGORÍA B

JÓVENES ENTRE 13 Y 18 AÑOS

No habrá camino que no ande,
no habrá pista que no siga,
no habrá frase que no diga,
no habrá canción que no cante,
no habrá peso que no cargue,
no habrá sueño que no tenga,
no habrá valla que no venza,
no habrá esfuerzo que no haga
me levantaré aunque caiga
buscando tu amor con fuerza.

He de esperar hasta siempre?
Será tan sólo ilusión?
No me oírás tu corazón?
Nunca llegaré a ti...



PRIMER PREMIO NACIONAL

RODEO

WILLIAMS GARRIDO

13 AÑOS

ESTUDIANTE ESCUELA F-249, QUINCHAMALÍ
CHILLÁN

I

Luce al sol rico apero
entre tientos y ojettillos
y hay un bramar de novillos
dentro del apiñadero
se oye el tintín del acero
en las espuelas al rodajear
y hay un rumor de cantar
en las coscojas del freno
y al purasangre chileno
llega a timbrarle el ijar.

II

Sale el novillo al corral
espinosa sangrientas las fajas
y las ásperas rodajas
incitan al animal la atajada
magistral
estremece al tabladillo
autoritario y sencillo
siempre con igual compás
grita el viejo capataz
¡Puerta lleva a ese novillo!

III

Se pasean las colleras
una tras otra y son tantas
que se ven ondear las mantas
como si fuesen banderas
ojos llenas de quimera
siguen la justa atrevida
y ella comprende enseguida
con su corazón ardiente
que por su amor un valiente
se está jugando la vida.

IV

Allá viene el vencedor
prisionero en su cincha
los potros junto a la quincha
espejean de sudor al aplaudir
al mejor no hay quien vacile
y al concluir el desfile
el rodeo que termina
flota la paz campesina
en el alma del viejo Chile.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL

¿QUIÉN MÁS QUE TÚ?

PATRICIA LORENA AGUILAR CÁRCAMO
15 AÑOS
ESTUDIANTE LICEO REPÚBLICA DE LOS EE.UU.
QUEMCHI

Quién más que tú,
sabe que te quiero
Quién más que tú,
conoce mis palabras, mis versos,
mi letra y mi debilidad.
¿Quién si no eres tú?
Quién más que tú,
se merece que la quieran;
Que le escriban los versos más
fantasiosos,
Con las palabras justas y
precisas.
Con amor y sinceridad.
Quién más que tú ha podido,
leer mis cartas;
Quién más que tú,
sabe mi secreto;
¿Quién si no eres tú?,
Cuando tú no estás,
se me alargan las horas,
pero cuando te tengo,

Siento lo que cualquiera
desearía. Amor,
Simplemente amor,
amor de tenerte.
Tal vez tocarte, pero sin poder
besarte;
Habrá veces que yo piense.
¿Por qué no poder besarte?,
tal vez es sólo miedo, o cobardía,
Cobardía de perderte.
O ya no poder hablarte, tan
Sólo mirarte de lejos
¿Quién más que tú? sabe que
temo perderte
Que si mi fantasía muere, ya no
Volveré a escribir.
Escribir para ti,
para nosotros.
Qué infeliz será mi vida.
Qué infeliz.

TERCER PREMIO NACIONAL

DONDE YO VIVO

PATRICIO ORLANDO ALBORNOZ ALEGRÍA
15 AÑOS
ESTUDIANTE LICEO RURAL PUTÚ
CONSTITUCIÓN

Donde yo vivo,
tú puedes llegar
a sentir el olor del frío en la mañana
como algodón blanco en el amanecer.

Donde yo vivo,
el aire puro y limpio encontrarás
y el sol en los campos
llama a la semilla a germinar.

Donde yo vivo,
es un hermoso lugar
donde hay más terrenos que casas
y más luz que oscuridad.

Donde yo vivo,
todo transcurre con claridad
tranquilamente y con normalidad
como las palomas que forman
la paz.

MENCIÓN HONROSA

LOS ALIMENTOS

GONZALO ANDRÉS IGOR ULLOA
14 AÑOS
TOLTÉN

Quiero tomar leche
dijo la Meche
con harto pan
Dijo don Juan
y con café
dijo José
Mejor con harina tostada
dijo una porfiada
Me está dando hambre
dijo el compadre
entonces
matemos el chancho
dijo Pancho
ya está dijo el patrón
Mátenlo en el galpón
que vengan todos
y compartamos
los pobres y ricos
como hermanos
olvidando rencores
y dando gracias
por esta vida
que Dios nos ha dado.

MENCIÓN HONROSA

EL SOL

CARLA DEL PILAR LOBOS ANCALAO
13 AÑOS
ESTUDIANTE
TIRÚA

Traigo los rayos del sol,
Que habitan en
Mi corazón,
En mi alma
Y en mi sudor.

Yo canto con el sol
Sones de mi corazón,
Canto con alegría
Y amor.

Que bailen los soles
Con mi cantar,
Que bailen los rayos,
De mi despertar.

MENCIÓN HONROSA

A MI PICA

MARCOS ANTONIO GODOY GODOY
ESTUDIANTE ESCUELA SAN ANDRÉS
PICA

Pica es mi pueblo
donde mis sueños se hacen realidad,
yo quisiera revivir sus encantos muertos
para que la comunidad pueda gozar.

Hechizos de las aguas,
vertientes de lo natural,
no sé si salieron de la nada,
pero esta zona es de verdad.

Arbustos, flores y plantas,
la naturaleza de lo natural,
ensueño del aire que canta
el que aún todos podemos respirar.

La paz de nuestros habitantes,
callada, como en un funeral,
pero sé que Pica está viva,
y del piqueño siempre será.

Por último con mis palabras,
a mi pueblo quiero elogiar,
y para la gente que en Pica anda...
a Pica nunca la olvidará.

Pica Hace Amor y Luego, Paz.

MENCIÓN HONROSA

MI VIDA CAMPESINA

BENITO ANDRÉS ORELLANA ESCOBAR
13 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA G-554, PEDRO ALESSANDRI VARGAS
LONGAVÍ

I

En los cerros se escuchan
los cantos del gallo
y los murmullos del hombre
que está con su caballo.

II

El perro está cansado
porque tanto que ha jugao
con los conejos y las liebres
que ha pillao.

III

El sol se está escondiendo
y los conejos saliendo
y se enredó en un guachi
y cuando amaneció estaba ahí
durmiendo.

IV

Un conejo está en el campo,
y un foco lo alumbró
se agachó el conejo,
y el perro lo pilló.

V

El obrero está arando
con su nuevo arado
y con su hermoso caballo
llamado el desastroa.

VI

El queltehue está volando
y el cazador apuntando
y le puso un balazo
y aterrizó volando.

VII

Una perdiz mirando
a lo que iba a suceder
él estiró los elásticos
y la perdiz nunca más
se va a mover.

VIII

Y mirando las estrellas
vamos todos a cantar
un hermoso canto
que Chile quiere volar.

MENCIÓN HONROSA

HUASITA DE LA MONTAÑA

PABLO ANTONIO ACUÑA ESPINOZA
14 AÑOS
ESTUDIANTE LICEO AGRÍCOLA
NEGRETE

I

Huasita de la montaña, retacada y socarrona
huasita dime: ¿cómo te llamas?
Como me puso el curita
¿Cómo te puso: Eulalia?
Huasita, dime si vas a la escuela
Para qué si va mi hermana.

II

Huasita no quería saber
por ejemplo saber Historia y Gramática,
prefiero más bien señor ordeñar mis vacas,
Moler maíz en la piedra y llevar al monte mis cabras.
Regar todas las tardes las hortalizas de mi chacra.

MENCIÓN HONROSA

LA DAMA DE LAS ROSAS: TIERRA CHILENA

FRANCISCA ANDREA MORALES CASTRO
15 AÑOS
ESTUDIANTE COLEGIO NUESTRA SEÑORA
GRANEROS

Que repiquen del cascabel de mil
copihues
Las vértebras de tus mares,
las cosechas de tu pueblo
Atravesando tus tierras andinas,
el abrigo de los corazones,
Las cortinas de tus sombras que
tumban el recuerdo.

Tus bordados de claveles,
lágrimas en crisol
A velo de tus ofrendas de greda,
alfarería de viejos tiempos
Alzándose a mi mente
las uvas matiz de luz,
Fugitiva de los montes
de andamio forastero,
Quien al horizonte balbucea tus
huellas en el sol.

Tus coipos esconden sus antenas,
Tus alpacas reman al silencio,
Tus cuyes escriben palma a
palma en semillas,
Y los pumas desgranar las
lenguas del pasado.

Oísteis ya de las cuestras
de la lluvia, sube
Sube por tu garganta,
el orgullo de las voces,
Tus hombres tiemblan al doblez
de un cobre,
Tus mujeres tejen a tus
bocanadas de esperanza.

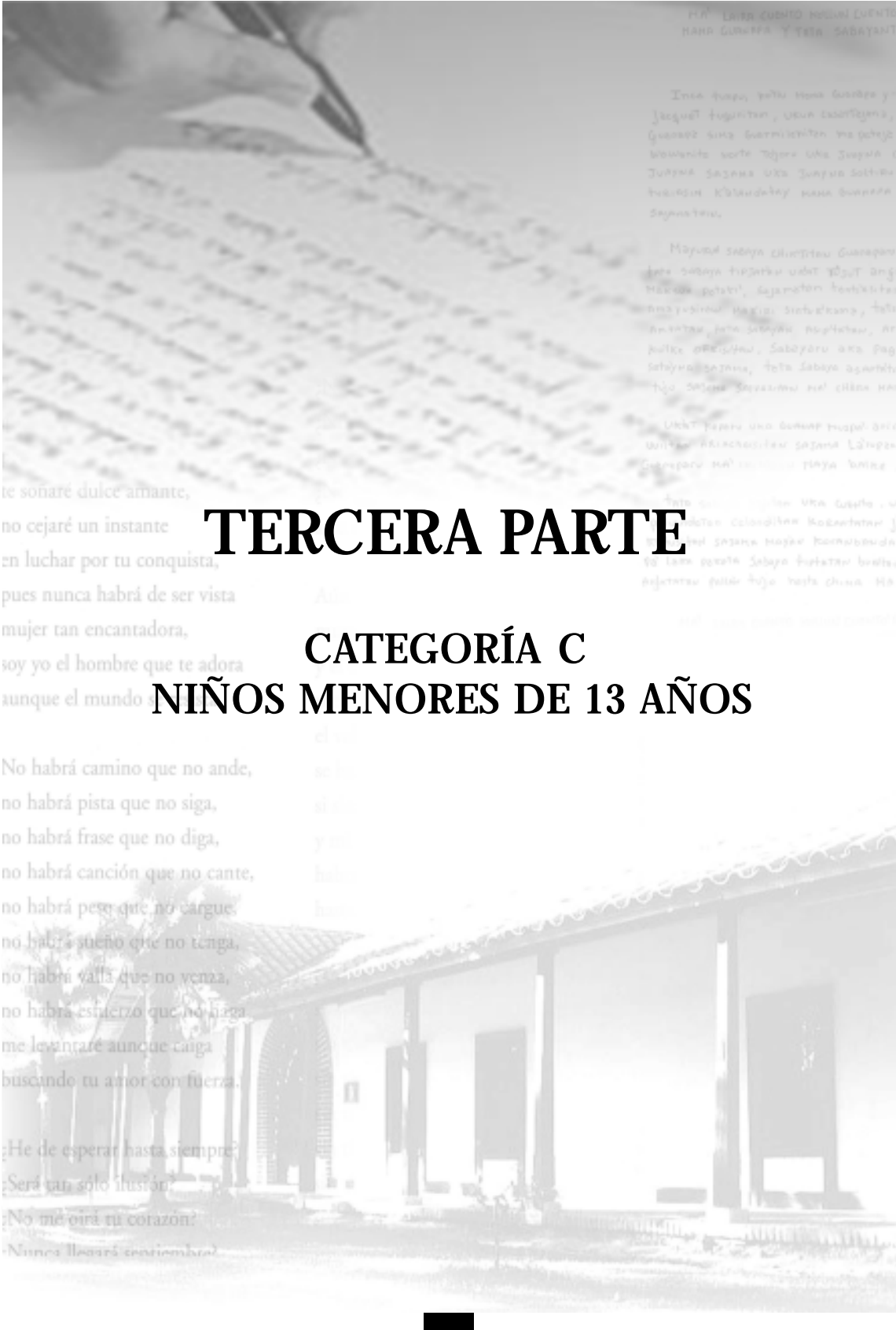
De la crin pomposa
de naturaleza,
Pétalos de pechera,
cristales a sus orillas,
Decana de primor y esplendor
de primaveras,
Mis pasos se hunden,
tu boca retuerce serranías.

Candelabros en tus
mejillas frutadas,
Arenisca de tus ojeras al ombligo,
Paristeis la uva,
los peces y las semillas,
Los días célebres, las coordinadas
a una nueva vida.

Por ti nacieron muertes,
mi madre,
De ti mil deseos,
hondearon tus penas,
Calcinaron nuestros destinos,
aún así,
Desde lo apartado del miedo,
surgen las aspiraciones,
El volver a ser dueño,
castrarse a tus viñas,
Las acacias, los cochayuyos,
las alcachofas,
las chichas, los limones,
las delicias.

Tus vigorosos brazos decaen en
lágrimas del mar,
Tiemblan al sur de frío,
agrieta su estómago de armonía,
De entre embriaguez
su nómada paz,
Sor de tus difusiones a sudor y
sangre,
Témpanos de misericordia y
amparo, mi diosa
Mi patria, mi dama de las rosas,
mi tierra.





1911 LA RUCHO HOLLANDIENNA
HANA GUERRA Y TETA SABATANT

Inca tupa, teta hana guerra y
Jacquet fugentan, uca sabatanta,
Guasos una guernichten me potojo
wawanto wote teta una guerra y
Tutema sagana uca guerra sathu
tuasim K'laudatay hana guerra
Sagantay.

Moyud sabaya clumteta guerra
Jera sabaya tupteta udit teta ang
Meyud potati, saganteta hanteta
muyusim sagana, sathu teta, teta
hanteta una guerra saganteta, ar
potojo m'p'iteta. Sabayaru una pag
sathu teta, teta sabaya guerra
teta teta saganteta na' teta hana

Ukat teta una guerra teta ang
uclat saganteta sagana teta
teta teta teta teta teta teta teta

Inca tupa, teta hana guerra y
Jacquet fugentan, uca sabatanta
Guasos una guernichten me potojo
wawanto wote teta una guerra y
Tutema sagana uca guerra sathu
tuasim K'laudatay hana guerra
Sagantay.

Ukat teta una guerra teta ang

te sonaré dulce amante,

no cejaré un instante

en luchar por tu conquista,

pues nunca habrá de ser vista

mujer tan encantadora,

yo yo el hombre que te adora

aunque el mundo

TERCERA PARTE

CATEGORÍA C

NIÑOS MENORES DE 13 AÑOS

No habrá camino que no ande,

no habrá pista que no siga,

no habrá frase que no diga,

no habrá canción que no cante,

no habrá peso que no cargue,

no habrá sueño que no tenga,

no habrá valla que no venza,

no habrá esfuerzo que no haga

me levantaré aunque caiga

buscando tu amor con fuerza.

He de esperar hasta siempre?

¿Será tan sólo ilusión?

No me girá tu corazón?

Nunca llegaré a tu interior?



PRIMER PREMIO NACIONAL

LA MAJA DE MANZANAS

GABRIEL ANTONIO NAUTO SOTO
12 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA RURAL CHUMELDÉN
CHAITÉN

La maja de manzanas
un trabajo popular
toda la gente participa
y así pueden degustar

Traigan pronto las manzanas
la maja va a empezar
quiero terminar temprano
para poder celebrar

La María trajo la harina
la rica chupilca hay que probar,
no teman es chicha fresca
y no los va a emborrachar

La comida ya está lista
todo no va a ser trabajar
en terminando la maja
iremos a celebrar

Llenamos cinco barriles
en la maja de don Juan
cinco más llenaremos mañana
en la casa de don Julián

Con esta chicha, señores,
tenemos para todo el año.
Eso sí, tomen de a poquito
para que no les haga daño.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL

NIEBLA

JOAQUÍN MÉNDEZ MORENO
11 AÑOS
ESTUDIANTE COLEGIO D-6, MOISÉS MUSSA
RANCAGUA

La noche es oscura
Y fría está la niebla
Llena de rumores
Se esconde entre las hierbas

La luna se aleja
Y las hierbas murmuran
En donde están sus rayos
Que en tus brazos acurrucan.

Al ver tal tristeza
La niebla se aleja
Levanta el telón
Y la luna refleja

TERCER PREMIO NACIONAL

LA FLOR EN PRIMAVERA

NICOLÁS ENRIQUE DÍAZ VERGARA
8 AÑOS
ESTUDIANTE COLEGIO D-6, MOISÉS MUSSA
RANCAGUA

La flor es hermosa
Como la luna:
El tallo es el sol,
Los pétalos son lluvia
El centro es la nube.

Los pájaros la rodean
Las aves se aman
Hay tanta dicha
Y la paz las cuida
Ángeles tan buenos como la flor

Y cuando llega la primavera
Los árboles florecen
Y las flores se ponen a cantar
Y las mariposas bailan.

MENCIÓN HONROSA

PRONTO TE VERÉ...

MAURO ANTONIO SEGURA GÓMEZ
11 AÑOS
ESTUDIANTE COLEGIO CERRO GUAYAQUIL
MONTEPATRIA

Hermanito querido
Tú que estás por venir
En el vientre de mi madre
Soñando con un buen porvenir

Tú tan pequeño y tan frágil
Tú cada noche
Te encuentras en mis sueños
Y yo adorándote como un ángel bueno

Ojalá que nazcas pronto
Para poder jugar y reír
Correr junto a nuestros padres
Y en nuestro hogar compartir

Hermanito querido
Que pronto te veré
Tú, en el vientre de mi madre
Y yo deseándote conocer

MENCIÓN HONROSA

EL ZORRO QUE AMA

CLAUDIO ANTONIO CHARCASTICUNA
8 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA BÁSICA SAN SANTIAGO DE MACAYA
POZO ALMONTE

El zorro es mi amigo y él es
la alegría que tengo dentro
de mi corazón, su cola es como
una espada de acero, su hocico
como el corazón de mi alma
que hablara, sus orejas son
como un escudo de acero, sus
patas son como unos grandes
protectores, su cuerpo es como
mi cuerpo, es muy curioso y es
un ángel de la naturaleza y
por eso él es mi amigo el que ama.

MENCIÓN HONROSA

LA LLAMA TRANQUILA

CRISTIÁN VIDAL COPAIRA COPAIRA
8 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA BÁSICA SAN SANTIAGO DE MACAYA
POZO ALMONTE

El llamito tranquilo
es como un noble canto
aunque tú no lo sepas
cuando caminas me das
alegría y paz
y es que no estoy vivo
para jugar y sentir tu
corazón de pan
y tu resplandor
que es vida
al caminar.

MENCIÓN HONROSA

LAS MONTAÑAS

RAFAEL ANTONIO MUÑOZ MORALES
11 AÑOS
ESTUDIANTE ESCUELA G-723, LIHUENO
SAN CLEMENTE

Las montañas son bonitas
Con las puntas
Que se quiebran
Parecen quebraditas

en las montañas hay
muchas piedras
el pasto verde crece
cuando cae la nieve

en la montaña hay
mucho soledad
al llegar el verano
viene la maná

en las montañas
hay muchos leones
nunca digas que
produce temores

en la montaña
hay muchos conejos
que corren y corren
muy lejos

en las montañas hay
muchas torcazas
que vuelan
sin causas

en las montañas hay
una tierra amarilla
cuando llueve
se pone coloradilla

en la montaña hay
un sol
alumbra mi
corazón

en la montaña
hay un río
que trae a
todos los pitíos

en la montaña
hay un caracol
que está llamando
mi atención

MENCIÓN HONROSA

EL VIEJO ÁRBOL

GABRIELA LICET ROSAS ANDRADE

10 AÑOS

ESTUDIANTE ESCUELA RURAL NUEVA ISRAEL DE HUEYUSCA
PURRANQUE

Aquel árbol muy pensativo,
que cuida a los niños
como si fuera su propia mamá.
Un día el viejo árbol se despertó
cuando un hombre lo estaba talando,
los niños que dormían ocultos entre sus ramas
lloraban porque iban a quedar sin hogar,
el hombre entonces dejó de talar,
ya que comprendió
el dolor de los niños
porque perderían su hogar
De sus hojas caían perlas de cristal,
sus lágrimas derramadas sobre las flores del lugar
cantaban sin parar,
y el árbol y los niños
le agradecían al hombre
por no haber destruido su hogar.

MENCIÓN HONROSA

ASÍ IMAGINO EL MAR

YOHANA ALICIA MONSALVE MONSALVE

10 AÑOS

ESTUDIANTE

MULCHÉN

Por la ventana
de la casa veo el mar
y que cada mañana
me gusta mirar.

Por la tarde la sirena
se deja ver a veces
en la blanca arena
que abriga los peces.

El andar de las gaviotas
sobre el agua con sal
deja sus alas rotas
en un reflejo de cristal.

El sol amarillo
alumbra mi corazón
con un dulce brillo
que entrega mi ilusión.

En la noche las estrellas
nos iluminan con amor
y el alma deja bella
de un agradable sabor.

MENCIÓN HONROSA

EL ÁRBOL

FRANCISCA NICOLE GODOY AGUILERA
ESTUDIANTE ESCUELA LA PALMA
QUILLOTA

El árbol es lindo
como una mariposa
con mucho amor de la primavera.

El árbol está feliz
porque vino la primavera
con muchas flores y muchos colores.

El árbol está contento
porque plantaron más arbolitos
más contento estará cuando
sepa que son amigos.

MENCIÓN HONROSA

LA NOCHE

PATRICIA DANIELA HIDALGO MADRID
ESTUDIANTE ESCUELA LA PALMA
QUILLOTA

La noche está estrellada
y hay luna llena
es tan bonita, pero tan bonita
que de alegría me llena.

Las estrellas brillan
y a la luna rodean
tan felices ellas
mientras los cometas pasean.

Las estrellas vuelan
y a la luna pasean
y yo miro esa noche
que tan feliz me rodea.

Qué hermoso ver esta noche
que tan feliz me rodea
y las estrellas fugaces
que felices pasean.



PRIMER PREMIO NACIONAL
HISTORIAS Y CUENTOS DEL MUNDO RURAL

HOY "CAZUELA EN LAS PORUNDIÉ"

De punta en blanco entró mi abuelo a la cocina. Descendiente de francés: alto, delgado, tez blanca, pelo oscuro, y sus ojos, como el agua del lago Conguillío. Botas a la rodilla, pantalones claros, una camisa de cuello almidonado, y su pelo en perfecta quietud que le proporcionaba la gomina.

Llevó la taza de café con leche hasta sus labios. Qué fascinante figura, qué adorable, pensaba yo en silencio. El deseo de querer ser como él en esos momentos, me llevaba a imitarlo en mis juegos con Fabián, el hijo de la cocinera.

Luego de que éste se retirara de la cocina, mi abuela, una mujer dura, posesiva, masculina, gris en sus tonos y vestidos, pasó a supervisar que todo estuviese marchando bien ●●●

CLAUDIA ANDREA APABLAZA VALENZUELA

24 AÑOS

LICENCIADA PSICOLOGÍA CLÍNICA

ÑUÑO A

PRIMER PREMIO NACIONAL
POESÍA DEL MUNDO RURAL

FLORENTINA DEL CAMPO

Señores y señoritas,
yo me quiero presentar
con mi modesto cantar
y mi humilde poesía;
perdónenme la osadía,
disculpen mi atrevimiento,
pero heredé los talentos
de mi taita y de mi mama,
y aunque no busco la fama
quiero expresar lo que siento.

Soy Florentina del Campo,
un «retazo» del folclor,
hija de un gran payador
y una excelente poetisa;
mi taita causaba risa
cuando se ponía a cantar,
mi mamá hacía llorar
con su solemne poesía,
que sólo ella sabía
como nadie interpretar ●●●

LAURA NIVIA JAQUE ZUÑIGA

53 AÑOS

COMERCIANTE

CUNCO



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO DE AGRICULTURA
FUCOA